
FLORES del Aire
POESIAS DE
ADAN QUIROGA
IMPRENTA REGINATO
CATAMARCA

FLORES DEL AIRE



Adan Quiroga

PÁRRAFOS DE CARTAS

PÁRRAFOS DE CARTAS

Buenos Aires, Junio 23 de 1904

Bartolomé Mitre saluda al distinguido escritor argentino, Dr. Adán Quiroga, y le agradece el envío de sus dos inspirados cantos « A la Independencia de América » y « El Ejército de Los Andes », merecidamente laureados, y le es grato con este motivo felicitarlo cordialmente por sus triunfos literarios y desearle toda felicidad, suscribiéndose su affmo. compatriota y S. S.

BARTOLOMÉ MITRE

....

¡Qué triunfo para el laureado poeta! Con razón llama á su musa montañesa, pues, se mantiene vigoroza en la altura, desde la cual le inspirara tan bellos cantos á las glorias de la patria, que le escucha aplaudiéndole.

Reciba el bardo argentino de la lira vibrante, con expresiones de contraternidad literarias, los plácemes sinceros de su afectísimo compatriota y amigo.

CARLOS GUIDO Y SPANO

Buenos Aires, 14 de Julio de 1904

Real Academia Española

La Real Academia Española acordó á una voz, en su junta de anoche, (la primera que después de vacaciones ha celebrado), dar á V. S. cordialísimas gracias por el testimonio de consideración y aprecio con que se ha servido favorecer á este Cuerpo literario regalándole un ejemplar de su canto laureado y oda premiada titulados «El Ejército de los Andes» y «A la Independencia de América».

Lo que tengo la honra de comunicar á V. S., cuya vida guarde Dios muchos años.

El Secretario

M. Catalina

Madrid, 7 de Octubre de 1904

«FLORES DEL AIRE»

Enrique E. Rivarola

Al Dr. Adán Quiroga

Poeta:

Precioso fué para mi el obsequio. Sus *Flores del aire* no se marchitarán en mi biblioteca. Tendré buen cuidado de ponerlas á buena distancia de indigestos autores, y harán compañía á los poetas en mi estante, poco visible para el *cliente,* y de mi predilección en las horas en que doy tregua á mis tareas profesionales, á mis preocupaciones políticas, para volver á mis diez y ocho años y evocar la «musa del Idilio». No he terminado aún la lectura de su hermoso libro, pero no quiero retardar la expresión del sincero placer con que lo he recibido. Leo y saboreo el verso cuando cae en mis manos un buen libro; pero no lo *engullo:* este procedimiento lo tengo reservado para las novelas, cuando

el deseo de conocerlas ó la necesidad de distraer horas de viaje, me impone su lectura. Por otra parte, así como un azahar contiene toda la hermosura y la fragancia de los demás, y se puede conocer la planta por una sola de sus flores, basta una página para encontrar un poeta.

El canto que sirve de portada á su libro revela el vuelo de su inspiración, la facilidad con que el verso fluye, rico en imágenes, armonioso, fecundo; sin embargo, prefiero sus verdaderas *flores del aire*, aquellas cuartetas *En la aldea*, que por poco que el lector esfuerce su imaginación, producen en el alma un bienestar tranquilo, una placidez encantadora. Le he visto á Ud., al través de esos versos, llegar á la aldea, á la hora en que el labrador regresa de la faena y vá el pastor arreando el rebaño, y bala el ternero, y la campana vocea quejumbrosamente. Y le he envidiado su casita, su torre, su molino, su río.

Casi me atrevería á asegurar, — sin conocer á Ud. sino por haberle visto una vez y por su nombre justamente apreciado, — que Ud, mismo siente preferencia por su cuadrito, como lo debe sentir el padre por el hijo que más se le asemeja. Para mí, la poesía está en la belleza de las cosas sencillas, pequeñas si se quiere, pero tiernas, que se infiltran en el corazón, que lo mueven fácilmente, sin frases sonoras, sin reimbombos, con una palabra habilmente expresada, expontáneamente nacida á raíz de una impresión sincera. Para Ud., que dá á sus versos el nombre de la flor que nace en las montañas de su tierra, de la flor que ha de ser «el lauro del poeta, que no ha nacido aún para cantarla», la poesía ha de ofrecer mirajes semejantes á los que ofrece para mí. Y me causa, por eso, una impresión poco agradable encontrar entre sus *Flores del aire* la *Intima,* que no es ciertamente «flor labrada por las brisas del verano» como la flor del aire, sino la impura flor del pantano.

Se puede disculpar que Ud. pensara su *intima* «mientras de rabia el corazón chispea»; pero, después, á sangre fría, colocarla entre sus puras flores del aire, me parece tan impropio como presentar una cortesana en una reunión de señoritas honestas.

¿Por qué esa gota amarga? ¿Por qué ese grito de desaliento y de ira? A la región serena en que el poeta canta, no deben llegar las pequeñas miserias mundanales: sienta mal, en los labios de una Musa soñadora, el despecho, la ira rencorosa. Y ¿para quién? — para una mujer caída, más digna de compasión que de enojo.

Después del reproche, si quiere llamarlo así, permítame que me sienta atraído por la más viva simpatía hacia sus «*Noches de sombra*» ¿Quién no recordará con Ud. á la madre querida?

....

« Mudo quedé, frío, inerte,
al ver sus yertos despojos....
¡ Ay ! para llorar su muerte
tuvo el alma tantos ojos !

Un sentimiento verdadero y santo, sin afectación, grande en el pesar y en el afecto, anima el verso en todas estrofas. El lector encuentra *algo* que lo conmueve: encuentra la poesía del dolor.

Me propongo pasar momentos agradables en la lectura de su libro. Ud. me recuerda, al enviármelo, mis «entusiasmos literarios de otro tiempo». Aquí, para entre nosotros, le confieso que no han muerto.

Basta un soplo de la montaña, como el que de Tucumán me llega en sus *flores del aire*, para que la llama se anime y caliente el corazón.

Quedo muy agradecido, y soy su afmo.

E. E. Rivarola

Del miembro correspondiente de la Academia Española del Ecuador, Dr. Carlos R. Tobar

Petrópolis, Agosto 30 1904

Estimado Señor y distinguido amigo mío:

Con notable atraso, debido á que primero fueron á Chile, me han llegado los dos folletos, — que contienen una hermosa oda y un notable canto patrióticos, — que

Vd. se sirvió enviarme, pidiéndome al mismo tiempo le manifestase mi opinión acerca de ellos.

A pesar, de que, como no soy poeta, no entiendo mucho de versos, me parece que no es preciso serlo para poder saborear los suyos, que poseen nitidez en la forma y tal mérito intrínseco, que sería menester no gustar de lo bello, para no apreciarlos como se merecen.

Justísimos son, pues, los premios obtenidos por Vd. en los dos concursos literarios, — premios por los cuales le felicito cordialmente; aunque no tanto como por ser autor de las hermosas composiciones, que obligaron á la justicia del tribunal literario de los concursos á laurear al distinguido literato, de quien me suscribo seguro y atento servidor.

CARLOS R. TOBAR

Uruguay, Febrero 10 1899

Mi querido y simpático amigo:

Eran las 10 a. m. de un hermoso día de Abril ppdo. y el Aguila y el Hotel de Londres estaban desiertos; á pesar de la cita, el poeta, el etnografo infatigable había *volado!*

Se había marchado Vd. para Tucumán, y la gran Capital había quedado para mi desierta.

Ya en el Uruguay me llegó un folleto: *Tucumán*, firmado por Adán Quiroga; hermoso, muy hermoso, bello, muy bello, de un estro épico inimitable. Sí, amigo mío, inimitable, no conozco nada mejor de los poetas argentinos.

. . . .

Usted brilla por su talento en la ciencia y en las letras, mucho más que otros escritores argentinos de la Capital Federal, nacidos, amamantados y desarrollados á fuerza de *bombo.*

El defecto capital de Vd. es este: *modestia en demasía.* Conozco, porque *los he leido, todos sus trabajos* y no hablo jamás por referencias.

....

Desgraciadamente no ha nacido Vd. en Buenos Aires ó no se ha desarrollado y vivido en ella. El criterio de algunos es que hay que pasar por el Jordan Rio-Platense para figurar en primera linea.

Son resabios biológicos de la sociabilidad argentina.

Adelante, mi amigo, adelante, luche usted como yo luché veinte años, sin que haya logrado ser humano ponerse á la altura de mi desdén.

Soy de Vd. amigo de corazón.

BENIGNO T. MARTÍNEZ

Dr. Adán Quiroga

En medio de la despreocupación por la poesía que caracteriza al progreso de la República en estos últimos años, y entre las pocas voces que se han sentido resonar en el derruido templo de las Musas, Adán Quiroga se distinguió por la dulzura, el entusiasmo, el buen gusto y el intenso colorido nacional de sus canciones.

Fué para nosotros una revelación, como jurado que éramos del Certamen Literario Hispano-Americano que se celebró el 30 de Octubre de 1903 en la Academia Literaria del Plata, al leer su composición «El Ejército de los Andes», á la cual se le adjudicó el premio acordado á ese tema por el entonces Ministro de la Guerra general D. Pablo Richeri.

Aquella poesía, presentada al concurso sin más adorno que el encanto de la verdad de los sentimientos y la belleza y naturalidad del colorido, era para nosotros como un rayo de sol de un nuevo día, que atravesara las nieblas del ambiente decadentista de la época y entibiara con el calor del terruño el soplo de las ráfagas de exotismo extravagante que venían helando la floración del Parnaso argentino. Volvía el canto á surgir del fondo de las almas como explosión de los

entusiasmos del espíritu; volvía el acento á tener la intensidad del *os magna sonatorum* Horaciano; volvía el metro á buscar en el ritmo la armonía de las notas musicales; la fantasía á levantar sobre sus alas la belleza del color y el encanto de la vida; y el Credo á resplandecer sobre las ideas. Resonando en nuestros oídos los cantos de Luca y de Varela, de Mármol y de Andrade, volvíamos á escuchar los clarines de Maipo y Chacabuco, velando esta vez el regocijo de sus notas, por no llamar la atención del enemigo; llamando á los patriotas:

A laborar á prisa y sin sociego,
En el callado invierno sin alarmas;
Al fúsil hierro someter al fuego,
Y convertirlo en vengadoras armas:
A no dar tregua en la ciudad patricia,
Ni en el parque y taller del Plumerillo,
A la fragua, al batán, al yunque, al molde,
A la aguja, á la lezna y al martillo.

Se han hecho muchas descripciones del ejército de los Andes, en lenguaje poético, y se han ideado muchos cuadros grandiosos de sus batallas; pero en todos ellos hemos visto siempre, que la grandeza del pensamiento ostentaba las galas de la fantasía, mostrándonos á los soldados bien puestos y equipados, paseando las huestes por el ciclopeo sendero de la gloria.

La grandeza de la verdad no se nos había mostrado nunca.

La musa de Adán Quiroga ha tenido el buen gusto de presentar el ejército de San Martín tal como debió ser: pobre en su equipo, sencillo y abigarrado en sus trajes, vario en sus armas, y fuerte y uniforme solamente en su valor y en su entusiasmo:

Es un gran campamento; vivaquean
Cambujos y libertos en sus calles:
Los cholos de rebeldes alardean,
Cantan contra su rey, y de las viñas
En odres beben los cuadrienios jugos,
Y en las dulces miradas de las niñas
Uncen de nuevo los odiados yugos.
—¡Todo el mundo á caballo, y en campaña!—
Truena un clamor de la argentina tierra,
Y todo el mundo se alza contra España

Con el dilema: — *¡ Independencia ó guerra !* —
El bravo montañés, el heredero
De los dolores de la extinta raza,
en atizar los odios contra el godo,
En franca rebelión es el primero.
Su varonil espíritu rechaza
Dominaciones, servidumbres,... — ¡ todo
O nada ! — quiere en el natal refugio
De sus bohíos, que el rencor le abruma....
— ¡ Y á borrar el baldón de Vilcapugio,
Y á vengar la vergüenza de Ayohuma ! —
De valle en valle la noticia cunde
Que el Salvador apareció en Mendoza,
Y por llanos y sierras se difunde ;
Y entre el continuo circular del mate,
Junto al fogón de la ignorada choza,
Las mentas hablan de un triunfal combate.
....
En ciudades y villas y campañas,
Con un ir y venir de gratas nuevas,
Mozos, viejos, paquetes y paisanos
Se empiezan á alistar para las levas
Jurando no amainar en la batida
De obligado desquite á los hispanos.

El cuadro tiene detalles de un verismo impresionante y solemne, presentando abrazadas junto á la cuna de la libertad á la religión y á la patria:

Con voz tonante, en el villorio, el cura,
A la sombra del tala centenario
A la patria proclama ;

Y apenas menciona el hecho, pasa á buscar el momento más álgido de sus efectos, para admirar en ese instante su belleza; y con verdadero espíritu de artista, para realizar la idea, talla en el bloque de la masa popular la hermosa y simpática figura de un jóven exaltado por la prédica, que arrebatando al sacerdote el manifiesto de la insurrección.

El viril documento en que palpita
El alma joven de una raza nueva

corre en alas del entusiasmo á enseñarlo á sus paisanos:

Y entrando á la cercana pulpería, ·
Vuélvese el pueblo una hermandad de amigos,
Una constante vidalita, el día,
La noche, un largo retrucar de *obligos*.

Tres pinceladas le han bastado para pintar la explosión del entusiasmo por el anuncio de la guerra de la libertad.

Ya hemos dicho que nos gusta muchísimo y que nos parece que es verdaderamente bella la presentación de los héroes de la patria en pintoresco desfile de tipos provincianos. Al final, el estilo toma un poquito la forma declamatoria, pero la desviación no es mucha y el poeta vuelve en seguida á tomar el sendero que traía.

Otra cosa más muy buena y encomiable tiene la poesía de que venimos hablando, y es que, al volver el poeta los ojos al pasado para admirar los cuadros de la guerra de la Independencia, su musa lo acompaña en actitud siempre alegre y sonriente, mostrándole toda la belleza de aquellos grandes hechos sin que la descomponga la presencia del adversario ni la altere el recuerdo del contraste que llora.

Es que su Musa era lo ideal:

« Mi musa es lo ideal. Cuando la llamo
Acude á mi reclamo,
Junta mis ayes de dolor, dispersos,
Y les hace callar y les inspira,
Les entrega la lira
Y vuelven hasta mí soñando versos »

....

JUAN DE LA C. PUIG



HAN ESCRITO

SOBRE LAS OBRAS POÉTICAS Y ARQUEOLÓGICAS DEL DR. ADÁN QUIROGA:

Paulino Alfonso
Angel de Estrada (hijo)
Carlos R. Tobar
Emilio Castelar
Samuel Lafone Quevedo
Real Academia Española
Félix F. Outes
Junta de Historia y Numismática Americana
Ricardo Palma
Rafael Obligado
Pablo Richeri
Enrique E. Rivarola
Benigno T. Martínez
Julio A. Roca
Bartolomé Mitre
Carlos Guido y Spano
J. J. García Velloso
Joaquín V. González
Barón Erland de Nordenskiold
Juan M. Espora
O Presidente do Estado do Rio de Janeiro, G. Bocayuva
Estanislao S. Zeballos
Ministerio Dell Istruzione (Roma, 1902)
Ch. Wiener
Jirard de Rialle
J. Toscano
Juan B. Ambrosetti
Juan de la C. Puig
Eurico Boman



FLORES DEL AIRE

FLORES DEL AIRE

MI MUSA

Mi musa es lo ideal. Cuando la llamo
acude á mi reclamo,
junta mis ayes de dolor, dispersos,
y les hace callar, y les inspira,
les entrega la lira
y vuelven hasta mí soñando versos.

Ella, si siento, me acaricia tanto
que diluye mi llanto,
sin que suspiros del amor le esfumen;
que al ay! no deja, si del labio brota,
ser no más que una nota
de un dolor que las lágrimas consumen.

Es manojo de vívido destello
su profuso cabello,
parásito de oro de su espalda;
hay en sus ojos, tristes y rasgados,
dos cielos inundados
por el verde color de la esmeralda.

En el marmol de estatua de su frente
la inspiración ardiente
con pletórica vida centellea;
y en la sien, que la música concibe,
se siente y se percibe
la ebullición perenne de la idea.

Sus oídos atentos algo escuchan
cuando en la tarde luchan
luz de sol y crepúsculo de luna;
el ósculo en sus labios vive preso,
como niño travieso
á quien la madre recostó en la cuna.

Es en mis sueños al pensar, sencilla;
y van por su mejilla
las curvas del reir á su semblante;
cobra aire regio y actitud de diosa
si medita afanosa,
en lo noble, lo inmenso y lo distante.

Y no sólo deidad ó diosa es ella,
sino agreste doncella
que corona su sien con el idilio,
y en la guitarra nacional se inspira,
y canta con la lira
rival de la zampoña de Virgilio.

Mora en las sierras de la patria mía,
en la floresta umbría,
adorada del sol, llena de verde;
en el valle de trébol matizado,
donde el raudal cansado
ya brota á flor de tierra ó ya se pierde;

En la choza de rústicos pastores,
donde hacen los amores
dilatar en el labio el universo;
donde al vivir la vida nos parece
que el otoño florece,
que la luz canta y que ilumina el verso.

Es nota, y flor, y mies en primavera,
y cuanto en la pradera
es búcaro de amor, de luz ó canto;
ama la aurora, que matices luce,
el astro la seduce,
de la puesta de sol hace su encanto.

De la grey pastoril y su inocencia
me habla con frecuencia,
con voz que tiene aliento de claveles;
y me dice unas cosas tan extrañas
de mis verdes montañas,
que sueño con sus *molles* y laureles.

A veces descuidado me sorprende,
pues súbita desprende
tal lluvia sobre mí de flores y hojas,
que de temor á las espinas, salto,
y huyo de ese asalto
de ánforas blancas y corolas rojas.

Son las flores de traje campesino
que cortó en el camino
y que me trae, como recuerdo grato:
la pasionaria, de labor prolija,
cámbulos de Aconquija,
flores del aire, con que viste Ambato.

Otras veces, haciendo de aldeana,
con un traje de lana
vestido el cuerpo, que la forma envidia,
llega á mi alcoba en el instante triste
en que el alma se viste
con esas horas negras con que lidia.

Es entonces de verla con qué anhelo
las nubes de mi cielo
diluye entre las ráfagas terrestres,
en frases relatándome, sencillas,
los lances de las trillas,
del amador las églogas campestres;

O entonando esos *tristes*, que parecen
acordes que florecen
al soplo de las noches argentinas;
ó esos cantos en décimas aladas,
que semejan cascadas
de un amor, despeñado en las colinas.

¡Musa de las entrañas de mi tierra,
perfume de la sierra,
eco lejano de los grandes ríos:
cuántas veces, en ósculo abrazado,
tu voz, no se ha mezclado
á la tristeza de los versos míos!

Otras veces, olímpica y airosa,
con el desdén de diosa
y el regio porte de la musa helena,
sin la guirnalda de campestres flores,
sin idilios de amores,
sin el cantar nervioso de la pena;

Con el alma en su ser arrodillada,
con la mente arrastrada
como por un imán á lo infinito,
ofreciendo á los mártires la historia,
estatuas á la gloria
y al héroe el bronce, que amasó el granito,

La musa del idilio, transformada,
me refiere inspirada
lo que caber no puede ni en el arte:
el abrazo del cántico y la hazaña
en la adusta montaña,
del bardo y el guerrero, Apolo y Marte!

Me cuenta de la edad de las edades
en que cien tempestades
en el monte rugían y en el llano;
mientras la patria con la mente esclava,
Cual Titán en su clava,
era carne del buitre castellano!

¡Con qué sagrada inspiración refiere
cómo el soldado muere,
cobra alma el bronce y resucita el muerto!
¡cómo la libertad es madre un dia,
doncella que vivía
abrazada á la Cruz en el desierto!

¡Si me parece, oyendo su relato,
que el toque de rebato
en el cuartel del castellano escucho,
mientras de Tucumán suenan las dianas
y llenan las mañanas
los clarines de Maipo y Ayacucho!

¡Si me parece al escucharla atento
que truena el pensamiento
dentro del cránco, con su fuerza toda;
que es hoja de laurel la hoja del suelo,
y que en lo azul del cielo
cada estrella que tiembla es una oda!

Entonces, como el cóndor, sube y sube,
aleteando, á la nube
el verso de mi musa, en dulce calma,
y, domador de lo infinito, truena
si cruge una cadena;
brilla si es libre el corazón ó el alma!

Y mientras soy de aquella musa dueño,
me fascina ó desdeño
cuanto la vida universal encierra:
por soñador y por demente, el hombre,
lo eterno por su nombre,
por grande el mar, y por ruín la tierra!

EL POETA

Triste es la vida cuando el alma siente
y murmura, inconsciente,
que lejos de la noche está la aurora;
cuando sumido en ansiedad secreta,
semeja en sus tristezas el poeta
al prisionero pájaro que llora.

Tristes las horas pasan, una á una,
y en la frente se aduna
la idea del placer y del fastidio.
Triste es la vida cuando el alma llora,
y allá en sus horizontes se colora
la sombría silueta del suicidio.

Al bardo contemplad que entonces calla,
ó al grito de batalla
con un canto responde, como grito;
y en franca lid con su dolor eterno
baja de las alturas al infierno,
porque no encuentra un rayo en lo infinito.

No digais al poeta que la vida
es corriente impelida
por el soplo fugaz de la fortuna,
ni que el eclipse de su sueño loco
dura en el mundo de su ser tan poco
cual duran los eclipses de la luna.

No digais al poeta que sus notas
no son las puras gotas
que el pecho vierte en insaciable llanto,
ni que al vibrar de su candente estrofa
los dolores del alma no apostrofa
con el grito de lucha de su canto.

Dejadle abandonado á sus pesares!
dejad que entre los mares
el cisne llene de dolor las olas;
dejadle que se ahogue en sus gemidos,
que mida su pesar por sus latidos
y que beba sus lágrimas á solas!

Dejadle abandonado á su lamento
ó que en viril intento
clave el puñal al asesino aleve;
y si quiere, dejadle solitario,
que como Cristo trepe á su Calvario
y las espinas en su frente lleve!

Dejadle sollozar! sueña en la gloria
y sabe que la historia
es catillo de luz q ue se derrumba!
Dejadle sollozar! sueña en la vida
y sabe que es la eterna despedida
ese adiós sin respuesta de la tumba!

Dejadle sollozar! sueña en el mundo
y luego moribundo
mira un sudario y una blanca piedra.
Dejadle sollozar! sueña en el cielo
y luego mira con doliente anhelo
que el alma es la semilla de la yedra!

Él sabe que el dolor pulsa su lira,
y sabe que es mentira
la verdad engañosa de los hombres;
sabe que la virtud es espejismo;
sabe que la existencia es un abismo
que devora las cosas con sus nombres.

Él sabe, cuando llora, por qué llora;
    sabe que es viajadora
golondrina del cielo desterrada;
y sabe que hay cenizas en su nido,
y sabe que cenizas son olvido,
que olvido es tumba... Y que la tumba es nada!

NOCHES DE SOMBRA

Estaba la noche en calma,
enlutado y triste el cielo,
como el cielo estaba el alma,
presa de angustioso anhelo;

Y la luna mortecina
derramaba con misterio
esa luz con que ilumina
las tumbas del cementerio.

Callada, enferma la mente,
insomne pasé en mi lecho;
velaba, niño inocente,
con la inquietud en el pecho.

Y contemplaba despierto,
cien fantasmas y visiones,
que conducían un muerto
con pausadas oraciones.

Y de entre la sombra espesa
ví surgir, rígido, inerte,
del fondo de obscura huesa
el espectro de la muerte.

Con pavor en mi conciencia,
alcé, mudo, el *padre - nuestro,*
plegaria de la inocencia
en el instante siniestro;

Y cuando dejé contrito
de rezar, é iba durmiendo,
oí un rumor... luego un grito...
¡La madre se está muriendo!...

Era tu acento postrero,
madre del alma querida;
era ese adiós lastimero
que da á la muerte la vida;

Era ese lúgubre canto
del cisne ya moribundo,
mitad himno, mitad llanto,
mezcla de cielo y de mundo;

Era el dolor concentrado
del alma que desespera:
ay! por no haberlo escuchado,
madre! madre! qué no diera!

Yo no lo sé, Dios lo sabe;
Él no pide cuando quiere...
¡Qué puede ofrecer el ave
al destino que la hiere!

Aún mi ser su grito escucha,
cuando más y más se inquieta:
él es mi santo en la lucha,
él, mi dolor de poeta.

Yo jamás como esa noche
sentí dolor tan sin calma;
recién abrieron su broche
flores de sangre en mi alma.

Corrí, volé desde el lecho,
como el ave de su nido
cuando el sigiloso acecho
del cazador ha sentido.

Una luz medio indecisa
iluminaba la escena....

Yo me detuve de prisa,
partida el alma de pena.

Ví en la mesa un libro abierto,
cerca una cruz....grité: -- madre! —
— Hijo!....ya no existe! ha muerto! —
dijo, llorando, mi padre.

Mudo quedé, frío, inerte,
al ver sus yertos despojos....
¡Ay! para llorar su muerte
tuvo el alma tantos ojos!

Mi alma, la mártir triste,
que, embriagada con su llanto,
yo no sé cómo resiste
tanto negro desencanto.

Y es que embotada la frente,
sin la madre en nuestra vida,
ni el hondo pesar se siente,
ni duele la cruel herida.

....

Cuando en mis noches de sombra
mi pensamiento se inflama,
oigo una voz que me nombra,
siento un eco que me llama;

Y en mi dolor infinito,
dentro del alma desierta,
escucho algo como un grito,
y lloro á la madre muerta!

FLORES DEL AIRE

En las montañas de mi tierra nace,
parásita del tronco centenario,
una flor que se llama *flor del aire*,
porque lábranla brisas del verano.

No le arrulla al nacer bullente aurora
ni es amiga del aire de la noche;
no vive del carmín que pinta rosas,
ni del violeta de las otras flores.

No hay en su cáliz un dorado estambre
ni en su seno una gota de rocío,
ni filetes de luz bordan su traje,
ni tiene manchas, como el crespo *brinco*.

El blanco de la luz del pleno dia,
del sol diluido en el caliente rayo,
de sus pétalos suaves es la tinta,
color de beso de los lirios pálidos.

¡Cómo contrasta su blancura extrema
con las hojas, teñidas de esmeralda!
¡Si parece un recuerdo de inocencia
que dejara el amor á la esperanza!

No nace en el jardín, donde los lirios
y las magnolias se abren; brota sólo
en el *latar*, el bosque de los *timbos*
y el suelo en que serpea el *kiscaloro*.

Nace plebeya y en humilde cuna;
se bautiza en arrullos de la tórtola;
vive ansiando encontrar su sepultura
en el seno gentil de una pastora.

Cada una flor es urna de perfume,
como cada ilusión del nubil seno;
naturaleza abrupta de las cumbres
parece en ella transformada en beso.

Los mirtos y laureles de la selva
se volverán coronas y guirnaldas;
ella ha de ser el lauro del poeta,
que no ha nacido aún para cantarla.

De entonces abriráse para el bardo
y no para el pastor; para el Virgilio
que entone con acentos ignorados
penas y goces del agreste Títiro;

Para el poeta de cimbreos de águila,
émulo de las cumbres argentinas,
esclavo del dolor, de libres alas,
cóndor del arte que anidó en las cimas!

¡Ah! si venciendo al corazón, pudiera
volver idea á tanto sentimiento!
¡Si lo que late en mí no fuese arteria,
ó el corazón latiera en el cerebro!

¡Ah! ¡Si fuera el cantor de mis montañas
¡Si mis versos tuvieran su lenguaje!
¡Si al rumor de los himnos de la patria,
Coronaran mi sien *flores del aire!*

LA AUTOPSIA

Con el rubio cabello desflocado,
en aurea confusión, sobre la piedra;
el silencio pendiente de su boca
y el rastro de un adiós en su tristeza,

Yace la niña de celestes ojos
y dulce sonreir, por siempre muerta,
como beso caído en el sepulcro,
como amor, que olvidado se perdiera.

La mano de la muerte aún no ha borrado
sus perfiles de Venus Citerea,
su cincelada perfección de estatua,
las líneas de su seno de Lucrecia.

Todo en ella está igual; sus formas todas
la vida, resistiéndose cónserva,
cual si el arte inmortal latiese dentro
del corazón que para amar naciera.

Un cerco amoratado, una penumbra
azul, sus ojos, sin color, rodea;
lo blanco del cadáver sustituye
al carmín que en sus pómulos ardiera.

La rosa-fuego de colores vivos
en una noche se volvió camelia;
á la mujer sustituyó la estatua,
y al ángel de los cielos, la materia.

En su costado el bisturí punzante
clava el galeno, en aras de la ciencia;
la cuchilla en su seno se ejercita,
despedazando músculos y arterias.

Y comienza la autopsia del cadáver,
y el profesor atónito contempla
los miembros dispersados sobre el mármol,
ese brazo, ese cuello, esa cabeza.

La muerte no ha dejado un solo rastro
en esos miembros que no dan respuesta...
y el cadáver pregunta: — ¡ cómo existo ! —
¡ como el cadáver, muda está la ciencia !

En la expresión de la materia indaga
el profesor, que lo imposible encuentra:
para él nada dicen esos ojos,
ni el sonreir que helaran las tristezas.

— ¿ De qué murió ? — se interrogaba á solas.
El discípulo calla. La respuesta
no escuchan de esos ojos y esos labios,
que hablan más que el mutismo de la ciencia.

— *Murió de amor la desdichada Elvira,*—
en ese instante, de ansiedad suprema,
pasó leyendo por los viejos claustros
en un libro de versos, el poeta.

Discípulo y maestro se miraron
atónitos los dos...
Sobre la mesa
no están los miembros del cadáver frío...
¡ Alguien llevó los restos de la muerta !

....
....
Yo conozco una tumba solitaria
y he visto verter lágrimas sobre ella...

CELOS SALVAJES

I

Amira hermosa del león cuidaba,
y la indomable fiera
atenta la escuchaba,
agitando la ondeada cabellera
y revolviendo los hundidos ojos,
ó doblando la indómita rodilla,
cual si cayera ante sus piés de hinojos.

Era en el circo, Amira, la zagala
de eburneas formas y oriental origen,
quien con débil cadena,
de su audacia y valor haciendo gala,
al palmotear del público anhelante
aparecía en la espaciosa arena
con el león selvático, jadeante.

La música festiva
estallaba al concluir el palmoteo
del público entusiasta,
á quien la dulce acróbata cautiva;
y el león, obediente á su deseo,
con viva inteligencia,
dando saltos, danzaba,
sin perder un compás ni una cadencia.

Un movimiento altivo de cabeza,
un gesto rudo, un signo, una palabra,
de los labios de Amira,
domaban la altiveza

del león africano,
sin que estallara en su rugir la ira,
ni la potente garra
ensañara contra ella su fiereza.

Al revés: parecía
amante y dócil niño,
que á la orden materna respondía
con muestras inefables de cariño,
ora viéndola audaz, pero anhelante,
ora bajando los inquietos ojos
como novel amante
que ante su amor se llena de sonrojos,
ó lamiendo la tierra que pisaba
su breve pié, tan ágil en la danza,
cuando en los brazos del león volteaba
en accidente rápido y variado,
haciéndose acreedora á la alabanza.

El público entusiasta
aplaudía sin freno á la pareja,
hasta un momento en que afanoso deja
el aplauso febril, gritando: — ¡ basta ! —
porque el león jadeante,
á veces á la acróbata veía
torvo y amenazante,
cual si anhelara en su ansiedad de fiera
hacer de ella la víctima inocente,
desgarrándola el seno,
incitante al placer de quien lo viera
á los deleites del amor ajeno.

A una estudiada seña
el león saltaba de ansiedad perdido,
y al contemplar el ceño de su dueña,
agitando la cola,
dócil, como quien oye al que reclama,
cuitoso se acercaba, mudo, inquieto,
con los ojos chispeantes como llama
y el deleite callado del secreto;
y seguía con ella,

tras estruendoso vocerío, lento,
sin apartarse un punto de su huella,
indiferente al público
y á los caprichos de su dueña, atento.

Recién entonces, y con tardo paso,
haciendo muecas y brindando risas,
asomaba el payaso.

Al concluir, el león era encerrado
en un sótano obscuro;
é inquieto, arrebatado
cuando Amira salía,
temblar hacía el carcomido muro,
ó agitaba encrespado,
de la ventana los macizos hierros
que prevenían la rapaz sorpresa,
cual si quisiera, en su soberbia loca,
hacer de Amira la incitante presa
del hambre inextinguible de su boca.

Era entonces tan grande su bravura
y enojoso su ceño,
mezcla de ira y de amarga desventura,
que ni su bravo dueño,
acertaba á retar al león cautivo,
en su dolor tan triste como altivo...

El corazón ausente,
no de otro modo, de ansiedad desecho,
el ostracismo de la amada llora
si el aguijón de los recuerdos siente
en el fondo sombrío de su pecho.

Para calmar las ansias de su fiebre,
en la explosión tremenda de su ira,
era preciso que otra vez volviera
el grato acento á percibir de Amira
y los encantos de su rostro viera.

¿Por qué lloraba el alma,
sin vida, sin aliento,

como perdida en el letal mutismo
de un triste pensamiento
con los vértigos todos del abismo?
¿Por qué lloraba la insaciable fiera,
que bebe en el festín de carne viva
la roja sangre que la herida vierte,
cuando bajo la garra
los fríos miembros con afán desgarra
de la víctima inerte?...
¿Qué secreto penar la consumía,
que sólo viendo á la gallarda acróbata
vibraba en su mirada la alegría?...
¿Por qué en las horas del insomnio triste,
de la apacible luna á los reflejos,
á dormir su pupila se resiste?...

De aquel león á veces se creería
que de humano tuviera,
en sus momentos de angustiosa calma,
ese fuego que aviva ó desespera
al corazón ó al alma!...
Tanto puede el dolor en su acechanza
que hasta al pecho insensible de una fiera
toda la hiel de su rigor alcanza!
¡O eres, tal vez, amor! ¡Amor del hombre!
que hasta en el bruto enciendes la esperanza,
para borrar después hasta su nombre?...

II

Muchos días pasaron: llegó un día
en que á la dulce joven,
por voluntad de Dios ó del demonio,
sucedió lo que á todas las mujeres:
á un galán dió su mano en matrimonio,
seducida por lúbricos placeres.
Era de tarde: la gentil pareja

con el buen cura del agreste pueblo,
por estrecha calleja,
entre la *turba multa*,
hacia el templo su paso dirigía,
la novia siempre á su mirada, oculta.

Con blancos tules que arrastraba airosa,
y la gallarda sien ciñendo flores,
Amira, parecía
la encarnación humana y voluptuosa
del sueño embriagador de sus amores.

Como cruzaran á la opuesta acera
que del circo á la puerta conducía,
con ansia viva suplicó la novia
dar el ¡adiós! al circo y á la fiera.
Hacía breve rato
que llegar la sentía el león cautivo,
por instintivo olfato,
y sin cesar lloraba el duro hierro
que su salvaje libertad coartaba
en el suplicio atroz de su destierro;
cuando, por fin, se levantó anhelante,
y moviendo la indómita cabeza,
llegóse á la ventana
á contemplar á la pareja amante.
Sus ojos se velaron de tristeza,
de vergüenza su rostro amenazante,
y algo del siniestro de un demente
en sus horas de rabia
se dibujó en su frente!

Amira penetró con ligereza,
dejando al novio, hasta el recinto obscuro
más afable que nunca
con apuesta y gallarda gentileza.
El león la miró como suspenso,
ante su dulce encanto fascinado,
cuando cayó á sus plantas, prosternado,
como el amante con dolor intenso
pide tregua al desdén del ser amado.

Algo, no obstante, como negra duda,
traducida en enojos,
se notó de la fiera enamorada
en el ardiente foco de sus ojos.

¡Adiós! le dijo, ¡adiós! al irse, Amira;
y, agitando el león su cabellera,
separose un instante; é irguiose altivo,
con soberbio ademán, despecho é ira
el mísero cautivo,
cual si en su corazón, ebrio de anhelos,
estallara terrible, amenazante,
la tempestad terrible de los celos!

Helada quedó Amira, y en su frente
las huellas del pavor se dibujaron,
y, muda en su sorpresa,
miró al audaz león que acariciaba,
ebrio de sangre, en su festín, la presa.

Todo lo vió el doncel enamorado,
y en aquel duro trance de la suerte,
en su cerebro helado,
sintió como una ráfaga de muerte.
—¡Amira! murmuró desde la reja,
con voz entrecortada, el labio inerte,
tras mezcla de pavor y amarga queja,
cuando estalló con explosión de rabia
el bramido del hijo del desierto,
airado, retumbante,
como suena en los cóncavos vacíos
la tempestad tonante!

Hubo un momento de ansiedad sombría,
hasta que un grito femenil se escucha
y el eco del dolor y la agonía
tras el clamor confuso de una lucha.

El joven, sin aliento,
bajó de nuevo la mirada ansiosa,
y tendida en el tosco pavimento
miró á su Amira, como nunca hermosa,

ensangrentada y yerta
entre las garras del león hambriento,
que rasgaba su blanca vestidura
los azahares quitando á su cabeza,
símbolos de candor y de pureza;
y cuando ya todo su amor apura
al amante infeliz, sin esperanza,
á recoger siquiera aquel cadáver,
el león le provoca á la venganza
con un rugido que retaba á duelo,
mientras ardían en sus huecas órbitas
los fieros ojos del salvaje Otelo!!

CANTAR

Me siento triste, muy triste,
y me entrego á la armonía;
ya mi voz no se resiste:
¡que venga la lira mía!

Que venga y con sus rumores
dé expansión á mi quebranto;
que naufraguen mis dolores
en las ondas de algún canto;

Que con sus ritmos de fuego
me levante á otras regiones,
que ponga alas á mi ruego,
dé horizonte á mis canciones.

Quiero cantar con voz suave
mis penas, jamás en calma;
quiero exhalar, como el ave,
en mis estrofas, el alma.

¡Cantar! ¡cantar! ¿quién no canta
en la estación de las flores,
si cantando se levanta
la ilusión de entre dolores?

Canta en el bosque la rama,
el aire canta en las hojas,
y en sus murmurios derrama
cada ola sus congojas.

Canta, sonriendo, la aurora,
canta, vibrando, la lira,
canta el ave cuando llora,
canta el cisne cuando expira.

—¡Cantar! ¡cantar!—es el lema
del pecho ahogado en llanto:
el amor es un poema
y cada beso es un canto.

Cantar es alzar el vuelo
del abismo hacia la altura;
cantar es trepar al cielo,
rasgando la noche obscura.

Por eso canto al sonoro
raudal de mis expansiones;
por eso canto, si lloro
mis perdidas ilusiones.

—¡Ven! y juntos levantemos
nuestra cántiga amorosa,
y sobre ella nos alcemos
con alas de mariposa.

Cantemos en dulce calma
á los ritmos de la lira:
tengamos por tema, el alma,
por estrofas, lo que inspira.

Y si algún día la suerte
nos dice ¡adiós! al oído,
hagamos oda á la muerte
en el arpa del olvido!

EL INDIO

I

Por la tarde está sentado
junto al rio, siempre á solas,
viendo cual pasan sus olas
con algo que murmurar,
el indio triste y enfermo,
esclavo de su destino,
á quien venció el argentino
en los toldos de su hogar.

Esta patria no es su patria;
ni la ama ni la comprende,
ni la escucha, ni la entiende
en su destierro sin fín.
Cuanto se le llega es sombra,
cuanto respira, veneno:
¡ él creció estrujando el seno
de la Pampa sin confín !

El ansía cielo libre,
mundo abierto al horizonte,
llano sin arbol ni monte,
amplitud de corazón.
Al dar límites al mundo
las cumbres llenas de hielo,
ve en los pedazos de cielo
mendrugos á su ambición.

Miedo le causa la sierra
con el bramar de sus vientos,
y escucha como lamentos
en los ayes del *chircal.*
Tímido y supersticioso,
cuanto es del bosque le pasma,
y hasta cree que es un fantasma
la sombra del *biscotal.*

Es que en su pampa sin bosques
menudo trebol florece,
y un arbol tan sólo crece
de trecho en trecho, el ombú;
y es que entregado al mutismo,
no hay más acentos allá
que los gritos del *chajá*
y el silbido del *ñandú.*

Si absorto al cóndor contempla
es que envidia su destino:
libre es el cóndor andino,
como el indio en su corcel;
ó es que al verle volar tanto,
imagina el prisionero
que el cóndor es mensajero
de algún recuerdo para él.

Tan sólo de tarde en tarde
doma el indio su tristeza,
hiergue altivo la cabeza,
sacude su laxitud:
y es cuando escucha á lo lejos
bramar la nube irritada
y ver que llega arrastrada
por torbellinos del sud.

¡Cómo se crispan sus nervios
si el huracán llega y pasa,
troncha los *molles*, arrasa
cuanto encuentra, de raiz,

y tala, y siega, y destruye,
y cual muertos por hileras
en la batalla, en las eras
deja tendido al maiz!

Es lo único que le habla,
en su salvaje alarido,
del hogar donde ha nacido,
de la pampa en donde amó.
Es lo único que llega,
de la patria al extranjero,
el plumaje del *pampero*,
que en la cuna le arrulló.

¡Ah! por eso vive triste
el indio enfermo y sombrío,
el que á la orilla del rio
siente impulsos de llorar;
el que en la tarde se sienta,
meditabundo y á solas,
á ver cual pasan las olas
con algo que murmurar.

II

Hace ya más de dos años
que arrastra esa vida triste
aquella alma, que se viste
con el luto del pesar.
Hace mucho, mucho tiempo
que se siente desgraciado
aquel cóndor enjaulado,
que aún no ha aprendido á llorar.

Pero el indio sufre y odia...
el indio sufre y se calla;
es la flecha en la batalla
que muerde muda y cruel.

No! no! que no escape un eco:
el indio se avergonzara
si con su llanto mojara
una tierra que no es de él!

Es un volcán aplastado,
nieve mezclada con fuego,
grito de rabia, sin ruego,
cadáver sin ataúd.
Es el viento encadenado,
la pampa sin horizontes,
llano convertido en montes,
extensión sin plenitud.

El silencio concentrado
es su copa de amargura;
por eso el indio la apura
hora á hora, sin cesar.
Muda, su patria ha caído,
sus hijos, mudos, han muerto;
ni un ¡ay! exhaló el desierto:
¡el indio no ha de llorar!

¿No es esclavo?... pues entonces
que le atormente su pena,
que pese más su cadena
en el pie, ó el corazón;
que cada hora que pase
hierro sea, y cada día
á esa su cadena impía
añada un nuevo eslabón.

Y que sólo su destino
la cruel cadena desate,
y del mundo le arrebate
para olvidar y morir.
Si su pie, sujeto al yugo,
en el desierto no estampa
el venado de la pampa,
¿para qué quiere vivir?

¡ Ah ! si fuera dado al indio
concentrar sus desengaños,
hacer horas de los años
que le faltan que llorar,
y decir ¡ adiós ! al rio,
y no volver más á solas
á ver cual pasan sus olas
con algo que murmurar !

III

Hace mucho, mucho tiempo
que el indio triste y sombrío
rinde su vida al hastío,
hunde en sombras su razón.
No bebe el aire del cielo,
no entra sol á su alma inerte,
y los dedos de la muerte
le estrujan el corazón.

Suena lo negro en su cráneo,
la sombra en su oído zumba,
voces extrañas de tumba
salpican su soledad.
Ya no le llama el desierto ;
¡ adiós ! la pampa le dice,
y hasta, á veces, le maldice
en sueños, su libertad.

Tronco enfermo, ya se quiebra...
En el árbol carcomido
no hay ave que teja nido,
ni cante, siquiera, en él.
Peña en que duerme, el abismo,
ni el cóndor se posa en ella,
y sólo estampa su huella
la muerte fiera y cruël.

— Indio, murmuré yo un día,
ven y dime lo que sientes.
Abrió el labio, y por sus dientes
una frase rastreó.
Indio, mírame, que te hablo,
le dije en acerbo tono,
y el salvaje, sin encono,
de soslayo me miró.

Y luego no más sus ojos
en la tierra se clavaron
y en sus órbitas brillaron
con siniestro resplandor.
— Indio, qué sientes, responde;
dime qué mal te hemos hecho.
Quiso hablar, pero en su pecho
ahogó la frase el dolor.

— ¿Te acobarda la faena?
pues tarea más sencilla
tendrás desde hoy en la trilla. —
Su silencio fué tenaz.
— ¿Estás enfermo?.. tu amigo
yo soy, indio. En su semblante
mostró el alma agonizante
la descolorida faz.

Sordo siempre á mi reclamo,
guardó su letal mutismo;
y si algo dijo, á sí mismo,
sin decir, se contestó.
De su angustia comprimida,
que vencer á su alma pudo,
testigo franco, aunque mudo,
fué un suspiro que exhaló.

Comprendo el origen, indio,
de tu negra pesadumbre:
quieres sol, espacio, lumbre
y una pampa en derredor.

¡Ah! sé bien que es lo que ansía,
esa masa de tormenta...
trueno ahogado, ya revienta
en mil rayos de dolor.

—Indio, ven, quiero que vuelvas
á ser hijo del desierto;
vete, aunque tu raza ha muerto,
á vivir como el *ñandú*.
Eso quería... lo dijo
su semblante macilento,
tan triste como el lamento
que al cantar lanza el *urú*.

—Vete, vete, cruza el monte,—
dije, y al indio enseñando
un caballo, fué volando,
y de un salto lo trepó.
Lanzó luego un alarido
feroz, salvaje, imponente,
voz de la pampa inconsciente
que en las sierras se estrelló!

Dió vuelta el corcel alípedo,
y un relincho agudo oyese
luego que al ginete viose
sobre su grupa trepar.
En el caballo montado,
sin bridas, partió ligero,
cual si un soplo de pampero
lo forzara á galopar.

Sólo oí, cuando partía
á la carrera lanzado,
que me dijo, consternado,
—*¡Cristiano amigo, eres tú!*—
Y al cruzar la enhiesta cumbre,
de su expansión infinita,
la alegre, indómita grita
repitiendo: *¡Ahú! ¡ahú!*

Ave errante del desierto,
va á buscar lejos su nido,
donde un *ombú* se alza erguido
entre un verde y amplio mar,
mientras corre, y siempre corre,
el rio que deja á solas,
y cuyas parleras olas
tienen mucho que contar.

PRIMAVERA Y AMOR

Agitando el ramaje
de los jardines
sollozaban las brisas
entre jazmines,
y de la loma
lloraba entre los sauces
una paloma.
Dijo el ave á la brisa:
—¿quién esas flores,
aura sútil, te ha dado
para que llores?
y ¿quién de esencias
llenó tus blandas ondas
y de cadencias?
Y contestó la brisa
de la pradera:
—la reina de las flores,
la Primavera.
—Y á tí, avecilla,
¿quién dió á tu lira de oro
nota sencilla?
¿Quién puso en tu garganta
suave gorgeo,
más dulce que los cantos
del Himeneo?
¿Quién te dió nido,
con gajos de laureles
entretejido?

Y al desplegar la noche
su leve tul,
y al morir el postrero
rayo de luz,
con tierna voz
dijo, al volar, el ave:
—¡Brisa, el Amor!

PRO ISCHIA [1]

I

Como deidad sonámbula
en la noche tranquila y misteriosa,
cuando duerme el ruido en la pradera,
la luna resbalaba, silenciosa,
derramando su oleaje
en la azulada esfera;
y del amplio y tupido cortinaje,
como colgadas lámparas, los astros
iluminaban la creación entera.

El golfo turbulento,
que de Nápoles besa las riberas,
al compás de canciones plañideras,
callado, soñoliento,
al fulgor de radiantes aureolas
reposaba en su lecho de corales,
semejando, rizado por el viento,
sonoro mar de luminosas olas.

Y en la tierra, el gigante de granito
que vela el continente
y abrió á su pié la tumba de Herculano,
airado siempre, y con salvaje grito,
lanzaba el fuego de su seno hirviente,
donde, al compás del golpeado yunque,
grita y brama la estirpe de Vulcano.

1 Composición leída en una Velada literaria (1881).

II

Escuchando la nota peregrina
del harpa del poeta,
se extasiaba la Ondina
del soñoliento mar napolitano,
sin escuchar, al arte abandonada,
ni el rumor del océano
ni el temblar de la tierra encabritada.

¡Siempre el misterio! siempre,
cuando fermenta el negro cataclismo
que sorbe mares y devora mundos
revolviendo el abismo;
y siempre la quietud, siempre la calma
al corazón y al pensamiento inundan
en las luchas del alma con el alma!

Por fin bate sus alas la tormenta,
revienta despeñado el trueno horrísono,
y en la espantosa confusión, la tumba
abre su fauce hambrienta
para tragar los últimos escombros
del mundo que á su borde se derrumba!

III

Fué la hora: y el piélago profundo,
al salvaje alarido del Vesubio,
contestó revolcándose,
herido, furibundo,
con un grito de guerra,
y se lanzó con el fragor del caos
á luchar brazo á brazo con la tierra!

¡Tremenda fué la lid! Hondo rugido
brotó del pecho del abismo hirviente.
El mar, el mar erguido

y el volcán, agitando su melena
de iras de fuego en el callado ambiente,
sacudieron las fibras
del yerto corazón del continente!

En medio de la lucha soberana,
como ebrio vacilante,
Ischia, la dulce náyade italiana,
ya se alzaba y caía,
hasta rodar, sangrienta, agonizante,
á los senos del mar, que enfurecía.

La pirámide, el mármol de la historia,
las torres, el palacio, el monumento,
testigo inerte de pasada gloria,
la rústica morada, vacilaron
de pie sobre el rasgado pavimento,
y al trueno del volcán se desplomaron.

Todo rodó, vertiginoso ó lento,
todo rodó al abismo....
Surgió la muerte, y su pendón sangriento
desplegó entre el horrendo cataclismo.
Rebosante de júbilo,
tendió la nada funerales velos
sobre la abierta tumba;
mientras arriba, los azules cielos,
reflejando su manto,
de sus pupilas de oro
vertían triste y abundoso llanto.

Y huyó la noche, y descendió la aurora,
que con tintas de estrellas
los horizontes dora:
y al desplegar sus galas,
vislumbró á los inciertos resplandores,
que las magnolias que en la tierra esparce
fueron por esa vez como las flores
que derrama el amante en el sepulcro,
que arrebata por siempre
la visión celestial de sus amores!

IV

¡Qué fué de tí! gentil, gallarda ondina,
que en las noches serenas,
mientras soñaba el mundo
reclinado en su lecho de neblina,
cantabas en la lira de los mares
al compás de tus coros de sirenas!

¡Ay de los muertos, que en silencio duermen!
Sólo se oye á la puerta de la tumba
un grito de estupor, que al cielo avanza,
el rumor de plegarias por besarse,
el eco del amor, que se derrumba,
y el ruido de unas olas, que se alejan
con la ilusión que engendra la esperanza!

¡Qué fué de tí! gentil, gallarda ondina....
Caiste al eco de infernal trompeta,
como cayeron los profanos muros
á la voz estridente del profeta!

En hombros del atleta del progreso,
del porvenir al sonoroso beso,
de nuevo te alzarás, hija de Apolo
y Venus Citerea,
que es un dón de los pueblos varoniles
renacer con el soplo de la idea!
....

¡Italia! ¡madre de la luz y el genio!
al rodar, turbulenta,
la mole colosal del mar Atlante
y besar las riberas argentinas,
arena de las luchas del progreso,
remeda de Ischia el eco sollozante;
y hermanas en el luto y en la gloria,
te llevará el acento adolorido
que sellará en los siglos ese lazo
que hace eternos los pueblos en la historia!

EN LA ALDEA

Ya torno á tu seno, aldea,
en el rigor del estío;
ya contemplo tus casitas,
la torre, el molino, el rio.

Miro allí verdes sembrados,
huertos de frutos opimos,
y los viñedos, que crujen
al peso de los racimos.

Todo está igual, no ha cambiado;
siempre el mismo panorama:
el nido cuelga del arbol,
el ave al ave reclama.

Allí una aldeana veo,
que va por agreste ruta
conduciendo en la cabeza
la cesta llena de fruta.

Más allá, dos labradores
que tornan de la faena,
siempre alegres y cantando
sin rigor, afán ó pena.

Y por la falda del cerro
el pastor va tras la oveja,
y la trepadora cabra,
y los bueyes con su reja.

Aquella casita blanca
es mi albergue veraniego:
ella el contento me brinda,
y la calma y el sosiego.

Y más allá veo un grupo,
que hacia mí su paso apura:
uno, dos y tres paisanos
y mi buen amigo, el cura.

A tiempo, á tiempo he llegado,
cuando llora la *chicharra,*
y mezcla su agudo silbo
con el ay! de la guitarra;

O se mezcla á los balidos
del ternero, en la montaña,
el eco lejano y triste
de suave flauta de caña.

Suena la señal...silencio!
descubramos la cabeza...
y á la vez los corazones:
¡es la oración, y se reza!
....

Ya estoy en tu suelo, aldea,
en el rigor del estío,
ya contemplo tus casitas,
la torre, el molino, el rio.

EN LA SOLEDAD

Mejor se vive así! Solo y aislado
en mi desierta alcoba paso el día,
exhumando en la tumba del pasado
sueños extintos de la mente mía.

Mejor se vive así! lejos de todo,
sumergido en glacial indiferencia,
ajeno á las pasiones y su lodo,
limpio de corazón y de conciencia.

Lejos del hombre que me causa hastío
con su ansiedad perpetua de fortuna,
abrazo mi razón á mi albedrío,
como á gemelos en la misma cuna.

A la ambición mi espíritu se cierra;
ningún afán empaña mi memoria;
soy un pobre mendigo de la tierra
que busca los harapos de la gloria.

En esta soledad en que me encuentro
no tengo ni siquiera un solo amigo;
en mi ser me confundo y reconcentro,
y ni odio, ni pasión, ni amor abrigo.

Hombres! ya me cansó vuestra miseria;
el sayal que vestís es de mendigo;
y en el sagrado templo y en la feria
enseñais, como el réprobo, el castigo.

Si llegais hasta mí con vano intento,
como Alejandro, con laurel y palma,
yo os demando mi sol, el pensamiento,
y me convierto en Diógenes del alma!

Dejadme solitario!... Yo no busco
la azarosa inquietud de vuestra gloria;
con vuestro fatuo brillo no me ofusco,
porque es fosforecencia de la escoria!

Yo quiero el ideal, que mi alma adora;
quiero la luz que al corazón no alcanza;
un rayo sólo de la eterna aurora,
y un reflejo del sol de la esperanza.

Ansío levantar mi pensamiento
con las alas del águila altanera...
algo hay dentro de mí que infunde aliento,
pero hay algo, también, que desespera!

Busco en los libros de los grandes sabios
algo con qué aplacar mi sed ardiente;
siquiera inspiración para mis labios
y ondas de luz para bañar mi frente.

Dante, ciego, me lleva hasta su *Infierno;*
Byron me dá á beber su copa, mudo;
y mientras Calderón me alza á lo eterno,
me enseña Shakespeare á dudar, y dudo!...

Milton, con fé profunda á Dios bendice,
Hugo, al monte inmortal del sacrificio,
mientras Voltaire, sarcástico maldice,
y Alfredo de Musset me arrastra al vicio!

Me dicen los filósofos: — adora! —
y los sabios: — no existe la conciencia! —
uno me grita: — rie! — el otro: — llora! —
¡Heráclito y Demócrito es la ciencia!

— Hay un Dios! hay un Dios! — aquel arguye
que lleva al hombre por celeste ruta; —

y Darwin, con sus huesos, reconstruye
el esqueleto de la bestia hirsuta!

¿Dónde está la verdad? Es loco empeño
buscar astros de arriba en el abismo;
saber, siquiera, que existir no es sueño,
si hasta duda la duda de sí mismo.

Hombres! sois el juguete de la suerte,
que deja al ideal del alma exhausto:
Hamlet oye á un espectro de la muerte,
y al mismo Satanás invoca Fausto!

Y yo te invoco á ti! profana ciencia;
y en vez de hacer Goliat al pensamiento,
vuelves pigmeo vil á la conciencia,
y toda mi esperanza das al viento.

Lejos de mí el veneno de tus hojas,
libro que niegas lo ideal, lo eterno;
libro de fé, que abismas y acongojas,
añadiendo un infierno á tanto infierno!

La Inquisición reviva! sí, reviva!
de Torquemada cruel; y á sus fulgores
la verdad salve de la llama viva,
y en carbón se conviertan los errores!

Yo, en tanto, abjuraré de toda creencia,
purgaré mis delitos uno á uno,
si es delito aspirar la humana ciencia,
si delincuente fué Jordano Bruno!

Más ¿qué digo?... ¡Te nombro en mis enojos
institución del crímen, sin castigo!...
¡La sombra de Guzmán ante mis ojos!...
¡Santo, vuelve á tu altar!... yo te maldigo!...

NOCTURNO

Yo soy un eco que hora tras hora
nace en las ruinas de la pasión;
yo soy un ave que triste llora,
cuando en la aurora,
sonríe el sol.

Hay otras aves que tienen nido,
que tienen ramas, donde cantar;
yo sólo lloro mi bien perdido
con el gemido
de la orfandad.

Vago en el mundo, como el *Errante,*
sin saber cómo ni adónde voy;
marcho al impulso del pecho amante,
voy, como Dante,
de un alma en pos.

Busco el infierno, después el cielo,
las rojas llamas, la suave luz;
de mundo en mundo, de vuelo en vuelo,
vaga mi anhelo
donde vas tú.

Te llama el eco de mis canciones,
te invoca el himno de mi dolor;
y tú agigantas mis decepciones,
y haces girones
de mi ilusión.

Yo ya no tengo fuerza ni aliento,
ya dejo al alma desfallecer;
y en mis insomnios llorando siento
mi pensamiento
como al ciprés.

Mis esperanzas se han vuelto escorias,
humo de tardes nuestra pasión;
no quiero triunfos, no quiero glorias .
dulces memorias:
adiós! adiós!

Sombra y tristeza, tiende tu manto;
madre del sueño, guarda tu luz;
genio del arpa, dame tu canto,
mezclado al llanto
de mi laud.

En el misterio me reconcentro,
ya canta un ave, suena un rumor....
De nuevo el dia!...salgo á tu encuentro,
la noche dentro
y fuera el sol!

IDILIO

Revolviendo, curioso, una mañana
unos viejos y ajados pergaminos,
que servían de pasto á la polilla,
me dí con estos versos, y adueñéme
de ellos al punto, porque sí, lectores,
al ver que en viejas páginas aún vive
un amor de otro tiempo y otros años,
cuando se amaba con pasión profunda,
y se creía en Pablo y en Virginia,
y en Julieta y Romeo, novelescas
creaciones hoy de bardos importunos,
engendros de raquíticas pasiones,
que ilumina un instante la neurosis,
colora la demencia y nunca el genio
los labra, los cincela ó los retoca.

Al entregarlos á una vida nueva,
no trates de indagar, lector curioso,
de qué labio escaparan estos ayes,
ni qué laud esta íntima elegía
al aire diese, como el cisne el canto.
Sea un misterio del autor el nombre,
y que otro lo revele; pero calle
el labio mio ante el dolor ajeno.
No quiero que por mí comprenda el mundo
lo que nació, tal vez, para el olvido:
cenizas de un amor que ya no existe,
lágrimas secas de algún pobre bardo,
idilio de las grietas de su tumba.

I

Como la tinta de la aurora vive
en el rojo capullo de las flores,
la armonía en el pico nervioso,
el idilio en las yerbas de los campos
y el rumor en el alma de la ola;
cual la gloria en la oliva del poeta,
la esperanza en el verde; en lo celeste
lo vago, indefinido, incomprensible;
la pasión en el ánfora del pecho,
la ilusión en las sienes de las niñas
y el ósculo en la boca de quince años,
vive en el fondo de mi ser, oculto,
ese primer amor, amor de abismo,
con la atracción del vértigo en su fondo,
enredado á la martir de mi alma,
como la yedra á la columna rota,
como el *corpus* al gajo de los molles.

II

Ni el hielo de los años; ni el ardiente
soplo de la pasión de otras caricias;
ni el raudal torrentoso de mis penas,
que al inundar mi corazón llevose,
en los tumbos de espuma de su oleaje
sus quiméricos sueños de otras horas:
ni el olvido, que borra lo pasado
hasta con ambas manos del recuerdo,
de mi ser han podido arrebatarte
¡oh mi amor, ya finado! ¡oh mi reliquia
de la virgen que amé! dulce preludio
de mis dichas de ayer, que de ultratumba
vibrando llegas hasta mí en las ondas
del rio sin rumor de la distancia
Aún te siento arder; aún te veo,

fruto colgado de la rama endeble
que el cierzo del dolor no ha desprendido;
te miro aún en actitud llorosa,
inclinada la frente, donde el labio
arrebatado se posara y loco,
las manos juntas en el seno impuro,
donde amor se embriagara tantas veces;
aún te veo, insomnio de la carne,
de pie, sobre el sepulcro de mis dichas,
como al ángel de mármol de las tumbas,
inmóvil, triste, misterioso, mudo!

III

Mujer ó virgen, ángel ó demonio...
eterna soledad de mi pecado,
carne de mis memorias y recuerdos:
¡cuándo podré arrancarte de mi alma,
y ahogarte en el torrente de mis noches,
y arrastrarte, cadáver insepulto,
amortajado en sábanas de espuma,
hasta la playa del eterno olvido!

IV

Contaba yo veinte años y ella quince;
yo en la ciudad vivía, ella en el campo;
estudiante era yo, y ella pastora.
Nos conocimos, ni sé cómo, un dia:
ella vióme al pasar, y yo los ojos
hacia ella volví...
Quiso el destino
que las miradas de los dos, se uniesen,
cual dos rayos dispersos, en un rayo,
cual dos sonidos en un solo acorde,
cual dos torrentes en un solo rio,
cual dos besos de amor en uno, ardiente,

cual nuestras almas, luego, en una sola.
¡Ay! vale más que nunca contemplara
su faz de artista, irradiación de un himno!...
La conocí para llorar, tan sólo!
Y aunque con arte seductor, el bardo
nos diga, iluso, que «la vida es sueño»,
yo, al recordar de esa mirada hiriente
como la hoja del puñal, me digo:
— sueño las dichas podrán ser, y humo,
pero el dolor jamás!...

V

La primavera
de túnicas de oro y esmeralda,
vestía al árbol de capullos rojos,
azules flores ó botones blancos.
Aguardaban la hoz las rubias mieses;
Ceres hinchaba del maiz el grano
que el *choclo* da; la abeja en los capullos
alzaba el polen y la miel bebía;
la lujuriante vid frescos retoños
daba en la noche al tornasol racimo;
la brisa matinal entre los sauces,
cubiertos de verdor, tejía estrofas;
á la oveja seguía el corderillo,
y el trebol se reía de su gula;
la vaina amarilleaba, y el *collullo,*
en el añoso algarrobal posado,
de fermentada *alhoja* el nuncio era;
horadaba el *cardón* el *carpintero;*
implume la calandria, aún, medía
el verso pastoril de su garganta;
alzaban los zorzales en su pico
los gajos secos del coposo *molle*;
el monte sacudiéndose de pronto,
arrojaba la nieve de sus cumbres
y de su espalda el ribombante trueno;
el cielo, ya sin nieblas, limpio y puro,

cargaba el tinte de su azul-violeta,
y la luz derramábase á torrentes,
en cascadas de pristinos diamantes,
de las jícaras de oro de los astros.
Como engarzada al ritmo, vive el alma;
el idilio, en el seno y en el nido,
junta frases de amor y de poesía;
la nota se hace luz, y la luz nota,
y luz y beso forman un acorde
que ilumina y que suena, al mismo tiempo.

VI.

¡Ay! quiso Dios, para mi mal y el suyo,
que en la dulce estación de los amores
la conociera yo, sin saber cómo,
y que sus ojos y los ojos mios,
como intérpretes mudos de un lenguaje
que habla el alma, sin labios, se dijeran
lo que no puede repetir la frase:
voz sin sonido, que al sonar se escucha,
idioma nada más que el alma entiende
por instinto, quizá ...
Yo no comprendo
cómo nació este amor.

VII

Era una noche,
de aquellas noches en que se abre el alma
como una *pasionaria* de los campos.
Las diez serían, y la humilde aldea
del rústico pastor al pié del cerro,
dormía, como el hombre y como el bruto.
El fogón en el rancho está extinguido;
la escasa luz de la bujía muere;
el rumiar de la oveja en los corrales

percíbese en las sendas. El collullo
y el grillo y la *chicharra*, con sus largos
y nocturnales ecos de tiniebla,
espesar parecían más la sombra.
Pero allá, á la distancia, puede oirse
de unas seis cuerdas el agreste acento,
y hasta una voz humana que se une
al rasguido melódico que se oye.
Esos acentos sírvanme de guía,
que su rumor, más que un llamado, es orden,
imperativo son, que al alma enferma
como un imán atrae, y así la adhiere.
¡Es la guitarra nacional, el dulce,
melódico laud de nuestros campos,
en cuyas cuerdas vibra, temblorosa,
el alma del cantor de la montaña,
suave, como las mieles del Himeto,
y blando cual las ondas de Aretusa,
á cuyos sones el laud del Tibre
y del Cefiso callan, ruborosos!
La senda sombreada me condujo
al rancho del cantor, hogar sencillo
de la gentil pastora. En él estaba
la niña de quince años, cuya imagen
pendía de mi alma, cual la hoja
de endeble gajo, ó de la rama el fruto.
Al llegar la miré: de sus pupilas
un torrente de rayos desprendióse,
que me bañó con singular ternura.
Mi Graciella sencilla, mi aldeana,
de agreste *cueca* terminó los aires.
El aguardiente de las patrias vides,
zumo de la uva tornasol, en jarros
de roja greda, circulaba al punto.
El serrano cantor las cuerdas pulsa
del nativo y melódico instrumento,
y al vibrar la bordona, vierte en ayes,
con voz trémula, al par que adolorida,
esa poesía del sentir, que canta
llorando desengaños, si recuerda
que sembró una esperanza y un olvido
brotó de esa esperanza ... ¡Cómo mueren

los cantares sencillos de la patria,
cuando la voz del trovador amante
viste de traje campesino al verso!
Los más puros afectos encontrados;
el amor y el olvido; lo que inspira
y hace doler el alma; la ternura
ligada á la pasión; el quejumbroso
y blando murmurar de oculta pena;
el sollozo de una íntima congoja;
el roedor recuerdo; la esperanza
muerta de desengaños; el acerbo
y agrio tono de un amor perdido;
el ¡ay! desgarrador de un imposible,
arrullos de la tórtola mezclados
al lamento de fiera que está herida:
todo en la voz del trovador agreste
se vuelve llanto, imprecación ó queja!
Al rancho penetré; la ví, me atrajo
con mágico secreto. Yo no olvido
lo que pasó en mi alma aquella noche,
lo que en mi ser latió, arteria ó fibra.
Cuando la ví, esquiva y ruborosa,
responderme con voz entrecortada
y decirme —¡te amo!— con los ojos,
y callar con los labios; cuando al lado
suyo, cerca, muy cerca, juntos casi,
sentí su aliento fatigoso y debil;
cuando el licor chispeante surgir hizo
lascivos pensamientos al cerebro,
y volvió niño al corazón prudente
y dió voz al silencio de la boca,
muchas cosas la dije... muchas, muchas,
con la ingénua franqueza del beodo!
Y ¿quién no la diría, si la viese?...
Verdes eran sus ojos y espresivos
como un eterno afán, tristes, rasgados,
voluptuosos; su boca de los cámbulos
tomó el vivo carmín, suave y limpio,
y sus dientes en ella contrastaban
como el marfil en terciopelo lacre;
urna de fe, de castidad, de ideas
era su frente blanca; sus abriles

cincelaban las pomas de su seno.
Era color de flores de retamo
su traje de percal, sin una cinta,
sin un pliegue, sencillo, sin adornos.
La noche aquélla en que la ví en el baile,
una hermosura pastoril tenía,
sin esa vanidad de las mujeres:
era un verso de Teócrito sencillo
entre una serenata de pastores. .

VIII

Cuanto la dije yo y ella me dijo,
vedado está saber...

IX

De aquella noche,
más misteriosa que el misterio, guardo
un poema de amor, cuyas estrofas
escucho aún, por boca de mis penas;
cuyos dulces acentos no se pierden,
aunque lleguen confusos al oído,
como el rezo infantil balbuceado.

X

Hizo cauce el amor en nuestros pechos,
tan ancho, tan profundo, cual si oleajes
de la febril pasión, en muchos años,
calado hubieran sus estrechos bordes.
Sólo el que amó una vez con alma entera
comprender puede que un instante sobra
para llenar un corazón y otro,

y desbordarlo en nuestro ser, cual líquido
añejo y espumante que del vaso
alzándose, rebosa y se derrama.
Nos amamos los dos al conocernos,
al mirarnos apenas. No parece
sino que nuestras almas, entendidas,
más que amigas, gemelas de infortunio,
nacieran á la luz de alguna noche,
y que al sentir amor y hallarse juntas
besáranse las dos, con beso loco,
haciéndose atributo una de otra,
cual la forma, del cuerpo; del sonido,
la vibración; del tiempo, la existencia;
el ritmo, de la voz; del cisne, el ala;
del cariño, la cosa que se quiere;
del recuerdo, el objeto recordado;
del olvido, ni el rastro de un recuerdo.

XI

Un verso nuestro amor fué al principio
una estrofa después y luego un canto.
De la pasión el sentimiento loco
crecía en nuestras almas, mútuamente,
cobrando á un tiempo inmateriales formas
en el gesto, en la risa, en la mirada,
en la frase de amor...hasta en la súplica.
Tímida y recelosa, me veía
apenas de soslayo; los colores
encendían su rostro, compitiendo
el carmín de la *achicra* con la nieve,
si sorprendía su mirar esquivo,
á hurtadillas siempre, y nunca franco;
y si algo la decía, algo muy triste,
balbuceaba frases, semejantes
á las del ave que recién modula
el gorgeo de amor en su garganta.
De cantos para mí estaban llenos
los agrestes caminos de la aldea...

Si acertaba á pasar frente á su rancho,
por la entornada puerta me veía,
cuidándose de mí. Aquellos ojos,
luciérnagas del alma palpitante,
con ansiedad seguíanme, suspensos,
hasta que yo torcía, paso á paso,
el callejón cercado de *espinillos*.
Luego, arrastrada por secreto impulso,
cuando el recelo cede, poco á poco,
y empieza esa miopez de la materia
que al sentimiento del honor se impone,
ya solía mirarme sin embajes,
desde el alero del pajizo rancho,
ó ya la frase, á veces, escapaba
trémula de su labio, pero abierta,
poco discreta aún, pero amorosa;
y yo, que la atisbaba dia y noche
desde el huerto vecino, la infundía
al par que más amor, menos recelo.
¡Cuántas veces oculto entre los verdes
y floridos granados, ó parrales,
espiando la ocasión de hallarla sola,
pasé las tardes, sin quitar los ojos
un solo instante de su rancho humilde!
y ¡cuántas, desde el cerco de los talas
en vano no aguardara, hasta esa tarde
en que la ví llegar con una cesta
de flores del remanso, margaritas
y *albahacas*, y sola y sin testigos,
al rancho penetrar, tornando, absorta,
las pupilas de un lado á otro lado,
como si me dijera con sus ojos:
—ven, que no hay importunos que nos miren,
que te amo mucho, y mi ansiedad es grande!—
Y ¡cuál en ese instante no sería
su confusión y su sorpresa, al verme
llegar hasta ella y escuchar mi acento
en demanda de flores!...
Eran todas
cogidas para mí: ella lo dijo,
cuando, con suma turbación, un ramo
alargome, brindándome sonriente,

mientras que yo apretaba con mis dedos
los de su mano blanca, que instintiva
ella apartó con rapidez, mirándome
con esa rigidez de las estatuas.

XII

Más hermosa que aquella, pocas tardes...
en esa tarde hermosa, pocas almas
tan ardientes de fiebre cual la mía!...
Debió cederlo todo á mi reclamo...
no lo recuerdo bien... creo que todo!
Siento como que un beso de su boca
aún palpita sobre el labio mío,
como un ascua de amores... Es lo cierto
que no pude saber qué seducciones
tenía para mí la aldea aquella,
verde, como esperanzas que han brotado,
rústica, como un verso de pastores,
alegre, como un nido de calandria,
y sencilla como ella, la pastora.
Cobré mucho cariño á las colinas;
á la alta cumbre donde el sol se pone
y á la montaña amé, de donde nace.
¡Son tan grandes, tan verdes, tan poéticas
las sierras y montañas de la patria;
hablan tanto por boca del idilio;
tantas cosas murmuran en sus brisas;
de sus árboles pende tanta estrofa;
tantas odas arrastran sus arroyos;
bríndannos tanto amor, murmullos, ecos
en la alba copa de la flor del aire!...
¡Y aún no tienen un cantor!... ¡No tienen
quien recoja los versos y los himnos,
tejidos con sus brisas de áureos tonos;
quien module los sáficos que suenan
en la copa del molle verdi-obscuro,
en el nido espinoso de la *tusca,*
en el pico cantor de la *calandria,*

ó ya en el vuelo elíptico y nervioso
del coqueto, irisado *tumuiñucu;*
quien cambie cuerdas al laud, ya usado,
por las de sus zampoñas, nunca oidas
del bardo cortesano, que no sabe
pulsar una guitarra, cantar *letras,*
beber *alhoja* indíjena, en fermento,
ó alzar la piedra de la *huaca* muda;
quien sepa de esos ruidos, como silbos,
de las alas del cóndor de los Andes,
cuando corta los aires, ó posado
en la roca saliente del *mogote,*
el ala rasga con su corvo pico,
como el cantor las estiradas cuerdas
del único laud de nuestras cumbres!

XIII

Fué creciendo mi amor á las montañas,
tanto, que en la ciudad ni un solo instante
pensé, desde una tarde. ¿Qué sentía?
¿Es que ansiaba estar lejos de la tierra,
ó quería estar cerca de los cielos?
¿Buscaba la grandeza en lo infinito,
ó ansiaba ver la pequeñez del mundo?
¿lo de arriba tocar, ó ver lo hondo?
Ni una ni otra cosa: aquella tarde
el bosque de *arrayanes,* era el bosque
frondoso lo que amaba, eran los llanos.
¿Qué hay en ese bosque, á más de brisas?...
¿es que busco el silencio ó el ruido?
¿qué me importan sus aves, sus arroyos,
sus flores, sus perfumes, sus murmullos?
Todas las brisas, para mí, no tienen
más rumor que su nombre, si lo dicen
al hablar con las hojas y las aves.
¿O busco soledad, y quiero ausencia?...
Ella en el bosque está!... Vamos al bosque,
al bosque de arrayanes, que me aguarda.

En la tarde anterior nos dimos cita,
y la hora se acerca, y vuela el tiempo,
que abre la flor y que marchita amores.
Es grande la ansiedad que el alma siente;
todo le sirve de aguijón, le lleva
más allá, más allá. La dulce imagen
de mi amor se aparece á mis sentidos,
llena mi ser de vivas claridades,
y con la luz de sus pupilas verdes
ofusca mi razón, enceguenciendo
de la conciencia los despiertos ojos.
La fiebre se apodera de mi cráneo;
besos quieren mis labios, á torrentes;
sueñan mis brazos con su esbelto talle;
¡es lujuria el latido de mi pecho!
Siento en las fibras todas de mi alma
la sensación nerviosa de la carne!...
Vamos, vamos, me aguarda hace ya mucho
en el frondoso bosque... ¡y aún es virgen!...
Es ella todo para mí, lo es todo!
luz de la sombra que cegó mi vida,
remedo de ilusión que canta y llora,
plegaria de un amor que se hace crimen,
irresistible vértigo...
Repito
que ella me está aguardando ha mucho tiempo.

XIV

Cuando llegué y la ví, la ví medrosa,
temblar como el racimo de la acacia
movido por la brisa de la tarde;
discurrir, divagando con los ojos
y enrular en el índice los rizos.
De arrimo la servía el tronco viejo
de erguido molle; y con el pie descalzo
apartaba las hojas, y en la arena
trazaba líneas curvas. ¡Cuán hermosa
y llena de candor, la entonces virgen,

mi Margarita, apareció á su Fausto!
Vestía el mismo traje que esa noche
en que por vez primera pude hablarle,
amarillo, color de desventura.
Al verla, parecía una plegaria,
una oración alzada por las hojas,
que en forma de mujer hablaba al cielo.
Vióme llegar, sin verme, y nada supo
de todo cuanto oyera, y virginales
lágrimas contestaron á mi risa,
y carmines de fuego á mis palabras...
No pude más!... no pude más!... ¡qué quieres!...
¿Por qué llegaste, incauta, hasta ese bosque
á inmolar en mis brazos tu inocencia?...
¡Angel: por qué buscaste luz de sombra
para teñir tus alas de crepúsculo!...
¡Vuélvete estatua, carne de mi carne!
¡hágase piedra tu dolor de virgen,
y que todos los ayes de tu alma
aumenten el silencio de tu boca!!

XV

Todo cuanto pasó lo sabe el bosque...
las aves, cuando cantan, lo repiten,
y se han enrojecido, al escucharlas,
más de una vez, las florecillas blancas...
Del raudal de sus lágrimas nacieron
lirios y pasionarias...
Yo he llorado
al mirar la inocencia de esas flores,
hijas de su dolor y de mi crimen!

XVI

Ya no se ve á la niña de quince años
hilar, bajo el alero de su casa,
el vellón de la rústica *vicuña,*
ni escarmenar la lana de la oveja

ó el algodón coposo del *borracho;*
salir como antes, y volver con flores,
ni asomar á la puerta á medio abrirse
cuando vuelvo á pasar. Ha mucho tiempo
que llora, amargamente, dia y noche.
No canta *letras* yá, como otras veces,
al compás de melódica guitarra,
ni busca á sus amigas, ni á los niños,
con quienes jugueteaba en su inocencia.
Ya no me quiere ver, ni oir mi nombre
cuando la *hacen idea* sus amigas.
Yo no sé si me odia; pero si oye
mi voz distante, lleva á los oidos
sus manos, que cortaron tantas flores
para su seductor...¡Pobre pastora!
Apenas la oración tiñe el crepúsculo,
y rumea la oveja en los caminos,
á su rancho penetra, la cabeza
reclinada en su pecho, antes tan casto,
y se sienta á llorar, desconsolada,
de la *Virgen del Valle,* ante la imagen.
¡Qué sensación no la causara, triste,
el tono del cantor enamorado,
la agreste serenata de pastores,
el palmoteo de la fiesta rústica,
trayéndola al recuerdo aquella noche
en que mi voz oyó por vez primera
y en que pudo decir, al decir: — te amo!
madre del deshonor, yo soy tu hija! —

XVII

Sólo cuando los niños la dijeron
que á caballo pasaba por su casa,
de vuelta á la ciudad, salió á mirarme.
Quise decirla adiós...y me detuve;
me detuve temblando, emocionado,
maltrecho el corazón, muda la boca,
nublada la pupila y las arterias

latiendo aceleradas. Tuvo miedo,
mucho miedo; cubrióse con las manos,
por no mirarme más, el terso rostro.
Pero alcanzó á oir lo que la dije,
una palabra sola... y como herida
por saeta mortal, cayó la aldeana,
muda, como dolor que no tiene ayes...
No pude más; volé, volé al galope,
como culpa que teme á la conciencia,
como crímen que huye de su infierno.
Para ocultarme, ansiaba mucha sombra;
tinieblas, por no verme ni á mí mismo.
La luz me delataba ante mis ojos,
y el sol iluminaba mi pecado.
Sólo cuando la tarde se extinguía
volví los ojos hácia atrás; un nido
encajado en las rocas, semejaba
la aldea del pastor. Ni el campanario
se distinguía ya. Recién entonces
la conciencia cerró sus ojos negros
y se durmió, arropada en los crespúsculos.
Seguí luego la marcha interrumpida,
y el *ataja-camino,* de improviso,
revolaba sin ruido, y en desorden
por delante de mí, á cada instante.
La tiniebla cubrió los horizontes,
los bosques de algarrobos y quebrachos,
y la pampa sin luz surgió á mis ojos,
negra, como el desierto de mi alma,
sola, como la sombra de mi culpa!

XVIII

No la pude olvidar, aun sin verla...
No la pude arrancar de la memoria
ni después de pasados muchos dias,
muchos años. Su imagen vive siempre
dentro del corazón, y le habla triste,
con la indómita lengua del delirio.

¡Quizá no existe ya!... tal vez ha muerto...
pero, viva, su alma vagabunda,
melancólica suena en mis oidos
con vibración de lira. Aún escucho
sus palabras, sus ruegos, sus clamores,
y el último ¡ay! con que llenó los aires
de mística tristeza. En vano, en vano
llamé al olvido, que, á mis ruegos sordos,
al dársela no quiso recibirla,
y echó á reir de mi doliente súplica!
El cruel remordimiento la ha estampado
con caracteres vivos en mi alma,
y el suspicaz recuerdo, aún dormido,
se encarga de avivarla en mi memoria,
de darla forma y convertirla en vida,
de hacerla luz y de volverla acento.
A veces imagino que del fondo
me llama del sepulcro, y que sus grietas
se transforman en labios, para hablarme!...
No la pude olvidar!...

XIX

Llegué á ser hombre;
perdíme entre el estrépito del mundo;
bebí la hiel, mezclada á la cicuta;
estrujé el seno del dolor más vivo;
luché con tempestades, y en mi cráneo
el abismo sonó, con ruido sordo.
Muchas veces sufrí de las pasiones
el incendio voraz, y entre sus llamas
sentí el chirrido de mi ser, que ardía.
Busqué en la charca mundanal, olvido;
atome el lazo del estéril beso
de prostituta vil; en la taberna
al mundo concentré, perdido el juicio,
y al compás de ruidosas bacanales
medí el tiempo, sus horas y sus años.
Después, como el soldado ya rendido
que recoge su tienda de campaña

y al hogar torna, á descansar por siempre,
dejé la charca, abandoné la lucha,
y fué la soledad mi hogar paterno;
y, Jocelyn de mi dolor constante,
á mis recuerdos consagré la vida,
llorando el deshonor de mi Laurencia!
No la pude olvidar!... Me fué imposible!...

XX

Mucho tiempo ha pasado desde el día
en que la dije adiós. Mucho he sufrido
desde ese día, mucho: ¡Dios lo sabe!
Quiero volverla á ver!... Vamos al punto
á la rústica aldea de mis sueños.
Quince años van corridos desde entonces...
quince cosechas de maiz pasaron;
muchas veces sus huevos la calandria
en el nido empolló...
Ya se divisa
á lo lejos la aldea, en los faldeos;
ya se ven sus molinos; de la torre
se miran los contornos esfumados
en el pardusco cerro destacarse;
manchas parecen, verdes y amarillas,
los sembrados de trigo en los *rastrojos*.
Hay nieve en la montaña, mucha nieve,
precursora del frío. Están desnudos
los árboles del bosque, y la hojarasca
arremolina en alas de los vientos,
un algo murmurando, algo muy triste,
que sólo entiende el alma del poeta
al hablar al silencio de los campos.
¿Qué murmuran las hojas que se arrastran,
llorando del invierno la atonía?
¿qué dice el viento, que desnuda al molle,
y devuelve un gemido por cada hoja?
¿qué dice esa ave, oculta en el ramaje?
¿por qué me muerden, al doblar las sendas,
las ramas espinosas de la *tusca*?

Como á encontrarme, viene, desde lejos,
un ave negra, el cóndor de los Andes,
á quien ha mucho tiempo que no he visto.
Si á saludarme llegas, ¡salve oh cóndor!
señor de la montaña, rey del aire,
domador del espacio, donde tiñes
tu plumage en la hoguera de los rayos!

XXI

¡Brotad lágrimas mías, á torrentes!
corred por las arrugas de mi rostro,
y calientes aún, caed veloces
sobre mi corazón, que viste luto,
y en sus húmedas llamas abrazadle!
Serpiente del dolor! dentro del pecho
bébeme el alma, de pesar transida!
Noche del caos, nebulosa espesa,
abanica el plumaje de tus sombras
y golpea mi frente con tus alas!...
¡El ave de la sierra ya no existe!
¡ha muerto al ensayar su último canto!
Ni la rama ha quedado, donde el nido
labrara un día: ¡la tronchó el invierno!

XXII

Me lo dijeron al llegar: — ha muerto
trece años ha, por una oculta pena
su corazón, sensible, traspasado.
Recordó vuestro nombre muchas veces;
besó la frente de su tierno infante;
oró un momento; comprimió un sollozo,
y una lágrima pura y temblorosa
suspendida quedó de sus pestañas
al exhalar el último suspiro
y volar con los ángeles al cielo...
Era buena, señor, era muy buena...—
— Todos la hemos llorado, desde el día

en que llenó la soledad callada
el doble de campanas, y en su tumba
clavamos una cruz y derramamos
flores del aire... ¡Nos dejó tan solos!...
Era buena, señor, era muy buena...
Yo doblé la cabeza, tristemente;
sentí en el corazón glaciales besos;
quise llorar...y no asomó una lágrima;
boca se hizo el dolor, y habló en mi oído
en extranjero idioma...dijo tanto,
dijo tanto esa vez!... Negros crespones
enlutaron mi ser, como á las tumbas!
Cuando miré su hogar, todo caído,
dentro de mí doblaron las campanas!...
En el desierto de mi vida triste
veo, á veces, el bosque de arrayanes
donde su tumba está, sin una piedra!...
¿Quién llora por los muertos? ¿quién al borde
siniestro del sepulcro se ha llegado?
¡Sólo las madres!... y tal vez el hijo,
en cuya frente se estampara el beso
último de los besos de su boca,
y en cuyos rizos sueltos se enredara
el adiós! de la eterna despedida!

XVIII

¡Mis brazos, sí, mis brazos, carne suya!
¡hijo del deshonor: yo soy tu padre!...
¿Tú conoces la tumba en que descansa
la que tu madre fué, niño infelice?
Se encuentra allá, en el bosque de arrayanes...
No la dejemos sola con los muertos:
vamos, y de su cruz, que abre los brazos,
colguemos nuestras almas, hijo mío!...
....
Asiendo de la mano al pobre huérfano
me place contemplar su sepultura,
hasta la hora lúgubre en que el día
se vuelve soledad y noche obscura...

LA PARÁSITA

Siempre blanca y siempre pura,
y triste, como un suspiro,
oh flor del aire! te miro
parásita en la espesura.

En verde rama brotada,
modesta, triste y sencilla,
sólo espàrce en tu mejilla
besos de luz la alborada.

Admiro, al nacer la aurora,
á la estrella que suspira;
al corazón que se inspira
y al alma triste que llora;

Pero admiro con anhelo
á la ninfa de la loma,
nido de perlas y aroma
de algún pájaro del cielo.

Ninguna flor tu blancura
tiene en los regios jardines;
los lirios y los jazmines
lloran al ver tu hermosura.

No te iguala en gentileza
el nardo y la rosa altiva,
y la humilde sensitiva
tiene envidia á tu pureza.

Y es que tú pasas la vida
como nube sobre el suelo:
eres lágrima del cielo
sobre una rama caída.

Eres hija del estío
y de las brisas, hermana:
te acaricia la mañana
y te bendice el rocío.

Sólo ¡oh reina de las flores!
otra flor tiene tu esencia,
tu hermosura, tu inocencia:
es la flor de mis amores!

Y es ¡alma mía! por eso
que *flor del aire* te llamo,
si esparces á mi reclamo,
el aroma de algún beso!

EL CIPRÉS

Yo te miro con íntima tristeza
¡oh árbol misterioso!
que levantas altivo la cabeza
al lado del sepulcro silencioso.

Te miro con el alma entristecida!...
te miro, y en mi afán por comprenderte,
pienso en la nada que engendró la vida,
pienso en la vida que engendró la muerte!

Tu triste somnolencia,
tu esbelta forma, tu robusto tallo,
tu mística apariencia,
la yerta rigidez con que te elevas,
lo magestuoso de tu copa airosa,
tus duras hojas que jamás renuevas,
tu desnudez en flores,
tu rama silenciosa,
ese aletear de buhos graznadores,
y esa tristeza que á tu sér se aduna,
todo dice que era ese tu destino,
siniestro morador de las ruínas
que al clarear de la luna,
esparces en los túmulos vacíos
tus raudales de sombras mortecinas!

Todo dice que era ese tu destino...
y más, cuando la noche deposita,
en cada gajo que sustenta la hoja,
el polvo del camino;

cuando cerca del alba se despoja
de su manto finísimo de sombra
y suelta sobre el hueco pavimento
los hilos de la luna, que tejidos
con la indecisa proyección del árbol,
dan al suelo el aspecto
de una movible alfombra;
cuando sumido el panteón en calma
el esqueleto se alza de su tumba
á dialogar con su alma!

Todo dice ¡oh ciprés! que tú naciste
para morar en medio de la muerte,
y llorar las mentiras de la suerte
viendo el trágico fin de lo que existe;
para ser en las tumbas solitarias
el triste nuncio del olvido ingrato;
para pedir al corazón plegarias;
para decir al hombre
que la tumba es el fin de la jornada,
que es sueño, nada más, su desvarío,
y que es polvo amasado por la nada!

Tú traes á la memoria
los efímeros sueños de la vida;
sus triunfos, á que ufano, llama gloria,
fátuos como la luz que á veces brota
de entre las grietas de la tumba rota!
En tu mutismo eterno
le dices que tú sabes
que se abrasa en la hoguera de su infierno;
que es un errante pária de la vida;
que es águila perdida
que cae fatigada de la altura,
ebria de tanto remontarse al cielo,
á ese nido común, la sepultura,
envuelta en la mortaja de su anhelo!

Todo lo sabes, todo!
porque horadando de la tierra el seno
te dirijes al cieno
y te alimentas con humano lodo!

y si aún no estás harto ni repleto,
guías hasta la tumba tus raices;
y después de enredarte al esqueleto,
por las órbitas hueras
penetras del cerebro en las esferas
en busca de alimento,
y en la materia grís el alma absorbes
y absorbes con el alma, el pensamiento!

¡Misterioso ciprés! yo te saludo
desde la puerta del panteón desierto,
al verte siempre erguido,
al contemplarte yerto,
sin una flor jamás, medio dormido
entre el acento del dolor que zumba,
como si meditaras en la suerte
al lado de la Cruz y de la tumba!

Con las ramas caídas
y la actitud de la orfandad, llorosa,
está el sauce á tu lado, siempre inquieto,
como el amor que vive
más allá de la fosa,
depositando un beso en los sepulcros
y arrullando con fraces incoherentes
el eterno dormir del esqueleto.
Qué triste es el contraste,
perpétuamente visto y no entendido,
que con el sauce formas! Siempre quieto
sin mover una hoja,
tú, en el dolor de la viudez sumido,
pareces el espectro de la muerte
caído en honda y en letal congoja
que, al ver al móvil sauce,
pensaras en lo inquieto de la suerte
corriendo por la tumba, que es su cauce!

De nuestros sueños el vaivén semeja
el sauce melancólico y movible;
tú, el destino inflexible
al llanto, á la plegaria y á la queja!
Tú, lees en cada lápida un poema;

y el sauce cual filósofo repite
de nuestras ilusiones el dilema!
Fija siempre en las tumbas la mirada,
tú ves en la inscripción de cada piedra
la perpetua leyenda de la nada;
y el sauce, mientras tanto,
apartando al moverse
las hojas de la yedra,
borra las inscripciones de la suerte,
el *aquí yace*, que á llorar convida,
y al borrar las verdades de la muerte
nos deja las mentiras de la vida!...

Adiós, ciprés! remedo
de mi amor, tanto tiempo acariciado,
y en tantas noches de dolor llorado!
Con fraternal cariño
de tí me alejo, hermano de mis penas,
espectro de mis dichas de otras horas
que un día me engañaron como á niño,
del corazón, para llorar, apenas
dejándome las cuerdas gemidoras!

¡Ah! cuando more en la desierta huesa
abrazado á mi lira,
cubre mi tumba con tu sombra espesa
y en su callada soledad suspira;
que yo, al clarear de la dormida luna,
te contaré de mis dolores, libre,
las penas de las almas, una á una,
para que formes de tu copa un harpa,
y en cada gajo de tus ramas vibre
el poema que escriben las pasiones
en las ocultas páginas del libro
de todos los desiertos corazones!

TRISTEZAS DEL HOGAR

Hará como dos meses
  que se murió la aldeana,
Dejando á su partida
  tristeza en el hogar.
Su madre llora siempre...
  de noche ó de mañana
La llaman los chicuelos
  para pedirla pan.

Se siente olor de lágrimas
  en torno de la casa,
Y el eco de las penas,
  y el ¡ay! del corazón.
Mueve tristeza el luto
  del hogar, si se pasa
Por frente de la puerta
  que la tumba entreabrió.

Y mueve más tristeza
  oir que canta un ave,
Bajo el pajizo alero,
  desde estrecha prisión.
Y aún es mucho más triste
  aquello, si se sabe
Que la aldeana muerta
  sus cantos le enseñó.

Adiós, hogar campestre!
  te dejo con tus llantos,

Y, triste como nunca,
  para siempre me voy.
Donde hay tristeza hay lágrimas...
  Donde hay aves hay cantos,
Hay cantos y se llora...
  ¡adiós, hogar, adiós!

Yo no quisiera verte
  ser hoy nido de abrojos,
Hogar, ayer de flores,
  ayer nido de amor.
Esa ave me da pena,
  y enternece mis ojos...
Esa ave canta siempre...
y llorarte oigo yo!

OLVÍDAME

Ya no conservo de tu amor ni el rastro,
ya se agotó de mi pasión la llama;
cenizas del recuerdo lleva el aire
y memorias de ayer, como hojarasca.

Ya me encuentro feliz! ya no te siento
como aleve cuchilla que desgarra;
ya ni los ecos de tu voz percibo
en esta dulce soledad del alma.

Si tu memoria al corazón golpea,
como por pan golpea la desgracia,
— vuelve otra vez, te digo, no hay ahora, —
é intacto queda el oro de sus arcas.

Mejor era dejarte para siempre,
sin recordar de nuestras mutuas lágrimas;
mejor era borrarte de mi vida,
y no manchar con el dolor sus páginas.

Era mejor, mujer, yo te lo juro...
había entre los dos tanta distancia...
sufríamos los dos tan duras penas,
al ver que se nos iba la esperanza!

Olvídame por siempre!..yo te olvido!
arráncame, aunque duela, de tu alma,
y maldice mi nombre, si tu quieres,
pero dime al oído que no me amas!...

ÍNTIMA

Es verdad que lloré! lloré con ira
el amor deshojado de mi alma;
es verdad que arrojé, lejos, la lira;
es verdad que lloré! lloré con ira
en horas negras mi dolor sin calma.

El amor nos ató con dulces lazos;
éramos las dos alas de la gloria;
éramos los dos brazos en los brazos:
el amor nos ató con dulces lazos,
y reimos, los dos, de la victoria.

Yo te cantaba porque fuí poeta,
perdido, como el ebrio en los excesos,
en esa orgía del amor, que inquieta...
yo te cantaba porque fuí poeta,
embriagado en la copa de tus besos.

No fuiste el ángel que bajé del cielo,
mujer infame, que negó mi nombre
y al oro se rindió con torpe anhelo:
no fuiste el ángel que bajé del cielo,
sino la hembra que se vende al hombre!

No con amor, mujer: es con desprecio
cómo mi yerto corazón evoca
á la Judas, que vive de su precio:
no con amor, mujer: es con desprecio
cómo te arroja el alma por la boca!

Has triunfado, mujer!... el alma mía,
que desdeña el amor de otras mujeres,
del vicio en el festín la copa ansía:
has triunfado mujer!...el alma mía
en la carne es mendiga de placeres!

Deja que llore la virtud del cielo,
Deja que el vicio mi bandera sea,
déjame el goce del amor del suelo,
deja que llore la virtud del cielo,
mientras de rabia el corazón chispea!

Que me desprecie el mundo que se vende,
viéndome andar en enlodada ruta,
sin esa fe que el sentimiento enciende:
que me desprecie el mundo que se vende,
si amo con amor de prostituta!

Al cadáver del alma sólo inspira
el báquico cantar; ya sólo queda
del pobre bardo un huérfano sin lira:
al cadáver del alma sólo inspira
el laud de Musset y de Espronceda!

¡CALLA POETA!

Que faire? A ce vent de la tombe
Joignez les mains, baissez les yeux...

(Victor Hugo).

¡No me digais que cante!
No me digais que eleve el pensamiento
y que mi frente al ideal levante...
Ya estoy cansado de soñar; ya siento
que muere el corazón, hecho pedazos,
del negro escepticismo entre los brazos!

No me digais que cante,
ni que alce un himno á la pasión secreta,
ni que cante, con numen soberano,
los sueños de mi alma delirante!...
Yo ya no soy poeta!...
la inspiración no corre
cual circulante fuego de mis venas...
ya sólo soy esclavo,
y esclavo del dolor, con sus cadenas!
¡No me digais que cante! ved mi lira,
muda ya, sin laureles, á mi planta...
¡Ay! si está herido el corazón, se llora,
se llora y no se canta!

Ayer cuando soñaba y no creía
en la maldad del mundo y sus rigores;
cuando mi joven corazón pedía,
en su loco entusiasmo,
coronas de laureles y de flores;

ayer cuando miraba
al mundo como al cielo,
y al cielo como al Diós que lo habitaba;
cuando creía en la virtud, y el vicio
no ostentaba á mis ojos
el purpurino manto
con que cubre sus míseros despojos;
cuando miraba en la pupila el llanto
del pecho fraternal, y el sacro nombre
escuchaba, de hermano,
en los labios del hombre;
cuando todo veía con el lente
de la virtud sencilla,
que ama al inocente
y en nobles corazones se encastilla:
¡entónces yo cantaba!...
cuando cantaba me sentía atleta!
¡entonces yo soñaba!
mientras soñaba me sentí poeta!

A mi ansiedad abriose la existencia,
brotó en mi corazón el sentimiento,
en el fondo de mi alma, la conciencia,
y en mi frente la luz del pensamiento.
La dulce claridad de los albores,
los efluvios del astro soñoliento,
el canto de las aves en sus nidos,
el murmullo del céfiro en las flores,
los besos, los latidos,
en la playa, de la ola cristalina,
los ruidos que llegan por la tarde
de la gentil colina...
hirvió en mi fantasía todo eso,
y sintió el alma, presa de emociones,
como el vibrar de interminable beso,
como el chispear de espumas de pasiones!

Mas se fueron, se fueron mis veinte años,
y en los eriales de mi triste vida,
cada ilusión trocose en desengaño,
cada desilusión abrió su herida,

y brotó sangre de ella;
y en la escarpada huella
de mi mundo, cubierto de ruinas,
las penas me mordieron,
insensatas, crueles,
cual muerden al viajero las espinas
en eriales ó sendas de laureles!

Vaguemos por la tierra,
entre el fragor mundano,
proscritos de la patria de mi anhelo,
que en vano lucha quien espera en vano,
y alas le faltan para alzar el vuelo!
Vaguemos, si, vaguemos por la tierra...
el porvenir incierto
nos señala en las sendas sin aurora
el eterno mutismo del desierto.
Crucémosle, aunque truene,
de la tarde á los pálidos desmayos,
la tempestad sañuda
golpeando nuestras frentes
con el ala encendida de sus rayos!
Que no tenga eco el grito de la duda,
entre el ronco fragor de la batalla,
ni el dolor inmortal de las heridas:
el porvenir tan sólo se avasalla
por las frentes erguidas!

¡Poetas! ha concluido
vuestra misión augusta!
por siempre condenados al destierro
estais ya, y al olvido!
Como una espada de Damocles, pende
sobre la frente maldición de hierro!
Entre innúmeras ruinas del estrago,
Atenas para siempre halló su tumba,
la Roma de los Césares despierta,
el viejo Coliseo se derrumba,
y resucita, como el sol, Cartago!
¡Oh! no canteis, poetas,
con himno lastimero,

en los escombros de la patria mía,
do tuvieran un día
su altar Apolo; su nación Homero;
belleza, Venus; Ceres, heredades;
anchos mares, Neptuno;
Minerva ciencia; Eolo, tempestades;
corazones, Amor; Céfiro, brisas;
rios, de ninfas el liviano coro;
versos las Musas y las gracias risas!

¡Oh! no cantes, poeta,
en los escombros de la patria hermosa,
que fué de tus mayores
la cuna esplendorosa!
El espectro de Homero,
la sombra de Virgilio,
el fantasma de Dante,
despertarán llorando, á tus conciertos,
de entre el horrible y criminal exilio,
á ceñir las coronas de esos muertos
que hoy tienen por estatua una Bacante!

¡Calla, poeta!..encierra,
dentro del alma, tu dolor profundo,
que ya no tiene corazón la tierra,
que ya no tiene lágrimas el mundo...
Tu lira es el emblema
de un sarcasmo ruin y sin ejemplo;
la fúnebre alegría, tu poema,
de un culto moribundo
en los rotos altares de su templo.

Calla poeta, y baja
la frente soñadora,
aunque la gloria con su voz te aclame:
ya la austera virtud no se atesora,
ya no existe más ley que el vicio infame.
¡Calla poeta de sentido canto!...
apura sólo, en tu dolor, el llanto
y da al mundo la risa de los labios!...
¡Byron! ¡bebe en la copa el desencanto!
¡Hamlet! ¡tú fuiste el sabio entre los sabios!

AL CAER LAS HOJAS

Ya ves... hasta las hojas
del arbol han caído,
y corren esparcidas,
y al gemir tienen voz.
Escucha cómo lloran
las aves en su nido;
escucha cómo cantan,
diciéndonos ¡adiós!

Las brisas, cuando soplan
en raudo torbellino,
besando la hoja seca
la arrancan del juncal:
parece que el aliento
de hielo del destino
no quiere dejar nada,
llevándolo al «¡jamás!»

La rama también cruge
al soplo de los vientos;
en la copa hay memorias
de lo que un día fué:
hay nidos, do vibraron
melódicos acentos,
y muchas flores secas,
rojas urnas de miel.

Hay gajos en el suelo
sin picos que los alcen;
las yerbas de los campos
son polvo y nada más.

Hay muerte hasta en las alas,
y seres, hay, que lancen
saetas, que nos hieren
el alma, sin cesar.

Ya ves...todo es tristeza;
el aire dice: — olvido, —
las hojas, — desencanto, —
los pájaros — ¡ adiós ! —
y al alma repercute
tanto triste gemido,
que vuélvese plegaria
en nuestro corazón.

Dejemos estos sitios,
que ya la muerte avanza,
que ya la sombra tiende
su lóbrego capuz:
partamos en un beso
en pós de la esperanza
y al son de un himno ardiente
brotado del laud.

¡ Dos veces ya el graznido!...
yo tengo miedo: — ¡ vamos! —
no se lo que suceda
hallándonos aquí!...
¡ Sus alas! sí, ¡ sus alas!
¡ El ave negra! — ¡ huyamos! —
¡ María! este es el Cauca...
y estás con Efraim!

ADELANTE!

No me abate, pigmeos, vuestro insulto
ni me lastima el diente de la envidia:
por un camino voy, y no me espanta
el fantasma ruín de la perfidia.

Y voy tranquilo, desafiando todo;
y si más torpe la calumnia arrecia
toma bríos mi fe: ¡sigo á la gloria!
La calumnia no mancha al que desprecia!

Reptiles ponzoñosos, vuestro encuentro
no me infunde pavor, sí repugnancia;
y si os lanzáis sobre mí Gorgonas,
venzo vuestro furor con mi arrogancia.

—Es un loco! es un loco!—decis siempre,
y compadece el odio repugnante:
¡se pudiera cambiar vuestra cordura
por la demencia de Shakespeare y Dante!

Oh! dejadme marchar! oigo su acento!...
Me llama el porvenir! sigo al destino!...
Que sonrían los labios de Tartufo
y rechinen los dientes de Ugolino!

VUELVE Á TU ALDEA

« ¡ Lejos, Dorila, lejos ! Torna cauta,
« torna al gemir de tu paloma implume. »

(J. E. CARO).

¡Qué mal has hecho en olvidar tu aldea,
el hogar de los rústicos pastores,
donde el alma, con júbilo, aletea,
como el ave en los árboles con flores!

Donde llega hasta lo íntimo el lamento
de la brisa que llora pura esencia;
donde cuaja la flor del sentimiento
en la dulce estación de la inocencia.

¡Qué mal has hecho en olvidar tus lares,
el hogar de tu madre y tus hermanos,
la colina, el maizal, los colmenares,
la huerta de las uvas y manzanos!

¡Y entre los hombres á vivir te vienes,
paloma de las faldas de la sierra,
olvidando que dejas en rehenes
la paz de tu virtud en esta tierra!

¿Qué buscas, dime, en la ciudad, qué quieres?
El bullicio, y la lucha y las pasiones,
con su deshecha tempestad, ¿prefieres
al arrullar de blandas emociones?

¿Te traen acaso, de lucir, las ansias,
mirando que lo bello da fortuna?
¿Dejas por fatuo brillo las estancias,
el bosque, la cascada, y la laguna?

Eres bella, en verdad; pero en tu cielo
lucir sólo te es dado tu donaire:
¿ó piensas que no muere en este suelo,
sin aura matinal, la flor del aire?

Aquí, no crecen *margaritas* rojas,
ni variadas y azules *campanillas;*
no verás el granizo de las hojas,
ni la mies en las parvas de las trillas.

Aquí, no oirás de la calandria el *triste*
ni del zorzal el eco prolongado;
aquí, nunca verás, lo que allá viste
y no podrás amar cuanto has amado.

¿Dónde hay un nido de *crispín*, siquiera,
una calandria, un eco de paloma,
un canto de pastor, una cordera,
un enjambre de abejas de la loma?

¡Y abandonas tus vegas, dulce niña!...
Ave del campo, entretejiste el nido
en el verde cercado de la viña,
y un árbol quieres en el prado erguido!

¡Ah! tú no sabes, cándida paloma,
que ha de seguirte cerca el vil acecho,
y que en vez de las faldas de la loma
una jaula te espera bajo un techo.

Que volarás por siempre entre sus rejas
con la angustia tenaz del prisionero,
y que al llorar tu libertad, tus quejas
el ocio endulzarán del carcelero.

Flor de la selva, en la ciudad cortada
al abrirte serás el primer día,

y quizá por la noche, deshojada,
adornarás los lechos en la orgía;

O á lo menos, sacada de tus valles,
sin el rocío de las noches calmas,
rodará tu corola por las calles
manchada con el cieno de las almas.

Y triste será ver que despiadado
te devore el reptil de la desgracia,
si al asno es triste contemplar cebado
con los frescos racimos de la acacia.

Aquí, el doncel, sin alma y sin conciencia,
tus alas de ángel cortará á tijera,
y al beber gota á gota tu inocencia
te llamará mujer... luego ramera!

Hoy sonríes y cantas... ¿hasta cuándo?...
Hasta que la pasión con sus excesos,
los harapos de tu honra mendigando,
cobre á tu labio lo que falta, en besos;

Hasta que el deshonor, torpe, inhumano,
deshoje el cáliz de lo que era rosa,
te saque del capullo por gusano
sin saber que la larva es mariposa.

Torna, torna á tus vegas pastorcilla,
si quieres conservarte pura y buena:
las mieses te reclaman en la trilla
y de miel ya rebosa la colmena.

¡Incauta! torna á los paternos lares,
al lado del arroyo cristalino,
á buscar tu corona de azahares
perdida entre las yerbas del camino.

Las agrestes florestas con sus nidos
son más bellas que el prado y su laguna;
más que la luz de eléctricos fluídos
los haces mortecinos de la luna.

Es más grato que el trino del canario
el eco triste del zorzal implume;
que el acre olor de incienso en el santuario
de una azucena el matinal perfume.

Es más dulce que el ruído de la orquesta
de la guitarra el trémulo rasguido:
aquél, es el estruendo de la fiesta
y el ¡ay! es éste del amor perdido.

Torna á tus lares, al pajizo rancho,
prolija á desherbar las sementeras
y espantar de las mieses al *carancho*
que te roba el balar de tus corderas;

A cuidar los rebaños á toda hora,
ó que incauto el ternero se despeche,
á traer las vacas al rayar la aurora,
las ubres llenas de espumante leche.

A hilar con el huso por la tarde
los copos de algodón escarmenado,
y á orar por la noche, mientras arde
el jugo chirriando, del asado.

Torna á la sencillez de la avecilla,
al arrullo del nido en los albores;
torna al candor y á la oración sencilla,
que al árbol frutos da y al alma flores.

Torna á los besos de la madre amada,
del campesino hogar vuelve al cariño:
te llama la inocencia á su morada
con alma de mujer y voz de niño.

Flor del aire, consérvate en la rama,
anida en los aleros, golondrina,
salta en las peñas de la cumbre, gama,
torna pastora á tu gentil colina.

LA CARIDAD

I

Genio de las tristezas, dulce diosa,
hermana del consuelo,
que en lecho de jazmín, y nardo, y rosa,
naciste, sonriente,
cubierta con las túnicas del cielo
y el ósculo de Dios sobre la frente.
Madre del infeliz, sencilla esposa,
qne en el dintel sagrado de la vida,
en santa unión con la virtud austera,
labras el paño con que enjuga el llanto
el pobre corazón, que nada espera;
señora del dolor, madre del alma,
esencia de las lágrimas del hombre:
yo te bendigo en mi ardoroso canto,
tejiéndote coronas con mis versos
al saludar tu nombre!
Cuántas veces surgir yo no te he visto
en el mar do abregó mi fantasía;
el ruido de tus alas, cuántas veces
no ha resonado en la conciencia mía!
Cuando en mis sueños como numen vagas,
haciendo palpitar la sombra muerta,
mi joven corazón cómo se inspira!
cuánta nota de fuego no despierta,
como grito de luz, sonante y dulce,
en las vibrantes cuerdas de mi lira!

Como el ángel del mundo se presenta
la caridad sublime,
ante mi vista, y su esplendor ostenta.
No lleva el atavío vaporoso
que las formas encubre, el seno oprime,
y oculta la belleza que el divino
cincel, con arte á la materia imprime:
desnudo, como el astro, es la inocencia,
y la sencilla caridad no viste
otro sayal que el ondulante velo
que al impúdico amor tiene y resiste.
En su frente, serena como el cielo,
brilla la luz del ardoroso anhelo;
ciñen sus sienes bellas
guirnaldas de esas flores que reciben
en la noche al nacer, polvo de estrellas;
al aire suelta la madeja de oro
del cabello ondulado,
y en el labio de guinda, palpitante,
el beso con la risa juguetea
como jemelos en la cuna amante.
Tiene algo de los himnos de la aurora,
la morbidez de Venus Citerea
y el candor de la Eva soñadora.

Dios la manda á la tierra
en medio del rumor que alza la turba
humana, al grito de perpétua guerra;
y entre el hervor de la pasión que mata,
y el batallar, que la razón perturba,
aparece, ofreciendo con su mano,
la copa del consuelo
al ardoroso corazón humano;
y con su voz, sentida,
levanta, como á Lázaro del polvo,
al que cae en la lucha de la vida,
ó si la llama el labio moribundo,
que á Dios invoca, al olvidar el mundo,
al eco vuela de la voz del ruego,
abre los ojos que no ven, da fuego
á la idea ardorosa de la mente;
y el hombre cobra aliento vigoroso

y hervir la sangre de sus venas siente,
y hasta en la triste noche sin aurora
de la esperanza el clarear presiente.

II

El hombre recibió desde la cuna
una herencia maldita,
al beso engañador de la fortuna,
en cada pliego de su vida, escrita.
El rey de la creación, sólo un momento
sintió las ansias de vivir, mirando
el destello de Dios entre los soles,
la grandeza sin fin del firmamento,
cuajado de lucientes arreboles.
La tierra, suspendida en el espacio,
palpitante de vida y de hermosura,
fué de su imperio el colosal palacio.
Todo era un sueño para el hombre; en ella
todo armonía, y música, y ternura:
en el monte soltaba cada estrella
sus cabellos de lumbre adormecida;
el arroyo gemía en la espesura,
y á los ritmos del céfiro suave,
el ave conversaba con las flores,
las flores entreabiertas, con el ave.
Todo era dicha para el hombre, entonces
el cielo sonreía por do quiera,
el sueño acariciaba nuevos sueños,
hasta que al despertar halló de pronto,
latiendo junto al suyo
al corazón de la mujer primera!

Luego el dolor... la miserable herencia!
y por un beso de la boca amante
la maldición de siglos,
pesando como el mundo en la conciencia!

Y más tarde, llorar fué su destino;
llorar como el proscrito de sus lares,

con la mirada en el azul del cielo
y en el pecho la hiel de los pesares;
llorar, como los pájaros sin nido,
que al pasar, aleteando, alzan del suelo
las secas ramas del hogar perdido;
llorar como los huérfanos del alma
que contemplan do quier tumbas abiertas,
é insepultos cadáveres
en los escombros de sus dichas muertas!

No reniego, ¡Señor! yo no reniego
de tu sagrado intento,
ni el pobre y fatigado pensamiento
intenta penetrar en los arcanos
de tus grandes designios, cuando hiciste
náufrago del dolor al pecho humano.
Ante tu voz de trueno el labio mío
como el de Job se calla, porque siente
la ráfaga de hielo del vacío;
tu grandeza infinita,
que sólo tiene por rival gigante
la eterna majestad de los desiertos,
se siente por do quier, do quier palpita,
en las creaciones de los mundos vivos,
y en las cenizas de los mundos muertos!

¡Nó! no todo es dolor, no todo es llanto
en la pupila triste,
ni todo es sombra y trueno
del cielo azul bajo el tendido manto!
La tiniebla del alma,
cuando el afán de la pasión se calma,
se desgarra también y se evapora;
y las noches sin sueño se diluyen
al toque de batalla de la aurora.

Para calmar la fiebre de las penas,
también naciste, ¡Amor! celeste palma,
cándido lirio del erial sin vida,
fecundado con lágrimas del alma
en una tarde de ilusión perdida!
Y tú, ¡esperanza! el ave mensajera

del arca de Noé, que traes el gajo
del arbol de la eterna primavera!

¡Amor! todo lo fuiste;
gérmen eres de todo cuanto existe;
y en el alma, en la ola y en el nido
se ve chispear el fuego de tu llama
y brotar el magnífico fluido
que el aire enciende y que la mente inflama.
Tú, en el fondo del cerebro prendes
el raudal luminoso de la idea,
que con su luz de gloria,
como el audaz relámpago serpea,
dejando claridades por memoria.
Por tí, la madre en los teñidos labios
del niño deja de su afán la huella,
y junto al ataud, medio entreabierto,
el labio amante al moribundo sella.
Con tu mirada enciendes
esas ansias supremas del deseo:
Pablo vive en los ojos de Virginia,
Julieta muere en brazos de Romeo;
y, en forma de angel, al hogar desciendes
á velar con tus besos palpitantes
el sueño arrobador de los amantes
en el regazo del placer dormidos,
al arrullo gentil de las caricias
y al murmullo sin fin de los latidos!

III

¡Caridad! ¡caridad! tu nombre santo,
como la esencia del amor, invoco,
cuando pulso la lira, cuando canto,
cuando los sueños de la mente evoco,
cuando recuerdo que he llorado tanto
viendo en el alma, de la herida abierta,
correr la sangre, huérfano del mundo,
sin las caricias de la madre muerta!

Y tú me acorres, caridad bendita;
y en nombre de mi madre, que reposa,
con la virtud por lápida, en la fosa,
del lodazal inmundo,
me alejas siempre, y á mi joven alma
fuerza le dás para vencer al mundo!

Y es que el hombre en el hombre haya consuelo,
el alma en una otra alma,
el corazón en el amor del mundo
y el amor en el cielo!

Si el amor no es la ley que nos vincula;
si, sólo, el corazón sufre su pena,
no hay mano ya que rompa
del eterno dolor nuestra cadena.
Entonces todo es triste; todo es duelo,
sombra en el mundo, y sombras en el cielo!
La mente pensativa y soñadora,
sin fuerzas para nada, se sumerge
en una negra noche sin aurora;
el porvenir, sombrío, se presenta,
y el hombre, mudo, y pensativo, y solo,
las tristes horas de su vida cuenta.
Desilusión en torno...
la palidez del mundo nos asombra;
el cerebro sin luz, y el pensamiento,
como espetro, paseándose en la sombra.
Noche glacial invade la existencia,
y en medio de su frío,
como la debil flor que no ha cuajado
se hiela la conciencia!

¡Ay! del ser que ha perdido la esperanza,
cuando agitado la pasión devora,
y da á la soledad su mano inerte
y tras ella se lanza
por las sendas tortuosas de la suerte!
¡Ay! del hombre lanzado,
por el inmenso rio de la vida
en el bajel de su dolor, sin prora,

en busca de lo obscuro y lo ignorado,
por ocultar su pena
al ángel de la luz y de la aurora!
Cuando no encuentre playas,
perdido el rumbo á la razón serena,
en vano ha de luchar con el oleaje;
en vano ha de gritar, desesperado,
ó con ira salvaje:
—¡salvación! ¡salvación!—para ese náufrago
no queda más que el batallar á solas,
hasta que caiga moribundo, y sirva
de juguete á las olas!

Esclavos del dolor que hundís la frente
en el espeso polvo del destino,
sin fé, sin rumbo, en la tiniebla obscura,
escuchando el fragor del torbellino;
proscritos de la vida,
que del pesar con la profunda herida,
arrastrais la cadena,
sin patria, sin hogar, sin pan, sin agua,
del infortunio en la tostada arena;
Lázaros de la suerte
y mendigos del alma,
sin otros horizontes que la muerte:
no maldigais el fín de la existencia
si al llegar al abismo de la duda,
os sale algún hermano,
ó alguna voz, con mística elocuencia,
cariñosa os saluda;
si caridad es esa voz de cielo
y si cada un acento es una mano!

El pecho humano tiene
muchas fibras sensibles,
que como cuerdas de la lira tiemblan,
cuando en la noche viene
con manos intangibles,
el dolor, y las pulsa sollozante,
uniendo á las cadencias
la blanda voz del corazón amante.

Cuando llora el hermano;
cuando su pobre corazón se anega
con sangre de la herida
y acerbo llanto sus megillas riega,
el hombre que le mira indiferente
no es hermano del hombre,
sino un ser egoista que no siente.
Para el santuario del dolor existe
un culto sacrosanto:
el abrazo del alma con el alma,
el llanto para el llanto!

Sólo blasfema del dolor quien tiene
por sola aspiración la sed del oro,
y acaudala en sus arcas, ya repletas,
avaro, su tesoro;
ó el que en la ostentación su gloria labra,
y los labios hipócritas
que llevan, aunque callen,
el ruido del metal en la palabra.
Del dolor sólo rie
el que vive sumido
en el lodo y el cieno:
para la risa, el llanto no es insulto,
para el llanto la risa es un veneno!
Ante el dolor, ni una palabra impía;
ante el altar, el culto;
Que el hombre calle cuando siente el hombre!
Que ría Mefistófeles, que ría,
en la pasión desenfrenada y loca,
cuando Fausto, vendido á los placeres,
con el báquico beso de su boca
en brazos del amor deja marchita
la flor de la inocencia, Margarita!

El acento postrero
del que muere en silencio, resignado,
del hombre abandonado,
no se pierde en el mundo,
sino surca ó escala lo profundo,
corta la densa nube,
y sube y siempre sube

hasta llegar á Dios, á quien arranca
imprecación de trueno,
que llena de pavor el pecho humano,
cuando escucha el oído que le dice!
— ¡ Caín ! ¡ Caín ! qué has hecho de tu hermano ! —

IV

Yo te saludo, Caridad sublime,
en nombre del dolor santo y bendito,
que suspira, y solloza, y reza, y gime.
Yo te saludo, virgen de la vida,
con todo el fuego de la mente inquieta,
porque amo la esperanza que ės la gloria,
porque me siento que nací poeta,
con alma grande para amar lo grande,
y elevarle un santuario en la memoria.

Yo tu nombre bendigo
cuando bendigo la virtud del alma,
que hace inútil la afrenta del castigo
y trae al pecho su perdida calma.
Tú eres la ley del código cristiano,
la santa prescripción del Evangelio
en la contienda del linaje humano;
tú eres el beso azul de la esperanza,
la sonrisa de Dios sobre la tierra,
el iris de la paz, santa y bendita,
que rompe las espadas de la guerra
y los lauros efímeros marchita;
tú eres la luz que inunda el santüario
de la sublime religión nacida
sobre el peñón sombrío del Calvario.
Tú, de la dulce fé me haces creyente,
y en la noche siniestra del olvido,
trás el insomnio del cerebro airado,
presentas á mi mente
la figura del Cristo ensangrentado
con el perdón para la plebe impía,

y abrazada á la cruz del moribundo
la caridad del mundo,
encarnada en las formas de María!

El que sufre, se oculta,
si ama la soledad, que es el desierto,
avergonzado, cual si fuera crímen
enseñar á los hombres, insepulta,
la muerta dicha que soñó despierto.
La noche, por do quier, miran sus ojos,
y danzando en revuelta muchedumbre,
espectros, y fantasmas, y despojos.
Escéptico se vuelve, y el fastidio
de la existencia vana
á su conciencia hermana
la idea del suicidio;
ó si tiembla ante el crimen y vacila
en un destello de esperanza piensa,
y con el alma, al parecer tranquila,
despierta á la razón, como olvidando
hasta el recuerdo de su fiebre intensa:
— ¿qué es la vida? — se dice,
— ¿es sueño, es realidad? — y el insensato
calla de pronto, y al callar maldice...
Calderón es un loco,
Skakespeare un mentecato!..
Tinieblas por do quier, siempre tinieblas;
ni un solo instante resplandor de aurora,
y el rumor de la sombra gemidora,
y la voz del silencio, lastimera,
— ¡llora! ¡llora! — le dicen, — siempre llora! —
y no hay acento que murmure: — ¡espera! —

Sacude la cabeza,
hombre sin fe, sin ilusión, sin gloria,
que al morir la esperanza de la vida
la caridad, nueva esperanza, empieza!
¡Hombre, no llores más! abre los brazos
y estrecha á tus hermanos
con efusivos lazos,
con palabras de fe tu labio anega,
que Dios bendito á bendecir te incita:

es Vicente de Paul quien á tí llega,
Mamerto Esquiú, el inmortal prelado...
¡ Bendita seas, Caridad, bendita !..
Náufrago del dolor, ya te has salvado !

Y también os acorre,
con el perfume de su amor sin llama,
la mujer, el ludibrio tantas veces
del hombre vil, que su destino infama.
La mujer viene al escuchar gemidos
que desdeña el dolor; con sus acentos
llamando á los espíritus heridos ;
la mujer viene, esa mitad del alma,
por quien siente el cerebro, pensamientos,
y el corazón, latidos!

¡ Ah ! la mujer, tan noble y generosa,
que guarda los encantos de la vida
de su labio en los pétalos de rosa,
también á veces el destino incierto
abre en su pecho la profunda herida
y en su sér la tristeza del desierto ;
y en silencio, en la noche funeraria,
entrega, con su llanto, sus pesares
al ángel salvador de una plegaria.
Más ¡ ay ! que á veces, al sentirle sola,
como á la errante nave de los mares,
la tempestad de la pasión la mueve,
y la arrastra, en su vértigo de ruinas,
como una hoja imperceptible y leve !
y sin la ayuda de algún brazo amante,
ante el silencio criminal del mundo,
que lleva el egoísmo por delante,
y ante el mutismo sepulcral del cielo
al llamado del pecho moribundo,
la mujer, como mísero cautivo,
cae en los brazos de la hueste impía,
por mendrugos de pan vende su honra,
y brinda el beso del amor lascivo
en la báquica noche de la orgía !

V

¡Salve, de nuevo, Caridad bendita!
Señora del dolor, madre del llanto,
por quien las cuerdas de la lira de oro
vierten al aire el armonioso canto
y las estrofas, en raudal sonoro.

No más llanto, ni lágrimas, ni duelo;
no más dolor en la existencia ingrata,
dice el murmullo de tu voz de cielo
que el aire vago por do quier dilata!
Y, con la fe de tu bendita ayuda,
todo en el mundo del dolor se alcanza:
la ilusión tras el negro desengaño,
la dulce paz, tras la batalla ruda!

Allá va, sin aliento y sin ventura,
un sér infortunado
que pide pan para aplacar el hambre,
agua para la sed, y vestidura,
porque el invierno hiela al desdichado,
y no conoce del hogar la lumbre,
y sólo tiene por hogar la tierra,
bajo el amparo de la azul techumbre.
Luego se ve, con el semblante esquivo,
el labio mudo, la mirada triste
y la pena profunda del cautivo,
que por amor de patria sólo existe,
á esas madres, que en su afán prolijo,
lamentan silenciosas
la pérdida de un hijo,
aunque la pena al corazón taladre,
y á esos hijos, los huérfanos,
¡ay! ¡pobres hijos que no tienen madre!

Y después, sin saber por qué nacieron
del amor paternal para el olvido;
por qué, como los otros, no crecieron

bajo los techos del hogar querido,
los expósitos vagan,
cual los polluelos, que, por fin, resuelven,
dejar el nido y descender al llano,
y que caen, por la tarde cuando vuelven,
bajo las garras del audaz milano.
¡Pobres seres nacidos en el mundo
con el destino de llorar á solas,
sin las dulces caricias de la cuna,
sirviendo de juguete de las olas
en el incierto mar de la fortuna!...
—¡Madre!—murmuran,—madre!—quién te esconde
al ardor infinito de los besos!...
y la madre, al oirle, no responde!...
Y ¿cómo responder si nada escucha;
si, criminal, se entrega,
Mesalina que encubre la deshonra,
al Dios de los placeres, con fe ciega,
en el labio fingiendo que no siente,
en la risa enseñando que no miente,
aunque le mate la conciencia, airada,
con el fantasma horrendo del castigo,
y aunque repita á la mujer malvada:
— en el nombre de Dios: ¡yo te maldigo!

¡Caridad! ¡caridad! madre amorosa:
tus hijos ved ahí: tú los amparas
con el amor de fuego de una diosa,
de la virtud en las eternas aras!
El mundo, vano y necio,
en la ebriedad de sus pasiones locas,
con desdén los contempla y con desprecio!
Tú, con amor los miras,
y si sonrien de placer, sonríes,
y si suspiran de dolor, suspiras!
Es para ellos la herencia de tus dones:
el amor, con sus besos
y su sol, que ilumina corazones;
la esperanza, gemelo de sus risas,
que brotan al chispear de tus sonrisas,
en lluvia de celestes bendiciones!

¡Caridad! ¡caridad! bajo tu amparo
muchas veces brilló la inteligencia,
y convirtióse en faro
la sombra que vendaba la conciencia!
Por tí, tuvieron lápida los buenos,
estatuas la virtud, lauros la ciencia,
la noble libertad paternos lares,
la república libre, corazones,
templos la religión y Cristo altares!
Sin tu sublime protección, la idea
no encerrara el vapor en los calderos,
ni el hilo misterioso que los mares
y llanos cruza, hasta el confín remoto
llevara con eléctrica vorágine
la voz de los celestes mensageros!
Ni siquiera la tierra que habitamos
conocídose hubiera,
sino del genio en la abrasada mente:
sin las tres naves, de inmortal memoria,
Colon no hubiera completado el mundo,
ni juntado el oriente al occidente,
ni ensanchado la historia!!

EL CANTOR DE LAS MONTAÑAS

« Cantó *tristes* nunca oídos,
« cantó *cielos* no escuchado. »
(R. Obligado).

I

En la hora en que desciende
la tarde sobre la tierra
y en el rancho de la sierra
la luz del fogón se enciende;
cuando se oye y no se entiende
tanto adiós, tanto gemido
del ave que vuelve al nido,
de una guitarra argentina,
cual paloma de una ruína,
vuela un *triste* dolorido.

Luego á una nota precisa,
al comenzar el rasgueo,
con doliente clamoreo,
se une la voz indecisa.
Y luego lleva la brisa,
como perfume, sus cantos,
versos mojados con llantos,
que en la noche solitaria
se elevan como plegaria
al alma del viejo Santos.

Es que el pobre ciego empieza
á cantar en su guitarra

la pena que le desgarra,
el ¡ay! que le da tristeza;
cuanto llena su cabeza
de recuerdos de otros días:
sueños y melancolías
que pasaron y le siguen,
que muertos ya, le persiguen,
como las almas impías.

Nadie como él ha cantado
endecha tan dolorida,
como la triste partida
de algún corazón amado.
Ninguna vez ha temblado
la voz con más acritud,
ni jamás sabio laud
más dulce estrofa ha vertido,
ni al cantar el bien perdido,
ni al llorar la esclavitud.

Nació, y una voz secreta
—canta! —le dijo al oído,
y sintió su pecho herido
por una pasión inquieta;
y fué *cantor*, fué poeta,
eco del ave en el cerro,
nota triste en el destierro,
león que ruge, ave que ruega,
como el noble Santos Vega,
como el *gaucho* Martín Fierro.

Inundó su pensamiento
con el eco del raudal,
con el canto del zorzal,
con la música del viento,
con el agreste lamento
del aura murmuradora.
Lo que otros saben, ignora:
fué la montaña su escuela,
su maestro la *vihuela*
y su alfabeto, la aurora.

Nació y creció en la pradera
ondulada de la cumbre,
y al espacio bebió lumbre
y vida á la primavera.
Vaquero del *pago* era
franco, sencillo y abierto;
valiente, sagaz, despierto,
el hijo de la montaña
vivió libre en su cabaña,
como el aire en el desierto.

Jamás sintió esos anhelos
que en la abierta pampa crecen,
y un día se desvanecen
muriendo con sed de cielos.
Sólo envidiaba los vuelos
de los cóndores andinos,
esos negros peregrinos
que buscan la libertad
en la azul inmensidad
de los cielos argentinos.

Asediaba en el boscaje
al potro de undosas crines,
que atronaba los confines
con su relincho salvaje.
Con el *chiripá* por traje,
y *boleador* al *recado*,
iba de la cumbre al prado
apacentando la oveja,
la cabra, el buey, que la reja
hunde en el suelo rasgado.

Así vivió; pero un día
en que tornó de la aldea,
aletear sintió una idea
de ansiedad, en su alegría.
Luego la duda sombría
en su alma forjó un anhelo,
y miró con desconsuelo,
lo que más antes amara,

como si su mente ansiara
dejar las cumbres de un vuelo.

Para él callaron los sones
del arroyo en la espesura,
y el aura ya no murmura
en la flor de los *cardones*.
No le causan emociones
las tórtolas del *chañar*...
ya quiere á veces llorar
porque comienza á sentir:
¡ay! cómo no ha de sufrir
corazón que aprende á amar!

Su labio la nombra: Rosa,
la más gallarda morena,
que al amarla causa pena
de que sea tan hermosa;
la de la voz armoniosa,
la de los ojos de *achira*;
aquella por quien suspira
la décima en la vihuela,
la que al corazón desvela
cuando habla, sonríe ó mira.

La conoció en la faena
de las trillas, en verano;
estrechó su blanda mano,
fué su amigo... aunque con pena,
pues en su alma, antes serena,
el amor labró su hogar;
y tanto empezóla á amar
que no olvidó las mañanas
en que las verdes manzanas
comenzaban á pintar...

II

Hondamente impresionado
por pasión tan repentina,
tornó á su verde colina,

como zorzal apenado.
Bajo el alero inclinado
de su rancho, la oración
le encuentra con tal unción,
tan triste y meditabundo,
como si el peso del mundo
le aplastara el corazón.

¡Ah! ¡qué de extraño que implores,
ave húerfana de nido,
si el cierzo lo ha desprendido,
desdeñando tus clamores.
Qué de extraño, alma, que llores
si ocultas penas te hieren,
si poco á poco se mueren
tus alegrías de ayer...
si has aprendido á querer
sin saber que á tí te quieren!

Todo es un toque de duelo
para esa alma solitaria,
pobre agreste pasionaria
nacida en estéril suelo.
¿Qué hacer en su desconsuelo?
¿á quién confiar su quebranto?...
¡A unas seis cuerdas, que el llanto
del huérfano humedeció!
¡A su guitarra que amó
en otro tiempo su canto!

Ya descuelga el instrumento
de los *tristes* argentinos,
y en los árboles vecinos
llora sus penas el viento.
Ya pulsa con sentimiento
sus cuerdas, antes dormidas,
que sollozan como heridas
por el pico de las aves,
pues tienen los ecos suaves
de las calandrias perdidas...

¿A qué con tan loco empeño
llorar, con el rostro enjuto,
si arroja el alma su luto
al pié del dolor, su dueño?
¿A qué sentirse pequeño
si el corazón se engrandece;
si aunque el pesar no fenece,
de la guitarra á los sones
el alma con sus pasiones,
como el ceibo florece?

¿A qué llorar con los ojos
si el alma se vuelve nota;
si cuando en raudales brota,
sus tristezas caen de hinojos!
¿Si de sus mismos despojos
nueva ilusión se levanta;
si al surgir de su garganta
la noche, se vuelve aurora?...
Al fiel amante que llora
sucede el gaucho que canta!

Que venga un otro cantor
que al vibrar del instrumento
le arrebate el sentimiento
de la prenda de su amor!
¡Ha de exhalar su dolor
de blando triste á los sones
el que busque corazones
en mis montañas amadas:
que ilusiones deshojadas
reverdecen con canciones!

¡Le amarán!... Su inspiración
la esperanza ha despertado;
su canto ha cicatrizado
la herida del corazón.
Un oriente de ilusión
y un ocaso de pesar
le incitan de nuevo á amar,

como en aquellas mañanas
en que las verdes manzanas
comenzaban á pintar.

III

Era una noche de Enero
llena de sombra medrosa,
como el alma de la esposa
que pierde su amor primero.
En los sauces del otero
lloraba estrofas el viento,
con ese lírico acento
que nos trae á la memoria,
como en idilio, la historia
de algún triste sentimiento.

¡Noche! ¡noche! confidente
de las flores y las almas,
que al pecho espinado calmas,
cariñosa y diligente.
En tu inmensidad silente
consuelo dás, é iluminas
con tus lunas peregrinas
el corazón de los tristes,
y con luz de estrellas vistes
la obscuridad de sus ruinas.

Es por eso, que amparado
á tu sombra y tu mutismo,
va un alma, que es un abismo
donde el amor ha rodado;
va el cantor enamorado,
donde va, con su vihuela,
clavando al potro la espuela
si se detiene medroso
al percibir el sollozo
de algún espíritu en vela.

No quiere que la luz suave
de la aurora le sorprenda,
de temor que le comprenda
al estar cantando, el ave,
y halle en sus notas la clave
de un amor que no resiste;
que de tristezas se viste
en su silencio de fosa:
él quiere que sólo Rosa,
sepa la historia de un triste.

En puntas de pié camina
y al rancho de Rosa llega;
profunda noche le ciega,
pero su amor le ilumina.
Apenas llega, se inclina,
y quedo, muy quedo, toca
las cuerdas, que de su boca
para gemir eco esperan,
como si esas cuerdas fueran
arterias de su alma loca.

A media voz, y en la sombra,
convulso de sentimiento,
une á los *tristes* su acento
y á Rosa dos veces nombra.
Luego, con *letra* que asombra
por su ardiente inspiración,
en décimas su canción
vertió con tan loco empeño,
que abrió los labios el sueño
para hablar al corazón.

Empezó por un rasgueo
con la prima y la bordona,
y dulces versos entona,
pobres hijos de un deseo
que en suavísimo aleteo
iban un seno buscando;
y al dar con el puro y blando
seno de Rosa, dormidos

quedaban como en los nidos
las tórtolas arrullando.

Luego en suave melodía
confió á la brisa las quejas
del dolor que entre las rejas
de su corazón gemía.
A cada rato subía
el tono con que cantaba,
y á cada pié que espiraba
aire daba de quebranto,
y más gemido que canto
cada estrofa semejaba.

Y fué tal esa canción,
que no sobró, en queja tanta,
ni un sólo eco á su garganta,
ni un ¡ay! á su corazón.
Voló al mundo su pasión
con las alas de su anhelo
á los toques de su duelo,
como al doble de campanas
vuelan las almas hermanas
con alas de angel al cielo.

Gimió el viento con sus notas,
lloró la noche esa noche,
y en cada entreabierto broche
cayó su llanto, hecho gotas.
Quedaron las cuerdas rotas
de la guitarra á su acento;
y del vivo sufrimiento,
tanto suspiro exhalado,
vagó como aroma alado
de la flor de un sentimiento.

Ave de la selva, Rosa,
que dormía cual las aves,
despertó á los ecos suaves
de la cántiga amorosa,

Oyó pulsar, melodiosa,
la guitarra, y á sus sones
murmuraron sus pasiones,
y, bardos que amor inspira,
pulsando invisible lira
contestaron sus canciones.

Del alero bajo el techo,
donde su *prenda* se hallaba,
hablándola el bardo estaba,
sentado en su mismo lecho.
¿Qué diría al vírgen pecho
su labio, de amor beodo?
¡Quién escucha de qué modo
el ave enamora al ave!...
El mundo tan sólo sabe
que el corazón supo todo!

Cuando el ave dió la hora
con el piar de su canto,
y recogía su manto
la noche al clarear la aurora,
al ver el rayo que dora
los horizontes lejanos,
el cantor asió las manos
de Rosa, y le dijo ¡adiós!...
y los labios de los dos
al partir fueron hermanos.

Las pupilas de su prenda
se clavaron en sus ojos,
y al parecer, con enojos,
le siguieron tras la senda
cuando soltando la rienda
al potro, veloz partía.
¡Tan pronto se despedía
y en una noche tan corta!
Para quien ama, ¿qué importa
que la noche se haga día?

Así murmuraba Rosa
llena de justos agravios,

y en la lira de sus labios
gemía el alma celosa,
como cuerda temblorosa
que pulsara el desencanto.
Un ave mezcló su canto
al ¡ay! de su corazón...
¡Qué triste es una canción
mezclada al eco del llanto!

Su amante, que no la oía,
lanzado en veloz carrera,
volaba por la pradera
donde el alba sonreía:
y al despuntar ese día,
viéndose amado al amar,
de placer quiso llorar,
como en aquellas mañanas
en que las verdes manzanas
comenzaban á pintar.

IV

¡Ah! cuán venturosa el alma
que vive amada y amando,
y riendo y suspirando
tranquila, alegre ó sin calma.
¡Con qué afán muestra la palma,
que cortó del pecho amante,
al mundo cruel é inconstante
que no le brindó venturas,
y supo darle amarguras
á beber á cada instante!

¡Con qué afanes indecibles
florecen sus alegrías,
cual brotaron otros días
desengaños é imposibles!
¡Almas nobles y sensibles,
tened la vida sujeta

á la pasión que os inquieta
ó al mundo que habeis forjado!
¡El dolor ha sido creado
para el alma del poeta!

Vive feliz el cantor
porque sabe que le aman,
y en silencio le reclaman
unos labios con ardor.
Vive riendo del dolor
que en otro tiempo sintiera,
y la dicha, lisonjera,
le dice que ría más...
¡No le hiera por detrás,
algún día, no le hiera!

En su guitarra llorosa
ya no se oyen tristes sones,
y sí esas blandas canciones
de la pasión amorosa,
de voz dulce y temblorosa,
de *pié en cuarto*, concertado.
Parece que ha retoñado,
como el árbol su vihuela,
y que de sus cuerdas vuela
la tristeza del pasado.

Ya por la noche ó la tarde
su amor y ventura canta,
y la voz de su garganta
de su soltura hace alarde.
No brota débil, cobarde,
quejumbrosa, adolorida,
como el canto de partida
del blanco cisne en los mares:
ya no hay polen de pesares
en las flores de su vida.

Visita á Rosa á menudo,
á su amada que, impaciente,
le guarda para su frente
el beso del labio mudo;

el abrazo, el blando nudo
que ata el alma de los dos...
Él, va con cantos en pos,
y ¡adiós! le dice con cantos:
ella, con sus besos santos
le aguarda... y le dice ¡adiós!

Un mismo destino mece
la vida de esas dos vidas;
y, arbol de ramas unidas,
á un mismo tiempo florece.
Si una siente, en la otra crece
á la par el sentimiento;
si una sufre, el sufrimiento
en la otra se vuelve pena,
que un sólo afán encadena
corazón y pensamiento.

Pero muy pronto en oriente
aborta la noche un día;
lleno de melancolía
nace el sol, tinta la frente.
Suena la voz estridente
del fusil en la montaña;
contra los hombres se ensaña
el odio vil, y la guerra
gritos lanza á nuestra tierra
de esterminio, en tierra extraña.

¡La patria os llama, paisanos!
corred presto en su defensa;
y volved ofensa á ofensa,
con el látigo en las manos.
Caines, nuestros hermanos
del Paraguay embistieron
á quienes patria les dieron
cuando esclavitud lloraron,
y honra y nombre mendigaron
cuando vergüenza sufrieron!

En el batallón formado
de montañeces, se alista,

apenas la ronda avista,
en calidad de soldado,
el cantor enamorado;
y dejando amor y hogar
está dispuesto á marchar
tras el bélico estandarte,
donde vaya, á cualquier parte,
al desierto ó á la mar.

Fué cruel la despedida
del recluta, muy cruel...
vertió ella lágrimas; él
sintió como si la vida
estallase por la herida
que abrió en su alma su pasión.
Sonó un toque de oración;
la noche se deslizaba
y su frente se empapaba
con sangre de un corazón...

Con esa lumbre que apena,
apagada y mortecina,
la cresta de la colina
la luna baña, serena,
é ilumina aquella escena
de dolor y de misterio,
solemne como el salterio
que en la bóveda retumba,
callada como la tumba
ó el ciprés del cementerio.

La noche, al fin, se diluye,
y vuelta de su desmayo,
la luz con su vivo rayo
del mar del oriente fluye.
Ni adiós dice el bardo, y huye
del ideal de sus amores...
ya con bélicos ardores,
al despuntar la mañana,
suena en el cuartel la diana
y redoblan los tambores.

Después ... suena la *llamada*;
y las pobres madres lloran,
y las esposas imploran
con el alma atribulada...
y ya la tropa alistada
vibra el clarin estridente;
y tras el coro doliente
de cien madres argentinas,
marcha y traspone colinas,
paso á paso el *contingente.*

Va entre la gente de guerra
marcando el paso, el cantor,
que deja prendas de amor
para pelear por su tierra.
No bien se borra la sierra
se abre el llano á su pasar ...
¡ Ay ! quién sabe si á cantar
vuelva las dulces mañanas
en que las verdes manzanas
comenzaban á pintar !

V

Van corridos muchos meses
desde el triste dia aquel,
en que solos, ella y él,
se besaron muchas veces.
Han cuajado ya las mieses,
la algarroba amarillea,
la jóven ave aletea
en el *molle* y la *cicuta*;
la ya sazonada fruta
el *quechupay* picotea.

Y es la hora en que los suaves
ecos cesan de los nidos;
los gajos están caidos
con el peso de las aves.

Hasta los acentos graves
de la montaña han callado ...
El primer golpe ha sonado
de la campana en la torre...
la sombra nocturna corre
sobre las yerbas del prado.

A la morada de Rosa
alguien llega y se detiene;
de lejanas tierras viene;
reposar quiere, y reposa,
como sombra misteriosa,
en las peñas del camino.
Parece, desde que vino,
que á nadie allí conociera,
pues mira de una manera
más que extraña el peregrino.

Pulsa una guitarra, luego,
y en extranjera *tonada,*
canta la ausencia llorada
por un veterano ciego,
víctima en la lid, del fuego,
prisionero sin rescate;
y al recordar de un combate,
y al nombrar al Paraguay,
rima el verso con un ¡ay!
que no suena, sino late.

Es él !... el cantor agreste,
que después de tantos años
de luchas y desengaños,
dejando la altiva hueste
que á la bandera celeste
coronó con la victoria,
en pos de grata memoria,
vulve, por fin, á su tierra,
pobre mártir de la guerra,
á llorar su triste historia.

Peleó con patrio ardimiento
aquel valiente serrano:

su traje de veterano
luce arreos de sargento.
Luchó en combates sin cuento
por la honra de su bandera;
más de una vez la trinchera
le abrió paso en la batalla,
y reventó la metralla
á sus piés, tonante y fiera.

Apenas el canto expira,
y no bien escucha el nombre
la aldeana, de aquel hombre,
alza los ojos, y mira,
y no sabe si delira
al ver el adusto ceño
del que un dia fué su dueño,
la imagen aparecida
en las noches de su vida
con el ropaje de un sueño.

Turbada quedó un instante
la niña al saber quien era,
como el que vé, y no espera
lo que ha visto tan distante.
En su corazón de amante
redoblaron los latidos,
y excitados sus sentidos
de su amor en el exceso,
voló á derramar su beso
en unos labios queridos.

Largo tiempo le estrechó
la niña con blando nudo.
Sombrío, estático, mudo,
el veterano quedó.
Sorprendida, levantó
la aldeana la vista inquieta;
miró el rostro del poeta,
y con dolor infinito,
al mirarle, lanzó un grito
heridor, como saeta.

— Rosa! — dijo el cantor, — Rosa!... —
al oir su voz...era ella!
sola luz que dejó huella
en su noche tenebrosa;
imagen que no reposa
en su existencia sombría;
musa de extraña poesía,
surgida de un sentimiento;
lira que da al pensamiento
notas de triste armonía.

— Ingrato: tú ni supiste,
quien era yo, — dijo ella;
y la sensible doncella
vertió una lágrima triste.
— Yo te ví; tu no me viste —
añadió con voz ahogada;
— yo en mis brazos, arrobada,
te estreché; y tú inclemente
me miraste indiferente:
¡para tí ya no soy nada!

Convulso, trémulo, frio,
quedó al instante el sargento;
y en nervioso movimiento
dió abrazo loco al vacío.
— ¿Dónde estás, dónde, bien mio?...
Yo ya no puedo mirarte,
y te miro en cualquier parte! —
dijo el pobre veterano,
y llevó á su faz la mano
que el sentimiento comparte.

Rosa corrió hacia él...y luego,
clavó en sus ojos, los ojos,
y en vez de luz, miró enojos,
sombra en ellos, y nó fuego.
— Tú no ves, te has vuelto ciego!
¡Ya no eres, no eres el mismo!
Vete, vete, que el abismo
de la noche nos aleja! —

dijo ella, y amarga queja
lanzó él de escepticismo.

—Mujer vil! mujer ingrata! —
añadió él, rugiendo en ira;
— mentira, fuiste, mentira!
tu perjurio te delata!...
No creas, nó, que me mata
tu traición, que hórrida zumba!
¡un pobre amor se derrumba
cuando, ya enfermo del alma,
va á buscar mi ser la calma
en el seno de una tumba! —

Dijo, y partió, no escuchando
una frase desdeñosa
que de los labios de Rosa
brotó, medio sollozando.
De sombra se iba llenando,
negra cual la mutua ofensa,
la soledad muda, inmensa,
de la tierra y de los cielos,
y la hidra de los celos,
surgió de la sombra densa.

¡Ay! del pobre veterano,
á quien la engañosa suerte
dió á beber licor de muerte
en la copa de su mano!
Su amor tornose humo vano,
y fué su dicha, amargura;
su sol es la noche obscura,
y su hogar es el desierto,
y su esperanza es un muerto
que llora por sepultura!

¿Por qué, por qué no murió
en la sangrienta batalla
de Humaitá, do la metralla
que en su frente rebotó,
¡ay! para siempre cegó
ojos y dichas del alma?...

Llena de espinas, la palma
ciñe del mártir su frente,
y halla en el vacío ambiente,
y en lo intranquilo la calma!

Ya nada; ya nada espera,
sino la eterna partida;
que para él su triste vida,
más que este mundo, es quimera.
Va del monte á la pradera,
de la loma al rio va;
y cuando perdido está,
sin saber por do camina,
le dice, al morder, la espina:
—¡pobre ciego! por allá!...—

Sólo en la vida le queda
un tesoro de consuelo:
esa inspiración de cielo
que en cada canto remeda
como una ilusión que rueda
de su sér en lo profundo,
aunque el dolor iracundo
devore sus alegrías,
y llene todos los dias
de desengaños el mundo!

Por eso cuando desciende
la tarde sobre la tierra
y en el rancho de la sierra
la luz del fogón se enciende;
cuando se oye y no se entiende
tanto adiós, tanto gemido
del ave que vuelve al nido,
de una guitarra argentina,
cual paloma de una ruina
vuela un *triste* dolorido.

Y es el *triste* una memoria
de otro tiempo y otros años,
sin sombras ni desengaños,
reliquia de amor y gloria;

es una lúgubre historia
que siempre quiere cantar,
porque no puede olvidar
aquellas dulces mañanas
en que las verdes manzanas
comenzaban á pintar...

EN EL TEATRO

Dos años ya sin verte, vida mia,
en tanto tiempo, ni una sola vez!
dos años de mortal melancolía,
de sinsabor, de olvido y de desdén!

Dos años ha que ¡adios! te dijo el alma,
cansada por la tuya de luchar;
dos años ha que yo perdí la calma,
la dicha del espíritu y la paz!

Y te veo, por fin! y mi pupila,
recorriendo del teatro, con afán,
el círculo de luz que en torno oscila,
en tí mujer, se vuelve á concentrar.

En un palco te encuentro; allí te miro,
trémula y palpitante de emoción;
y al escuchar á *Fausto*, tu suspiro
brota al compás de su inspirada voz.

Margarita, la pobre Margarita,
cae en los brazos, trémula de amor;
y tu alma ardiente, de pasión se agita,
hasta que baja rápido, el telón.

¡Y tú me miras, con afán doliente!...
y mientras el aplauso crece más,
tu pupila me abrasa en su torrente
de pura y de celeste claridad.

Esa ha sido, esa ha sido nuestra historia
en otro tiempo hermoso, que se fué...
yo era tu Fausto, con amor de gloria,
y tú mi Margarita... tú, mujer!

Contempla el drama, sin cesar, y llora!
y suprime una escena...nada más...
Yo respeté tu honor, mujer traidora!
Fausto cristiano, y aprendí á llorar!

Te tuve entre mis brazos, como á *ella;*
y al beber en la copa de tu amor,
dejé á la meretriz por la doncella,
porque lástima tuvo el corazón!

Compadecí, sin ruego, á la villana,
que por ángel tomé, siendo mujer...;
á la ramera estúpida y liviana
que á otro diera lo que yo dejé...!

En vano me contemplas... Aunque lata,
aún, con fiebre de amar, mi corazón,
tu mirada, como antes, ya no mata,
pues te veo con lástima, y no amor!

—Llora! como lloré por tí, vendido...
Se levanta el telón tercera vez...
la pobre Margarita ya ha caido...
la mirada á la escena!... allí, mujer!—

DESDE LEJOS

No pienses que en la tumba del olvido
duerme el amor que un día te jurara,
ni pienses que el torrente de la vida
abre cauce en el valle de mi alma.
¡ Ah ! si aún en tus ojos
quedan algunas lágrimas,
acuérdate,
llorando gratitud á mi constancia,
que encadené mi corazón al tuyo
é hice á mi mente de tu amor esclava.

No pienses que en el humo de las tardes
los pensamientos de mi vida vagan,
ni que la mirra del amor derramo
ante el ídolo vil de la falacia.
¡ Ah ! si pensaste un dia
cuán triste es ser ingrata,
acuérdate
un instante, siquiera, del que te ama,
del mendigo infeliz de tus caricias,
el que dejó en tu corazón su patria.

No pienses que he perdido el sentimiento
si sabes que otro amor no me avasalla,
ni que troqué la inspiración ardiente
por la ambición que la fortuna sacia.
¡ Ah ! si no has olvidado
lo mucho que te amaba,
acuérdate
que el rayo me abrasó de tu mirada,
y que en la fiebre de mi amor sin tregua
no se apagaron en mi sér las ascuas.

No pienses (si es que piensas algún dia),
que he de guardar rencor dentro del alma,
si quisieras borrarme de tu mente
y si aún en tus sueños me olvidaras.
¡Ah! si no me crees noble,
incapaz de venganzas,
acuérdate
que yo á tu madre perdoné la infamia,
cuando á los dos nos alejó por siempre,
impasible á mis ruegos y á tus lágrimas.

COMO Á TÍ

—Madre, madre, me parece
hoy advertirte enojosa—
Si la hija no obedece,
negándose á ser su esposa.

—Es que no sé si le amo,
pero algo en el alma siento...—
¿No te alegra su reclamo
y no te abrasa su acento?

—Madre, su voz me cautiva,
pero el corazón resiste...—
Tú le tratas muy esquiva
y el pobre se va muy triste.

—¿Y es por eso que te hieres?
Dame un beso, madre mía!—
Y un otro más si tu quieres...
pero vence tu porfía.

—Si ya todo se pasó...
fuí mala y torpe, confieso...
pero... ayer le ví... me vió...
y como á tí... le dí un beso!—

EL FÉRETRO

Miraba, triste, la niña,
cual si un pesar la mordiera,
un féretro de madera
que el carpintero labró.
Su aspecto siempre sombrío,
á pesar de sus labores,
volvió espanto á sus dolores,
y al tornar la vista, oró.

A cada instante, la niña,
—¿á quién servirá de lecho?—
con el corazón maltrecho,
repetía en su pavor.
No pasó ni una semana,
y la niña, que veía
aquella tumba, moría
abrasada por su amor.

Y ese féretro, fue el mismo
que le destinó la suerte,
su estrecho hogar en la muerte...
¡quién lo pensara, Señor!...
Sólo yo!... que nada extraño;
yo, que guardo en la memoria
de una otra tumba la historia,
en que el muerto fué mi amor.

Yo, que mirando ese féretro,
como ella, meditabundo,
pensaba que en este mundo
mentiras las glorias son;

yo...que te amé, no sabiendo
que, al morir de aquella suerte,
fuera tu muerte mi muerte,
mi tumba, tu corazón.

Yo, que creí que los muertos
no eran sepulcro de vivos;
yo, que tus besos cautivos
ví que la muerte bebió,
yo, que pensé que ese féretro
para tí tan sólo era...
y no que mi tumba fuera,
al morir contigo, yo!

A MI TERESA

N'as-tu, donc pas, Seigneur, assez d'anges aux cieux?
(V. Hugo).

I

Mi madre... mis hermanos...
la que ya moribunda, sin palabra,
á bendecirme levantó las manos...
los compañeros del hogar querido,
con quienes mis cariños repartía,
todos se han ido ya... todos se han ido!
Bajo la losa fría
duermen, dispersos, en ingrato olvido,
ese sueño, sin fin, que... no despierta
ni ante el triste gemido,
ni ante el hondo llamado del quebranto,
ni ante el grito de ¡madre!
que á la ruín venganza
convierte en una lágrima de llanto,
y al moribundo ¡adiós! en esperanza!

Solo tú me quedabas en la vida,
como un beso de estrella sobre el alma,
en esa noche negra y estendida
del cielo, sin fulgor, de mis tristezas,
que vierte, en vez de luz, melancolía,
que no tiene un oriente para aurora
ni un ocaso, siquiera, para el día.

Solo tú me quedabas... y te fuiste!...
sin darme ni un adiós, cuando mi alma,
huérfana del hogar, sentía en calma,
un algo de ilusión, aunque muy triste...
pero siempre algo de ilusión, que vale
para el que sufre, tanto,
que se compra, aunque cueste lo que cueste,
con el tesoro líquido del llanto!

II

Los dos nacimos para amarnos siempre,
como el ritmo á la cuerda de la lira,
como el insomnio á la pasión inquieta,
como la gloria al corazón que aspira,
como el verde laurel ama al poeta,
como el beso del labio al labio adora.

Aún yo no sabía
que tú existieras para el alma mía;
ni tú, paloma de sesgado vuelo,
que tus veloces alas, para alzarte,
tuvieran este corazón por cielo.
Ninguno de los dos nos conocíamos,
aunque los dos, como distinto ruido
que la armonía con un ruido forma,
que uniéndose producen un sonido;
como lejanos ecos de dos aves,
que el aire lleva con ligera planta,
y complementan una misma nota
cuando una llora y cuando la otra canta,
cual forman un acorde
el rumor de la hoja
y la ola en el borde,
el gemido del aura y el murmullo,
así tu corazón y el alma mía,
sin conocerse aún, eran dos ecos,
notas dispersas, pero un solo arrullo.

Tal vez éramos notas
de desigual acento,
pero que unidas tienen su cadencia,
como el amor unido á la inocencia;
la antítesis, quizás, en sentimiento,
las premisas contrarias de una idea,
pero las dos con esa igual tendencia
de reforzar un mismo pensamiento
para encarnarlo más á la conciencia.

Cuando te conocí, tú no sabías
definir el amor; no comprendías
por qué solloza con ardor la lira,
cómo esa llama brota
del corazón en la candente pira
é incendia á veces, pero no se agota.

Jugabas con el niño,
como niño, también, indiferente
á la mirada del doncel, avaro
de tus dulces tesoros en cariño,
de la mies de tu espíritu inocente.

Así te conocí; fué mi destino
contigo hallarme un día,
cuando vagaba errante y peregrino,
proscrito de la gloria,
ese reflejo de la patria mía
que en cada corazón tiene su historia.

Yo era entonces un pobre
soñador que sufría su castigo,
un vencido sin gloria en la refriega;
era menos aún...era un mendigo
ó un pobre harapo con que el viento juega.
Yo era entonces la nota más sentida
de la tristeza que á morir provoca,
era una sombra sobre estéril yermo,
era un pedazo de algún alma loca
ó de algún pobre corazón enfermo.

No sé por qué lloraba tanto, tanto,
no sé lo que tenía,
y en mi hondo desencanto
no sé, siquiera, si al sentir, sentía!
Pero sé que mis ojos
lloraban, y lloraban, y que mi alma,
la mártir de sus sueños hechos trizas,
caminaba por sendas con abrojos
ó eriales del amor hechos cenizas.

Así te vieron por la vez primera
mis ojos anublados de tristura;
así te contemplé, gota de estrella
caida en una negra sepultura.
Así te conocí, ala de vida,
cuyo único anhelo
era volar con mi alma entristecida
por la azulada inmensidad del cielo!

Bendita tú, que descendiendo tanto,
ángel de Dios, bajaste á mi conciencia,
á compartir mis penas y mi llanto
y á saborear el pan de mi existencia.
Bendita tú, que en el fulgor tranquilo
de tus pupilas suaves y dormidas
me diste luz para alumbrar la senda
por donde iban mis dichas abatidas,
con hiel el labio y en los ojos venda.
Bendita tú, que transformaste un dia
en sol la luna de mi noche triste,
cuando ya la ilusión me despedía
y escuchaba de la última esperanza
ese adiós que la vida no resiste,
y hasta la tumba, que es olvido, alcanza.
Bendita tú, la dulce compañera
ideal de mis desvelos,
que en la noche glacial de mis dolores
razgaste la cortina de los cielos,
y con la luz de estrellas de tus ojos
encendiste el fanal de los amores!

III

Brillaba el sol de alegre primavera:
las flores desplegaban sus capullos
á los besos del ángel de la noche;
y el corazón, que es una flor que espera
el rocío del alma y sus arrullos,
abría, como un ósculo, su broche.

Hay un algo que inspira
en esa era feliz que da las flores:
en los árboles, nidos,
palpitación de besos en la lira,
risa en el labio y en el pecho amores.
Pero algo más había
que palpitar el corazón hacía
del bardo melancólico y sentido;
algo en el aire, que llegó á mi oído,
que en una onda de amor repercutía,
de mi alma en la triste sepultura
y á mi pobre cadáver repetía:
Oh Lázaro, levanta!
rasga el sudario de tu triste pena,
toma tu lira de poeta y canta,
en consonantes de oro
la postrera ilusión que tu alma llena!
Yo me llamo *esperanza*, y te despierto,
cadáver insepulto de tus sueños,
amor, me llamo y en tu ser me vierto,
me llamo *beso*, y en tu labio ardiente
vengo á depositar de los ensueños
en cascada de cielos el torrente!

Así me dijo, y al chispear la aurora
de mi noche de muerte,
me levanté de mi sepulcro, vivo,
á bendecir la suerte,
que tantas veces desgarró mi pecho,
que tantas veces me arrastró cautivo,

Los triunfos del amor! del amor santo!
que, con la fe de mi piedad cristiana,
dentro del corazón le guardo un canto,
de estrofa celestial, aún siendo humana!

¡Amor! ¡amor! en tus sonrisas late
aura de vida, pero no de fosa,
voz que levanta y que jamás abate,
llama voraz, sin palidez de rosa.
Cuando la soledad del alma ansiosa
va en pos de un corazón que la haga hermana,
tú desgarras, amor, su triste noche
con tu foco de luz de la mañana!
Tú transformas en cielo con estrellas
el vacío sin luz del pensamiento;
y, como nimbo sideral, las huellas
dejas en el calor del sentimiento!

IV

Desde la vez primera
que te vieron mis ojos, adormidos,
sentí mi triste corazón opreso
deshacerse en latidos;
sentí como hervidero de pasiones,
que al agitarse, loco, nos inquieta,
y escuché como arrullo de ilusiones
en mis noches de luto,
hermanas de mis noches de poeta.
Creí que fuera otra ilusión del alma
cual tantas ilusiones hechas trizas,
como tantos ensueños hecho humo,
como tanta esperanza hecha cenizas.
Busqué la soledad... pero en mi frente
aparecía, sin cesar, llorando,
la imagen de tu amor, que estaba ausente,
como si me llamara en su gemido,
como si fuera un pájaro del cielo
que quisiera mi alma para nido!

¡Siempre en mi corazón! á toda hora...
en el insomnio de mi mudo lecho,
y en la noche y aurora
del mundo de mi pecho!
¡Siempre dentro de mí!... Como la hebra
del sol radiante que el cristal traspasa,
el rayo de tu amor llega, se quiebra,
en el cristal de mi alma trasparente,
pero penetra al fin, pero al fin pasa,
encendiendo los cirios del santuario
do la esperanza, que es la madre, llora
al pié de mi ilusión en su Calvario!

¡Por eso yo te amé! luz de mi vida
que en un cielo nacida
para saciar mi anhelo,
te perdiste apagada en otro cielo!
Por eso yo te amé, sueño de un alma
desconsolada y yerta,
que ante un rayo de luz de la fortuna
á la vida del beso se despierta
como el infante cándido en la cuna!

Por eso es que aún siento,
cuando recuerdo de esa luz que inflama,
arder como volcán mi pensamiento
y entre cenizas renacer la llama!
Y por eso mi frente
de un infierno voraz es el compendio;
y por eso la idea que germina
es un rayo candente
que jamás ilumina
sin producir incendio!

V

¡Mujer á quien amé! te quise tanto
que aún mi triste corazón rebosa
de ese dolor que no mitiga el llanto,
y que vive grabado en nuestras almas

como cifra de olvido en una losa.
Llegué á amarte con hondo desvarío...
cuando no te miraban mis pupilas,
en torno yo sentía
la ráfaga de hielo del vacío
unida á mi tenaz melancolía.
Llegué á amarte ... como aman en la noche
las flores de los campos al rocío,
el cielo á la divina
estrella que lo inflama,
y el pájaro que llora
al ángel que abre el cáliz de la aurora.
Y, siempre en ascensión, la ígnea llama
iba subiendo al corazón, subiendo;
y esas mis ansias comparé yo un día
al delirio con que aman las pasiones
al crímen que delata,
y al cruel afán con que la muerte adora
á la daga que hiere vengadora
y á la segur que mata!

Y mi amor fué más grande y más profundo
cuando á la luz de tus pupilas bellas
miré crearse de tu amor un mundo,
y en tu frente leí escrito ese himno
del corazón que bebe luz de estrellas.
Fué más grande mi amor, más concentrado,
cuando en tu labio de color de rosa,
manantial de los ósculos del niño,
confundida á la cántiga amorosa
sentí vibrar la oda del cariño.

¡Cómo latía con ardor tu pecho
al suave afán de la pasión primera,
cuando yo te clavaba la pupila,
triste como dolor que nada espera
y como luz de cirios intranquila!
¡Cómo tu terso rostro se encendía,
llenándose de cándidos sonrojos,
cuando mi alma risueña te veía
con la máscara triste de los ojos!...

¡A qué hablar al candor y la inocencia
si la mundana voz le mueve enojos!
¡á qué entregar á la palabra humana
un sentimiento que se vuelve esencia!
¡á qué confiar á una terrena frase
el secreto del alma enamorada,
si lo que el labio cuando más silencia
lo escucha el corazón en la mirada!

¡Cuán feliz era, entonces, con la gloria
de haberte amado tanto,
de haberte acariciado en la memoria
en mis noches de sueños ó de llanto!

Hoy que el halago de tu ser no siento,
hoy que el dolor de nuevo se apodera
de mi abatido y triste pensamiento,
por mirarte como antes, qué no diera!
¡Todo!... si dado fuera
arraigarse al pasado, que no existe,
por una sola frase
de ese todo que tú me prometiste!

Gratos instantes de otras horas bellas,
cuál cintilsia aún en mis recuerdos
con más intensa luz que mil estrellas!
¡Cuán feliz era entonces yo á tu lado!
cómo entonces amaba yo la vida,
por tí, pedazo del amor tronchado,
por tí, recuerdo de ilusión perdida!

Por tí pensaba desdeñar mis penas,
dar el adiós postrero á mis dolores
y romper estas míseras cadenas
que me atan á la vida y sus rigores.
Por tí pensaba exterminar la duda
que me lleva y arrastra al desencanto,
quemar el libro, abandonar la ciencia,
ahogar mis gritos, contener mi llanto

y proclamar lo ideal en la conciencia.
Por tí pensaba alzarme del abismo
en alas del amor con fuerza suma,
y arrojar de mi alma este ateismo
que con su faz escuálida me abruma;
y con la fe del corazón creyente,
esperar lo que espera
el niño, y el mendigo y el demente,
la virtud que vacila y desespera
y el crímen triunfador que se arrepiente!
¡Y yo, que había en mi ilusión jurado
por tí ser bueno y perdonarlo todo;
decir á mis pasiones que no hiervan,
dar el nombre de lodo
á lo que tu dijeras que es del fango,
y doblar mis rodillas ante aquello
que tú llamaras de celeste rango
ó que de Dios tuviera algún destello!
¡Y yo, que había jurado
seguir de tu alma el afanoso anhelo,
atravesar contigo la exitencia
y contigo volar después al cielo,
abierto á la ansiedad del pecho humano,
volcar la inmensidad en la conciencia,
reconocer á Dios y ser cristiano!!

Y tú, en cambio, tan noble, tan sincera,
me prometiste ser mi compañera;
conmigo dividir todas las horas
de triunfo ó desaliento,
de inquietud ó de calma,
de lucha, de fatiga ó de contento.

En cambio me juraste
darme cuanto tuvieras y yo ansiara...
hasta tu corazón, vaso de esencia,
y entregarme tu espíritu en el ara,
y rendirme en un beso tu inocencia
cuando tu velo en el altar quedara,
y temblando en los frescos azahares
en rocío de flores, tus pesares.

VI

¡Que todo fuera sueño fugitivo!
que todo fuera del destino halago
para mentir á un corazón cautivo
con engañosa predicción de mago!
!Que no me queden ya sino mirajes
de los gratos ensueños de otras horas;
que mis dichas de ayer fueran celajes,
que en noches se trocaran mis auroras!
¡Que la callada nieve del olvido
nos aleje del arbol que encontramos
y lleve con sus copos nuestro nido!

¡Que cuando más te amara te perdiera,
y que ese Dios que juntos adoramos
entre los dos un túmulo entreabriera,
entre los dos cabara
ese abismo terrible que separa
al corazón del corazón, por siempre,
que transforma en ¡jamás! nuestra quimera,
que dice al alma ¡nunca!
cuando le grita el corazón: ¡espera!

¡Que se acabara todo!...
¡que se concluya con la carne el cielo;
que lo azul se haga lodo,
y el beso, y el fulgor de la pupila,
y el candor, ese velo
del templo de Isis que la virgen guarda,
la virtud, la hermosura!...
y que al caer la tapa
de la negra y hambrienta sepultura,
de donde nada escapa,
el ruido que hace y que á olvidar provoca,
diga ¡adiós! al adiós de nuestra boca!

¡Y que no haya siquiera,
al lado de la tumba que devora,
ni compasión para el dolor que espera,
ni soledad para el amor que llora!
¡Que la parca insensible todo pida:
del que lleva sus sueños con su vida,
y deje del que amó sólo el tormento,
y haga en el fondo de su sér, que clama,
fuego al recuerdo que su sér inflama,
nieve para olvidar al pensamiento!

Cuando tu la llevaste
¡oh parca avara de la dicha ajena
que en el suspiro moribundo gozas!
el recuerdo en mi espíritu dejaste,
como en la tumba dejas á la hiena
y al buho graznador sobre las fosas!

Me dejaste el recuerdo que asesina
y mi amor te llevaste, despiadada!
Y después... te gozaste en su ruina,
te burlaste y reiste
de mi llanto y mi queja prolongada,
de mi sollozo entrecortado y triste!

¡Que esa fuera tu obra,
vendida mercenaria
al no ser de las tumbas!... que esa fuera
tu hazaña vil ¡oh hiena del olvido!
que tienes al *dies iræ* por plegaria
y á la risa del alma por gemido!

¡Que á ella, que era un ángel, te llevaras,
que á mi pobre Teresa prefirieras;
y á mí, que soy harapo, me dejaras;
á mí, que te imploré que no te fueras,
sin llevarme, cádaver á su tumba
con su triste cadáver abrazado;
sin hacerme despojo, y lodo, y cieno,
antes de arrebatarla de mi lado,
haciéndola espirar con tu veneno!

Y que te la llevaras cuando estaba
lejos de ella, creyéndola dichosa;
creyendo que afanosa
y feliz me aguardaba;
creyendo que bebía los suspiros
de mi ausencia ya larga,
y no sintiendo en una noche amarga
el diente matador de los vampiros!

¡Que yo nada supiera!...
que ella no me dijera que sufría,
que no oyese su queja lastimera,
ni su triste agonía;
que ni al instante de morir la viera!
Y que yo que su alma conocía,
no escuchara el afán de su quebranto,
ni el eco matador de sus dolores,
ni el acento, siquiera, de ese llanto
con que daba el ¡adiós! á sus amores.

¡Perdón!...¡perdón!... mi muerta idolatrada
si con la ausencia provoqué al destino...
si de mí mismo haciéndome verdugo,
al clavarte el puñal fuí mi asesino!
¡Perdón! te pido... si perdona el hombre
al que mata sabiendo... y no lo sabe...
perdón! te pido del amor en nombre!
de rodillas, perdón!... si perdón cabe!

Cuando á solas medito
en nuestro amor que deshojó la ausencia,
leo la enormidad de mi delito
en la rugoza faz de mi conciencia!
oigo que el grito de tu llanto zumba
dentro del corazón que no te olvida;
siento que brota de tu misma tumba
como plegaria á la venganza unida!

¡Haces bien!... no perdones, alma mía,
porque perdón no alcanza
tamaña alevosía...
no el crimen que asesina la esperanza,

sino el crimen que enmienda lo pasado,
el que cierra la tumba principiada,
no el que pone en la tumba ya cabada,
la cruz de su pecado!

VII

¡Teresa! duerme en paz! Si hay otra vida;
si es verdad que la tumba
no es el fin de la mísera existencia,
donde el alma hecha polvo se derrumba;
si es verdad este afán de la conciencia,
y si es una mentira este ateismo
que consume mi ser y qué le arrastra
pausadamente al misterioso abismo;
si tú, siendo la noche,
te has transformado en día,
acuérdate de mi, que tanto lloro,
acuérdate, materia sin sentido,
que aun así yo te adoro,
que aun así yo te quiero,
que aun siendo lodo, y nada más que lodo,
á todos mis ensueños te prefiero,
pues siendo nada, para mí eres todo!

Acuérdate de mí, si no es mentira!...
y cuando triste el corazón te invoque,
y cuando el linde de la pena toque,
cuéntame con amor dónde te has ido,
y dime que estás viva,
y dime que es ausencia
lo que el alma repite que es olvido,
y muéstrame lo eterno que cautiva
y salpica de astros mi conciencia!...

VIII

¡Teresa! duerme en paz! Yo ya te dejo
porque en vano llamé... y estás callada!...

astro apagado, que los ojos ciegas,
¡adiós! de tí me alejo!

Ya me voy para siempre...
ya sé que todo es ilusión! mentira!...
polvo de mariposa
el *más allá* con que el amor delira!...
¡Mentira, ese soñar del alma ansiosa!
¡hasta la religión, de los recuerdos
concluye al borde de la muda fosa!

¡Adiós! ¡adiós! La noche funeraria
viene á depositar sobre tu losa,
en húmedo rocío, su plegaria.
¡Adiós! yo ya me alejo
de este sepulcro que robó mi calma...
¡Adiós! aquí te dejo
lo único que tiene y que conserva
el poeta, que tanto te ha querido:
la flor de los recuerdos de su alma
adornando tu cruz, que impone olvido!

CADENAS ROTAS

ODA CON MOTIVO DE LA LIBERTAD DE LOS ESCLAVOS DEL BRASIL

Oid el ruido de rotas cadenas

I

Bardo de las tristezas inmortales,
el de la lira de las cuerdas de oro,
que viertes, á raudales,
en tus cantos los ecos de tu lloro;
que en los sepulcros de tu fe perdida
como el ave de Isaac revoloteas,
esparciendo en cada himno de la vida,
con gemido de cisne, tus ideas:
levanta, como ayer, tu pensamiento,
cobra nervio de bronce en tus dolores,
bebe en tus mismas lágrimas aliento;
y en vez de humedecer con sus vapores
la losa de ese túmulo que encierra
al ángel celestial de tus amores,
cubierto con el polvo de la tierra,
toma tu lira de poeta, y vierte
un himno á la mañana,
y en gigante tu espíritu convierte,
tributo de la fe republicana!

De aguda pena en la mazmorra estrecha
no es llorar tu destino,
con eco *becqueriano*,
en dulce verso ó cincelada endecha,

si naciste argentino!
Oye la voz del pensamiento humano;
la *Libertad* te llama;
siente que el corazón entumecido
de la patria se inflama,
y dí: — ¡ patria! — en tu canto,
ardiente como el rayo,
y maldice tu llanto!
y grita: — ¡ Libertad! — ... y adora á Mayo!

Vuelve tus ojos hacia un lado, y mira:
los Andes! sí, los Andes!
el altar de la patria redentora,
á cuyo pié tu corazón se inspira,
y embriagado de anhelos siempre grandes
en cada pulsación es una lira.
Allí el coloso está donde el guerrero
retó al león caduco,
guarecido en las cuevas de Numancia;
allí donde templó su patrio acero
el Leonidas audaz de Chacabuco
en las grutas del cóndor altanero!
Allí el Andes está, siempre jigante,
albergando en su seno el torbellino,
que agita el corazón del mar de Atlante,
y hundido siempre en su sopor de piedra,
con la vista en el llano,
como si meditara en el destino
del mundo americano!

Pedestal de las glorias argentinas
que en los llanos del Maipo te reclinas;
en este día de entusiasmo santo,
en que palpita el pensamiento libre,
te pido que mi canto
con los recuerdos de tu gloria vibre!

II

América feliz! ya redimida
del extranjero yugo,

que amarrara tu carne y tu conciencia,
y del airado ceño del verdugo
te conocí en mi infancia,
cantando el himno de la patria, en coro,
y dando al aire el pabellón sagrado
que el cañón saludó con resonancia
al rodar tras de sí, como empujado!
La espada fratricida
taló las heredades de la patria,
luego no más, al alborear la vida,
sin ser la hiriente lanza de Peleo
que ante el muro troyano
un pecho busca do asestar su golpe,
como Nerón una cabeza sola
para matar un mundo con su mano!
No era, América! ese tu deseo
después de la explosión de Chacabuco
y el incendio voraz de San Mateo.
Si ardiendo en ira el corazón, luchabas,
luchabas como joven inesperto,
ansiosa de plantear instituciones,
ante tu grande porvenir abierto;
y en Ramirez, Artigas y Carreras,
Lautaros de la noble democracia
con los arranques de la edad del niño,
encontraste, tu misma, las barreras
para alzar sobre púrpura y armiño
el trono de la vieja aristocracia,
pues que al sonar las dianas del combate,
vencedor ó vencido el combatiente,
de la frente caían las coronas,
y brotaban laureles en la frente!

Y en un día de duelo
recuerdo que la sombra
del fantasma de Atila
cubrió la faz del argentino cielo,
llenando de sollozos hasta el alma
de la cándida virgen intranquila,
que de gratos recuerdos bajo el peso,
aguardaba, impaciente,
sobre sus labios el materno beso

y el ósculo de amor sobre su frente.
Fué aquél triste día,
que alejado el hermano del hermano
por civiles querellas,
Caín airado su puñal blandía,
hasta esa noche de terrible espanto
en que vertían suaves las estrellas
con su luz los raudales de su llanto,
iluminando tristes en *Barracas*
dos mil muertos vendidos á la gloria,
el labio mudo... pero aún suspenso
en el labio el acento de victoria!...

Triste ese día fué, triste y sombrío:
el vencido quedose en la batalla
cadáver yerto y frío;
y el vencedor con cruel remordimiento
del cañón se alejaba y la muralla,
abatida la frente de vergüenza,
triste, como esa noche, el pensamiento,
y aún más triste el pabellón andino,
que no ondea sus pliegues azulados
si el argentino vence
y el vencido también es argentino!

¡Vencido y vencedor! yo no maldigo
vuestras luchas ardientes,
que testimonio dan de que sois grandes,
ni el estigma afrentoso del castigo
cual rayo lanzo á vuestras nobles frentes.
Pueblos amamantados por los Andes!
no os ha de maldecir jamás la historia!
Si habeis luchado con viril denuedo
no fué tras de monárquicas grandezas:
buscabais libertad, ébrios de gloria,
no botín, ni conquistas, ni riquezas!
que de intestinas lides, los furores,
tras la pasión de los humanos seres,
son como esas batallas interiores
cuando opuestos deberes
tienen por campo igual la inteligencia,

pero uno lleva al corazón por guía
y el otro á la conciencia!

Es por eso que luego
el soplo de la paz santa y bendita,
de la civil hoguera apaga el fuego,
y los dos combatientes legendarios
al campo de las leyes se dan cita,
plantando en él, cual símbolo bendito,
la cruz de sus Calvarios!
Y luego atando con gordiano nudo
cuerpos y almas, corazón y mente,
funden el bronce del cañón sañudo
que voz diera á los bélicos ardores,
y vacían el metal, y transformado
sale del molde en hélices, cilindros,
palancas y motores.

Rasga el arado el seno de la tierra,
virgen vestida de rastrero trebol,
y en ella el grano de la mies encierra,
y Céres, la extranjera del Oriente,
á la *colonia* llega de inmigrante,
y el viento rie en las espigas rubias,
como la triste ausencia, cuando siente
retornar á la playa al sér amante;
cae el árbol al golpe repetido
del hacha hiriente de nervuda mano,
y huye el indio al sentir gemir el bosque
que amara el Padre Sol, no conocido
por la pelasga ninfa ó el silvano.
Alzase el templo, erguido,
el *rancho* al lado, convertido luego
en alcázar romano,
y en las antes agrestes heredades,
como disperso colmenar, se funda
la aldea tras la aldea,
semilla de los pueblos y ciudades,
donde luego, la ley alza su solio,
la libertad es Dios, César la idea,
y el pensamiento humano, Capitolio!

Y en fraternal unión la invicta América
tiene la inspiración de agigantarse
sobre la espalda colosal de un mundo;
hacia la perfección adelantarse,
ser la Roma, señora del destino,
tener por César de Maipú al gigante,
por Régulo y Catón al noble Washington,
contemplar en los Andes su Apenino
y en dilatado Tiber al Atlante!...
Mas no la Roma que perdió á Cartago
en el abismo lóbrego de Zama
y que en Atenas derrumbó la ciencia,
mendigando oropeles á la fama;
no la Cleopatra impura del estrago,
prostituta del César, que en su lecho
profana con su carne la conciencia,
ebrios los lábios y desnudo el pecho,
mientras ruge en Atila,
como trueno, la bárbara sentencia!

Es la bendita paz que fecundiza
la vastas soledades de la tierra
lo que América ansía,
unida á la igualdad que esteriliza
el maldecido germen de la guerra,
que da por fruto vil la tiranía;
y ansía como un Franklin de la historia,
con los hilos de acero de la idea,
arrebatar á la tormenta airada
el rayo de la gloria,
en esa tempestad de sombra y luces
que mueve la razón emancipada!

Por eso cuando llegan
de la América libre á los oídos,
de Rosas y de Francia
los nombres maldecidos,
los desdeña, con ira en su arrogancia,
y, erguida con el ceño de su gloria,
les niega sus sepulcros para tumba,
y les dá, perdonando cuando mueren,
el olvido por lápida mortuoria.

Les entrega, si falla, al ostracismo,
y en su justo destierro
les obliga á que se odien á sí mismo
y á que en su negro corazón arrastren
del acerado hierro
la mísera cadena,
y tengan por verdugo la conciencia,
sus delitos impunes por condena,
por patíbulo infame la existencia,
por expiación el grito de sus víctimas,
por infierno el clamor de la inocencia!

Es que América es hija de sus padres,
los descendientes del romano Tibre,
los que murieron por no verla esclava,
los que vivieron para verla libre.
Y á la vez es la madre de sus hijos,
la que abre el seno del hogar al hombre
que se llama, con honra, ciudadano,
no al que toma otro nombre
y apostata del culto americano!

¡América! te nombra con orgullo
un hijo de tu suelo
que sintió tus caricias y tu arrullo,
cuando mecías en su hogar la cuna
con maternal anhelo!
Te contempla y se abisma en tu grandeza,
comparable á tus montes que sostienen
en sus hombros graníticos el cielo.
Y te comtempla aún más abismado
que en tu rica y feraz naturaleza
cuando te ve que pasas, arrogante,
ciñendo el gorro frigio en la cabeza,
ante la muda tropa
de los pueblos del Africa y del Asia,
y aún con orgullo ante la libre Europa.
Verdad, también, que á veces
te mira, patria! con desdén la envidia
y te acosa el reptil de la perfidia...
Es verdad! ... tú jamás esclavizaste
al débil en las lides,

y ni tu historia cuenta
con Césares ni Cides,
aunque tienes en Bolívar y Belgrano
esa pujanza de león, de Alcides,
y en San Martín, el héroe americano,
al genio de Austerlitz, con más estrella;
San Martín, que ha dejado como huella
trazado el porvenir de cien naciones,
el genio vencedor de la batalla
que libertara dos generaciones,
aunque para ello fuera necesario
coronarse de espinas,
ser Cristo de las almas argentinas
y tener á los Andes por Calvario!

Bajo tu cielo, América!
los olímpicos dioses de la guerra
no ensordecen los llanos de la tierra
con la furia veloz de sus bridones,
ni con marciales músicas entona
la sañuda Belona
en el arpa de bronce sus canciones.
No invocan tus guerreros
de Tirteo los cantos ardorosos,
ni afilan en el yunque de las hidras
sus espadas de bronce y sus aceros;
pues tienen en sus nobles arrebatos
para luchar, los ruegos de la madre
y la caricia de la esposa amada,
aliento del hogar de Cochabamba,
que da valor para esgrimir la espada...
ruego santo de madres y de esposas
que no es el lloro de la esclava de Hector
ni el treno de la madre de Peleo,
esos dos gladiadores indomables,
émulos de la rabia de Alcionéo.

Si alguna vez en las airadas olas
se oye del Plata un grito de pelea,
fué porque en orfandad lloraba á solas,
en la orilla argentina,
su injusto y ominoso cautiverio

la pobre Cisplatina;
y fué porque otro día
el noble Paraguay, gemelo suyo,
encadenado y mísero gemía,
sufriendo el despotismo de un tirano,
hasta que fué glorioso á socorrerle,
hijo de Chacabuco, el noble hermano,
aunque la sangre de Humaitá corriera
y en su explosión Curupaití, muriendo,
salpicara con sangre su bandera!

¡Chile! Chile! tu sólo te lanzaste
como el Huno del Sud tras la conquista
y del Inca el tesoro arrebataste,
es verdad, con denuedo y valentía,
pero usurpaste al fin innoblemente,
ajeno al ruego del vencido ilustre
y al dolor del hermano indiferente.
Si justicia tuviste:
¿por qué quitaste la heredad ajena?
¿por qué sembraste luto en los hogares?...
¡Guarte, viril matrona que venciste,
tal vez un día arrastrarás cadena
lejos del suelo de los patrios lares!
y ¡ay! de tí, si colérico, el castigo
te obligara á pedir en puerta extraña
un pedazo de pan como el mendigo!
Mas no!...nunca la suerte en su demencia
á tan atroz suplicio te condene,
noble nación de reducida herencia
que la ley del trabajo te mantiene
como un Cristo amarrada á tu conciencia!
Pueblo de Arauco! es grande tu destino
como el mar que aprisionan tus orillas:
te sacude el oleaje de la ciencia
y á los cielos te arrastra el torbellino!

¡Y tú Brasil! también!...guarda la espada
amenazante siempre, siempre airada,
con que osado pregonas la desgracia,
no la fraternidad, hijo rebelde
que negaste á tu madre,

la santa democracia!
Recuerda, que á pesar de sus cadenas,
una noche escapó del cautiverio
la noble prisionera, libertada...
Recuerda que se alza ensangrentada
para abatir tu imperio
la sombra de Ituzaingo en los confines,
como el espectro abrumador de Macbeth
en la orgía real de tus festines!

Perdón, si te ofendí! no fué mi intento
herir al recordarte tu derrota,
tu patrio sentimiento,
ni traerte á la memoria
el látigo de Alvear, que aún te azota.
Perdón, si te ofendí! viril imperio,
que si no ciñes en tu sien con gloria
la corona triunfal de Chacabuco,
arrastras, para pasmo de la historia,
en tu manto un girón republicano
de la enseña inmortal de Pernambuco,
y un fragmento del paño que cubría
la tumba de Martins, sacrificado
en la siniestra noche de Bahía!

Para llenar con ecos inmortales
el porvenir lejano,
aún vibra de tu historia en los anales
el *Grito de Ypiranga*,
y el eco soberano
de los himnos marciales
de Cochran, domador del Océano!

III

No mi modesta y olvidada lira,
que llora cuando llora y cuando canta,
porque hasta el himno en mi dolor se inspira,
con flébiles acentos y espansiones

en tu loor entusiasta se desborde,
¡oh Brasil! que has pasmado á las naciones,
despertando en el alma justiciera
de admiración un sentimiento acorde!
¡Qué augusta se levanta tu bandera
desde entonces, coloso de la espada!
Ya con sagrado afán, no avergonzada,
te vé América entera!
De mirarte á los aires desplegada,
sin esas manchas que parecen cieno,
ya se siente orgullosa,
aunque no seas página azulada
del sueño de Moreno!
¿Quién te inspiró esa idea tan jigante,
aún más grande que tu historia toda?
Quién sinó tú! que viertes en el mundo,
con acentos del Líbano, la oda
que abate la cerviz de los tiranos
y levanta del polvo al moribundo!

Te reconozco yá, numen que absorbe!...
¡Libertad! ¡Libertad! genio del orbe
que en el labio de Cristo centelleas
y que eres en el cielo de las almas
la ronca tempestad de las ideas!
¡Libertad!... libertad! madre cristiana
que en la igualdad enseñas á tus hijos
la sublime oración de la mañana;
que llevas en tus labios
la verdad á la ciencia
é iluminas el alma de los sabios
y el eclipse solar de la conciencia!
El amor de los hombres es tu lema;
y sobre el corazón de cada pueblo,
con la sangre de mártires, que enluta,
escribes el poema
que comienza en la copa de cicuta
de Sócrates, filósofo del mundo,
y termina en la Cruz, de cuyos brazos
pende el cuerpo de Cristo moribundo!
¡Libertad! ¡libertad! diosa indomable
que adoración demandas hora á hora

y si ves un apóstata execrable,
con la revolución rasgas el cielo
y arrancas los girones de su aurora
para cubrir la humeante guillotina;
y de Corday con la ira femenina,
en Danton transformada,
y la cuchilla de Marat, te hiergues
rojo el labio, la frente ensangrentada!
Y, aún sedienta de mayor venganza,
llamas á César y Alejandro, y formas
á Napoleón, que vence á la esperanza,
y en Austerlitz, con su vibrante acero,
la palanca de Arquímides, transformas,
tras rudo batallar, el orbe entero!

Imperio del Brasil! tu insultaste
á la igualdad sagrada, con no vista
saña un día; mas no necesitaste
que la alma libertad te provocara
á la lid con la daga del Sudista:
supiste comprender, nación preclara,
que al fin el grito del esclavo zumba
atronando el oído de los reyes,
y como una visión de media noche,
surge la redención de cada tumba;
que al fin del pueblo las sumisas greyes
en falanges de libres se convierten,
y que al soberbio empuje
de la marea de sus iras todas,
caen á tierra los tronos en astillas,
el puñal vibra, la palabra ruge,
y se derrumban, al sonar la hora
los viejos Escoriales y Bastillas!

IV

Prestadme ¡oh Musas! vuestro numen santo
y el tono vibrador de la epopeya
con que exhumais á Illión en su sepulcro,

como el sabio las ruinas de Pompeya.
Dadme del vate gibelino el eco
potente y soberano
que vibra en su *Comedia,*
ó el acento postrer de la tragedia
en que espiraba el cisne lusitano...
¡Yo quiero bendecir la ley augusta,
que inspirada al calor de un alto ejemplo,
hacer un Dios inmortal de la conciencia,
de la virtud un templo
y un culto de la humana inteligencia!

Esa ley quiere bendecir mi alma!
porque apaga de América la tea
del incendio voraz, las iras calma,
hace trizas los suyos de la idea,
declara LIBRE AL HOMBRE!...
Esa ley! esa ley!... ¿cuál es su nombre?
¡Se llama libertad!... ¡Bendita sea!

Esa ley! esa ley!...Eternamente
será el sublime salmo de tu vida,
y el incienso del ara de tus Códigos;
esa ley con que, pródigos,
del pueblo los augustos mandatarios
la igualdad de los hombres establecen,
y en los altares de la vieja diosa
el holocausto del amor ofrecen.
Esa ley, que recuerda
del Evangelio la doctrina santa,
es la verde esmeralda de tu gloria,
el alto pedestal que te levanta
¡oh Brasil! á las cumbres de la historia!

Congreso brasileño!
yo te saludo desbordante el alma
de admiración á tu sagrado empeño,
y te ofrezco en mi canto humilde palma!
Te saludo con júbilo cristiano,
porque abres con tu ley las anchas puertas
del corazón al pensamiento humano,
y levantas la Cruz de los recuerdos

sobre el sepulcro de tus razas muertas.
Proclamas la igualdad entre los hombres,
y confundes los nombres
con que el orgullo vano diferencia
la condición del servidor y el amo
en la vida que se abre á la conciencia;
y escuchando del túmulo el reclamo
á tanta vanidad, tantos errores,
proclamas la igualdad entre los vivos
ya se llamen esclavos ó señores,
como aquella igualdad entre los muertos,
ya vivan como César en alcázares
ó moren como Job en los desiertos,
que al fin, bajo la losa funeraria,
entre dos esqueletos no se sabe
si el rey es éste, ó es aquél el paria.

Es más grande tu ley, ilustre Imperio,
cuando la diste tú, sin que el esclavo,
que mendigó favores en el ceño,
siempre airado y adusto de su dueno,
te pidiera dejar su cautiverio.
Esclavos del Brasil! tú no comprendes
sumido en el no ser de la existencia,
que la luz del espíritu es la misma,
que es libre el alma, y libre la conciencia,
que el corazón sin libertad no late
cuando en la negra esclavitud se abisma,
que no hay mundo sin lid de inteligencia,
ni esperanza de cielo sin combate!

Mas el noble Congreso brasileño
te da la libertad, que no demandas,
y te despierta de enervante sueño;
y en las horas nefandas
de tu ignorancia, entrégate el tesoro,
y — toma — te repite, — eres su dueño, —
y acalla las protestas con el oro...
¡*Cien millones,* y todo se resuelve!
y de la culpa de nacer se absuelve
al miserable *fruto* que se espende!..,

¡Bendita seas, libertad que compras,
y más bendita la ambición que vende!!

Imperio del Brasil!... otra vez ¡salve!
ya no hay esclavos en tu libre suelo...
ya parece que el ángel de la vida
te convidara á remontarte al cielo!
¡Qué otra gloria mayor, en tu arrogancia,
si al hombre llamas hombre,
y solo das el nombre
de esclavo á la ignorancia!

Qué otra gloria más grande, y alta y pura
que borrar el baldón de tu corona,
y alzarte de tu misma sepultura,
como Lázaro un día,
á la voz secular del Amazona!
Con tu ley evitaste tu caida
á la derrota vergonzoza unida,
porque hay un pueblo redentor que sigue
huellas de libertad de polo á polo,
y así como Catón sacude el manto,
con ira, ante una lágrima de llanto
de un esclavo siquiera, de uno sólo!
Y ¡ ay! si enceguecido
¡oh Brasil! te llamara por tu nombre,
al tribunal de la conciencia libre,
en defensa de un hombre!
Y ¡ hay! si en ese instante no rompieras
sus yugos carceleros,
porque al guiar sus bélicos caballos,
con la venganza en la veloz carroza,
en hembras convirtiera tus vasallos
y en armas de suicidio tus aceros!
En vano tus legiones
al chasquido del látigo lanzaran
el fiero proyectil de sus cañones;
en vano tu soberbio poderío
y el oro de tus arcas... ¡ todo en vano!...
las tumbas mercenarias de Darío
tienen miedo á un cadáver espartano!...
Primero prefirieran en su fuga

perecer en las cálidas arenas
del Asia vil, que contemplar ¡cobardes!
desde la rada del Piréo á Atenas!

Salve! á tus leyes, á tu gloria, salve!
¡honor á tu progreso y á tu ciencia!
¡loor á Dios, al alma y la conciencia!
Y salve, á tí! monarca
ilustre del Brasil, Pedro II...
que, como nuevo Cicerón, mereces
que te llamen el padre de tu mundo,
pues cual celoso y cual invicto padre,
no á tu patria, despótico, envileces,
tu Patria, que es tu hija, y es tu madre!

V

República! un modesto ciudadano,
libre como tus leyes
en las urnas del pueblo soberano,
con oración demócrata y sencilla
doblega en tus altares la rodilla.
Penitente del sueño de su alma,
viene en pos de sus santas oraciones
á consagrarte en su piedad su palma,
y con su lira triste, sus canciones.
Diosa del corazón! madre Argentina!
que eres en los altares de los libres
el ángel de la América latina!
es grande tu milagro, y yo te incienso:
¡¡ YA NO HAY ESCLAVOS EN LA NOBLE AMÉRICA!!
y es el humano porvenir inmenso!

Deja, entonces, que al pié de tus altares,
donde hay palmas de luz para la gloria,
para el martir los cantos seculares,
para el heroe la mirra de la historia
y eterna excecración para el tirano,
bendiga en mis plegarias al Imperio,
en su primer albor republicano!

Junio de 1888.

ATLÁNTIDA

I

El pensamiento humano
es un nimbo de luz de mil estrellas,
que en las noches siniestras de lo arcano
deja el polvo de soles de sus huellas.

Cuanto más densa obscuridad de cielo,
más el fanal del astro centellea;
cuanto más lucha el alma con su anhelo,
y en su hambre de Ugolino,
á sí misma, insaciable, se devora,
más y más brilla el astro de la idea,
que al rasgar la tiniebla del ocaso,
dando un beso al oriente,
á la virgen despierta de la aurora,
con guirnaldas de rayos en la frente.

Y es que el genio del hombre
necesita, en la lucha que no humilla,
para que al mundo asombre,
tinieblas en el alma,
la duda, que es la sombra donde brilla,
el infortunio, que es laurel y palma,
la envidia, que es su arena de combate,
y nunca al pecho luchador inmuta;
después...destierro, decepción y sangre,
y veneno, y cadenas, y cicuta...
y luego muerte, que se llama gloria,
y sepultura ruin en el osario
cubierto de cadáveres, la historia!

Aquel se llama Sócrates y apura
licor de vida cada vez que toma
en sus manos la copa de amargura;
Cristo, aquel otro, que avergüenza al mundo;
y á Roma, con ejemplo nunca visto,
por sí algún día, si la muerte asoma,
morir no sabe como muere Cristo
y muere como Roma!...

Y este último es Colón, el visionario,
incapaz de abortar ninguna hazaña;
el harapiento soñador, mendigo
de Génova, su patria, la inclemente,
que dando gloria á España
dió baldón á su patria y dió castigo;
aquel demente que tornó demente
del último confín del océano,
con el — Sea! — genésico en la boca,
con un mundo en la mano!

II

Siete siglos hacía
que la Hisperia del Cid en cautiverio,
á la sombra del regio minarete
y la torre de ardientes azulejos,
sin su perdida libertad yacía.
La joven hija del romano imperio
en su infeliz letargo y su desmayo
ya vibrar no sentía
en Asturias la espada de Pelayo;
el trasparente Deva
no arrastraba la sangre musulmana
que bañara los pies del monte Auseba;
de Covadonga en el recinto obscuro
no rugía la fiera castellana;
ni con voces agudas, ágrias, roncas,
latir el heroe hacía
el corazón del llano de Simancas.

España esclavizada se reía
y su perdida libertad lloraba,
con todas esas lágrimas de sangre
que vierte el rojo sol de Andalucía,
sumida en la viudez, entre los brazos
muelles y voluptuosos del Califa,
contemplando la tumba
del héroe de Tarifa,
nuevo Aquiles latino,
que fué, matando á su hijo por su patria,
émulo sin rival de Colatino!

Pero Isabel nació, la egregia infanta,
ligada á la fortuna,
que arremetió con varonil encono
en la cruzada santa,
á las mil huestes de la media luna,
y alzó de nuevo el mancillado trono!
Tremenda fué la lid de tantos siglos!
pero España, por fin, cuando la hora
sonó de la venganza más cruënta,
corrió á las tiendas de la gente mora,
en su carroza bélica empujada
por el soplo voraz de la tormenta!
Las turbas de Boabdil en cien combates
dispersas fueron por la hueste altiva,
sin resistir ni un día á los embates
de la noble cautiva,
que, rompiendo sus yugos carceleros,
hizo de ellos flamígeros aceros
con que avivar la ardiente llamarada
y el sacro fuego de volcán que ardía
en el santuario inmenso de Granada.

Hela de nuevo libre y soberana
con la corona real sobre su frente
y á su espalda la túnica romana!
Hela otra vez, como antes, imponente
con su ceño de diosa,
después de siglos de vergüenza y lloro
al negro borde de su misma fosa!
Cuán grande se presenta ante la historia

la matrona infeliz que sufrió tanto
desde la noche aquella, sin memoria,
noche de duelo y llanto,
en que el alarbe con su rudo ariete
bañó de sangre el pecho castellano
en la afrentosa lid de Guadalete,
tumba de España y del poder cristiano!
¡Y la figura de Isabel, que absorbe
con tanta hazaña y colosal grandeza,
la admiración del orbe!
Isabel! Isabel! aún resuena
en tu loor el salmo de la fama,
mezclado al son de aquel clarin guerrero,
espanto de Zoraida, la agarena;
aún se oye tu grito de pelea,
y la voz que te aclama
biznieta de la estirpe de Alarico
nacida para madre de una idea!

III

Pero no es, Isabel, la noble gloria
de tumbar de la Alhambra los baluartes,
redimiendo á tu patria esclavizada,
el más limpio blasón de tu memoria;
no es la empresa gigante de tu espada,
tu fé profunda, tu virtud austera,
lo que más te levanta ante la historia...
Es Colón! es Colón, que desespera
soñando en la esperanza de otro mundo,
la nueva gloria que tu gloria espera.

Allí viene! allí viene!...Es un mendigo
que tiene hambre pero pan no quiere,
que siente frio, y no demanda abrigo...
Isabel! Isabel!...Colón se muere....
y á tus plantas implora,
con ese triste acento
con que la ciencia despreciada llora,
si en la sien se retuerce el pensamiento!

Cuántos años de angustia,
de insomnios, y de dudas y de ensueños
no han aleteado en esa frente mustia,
caldeada por la hoguera de sus sueños!
Cuántas veces el genio delirante,
cansado de luchar con la pobreza,
no anhelara extinguir hasta los rastros
de la idea que ardía en su cabeza
como encendido torbellino de astros!

Imposible luchar con la serpiente
sintiendo el hambre del vedado fruto,
á menos que se llene nuestra frente
con ese eclipse de razón del bruto!
Satanás, es la ciencia,
el angel tentador que al hombre aleja
del Paraiso de su sueño eterno,
y caba en la conciencia
el abismo de llamas de su infierno.

Galileo ha sentido que la tierra
del espacio es viajera peregrina,
y aunque la infame abjuración pronuncia,
siente que marcha siempre y que camina,
y aunque desmienta el labio
jamás la mente abjura lo que enuncia.
Jordano Bruno confirmó la ciencia,
el fin del hombre y su destino eterno,
y aquella Inquisición de la conciencia
le preparó un infierno,
y en el fulgor de la sangrienta tea
cuando la llama con ardor le abrasa,
el cuepo quema, pero no la idea.
Apóstoles de Cristo fueron ellos,
pues como él, al mirar en lontananza
de la verdad sublime los destellos,
en la noche siniestra del martirio
á las sombras tiñeron de esperanza.
Así también Colón, siendo uno solo,
lucha á su siglo con viril acento,
y en Rávena convence,
aunque triste prosterna el pensamiento

ante el Concilio, que amenaza y vence
con esa fé ruín, que no batalla
y ofrece hogueras, ciega é impotente,
si la razón no calla
al vibrar del relámpago en la frente!

¡Siempre la noche tras la luz del día,
la sombra en la quietud del océano;
siempre el error, como cobarde harpía,
siguiendo el rastro al pensamiento humano!
y siempre el hombre combatiendo al hombre,
el alma, siempre, combatiendo al alma;
no hay un laurel jamás para el que lidia,
para el genio jamás hay una palma!
Ya lo sabes, Colón!...de nuevo torna
humilde nauta de la mar en calma,
y al soplo de la ráfaga suave
cobra salud en tu demencia suma,
y sepulta tu sueño turbulento
entre los tumbos de albicante espuma,
para que se haga espuma con el viento

Pero no!...no te humilla
la teológica ciencia,
ni la saña del vulgo te mancilla,
ni el desprecio cobarde de los reyes,
ni el diente de la envidia y la indigencia.
Cuando abatido tu ánimo valiente,
al peso de algún triste desaliento,
agobiada la frente,
creías que dudaba el pensamiento,
con la ilusión de una esperanza á solas,
ibas al borde de la mar inmensa
á perder la mirada entre las olas,
y oyendo en las eternas sinfonías
del misterioso mar algún relato,
—hay otro mundo, más allá —decías,
como el divino soñador de Engina,
siglos antes dijera,
pensativo, sentado en la ruïna
que acariciaba la ola plañidera.
El cielo de tu siglo era pequeño,

Colón, para abarcar los horizontes
de tu divino sueño!
Más nada importa, que la fé sagrada
de la sublime convicción amplía
la estrechez al espíritu marcada,
y la idea, con luz de pleno día,
como un cometa sideral describe
la inmensa curva que señala el rumbo
á la altiva razón emancipada.
El alma de tu siglo, transformada,
al calor de una lid, en sus anhelos,
dormida entre los lauros de Granada,
llegó, por fin, con ambición de gloria,
á soñar otro mundo en otros cielos;
é Isabel embriagada en la victoria,
al oir el relato del marino,
llena de convicción, pensó un instante
que tenía en sus manos al destino,
y tres naves le dió para que fuera
á clavar su bandera
en la espalda revuelta del Atlante!

IV

La mar estaba en calma,
y en el confín lejano
el cielo sonreía como el alma.
Con gallardo vaivén y lento paso,
avanzaban las regias carabelas,
con la proa al ocaso,
sueltas al aire las turgentes velas.

Se pierden poco á poco y desvanecen
en la línea indecisa de las olas
los montes y las selvas que guarnecen
las costas españolas.
Llega la tarde, y la pupila incierta
contempla sólo en la estensión del cielo
la inmensidad á la mirada abierta,

y allá á lo lejos, algo que se agita
como los humos del hogar distante,
donde el niño inocente
sonríe, mientras llora
penas de ausencia el corazón amante.
Luego la noche llega,
y el marinero audaz desde la proa
á Dios invoca y por sus hijos ruega,
mientras la nave con desdén avanza
y la brisa nocturna,
como armonioso canto de poeta
en la hora nupcial, brinda esperanza.

¿Adónde ván las naves,
que airosas y gallardas se menean,
y que las brisas pérfidas
con su soplo espolean?
¿Adónde ván?... Un dia
y un otro día corre
y con pasmoso vértigo arrastradas
se lanzan de la mar á los confines,
las velas á los vientos desplegadas.
¿Adónde ván?... Con rumbo al occidente,
donde falto de tierra, va á volcarse
veloz el mar, en catarata hirviente,
arrastrando en su férvida corriente
pedazos de bajeles,
naves volcadas, restos del naufragio,
que, en su rabia sin nombre,
lleva como laureles
de sus eternas luchas con el hombre!

¡Ay! del marino audaz! ay de las naves,
que en empresa tan ruda y temeraria
veloces van, en dirección al caos.
¡Ay! del mísero nauta
que en pos de la codicia, que es la muerte,
el vellocino de oro va buscando,
como loco é intrépido argonauta
lanzado á los azares de la suerte!
¿Qué fuerza misteriosa

le impele siempre á continuar sin rumbos,
sin temer la enojosa
saña del viento, que levanta tumbos
de chispeantes espumas,
y que despierta al huracán dormido
bajo el tul impalpable de las brumas?
— ¡ Adelante ! ¡ adelante ! —
desde la debil prora,
grita siempre el marino,
cuando á inquietarse empieza el mar Atlante,
sacudiendo sus crines de coloso
al soplo de titán del torbellino !

¡ Adelante ! ¡ adelante !... impío grito
del corazón beodo, sin conciencia,
que tiene ante sus ojos lo infinito,
y por todo refugio
un debil leño, que al capricho cede
de la razón perdida en la demencia !
¡ Adelante ! ¡ adelante ! ...
y las frágiles naves del marino
se deslizan, corriendo en el oleaje
como blancas visiones de un miraje
en el fondo siniestro del destino.

V

Siempre esa doble inmensidad de cielo
y de mar, confundidos á lo lejos,
donde la luz del sol en hebras de oro
traza el círculo azul de sus reflejos.
Arriba, estrellas que palpitan tristes
en las noches serenas;
abajo, los rumores del oleaje
en el arpa sutil de las sirenas;
y en el confin lejano,
donde corre á estrellarse el océano
palpitante de cólera salvaje,
la vestidura de flotantes tules,
los cendales azules
de un mundo sepultado en el arcano !

Delirio, nada más! sueño de una hora,
fantástica visión, silueta inmensa
que el bello sol de una esperanza dora
y la frente disipa cuando piensa!
Cielo y mar! nada más! lejanas brumas,
silenciosos rumores,
gemidos de las sombras qne se agitan,
sonrisas de la ola en las espumas,
cantares de sirena en los albores,
y en la tarde esas franjas misteriosas,
que, en el delirio de la fe, semejan
las playas de una tierra
tapizada de nardos y de rosas.
Esperanza con mezcla de delirio,
gratos instantes en que sueña el alma,
horas negras pobladas de martirio,
sombría laxitud, noches sin calma,
todo en hirviente vértigo se agita
en el fondo del sér que afirma y duda,
todo en la mente y corazón palpita,
y en polvorosa danza
á los ojos del genio se aparece
como enjambre que hacina la esperanza!
— Hay otro mundo! — sin cesar, murmura;
y en las horas de triste desaliento,
serenidad mostrando, el remo apura,
suelta las velas cuando sopla el viento
y guiando el timón al occidente
mueve las naves en la linfa pura,
y corta las espumas del torrente.

VI

Muchos días pasaron,
y, sin cesar, las naves, impelidas
por un secreto anhelo,
volaban en la mar como perdidas
aves de paso en la extensión del cielo.

Ya no eran suaves brisas
ni ráfagas sutiles,
las que alzaban los tumbos de las olas,
arrullando la espuma con sonrisas
y canciones gentiles.
Eran rachas de viento
del septentrión bajadas
las que, de cuando en cuando,
agitaban el líquido elemento,
convocando mareas á su bando.

Hay algo en el océano
de grande, misterioso é imponente,
como en el pecho humano,
cuando la tempestad está cercana
y se oye en cada onda del ambiente
el anuncio de su ira soberana.
El alma, como el mar, cuando es la hora
de la pasión, la cólera ó el crimen,
no rugen ni batallan,
sino sumidas en silencio gimen,
y después de gemir recién estallan.

Tal aquella mañana
aconteció, cuando el audaz marino
clavando la pupila
en la extensión lejana,
soñaba en las caricias del destino
mirando al cielo azul, la mar tranquila.
Fascinaciones ópticas del alma
del marinero audaz! Aquella calma
es la calma letárgica que miente,
en el instante mismo
en que está por sentir, ciego, demente,
en el alma las furias del abismo
y el calor del relámpago en la frente!
Llega la tempestad!... retumba el trueno,
se inquieta el mar, y las veleras naves
sin rumbo corren, con el ala abierta,
como tímidas aves
que al soplo del pampero embravecido

surcan errantes la extensión desierta,
dejando hasta su nido.

¡Qué grande, qué soberbia, qué imponente
es sobre el mar la tempestad sin freno,
circuida de relámpagos la frente,
teniendo por aliento la catástrofe,
por pulsación el retumbar del trueno!
¡Con qué furia indomable
los elementos batallando rugen
cuando se rasga el cielo, antes sereno,
y hasta los ejes de la tierra crugen!
Y el mar... el mar... el colosal jigante
de armadura de espumas,
que como el caos, ante el *fiat,* brama,
y que tiene el fragor de cien diluvios
para insultar á Dios!... que se derrama
en el lecho de rocas de la tierra,
que mueve el mundo, que sus playas barre,
que nunca se halla en paz y siempre en guerra.

VII

Y sobre ese océano, tan rugiente
como el alma de Otelo,
celoso de sentir sobre sus hombros
algo más que la bóveda del cielo,
las intrépidas naves avanzaban
con gallardo vaivén y movimiento,
como si se burlaran de las iras
del colosal océano turbulento,
como si, desdeñando sus enojos,
al fulgor del relámpago que mata,
quisieran, cual beodos, tambaleando,
ir á perderse entre horizontes rojos
y abismarse en su hirviente catarata!

¡Quién puede contenerlas ni un instante
si el genio con la idea las dirige,
Eneas domador de las tormentas

que las fuerzas del mundo ordena y rige!
En vano el mar erguido las empuja,
arrastra, abofetea,
como monstruo rabioso y erizado!
Es en vano que ruja
ó lance al aire con salvaje grito
los ayes del pampero encadenado!...
Que el genio es un segundo Prometeo,
como el Titán del Cáucaso, amarrado
á la roca fatal de su deseo.

¿Qué importan á Colón las tempestades
si el rayo de la gloria le ha cegado,
si sabe que se acerca ya la hora,
y en el ancho panteón de las edades
sobre su tumba dormirá la aurora
y el cielo llorará sus soledades?...
La lid está empeñada,
y más que miedo fuera
hacer virar las naves al oriente,
arriando la bandera
porque está el enemigo frente á frente!
Torpeza fuera, indigna,
volver la espalda al porvenir cercano...
—¡Adelante! ¡adelante!—es su consigna...
¡y que siga bramando el océano!

Primero perecer entre las olas
movidas por los raudos elementos
ó volar, como debil hojarasca,
sobre el ala revuelta de los vientos;
beber hasta las heces
la verde copa de la amarga espuma,
y no retroceder!... mil y mil veces!...
Primero hallar sepulcro,
cubierto por el paño de la bruma,
en la ancha soledad del mar de Atlante,
que tornar á las costas españolas,
á ser la burla de la plebe torpe,
con la mancha en la frente,
y la vergüenza y el baldón, á solas,
de cobarde retándole y demente!

Venga otra vez la tempestad! retumbe
el horrísono trueno,
airado el viento entre las jarcias zumbe,
el cárdeno relámpago despida
la nube fiera, y de su roto seno
con saetas de luz mate la vida!
Alcese el mar con fragoroso grito,
y lance, entre el hervor de la batalla,
su alarido de guerra á lo infinito;
rásguese el cielo, choquen las estrellas,
y en diluvio de luz y fuego caigan
sobre el mundo en cenizas de centellas:
y quiébrense también los férreos brazos
que la tierra sostienen
y en el espacio inmenso
el equilibrio universal mantienen!...
Por nada el genio en la batalla cede
ni un palmo de su gloria,
grande como su sombra ante la historia!
Colón no retrocede,
guiado por la idea,
en su empresa gigante!...
Si Dios, para crear, exclama: — ¡Sea! —
para vencer, Colón, dice: — ¡Adelante! —

Mas ¿qué siniestro afán devora el alma,
cual si el ángel callado de la muerte
le ofreciera sus brazos
para que duerma en calma?...

El varón esforzado, que la ira
jamás temió del oleaje recio,
siente en su alma dudas, y suspira;
aquél que con desprecio
miró cosas, y pueblos, y monarcas,
y mar, y tempestades,
negras noches, siniestras claridades,
siente un momento de ansiedad sombría,
y la duda, esa hiena de la frente,
vuelve á entonar su áspera elegía.

La envidia y la ignorancia, siempre hermanos!
serpientes que en la cuna,
como Hércules, no pudo
exterminar el genio entre sus manos!
¿Por qué vivís, si á vuestro vil aliento
se infecta el aire puro de la vida,
y no cuaja la flor del pensamiento?
¿Por qué vivís para asediar al hombre,
disipando su sueño más querido,
y hasta la tumba le seguís, airadas,
para borrar las letras de su nombre,
cuando sobran el tiempo y el olvido?...

Colón! Colón! la envidia y la ignorancia
te acosan otra vez, sobre los mares,
para abatir tu espíritu á pesares.
La una viene á tí con la sonrisa
temblorosa en los labios,
fría como el puñal ó el estileto,
más llevando en su pecho sus agravios,
rabia en el corazón, ira de Hamleto;
la otra es un Goliat enceguecido,
el genio destructor de Torquemada,
que saluda con místico alarido
de la hoguera la ardiente llamarada!

Colón! Colón! comienza la batalla...
guarda tu luz y entre las sombras calla!...
alerta! oh genio! empiezan á seguirte!...
la una busca la luz para extinguirla,
la otra busca la sombra para herirte!

Y tú, siempre soñando,
no miras en redor! á nada temes!
ni á la ira del mar alborotado,
ni á la plebe brutal, que está bramando...
¿En qué piensas?... ¿qué viste en lontananza?...
¿la realidad de un sueño despertado,
ó el engaño falaz de una esperanza?...
¿Por qué no vuelves hacia atrás los ojos
y los clavas, ardientes y anhelantes,
en los lejanos horizontes rojos?...

¿Qué ha visto tu pupila soñadora
en el denso nublado de las brumas,
teñidas por los rayos de la aurora?...

Colón! Colón! tu rostro se demuda;
vibra el rayo en tus ojos, y tu frente
parece que se abre
y que arroja el cadáver de su duda!...
¿Tiemblas de nuevo?... ¿Sientes miedo, acaso?...
¿vuelves los ojos, tímido, al ocaso?...
Tu pupila se ensancha poco á poco,
absorviendo los rayos de la tarde!...
En verdad, en verdad... eras un loco...
¿loco?... no! que tú piensas!...
piensas y tiemblas al pensar!... cobarde!..

Cobarde!... y sin embargo
de la plebe no escuchas la amenaza...
Cobarde! indiferente,
sumido en tu letargo,
ni tu miedo ó tu cólera rechaza
la traidora cuchilla... ¡pero hay llanto
en tus ojos, marino!...
y se encienden y apagan tus pupilas...
Tus brazos tiemblan, y tu labio mudo
se entreabre, se agita...
Yo no sé si en tu pecho
tu corazón de tempestad palpita!
Avanzas, retrocedes...
¡estás ebrio! y olvidas que eres hombre!
te increpan, te mancillan, y no sabes
ni lavar las afrentas á tu nombre!...
¿Dónde vás?... ¿á la proa?
¿empuñas el timón, vuelves la espalda
al sol, cede tu empeño?...
Lo que pasó por tí sólo fué sueño...
No!... tú desde la popa
piensas solo en tu Atlántida
y desdeñas á Europa!
Es de león tu ceño,
tu aspecto de corsario!...
la voz se anuda en tu garganta... callas

porque no puedes más! y al fin estallas
con alarido de salvaje en guerra!...
¡Te reconozco, loco visionario!
¡masa de tempestad, ya hallaste un mundo
donde estallar!... un mundo!...
TIERRA! TIERRA!!

VIII

Salve Colón! atleta de la historia,
que bajo el manto espeso
de cuatro siglos de inmortal memoria,
te yergues, como el genio del progreso,
la frente iluminada
por la corona de astros de la gloria!

Peregrino del genio! ya triunfaste,
perdido en la embriaguez de tu demencia!
—¡tierra!—dijiste, y al decir, rasgaste
el velo de los siglos con tu ciencia;
y arrancando en el ámbito profundo
sus secretos al mar, que agita Eolo,
añadiste otro mundo al viejo mundo,
haciendo de los dos un mundo solo!

El tiempo, en sus siniestras veleidades,
con mano despiadada desmorona
las Babeles, y borra hasta su nombre...
pueblos, reyes, deidades,
todo se abisma y hunde... sólo he visto
vivir dos muertos, sólo dos... un hombre,
un hombre, que eres tú, y un Dios, que es Cristo!



A. Q.

FLORES DEL AIRE

POESÍAS INÉDITAS

(Dice en los originales: "Composiciones para ser corregidas y dadas recién á la estampa").

SOBRE LA CUMBRE

Sobre la cumbre de la montaña,
donde la niebla sale del suelo,
donde el huanaco lame sus crias,
é ignotos pacen llamas y ciervos,

hay un redondo lago dormido
de aguas de lluvia, limpio y sereno,
do se retratan solo bicornes
frentes lanosas y verdes cielos.

En sus riberas no borda el junco
ni se arman nidos, ni empollan huevos,
ni nauta implume, por eso mismo,
varó en la playa de islas de berros.

Jamás un ave rizó sus linfas,
picando el agua, volando al sesgo,
ni grupos blancos de melancólicas
garzas cruzaron gráciles cuellos,

porque este lago vive en la cima
callado y solo, desde otro tiempo,
sobre los campos, sobre las aves,
sobre las garzas, sobre los vuelos.

La ignota fuente tiene su historia,
como las cosas todas del cerro,
que nadie sabe, porque á las cumbres
nuestros cantores jamás subieron.

Yo ví una noche de plena luna
á dos rumiantes, con gran misterio,
llegar al lago, y ví agitarse
las quietas linfas, presas de sueño;

y parecióme que un rostro huraño
de humanas formas surgió de dentro,
y habló como hablan las soledades,
en raro quichua que yo no entiendo.

Luego volvióse de nuevo espuma,
y dos relinchos al aire dieron
los misteriosos brutos insomnes,
guardias perdidas del campamento,

y á largo trote la senda toman,
y á lo empinado suben del cerro,
y desde la agria, saliente peña
miran y miran á todos vientos.

Al otro día, los cazadores
llegan y bajan sus aparejos,
y el rastro observan de dos huanacos,
de esos que alzaron el campamento,

y me contaron que en ese lago
de aguas de lluvias, do ví aquello,
el *Llastay* mora, mal enemigo
de hondas y *libes,* padre del cerro.

Y al ver los rastros de las manadas
que amarilean allá muy lejos,
los cazadores la mala orilla
del lago dejan, dormido y quieto,

de aquella fuente que está en las cimas
ignota y sola, desde otros tiempos,
sobre los campos, sobre las aves,
sobre las garzas, sobre los vuelos.

Tucumán, Octubre de 1898.

YO SOY DE AQUELLOS...

Yo soy de aquellos bardos andinos
de los cantares de mis guitarras;
de esos que saben hablar las lenguas
de los alisos de la montaña.

Yo soy de aquellos que sin el rancho
de los faldeos no tienen casa;
de esos que saben por los meleros
que es *atamiski* cuanto se canta.

Yo soy de aquellos que aman los bosques
oyendo el ruido que hacen las hachas,
de esos que quieren los cuatro horcones
del no envidiado techo de paja.

Yo soy de aquellos que aguijonean
rejas y bueyes con una flauta;
de esos que espigan en los trigales
todas las risas de las aldeanas.

Yo soy de aquellos que en las vendimias
gustan del oro que dan las parvas,
y que con sangre de los lagares
vengan desdenes de alguna ingrata.

Yo soy de aquellos á quienes placen
las vidalitas tristes y hurañas;
de esos que lucen en sus sombreros
de ala quebrada, ramos de albahacas.

Yo soy de aquellos que en alta noche
tocan al alma de las guitarras,
de esos que rompen sueño y secreto
con una letra para la amada.

Yo soy de aquellos que hacen cuartetas
con nemorosas voces cuitadas;
de esos que riman gemir de urpilas
con parloteos de las calandrias.

Yo soy de aquellos á quienes dicen
los soñadores de la montaña:
Yo soy de aquellos que se cobijan
bajo la sombra de un vuelo de águila.

EL GENIO DEL ANCONQUIJA

(Fantasía)

LEÍDA EN UNA VELADA LITERARIA

I

Está tendido el Genio de las cumbres
al pié del Anconquija,
con los ojos clavados en las rocas
y la mano en la frente pensativa.

Cada arruga profunda de su rostro
es un siglo de vida;
nació con la erupción de la montaña,
de pié sobre el granito de las cimas.

Sus cabellos, teñidos por el rayo,
caen en su espalda nívea,
y en su pecho de rocas, donde el trueno
mil y mil veces estrelló sus iras.

Alma de Otelo, corazón de Macbecth,
pasiones infinitas,
amor de tempestad, sacudimientos
de la tierra nerviosa y convulsiva;

Lo que sueña la noche que se duerme
en las tiendas andinas;
lo que forja el peñón inaccesible;
lo que engendran lo alto y lo que abisma;

Eso, que en las montañas ciclopéas,
se palpa y no se mira;
la grandeza en el monte; lo infinito
coronando las nieves de las cimas:

Todo, todo es la esencia de ese Génio,
que las fuerzas hacina...
No hay écos de la tórtola en su labio,
ni rayos de la luna en su pupila.

Es el alma latente del granito,
la savia de la vida;
fuerza y materia pensadora y libre
el Genio de las rocas eruptivas.
....

La noche se diluye, y la tiniebla
besa luces del día...
Está tendido el Genio de las cumbres
al pié del Anconquija.

II

Fué breve aquella noche y misteriosa
como una despedida;
en el nido, ese gérmen de los vuelos,
algo, que extraña el águila, palpita.

La noche, de crespones de tiniebla
en la faz mortecina,
fué una creación informe del insomnio,
digno sepulcro del pasado dia.

No ha cerrado sus ojos un instante
el Genio de las cimas:
el aire de la noche le ha contado
desde el arbol la historia de sus risas.

Gritos de libertad, sublimes dianas
de patria redimida

se han asido á sus rígidos cabellos
y han sonado con músicas divinas.

Tucumán! Veinticuatro de Setiembre,
en luminosa liga!. .
grito dos veces redentor y santo,
condensación de glorias argentinas!

La montaña ha temblado, como tiembla
el alma del suicida...
Está tendido el Genio de las cumbres
al pie del Anconquija...

III

De su gruta de rocas saltó un condor,
y el ala entumecida
por la noche callada que le cierra
los cielos que se le abren por el dia,

Alargó; y arqueando el docil cuello,
como á cuerdas de lira,
repasó con el pico su plumage;
y alzando el pié, de garras atrevidas,

Abrió la otra ala, se empinó un instante,
chispearon sus pupilas,
y al graznar de aquel cisne de la sierra
se mecieron sus alas renegridas.

Ya está sobre el espacio, en noche insomne,
mojando en luz purísima
el terciopelo de sus alas quietas,
que abrillanta la estrella que agoniza.

Ya está sobre el espacio, y vaga, vaga
en los cielos sin vias:
es que le falta el Sol que le dá rumbos,
y hiere luz de estrella su retina.

Como dormido en éxtasis de cielo,
ya las alas no agita;
suspéndese un instante en las alturas,
el cuello arquea, y súbito domina

La llanura de bosques de ceibos,
de laureles y *tipas*,
que, negra y sin rumor, se le aparece
como inmensa Necrópolis de ruinas.

Baja, y baja, frustrados sus anhelos,
lentamente de arriba,
el luchador gigante de las alas,
soldado inútil, sin la luz del dia,

Y en un peñón saliente del *mogote*
asiéntase aturdida
esa visión dantesca de la noche,
más negra y misteriosa que un enigma.

IV

— Tú velabas, también, como yo velo?...
tú tampoco dormias?...
Dijo aquel Genio secular tendido
al pie del Anconquija.

— Mancha en la sombra, allí te me apareces,
como la idea mia,
negra y confusa, de contornos blancos,
cual la noche en las nieves de la cima.

— Tú velabas también?... ¡qué de tus vuelos!
Lo tuyo es lo de arriba!
La inmensidad dá el aire á tus pulmones;
tus nervios tienen plumas renegridas!

— Tú velabas también?... el ala pliegas,
desmayada, intranquila...

Está enferma la roca en que te asientas,
y el abismo hasta sí la precipita.

— El peñón, como en vértigo, ha rodado,
y en lo hondo palpita
el corazón de esta montaña abrupta
con fuerza misteriosa y convulsiva.

— Son su sangre arterial, esas que corren,
las aguas cristalinas,
que enarcan en su cauce sus torrentes
con las gotas de nieves derretidas...

— Tú velabas también?...
Lanzó un graznido
el condor de las cimas;
y el Genio enmudeció, siempre tendido
al pie del Anconquija...

V

¿Quién llega hasta el Titán de la montaña,
con voces atrevidas?...
¿Quién le interrumpe al aclarear la aurora,
con la miel de los sones de la cítara?

Es de diosa su porte; trae laureles
de las selvas nativas,
y coronas de luz de cien estrellas
el arco ciñen de su sien olímpica.

La envuelven, como en gasa transparente,
crepúsculos del dia;
viste el azul y blanco de los cielos,
color de las banderas argentinas.

Nacida con el heroe americano,
holló la tiranía;
en su paso triunfal sembró victorias,
y un mundo germinó de las semillas.

Crecida en Yapeyú, junto al guerrero
de las selvas indigenas,
fue la gemela de sus grandes triunfos,
el eco de su diana enardecida.

Y la que áurea copa, en Mayo insigne,
del Plata en las orillas,
con el licor chispeante de sus olas
brindara por la patria redimida.

La que enseñó á la América agobiada
á acallar elegías;
á alzar los himnos de los pueblos libres,
á cantar glorias y á pulsar las liras.

La que al bravo león, nunca domado,
arrastrara á la liza,
y desgarrara con nerviosa mano
pendones y estandartes de Castilla!

La que diciendo: Sea! — fué la Patria!
victoriosa y altiva,
tan señora del Sol de su bandera,
como sierva del Sol que la ilumina!

VI

— ¿Quién eres tú ¿qué es lo que quieres? dime.
Insomne estoy hasta el rayar del alba,
y el condor, descendido de los cielos,
vela tambien allí, quietas las alas.

— Yo soy la Libertad, que alzo el bronce
al heroe vencedor de la batalla,
yo, la que sé la historia de tus rocas,
la epopeya inmortal que te amamanta.

Graznó el condor, oyendo lo que oyera;
y el Genio, cual si entonces despertara

de su insomne sopor, volvió los ojos
á la piedra do el ave se posaba,

Cual si á las rocas escuchar quisiera,
en su eterno mutismo, una palabra,
ó leer en el ceño del granito
el íntimo pensar de la montaña.

— Eres la Libertad!... dijo de pronto;
eras tu!... ¡y qué hiciste de mi raza?...
La sangre que vertió hierve en las peñas,
y á ese granito endureció la rabia!

— La vió caer el condor, y él, entonces,
que libre en otros dias la mirara,
voló á los Andes á llorar su pena,
y su nido á labrar en otra patria.

— Dime, ¡oh genio del mundo americano!
visión de la libertad: ¿dónde te hallabas
cuando mis hijos, sin llorar caian
por tu nombre en los campos de batalla?

— Ni una palabra tuya á sus oidos
llegó jamás... ¡y en tanto tú alentabas!...
Libre corria el Paraná tranquilo
á derramar caricias en el Plata!

Dijo nervioso, y la rugosa frente
en las rocas golpeó, como si ansiara
matar un pensamiento de su craneo
ó estrellar una idea de su alma.
....

— Yo tus razas vengué... ¡y tú me imprecas!...
Ese condor lo vió, cuando en la falda
del Andes inmortal grité: ¡victoria!
y Chacabuco fué... ¡quién dió la espada?...

— No sabes de tu insomnio!... ¡lo recuerda!
¡El corazón de Tucumán te llama!

«Manuel Belgrano»! — suena en tus oidos!...
¡te ensordeció el cañon de la batalla!

— Hoy... — Sí, sí! 24 de Setiembre,
vengador de los nietos de tu raza!
Tú, lo olvidabas yá, y el Sol se puso
incendiando de gloria tus montañas!
....

VII

Lo oyó la Aurora, y aplaudió al oirlo
con la frase meliflua de sus auras,
y el enjambre de oro de sus voces,
robadas á los picos y gargantas.

Se abre el Oriente como flor de fuego,
y acallando las músicas aladas,
grita el monstruo pujante del *Ingenio,*
y el despierto trabajo se levanta.

El primer rayo de la luz fecunda
la simiente del hombre en la labranza.
¡Felices de los pueblos que han hollado
con el surco sus campos de batalla!

En el suelo regado por la sangre
del patricio inmortal, la verde caña,
como laurel de paz, brota y retoña,
más orgullosa que la esteril palma.

Place más á la tumba de los heroes
que mustia yedra, la fecunda planta;
y más que casi muerta siempre-viva
la espiga que pregona sus hazañas!

Bendita de la fuerza, si ella crea,
y bendita la obra de la espada!
la una es el candado del granero,
y la otra la llave que lo guarda!

Do la fecunda mies espiga el oro
la madre Libertad se muestra avara;
fué hija del sudor de nobles frentes,
vástago de virtud, — la democracia!

Como la Cruz, es el arado símbolo
de sacrificio y redención humana:
es el uno el madero del trabajo,
y la otra el madero de las almas!
....

VIII

Cuando ya el dia en los espacios reina,
desvanécese el cuadro en la montaña;
y del Genio en la cumbre inaccesible
la imponente silueta se destaca;

Y, confundido con su ser, el monte,
saluda á Tucumán con su palabra:
risa en el arbol, en las alas silvos,
canto en el ave, y en los rios dianas!

El condor no se posa ya en la peña,
y están nubes y truenos bajo su ala:
¡es que dejó la tierra por los cielos
y vá á contar á Dios nuestras hazañas!

La Libertad, sonámbula de glorias,
se fué de aquí para una tierra ingrata
á decir á las olas del Pacífico
que ya no besen con amor sus playas.

Mas antes de partir, ósculo inmenso
dió en la frente de bronce de la estatua
que alzó *La Ciudadela,* y reanimola
con el beso candente de su alma!

¡Bendito el heroe que nos dió bandera
bienes, y gloria, y Libertad, y Patria!...
¡Siempre te aclamarán, Manuel Belgrano,
los labios de esta tierra tucumana!

LA MADRID

28 DE NOVIEMBRE
1795 - 1895

Ni un monumento se alza á su memoria,
ni ha modelado el bronce su figura...
No importa á La Madrid! tiene en la historia
de los héroes de Roma la estatura.

La epopeya sus líneas contornea
sobre el rojizo fondo de una aurora,
remedo del fulgor de la pelea;
la muchedumbre, con pasión, le adora;
la leyenda del pueblo le sublima:
aprendieron su nombre las llanuras
y el pico inaccesible de la cima.

Con sangre suya se amasó su tierra;
en cien combates esgrimió su brazo
la espada de la guerra.
Donde suena un clarín, allí se halla;
donde va La Madrid, truena su reto,
y tras él el fragor de la batalla!

Brioso, impaciente, audaz y temerario
en empresas sin nombre,
aquel hombre en las lides no era un hombre,
y sí el tipo del héroe legendario.
Amaba la batalla, como el cóndor
el fulgor que enceguece sus pupilas;
fiebre sentía en la obligada tregua
de las horas tranquilas.
Era de esa falange de los grandes
que armó la libertad de medio mundo,

de aquellos que templaron sus aceros
en el yunque de rocas de los Andes;
de aquellos lidiadores altaneros,
á quienes el destino nunca abate
en su grande misión en esta tierra;
para quienes la vida era el combate
y el ruido del cañón el grato acorde
de la música humeante de la guerra.
Era de aquellos héroes que dormian,
como en su tienda, bajo el recio fuego,
tipos de la leyenda americana,
Lavalle, La Madrid, Pringles, Dorrego!

¡Plaza al atleta de las lides, plaza!
Espartano de espíritu y de fuerza,
es la fibra salvaje de su suelo
y el nervio poderoso de su raza.
Truena en la lid, y su cortante sable
el ala del relámpago parece;
como un fuerte, es su alma inexpugnable,
y entre el fragor de los combates crece.
¿Dónde está el enemigo?...
eso saber le basta... y á la lucha!
Si ejército no tiene,
no importa á La Madrid: cuenta consigo!
Jamás la voz de rendición escucha
ni de cien, ni de mil... no tiene linde
el valor de este héroe legendario,
y responde á la voz del adversario:
«La Madrid, no se rinde!...»

Como esas piedras de escrituras varias,
que recuerdan las glorias fenecidas
y hazañas legendarias,
lleno su cuerpo está de hondas heridas,
letras de sangre que escribió en su pecho
la punta de la lanza,
la espada sanguinosa
y el casco de metralla,
que rebotó en su frente sudorosa
para dejar memorias indelebles
de un dia de batalla!

¿Quién no admiró en su tierra su osadía
y su bravura indómita y salvaje,
cuando su sable redentor blandía,
sembrando el miedo en el opuesto campo
y encendiendo en los suyos el coraje?
¿Quién no miró cien veces al caudillo
á la Muerte retar, y brazo á brazo
pelear con ella, la garganta asirle
y clavarle en el pecho su cuchillo?
En la porfiada lid era el primero:
más de una vez, en desigual combate,
vibró su lanza y chispëó su acero.
Si el desmayo sentíase en sus filas,
al débil alentaba, y entre el humo
del cañón fragoroso
chispeaban sus pupilas;
y asiendo con sus manos
su bandera, tronaba impetüoso:
«á la carga! á la carga! veteranos!»

Veinte veces cayó, sangrando el pecho,
y el temerario vencedor, vencido,
el corazón maltrecho,
la pupila siniestra,
el labio seco, sin sudor la frente,
aún mueve su diestra;
y cuando ya parece que agoniza,
y fiebre sepulcral su sien embarga,
el moribundo La Madrid aún truena:
«¡á la carga! ¡á la carga!»

Lo llamó la batalla
con el ronco vocear de sus cañones;
y el héroe fué, y desafió al tirano,
y luchó, león nativo, con leones.
Lo vieron las legiones
bisoñas de Belgrano
y los tercios de acero
de aquel Gran Capitán de capitanes;
y La Madrid ni un día fué segundo,
pues que en brío y valor venció al primero.
Pudo Lavalle, que pasmara á un mundo,

en bríos igualarle
y en ímpetus vencerle;
pudo en sagrado fuego
su espíritu incendiarle,
de Lavalle la víctima, Dorrego,
y pudo, también, Pringles, el puntano,
pasmarle en el momento
en que salvó su honor y su bandera
hundiéndose con ella en el oceano:
mas ¿quién, osado, competirle puede
en hazañas sin cuento,
y en audacia y bravura?...
¿quién lo podrá, cuando la Muerte misma
abrió cien veces y cerró otras ciento
para él la merecida sepultura?...

¿Quién seguirá al teniente de dragones
de *Tambo Nuevo* en la pasmosa empresa,
y quién, como él, audaz, podrá hacer presa
de soldados, banderas y pendones?
Tan solo La Madrid, el temerario,
que aún vencido pelea,
y en Sipe-Sipe en el desastre rudo,
sable en mano, abre paso á Necochea;
el héroe cuyo pecho fué el escudo
cuando el patricio ejército buscaba
tras la derrota el natural refugio;
solo el que pudo, con puñal en mano,
hacer guardar silencio
al tonante cañón de Vilcapugio.

Nació para vivir de la pelea,
más por instinto, por pasión, por índole,
que por ver redimida alguna idea.
Amó la libertad, pero salvaje,
como el ala del cóndor,
cirniéndose en lo azul sin vasallaje.
Llenó su alma el grito sonoroso
del clarín de los Andes,
y corrió presuroso
á formar en las bélicas legiones,
vengadoras de pueblos y naciones.

Cuando portando redención y gloria
las armas de la patria
cruzaron sus fronteras,
sembrando en el camino la victoria,
hasta el Alto-Perú llevó en sus manos
las flamantes banderas,
y la batalla saludó tres veces
á la idea argentina
en el llano y la sierra,
en Tarija, Uturango y en Culpina,
dejando allí memorias indelebles
la estirpe de los *gauchos* de esta tierra.

Cuando libre la patria, cruel tirano
avasalló este suelo,
llenando de vergüenza
el mundo americano
y de tristeza el sonreir del cielo,
como Lavalle, La Madrid empuña
la espada salvadora,
y entre los dos emprenden
la vencida campaña redentora,
y ecos de libertad los aires hienden.
En la noche terrible del Cuarenta,
él agitó la tempestad del Norte,
negra y brillante en la desgracia cruenta;
mas el destino disipó sus sueños,
y surgiendo, cual bárbaro caribe,
la figura siniestra y sanguinaria
del implacable Oribe,
la que argentina fué, sangre unitaria,
el rostro de los déspotas salpica,
y por el suelo rueda
la cabeza de Cubas,
y está clavado en sanguinosa pica
el pensamiento audaz de Avellaneda!

Fueron de La Madrid altos anhelos
ver lejos servidumbres, tiranías,
á su tierra acercándose á los cielos
para hacer de sus noches claros dias.
La sangre de sus venas

se derramó doquier, y fué fecunda:
se rompieron las bárbaras cadenas;
de los hombres del pueblo
cayó en Caseros la brutal coyunda;
y el Plata que gimiera en otras horas,
escuchando en la barca del proscripto
el lastimero llanto,
con la argentina voz de cien auroras,
viéndose libre, levantó su canto!
....
¡Héroe de Tucumán! ¡yo te saludo,
perínclito guerrero de la patria,
con el acento de mi lira, rudo!
Corte laureles para orlar tu frente
el pueblo que te aclama;
teja guirnaldas de nativas flores
la mano de doncella de la Fama;
suene el rio en tu loor; el aire libre,
con la voz del clarín, cante tu hazaña,
dianas de triunfo la palabra vibre,
hágase oda el corazón; doblegue
su cabeza de nieve la montaña!

NOCHE BUENA

Tras de la diurna faena,
brille en los rostros la risa...
Ea! muchachos, á prisa!
que esta noche es Noche buena!

Para el Niño, los juguetes
para Belén el hossana...
ya vocéa la campana
y revientan los cohetes.

Lo que elija, lo que escoja
cada cual, tendrá en la fiesta;
ha fermentado en la siesta
el buen molle... ¡habrá alhoja!

Todo abundante, y á rodo;
canto y letras con esceso:
habrá gargantas para eso,
y guitarras para todo.

A hacernos dar tentaciones
irán los novios un rato;
bailarán la cueca, el gato,
y se dirán *relaciones*.

Habrá contrapunto y lidia
de dos bravos guitarreros;
va de por medio la envidia,
pues ambos se creen primeros.

Diz que será el Nacimiento
el tema de obligación...
El Niño estará contento
oyendo tanta canción.

Bailarán nietos y abuelos,
viejos y viejas, tambien;
luego un coro de chicuelos,
pastorcillos de Belén...

Dirá en quichua una alabanza
el Cacique convertido,
y al Niño recién nacido
ofrecerá flecha y lanza.

Trayendo mírras y alhagos,
un canto y una plegaria,
con la estrella solitaria
llegarán los Reyes Magos.
....

Tras de la diurna faena,
brille en los rostros la risa...
Ea! muchachos, á prisa,
que esta noche es Noche buena.

25 de Mayo de 1896.

TUCUMÁN

Es grande y bella la estensión desierta
de la llanura de la patria mia.
De tréboles cubierta
la Pampa dilatada, estéril, fria, —
huérfana muda que heredó el silencio
de todas las edades, —
tiene tan solo en la aridez del dia,
cuando silva el *ñandú,* sus tempestades.
El Chaco tropical, enmarañado,
que á los hogares del trabajo asecha,
guarda todo el encono del pasado,
y bajo el arco de sus selvas vírgenes
aguza el toba la traidora flecha.
Misiones mutilada,
entre lianas la mística Misiones,
entona salmos de David, postrada,
y repite confusas oraciones
sobre sacros escombros
doblando la rodilla, y soportando
el peso de tres siglos en sus hombros.
Soberbio el Paraná, rompe otras tierras
para abrirse camino;
y corriendo con trueno soberano
le arrastra, aguijoneándole el destino
á ahogarse en el férvido Oceano.
Después los campos que el arado rasga,
do el oro de las parvas de las trillas
engendra prole innúmera de grano
que el labrador divide por gavillas;
do avasallado suelo
rinde su fruto á las tremantes quillas,
que dejan al clarear roseas estelas,
y parten con el alma del colono
en las hinchadas velas.

Pero es más bella la región andina,
el misterioso hogar de la grandeza
de la tierra argentina,
donde al soplo de vida de la cumbre
surgiera la inmortal naturaleza
en la cuna de armiño de su lumbre.
Soñando eternamente en las alturas,
la tierra se incorpora y se levanta;
y en calcinadas moles
haciendo firme planta,
estira el cuello la nublosa cima,
y su frente, espaciándose entre soles,
al fondo de los cielos se sublima.
Cirio la besa con su luz dormida;
Júpiter apacible y Vénus riendo
la envían su lejana despedida;
y la Paloma Sideral, batiendo
el ala silenciosa,
pica al pasar las perlas de la nieve,
y sigue su carrera luminosa.

La Magestad del Ande
levanta el pensamiento á las esferas,
y hace soñar en lo alto y en lo grande,
en la voz de unos bélicos clarines,
en una tierra amada, sin fronteras,
en una patria inmensa, sin confines.

¿Quién que escaló las cumbres no ha sentido
indefinible sensación en su alma,
cual si aspirar le fuera dado al hombre
del infinito la procera palma?
¿Quién no sintió en su espíritu un anhelo
de libertad sin nombre,
al ver flotar la pequeñez del mundo
en la soberbia inmensidad del cielo?
¡Qué vértigo creciente el de la altura
sobre la última peña silenciosa!
¡cuántos sueños alados de ventura
junto al nido del águila gloriosa!
¡y qué fruición extraña
al sentirse crecer, como en la tarde

la sombra colosal de la montaña!
Mirar de lo alto, dominar lo bajo;
sentir que se agiganta la conciencia;
contemplar en lo hondo y lo profundo
á su planta agitarse la existencia
y derramarse el mundo!...

Oprimiendo la tierra
con su apiñada mole de granito, —
salvaje de la estirpe de los montes, —
se iergue el Aconquija á lo infinito,
avasallando espacios y horizontes.
Cien humildes colinas, ataviadas
de verde pompa, besan
la planta del titán, arrodilladas,
que ante monarca tal caber no puede,
en la ambición de la gentil colina,
emulación al grande,
si tiene por rival el Famatina,
el poderoso vástago del Ande.

En sus hondas, inquietas soledades
caminan y andan insepultos siglos;
y en tropel rumoroso, las edades.
La arista vertical del regio monte,
el alto pico que á los cielos toca
y el atrayente abismo,
obra son de la tierra airada y loca
en horas del supremo cataclismo.
La mole despeñada á lo profundo,
el mogote de témpanos de hielo,
tienen su historia en la creación del mundo,
y su sangrienta página en el cielo.

Hay vida en el recinto misterioso
del monte de las cimas congeladas.
Inmenso laberinto de quebradas
enmaraña las formas del coloso.
Del copo de la nieve, brota el eco
de la ola desnuda del torrente;
de entre las grietas de la roca nace
el ala infatigable y reluciente.

Sobre el peñasco mudo
se aparece el rumiante de la altura,
dando á los aires el relincho agudo.
Siempre atento el oido,
la indómita vicuña
de la nieve que cae escucha el ruido,
ó el saltar, por las rápidas pendientes,
ó verticales flancos del abismo,
de audaces ciervos de ramosas frentes.
Al descender á la mitad del monte
calla el silencio de la cumbre enhiesta,
y en el sonante guayacán estalla
de hojas y nidos festival orquesta,
y el clamor despeñado del torrente
se escucha como el ay! de la batalla,
ó ya de Musas invisibles se oye
el argentino coro,
cuando el heraldo de la aurora toca
con trompetas de luz dianas de oro.

Por la llanura de los bosques vela,
con su yelmo de nieve el Aconquija,
cual ciclopeo germano centinela.
Por sobre dilatada y verde alfombra
de encadenadas selvas de laureles,
naturaleza abrupta de la cumbre
paséase, si hay sol, buscando sombra,
si hace frio en lo azur, buscando lumbre.
Y en las noches ardientes,
plácele oir el querelloso acento
de ondisonantes aguas y torrentes,
ó acariciando voluptuosa idea,
besar la nubil flor de los ceibos,
roja como los labios
de la mujer hebrea.

Ah! cómo se desborda en lontananza,
cual un mar de esperanza
ceñido por sus playas de arreboles,
la vida tropical en este suelo
de los ardientes soles!

¡Cómo dispara el arco de su cielo,
al vago pestañar de las estrellas,
dardos de oro, cual celeste lluvia
de alígeras centellas!
Todo fecunda, nace, brota, efluvia
en este emporio de la luz celeste,
donde alza sus tiendas de verdura
en el bosque estival, añosa hueste.
Todo surge feraz, y vive, y cunde
en la cima, en el monte, en la espesura.
Nada que no sea germen vigoroso
de la creación del mundo americano
en sus formas de atleta ó de coloso.
Nada de campo estéril, ni de llano
de verde cesped ó de humilde planta:
sobre la tierra que la luz inunda,
salvaje, enmarañada y estupenda
la tucumana selva se levanta!

No nació para vírgen,
ni para orlar de castos azahares
el arco ardiente de su sien de amante,
la tierra de los bosques seculares,
lasciva, apasionada y lujuriante.
En los delirios de su fiebre loca
sueña con un impúdico Himenéo,
que espumante le brinda
la rebosante copa del deseo
con el nectar de púrpura y de guinda.
Voluptuosos amores
la arrastran, con el pecho desceñido,
á la embriagante orgía de sus flores.
Para este angel caido
no hay más afán que el que el afán enciende,
no hay más pasión que las pasiones locas,
no hay más amor que aquel amor que prende
el incendio en la pira de las bocas!

Por eso, cuando asoma Primavera,
la demanda una gruta solitaria
para amar como ninfa...
y labra con tupida enredadera

la gruta del amor, hospitalaria,
sobre el murmullo de la clara linfa;
y al nacer de las hojas y botones
se estremece febril la tierra toda,
con el temblor del harpa de aureos sones,
soñando en los laureles de la oda;
y cuando el sol la envía de soslayo
en cada ardiente claridad un beso
y una mirada de oro en cada rayo,
el ascua de la fiebre la ilumina,
y convulsa, en su tálamo de flores,
rinde su pubertad de Proserpina.

Mezclado al polvo de la luz del dia
se arremolina el polen fecundante,
y en la enramada de la selva umbría
viste al arbol de traje campesino
con la pompa del iris deslumbrante.
Flores lilas y rosas
de noche cunden, cual posado enjambre
de quietas mariposas.
Cuaja la flor, y fecundante crea
la esfera de oro ó tornasol racimo
que el pájaro insaciable picotéa.
Cae la semilla del salvaje fruto,
y esclavizada tierra paga al bosque
con seres de esmeralda su tributo;
y el cielo, enamorado de sus flores,
ansioso de poseerlas,
dá al angel de la lluvia
la copa cristalina de sus perlas.

Todo es gigante en la fecunda tierra
adorada del Sol. El alta sierra
inunda sus praderas de verdura,
enviando en el caudal de cada rio
la inextinguible vida de la altura,
el luminoso germen del vacío.
¡Qué expléndidos vergeles!
¡qué grande y qué soberbia la espesura
de la autóctona tribu de laureles!
Cómo arde encendida

la sangre, que es la vida del follaje,
en este harem de lujuriante vida,
do se embriagan con hálito salvaje
de botones abiertos, los sultanes
de la selva sin luz, — los guayacanes!

¡Salve oh bosques del trópico explendente!
¿Qué Fauno audaz ó poderosa mano
despeñó de la cumbre ese torrente
de verdes copas, en caudal inmenso,
desbordándose en hojas por el llano?
¿Qué Numen creador abrió la entraña
del infecundo suelo,
y arropada en sus bosques y sus selvas
arrancó de su seno la montaña?
¿Qué Genio secular prendió en el cielo,
como el alma de fuego de la vida,
el sol ardiente del cenit profundo,
y concentró en la tierra entumecida
toda la fuerza muscular del mundo?

Ese sol! ese sol! aureo tesoro
de calor y de luz, — moja el espacio
con intangibles lágrimas de oro,
y pinta en vagas y en azules telas
paisajes de carmín y de topacio,
ó escenas del oriente en acuarelas.
¿En que cielo dejó, cual deja en este
mas luminosos rastros,
cual si fuera el espacio en que camina
el reino de la estrella matutina
ó el campo de batalla de los astros?...

Por él, la nubil tierra tucumana
alienta al germen, y fecunda crea
en la hora nupcial de la mañana.
Por él, endeble tallo altivo crece,
y, cual crestón de yelmo,
su copa verde-obscura al viento mece.
El pinta el ala y la canción da al nido,
tiñe á las flores de cambiantes rojos,
brinda esmeraldas al laurel nacido,

y el negro y el azul presta á los ojos.
El sangra el pecho del adusto monte,
al nacer de los cálidos estíos,
y con las perlas del rocío llena
la arteria palpitante de los rios;
y el alza hasta los cielos la cadena
rumorosa de olas encrespadas,
y á la tormenta desde rotas nubes
vuelca en lluvia de límpidas cascadas.

Doquier la vida en explosión ardiente
en este Eden, sin culpa, concentrada!
Aves, cantos y flores;
el murmullo del místico torrente,
y el himno de la selva inmaculada
del rubio amanecer á los fulgores!

Allá Escaba, la criolla tucumana,
la guitarrera de flexible talle,
sabe, porque le ha dicho la mañana,
los secretos del valle:
el porqué brilla el iris en la altura
cual olivo de luz, mientras el rio,
como vivo que busca sepultura,
se abalanza á lo hondo y lo vacío,
y al caer en hirviente catarata
perpetuamente en el abismo suena
como trueno de plata!
Retratando en su linfa los follajes
corre el Marapa entre las verdes frondas,
ya violento y audaz, ya en dulce calma,
gimiendo en el regazo de sus ondas
con el lamento de un dolor del alma.
Emula de los tristes,
sobre el batido escollo quieta sueña
la garza silenciosa,
como lirio de marmol en la peña.
Canta sueños de amor en las orillas
la montañés calandria voluptuosa,
y solo calla si las alas bate
esa alárabe turba bulliciosa

del verde, barranquero *calancate*.
Con festoneado traje campesino
de tréboles en flor, Tafí nos llama,
en su pompa feraz de valle andino,
cuando sol estival al cielo inflama.
Brindan la cumbre, su panal de hielo;
la argentea copa de sus rios, perlas;
cantos y nidos la florida rama;
y alzando su cabeza á lo infinito,
amamanta la vida de sus campos
el Ñuñorco de pechos de granito.
Suelta la cabellera de sus ondas,
el indígena Lules
corre cantando clásicos recuerdos
de los montes azules.
Viaja el Salí, del labrador amado,
bordeando ásperas sierras,
y al derramarse en la llanura empapa
acuchilladas tierras.
San Javier, desde lo alto de sus montes,
ofrece á la mirada
la amplitud de los vastos horizontes
de la tierra á sus plantas derramada.
¡Qué explėndido, qué hermoso de la altura
mirar cual se suceden en la falda
montes, lomas, colinas,
como un mar congelado de esmeralda
inundando una Nínive de ruinas!

Salve tierra del Sol! — Siempre te alumbre
el astro de la vida,
encendiendo el fanal del alta cumbre,
y desvolviendo con sus rayos de oro
el hinchado botón. Cunda atrevida
la planta secular de hachada selva,
y á integrar, codiciosa, su tesoro
la tropical naturaleza vuelva.
Reine otra vez la sombra en la espesura;
con el verde contraste, y con el rojo
de las flores del aire la blancura.
Cuelgue el panal la abeja del ramaje;
el *tucu-tucu* por la noche brille

como botón de estrella en el follaje;
y vuele negra, blanca, azul y rosa,
el alma de la flor, la mariposa.
El *tarco* ostente sus vistosas lilas;
la enredadera teja fuerte muro,
y en las selvas tranquilas
labre su nido el cardenal, seguro,
beba la corza en manantial de plata,
y aduéñense de nuevo de las copas
la hurraca montaraz y la *charata.*

Salve tierra del Sol! brille en tu cielo,
cual via láctea, el esplendor del arte,
y al alma llena de Sagrado anhelo
y noble INSPIRACIÓN, para cantarte.
Pródiga sé con la INSPIRADA mente,
e inúndala de Sol, para que rinda
las risas de tu Oriente,
ó al menos un crepúsculo la brinda
para que alce los himnos de tu Ocaso,
en las noches tranquilas y calladas,
con el fulgor escaso
de estrellas apagadas...

17 de Enero de 1898.

LOS MENHIRES

A Eduardo A. Holmberg

Solitarios, imponentes,
en las árduas cordilleras
donde el hirsuto Nuñorco
viste plumaje de nieblas,
se alzan de pié los Menhires,
los dos gemelos de piedra,
hablando á las soledades
en un idioma sin lengua.
Más viejos que las Pirámides,
violadas urnas de déspotas,
los obeliscos nativos,
entre el aullar de las fieras,
obra fueron de las razas
sin ley, corona ó diadema,
sometidas al imperio
de la gran Naturaleza.
Del soberbio Nuevo Mundo
los seculares atletas
de la edad del gliptodonte,
arraigados en la tierra,
cual dos momias de granito
de dos grandes razas muertas,
siempre rígidos, provocan
á los siglos del planeta
y á las edades del mundo,
que amasando la materia
dieron vida al Aconquija,
petreo fósil de mil vértebras.
No han caido los Menhires

al embate de las fuerzas
que levantaron abismos
sepultando cordilleras,
ni partió sus duros pechos,
ni destroncó sus cabezas
el hacha de los relámpagos
del diluvio sin riberas,
que, con su mole de mares
barrió al pasar, la existencia.
Cien veces los cataclismos
les bajaran, les subieran,
les arrastraran al llano,
les trepáran á la sierra;
más no mordieron el polvo,
desplomados por la fuerza,
los Goliat de la prehistoria,
á cuyas plantas soberbias
sangraba el mamouth herido,
por el silex de las flechas.
Están de pié, pregonando
la secular existencia
de este viejo Nuevo Mundo,
con sus grandes epopeyas.
Trepados en lo más alto,
yerguen rígidas cabezas,
y con ojos sin pupilas,
mirando á un Norte de nieblas,
á través de las distancias
espían, con ánsia eterna,
las ruinas de Tiahuanaco,
sus antiguas compañeras,
ú orillas del Titicaca
leen sus memorias de piedra.
¡Salve, oh restos megalíticos
de la niñez de la América,
que hablais, mudos, de los siglos
con la rugiente elocuencia
del Iguazú de los bosques,
caído torrente de perlas
en la frente de Misiones
para bautizar mi tierra!
¡Salve, Menhires! — autóctonos

de las viejas cordilleras,
Faraones de granito
de vuestro imperio de sierras,
que aún imponeis sobre ruinas
vuestra dura ley de piedra!

Tucumán, Diciembre 22 de 189[illegible].

EL CRESPÍN

A Ricardo Risch

Pájaro inquieto y errante,
que saltas de rama en rama,
yo sé á quien tu pico llama
al pïar fiel y constante;
sé tus dolores de amante
y el misterio de tu canto;
sé que padeces de encanto
porque al hado lo pediste;
sé que por ser ave triste
has renunciado á tu llanto.

Me han dicho las *arirumas*
lo que crees que nadie sabe:
sé, Crespin, que no eres ave,
aunque te vistas de plumas.
En vano es que te consumas
en tu silencio sin fin,
que en uno y otro confín,
do quiera que se te nombre,
se sabrá que hay almas de hombre
en cuerpos de ave, Crespín.

Lo que en el mundo sufriste
fué tan cruel, que al relatar
tus penas, quiso llorar
una *ariruma* de triste,
pues me dijo que naciste
en la copa de unas talas,
dando por plumas tus galas,

tus sollozos por mutismo,
por cielo libre tu abismo,
y tus cadenas por alas.

Para el recuerdo son santas
las notas de tu tormento:
son ayes sin ay! al viento
las dos sílabas que cantas.
Te posas y te levantas,
saltas entre hojas y flores,
y al silenciar tus dolores
dás á las tardes serenas,
en consonantes de penas
los versos de tus amores.

Crespin te quiso deveras,
como las aguas al cauce,
como la copa del sauce
al aire de las praderas.
No eras ave, vírgen eras,
ojos verdes y traviesos,
boca incitante de excesos,
perla de todos los broches,
sueño de todas las noches,
alma de todos los besos.

Y tú, sencilla aldëana,
á su amor correspondías,
queriendo á quien tú querías,
como el ramaje á la liana,
como la corza serrana
quiere al gemir de sus fuentes,
y á las ramas de las frentes
quiera la hembra del venado,
y á las matas del collado
el trepador de pendientes.

Ah! cuán aleve el destino
que te lo vino á llevar!
Se han borrado en el *latar*
los rastros de su camino.
La rama cruel del espino

cien veces dijo al morderte:
— es la senda de la muerte,
niña, la senda que tomas;
aquí lloran las palomas,
hojas secas de la suerte...

Dejó un día su cabaña
Crespin, y en suaves querellas,
trazó en los *aibes* sus huellas
su dulce flauta de caña.
Solo, llegó á la montaña,
y las sendas se perdieron
de aquellos cantos que fueron
su despedida del mundo,
pues ni lo alto ó lo profundo
jamás del pastor supieron.

Ya no surcan sus arados,
ociosos, sus bueyes pacen,
y estériles hierbas nacen
en sus rastrojos cercados.
Dos labios enamorados
ya para siempre enmudecen,
y en un alma crecen, crecen,
como en las eras, abrojos,
y en los cielos de dos ojos
solo noches aparecen.

Crespín! — clama en la espesura,
y Crespín! — dice un acento,
y quien responde es el viento
con sílabas de amargura.
De pronto vé la figura
de animado ser extraño,
de rostro fiero y huraño,
que le increpa: — ¿por qué lloras,
por qué vanamente imploras,
si yo soy tu desengaño?...

— Madre Tierra! tú lo sabes...
dijo, al oirla, la triste:
dí, Madre, en donde le viste?...

—Pregúntaselo á las aves...
—Si yo no entiendo los suaves
idiomas en que habla el nido.
—¿Quiéres oir en su gemido
el secreto de su canto?
¿quieres niña, ser encanto,
y hablar á tu bien perdido?...

La niña al punto accedió,
y desgarrando su ropa,
de un tala subió á la copa,
y en ave se transformó;
y apenas el pico abrió,
al dar su canto primero
dijo en eco lastimero:
Cres-pín!— y *Cres-pín!*— gritando,
va por las selvas buscando
su perdido compañero.

Pájaro inquieto y errante,
que saltas de rama en rama,
yo sé á quien tu pico llama
al pïar fiel y constante;
sé tus dolores de amante
y el misterio de tu canto;
sé que padeces de encanto
porque al hado lo pediste;
sé que por ser ave triste
has renunciado á tu llanto.

Julio 8 de 1900.

A MERCEDES PUJATO CRESPO

Para alumbrar las rutas del Oceano
con su esfera simbólica apagada,
las tres banderas que labró tu mano
tres soles dan á la Platense Armada.

Su fuego al alma de la quilla exhorte,
estruendos prenda en las tonantes bocas,
y el roble nacional las olas corte,
envuelto en su capuz de blancas tocas.

Bajo su luz ecuatorial de gloria
no medre la aterida golondrina:
segue sus alas al gritar Victoria,
en las jarcias el águila Marina.

Patagónico mar de gozo estalla
tus banderas al ver sobre sus moles.
Que en el dia sin sol de la batalla
omnipotentes brillen sus tres soles.

Mayo de 1901.

QUILMES

Escalonadas, rígidas trincheras,
líneas de rabia de la antigua zaña,
es cuanto queda al pié de la montaña
de la ciudad de corazón de fieras.
Silencio, nada más, tras las hileras
de pirca, que rugieran tanta hazaña,
muros que aún retan al poder de España
con el clamor de sus callados mueras.
Quilmes! baluarte de heroismo humano,
tumba gloriosa de mis indios, pira
de inmolación del mundo americano:
Con rudo estruendo cantará la lira
tu salvaje suicidio de Froyano
y la explosión sangrienta de tu ira.

A URQUIZA

Y SU MONUMENTO

Soy el himno que te canta,
¡oh perínclito entreriano!
sin maldecir al tirano
al bendecir tu obra santa.
De la tumba te levanta
ya la historia justiciera,
y tu figura altanera
toma el bronce en los crisoles,
como el oro de los soles
la de sol en tu bandera.

La torpe dága asesina
que manchó tu sacro asilo,
punzó tu gloria, sin filo,
como el abrojo ó la espina;
que en esta tierra argentina
no hay soledad sin mañana,
y á veces cobra el hosanna
la magestad de la gloria,
y el fierro se hace victoria,
y el bronce se vuelve diana.

¡Qué de extraño que durmieras
tanto tiempo, silencioso,
si el tiempo forma al coloso,
y al tiempo las primaveras!
Ni qué de extraño que oyeras
rumor de ira en tu lecho,
si nadie tiene derecho

de dar con un Nuevo Mundo,
ni de hundir en lo profundo
un viejo mundo desecho!

Se escucha en nocturnas calmas
como un armonioso grito:
llora Mármol, el proscrito,
lloran en coro las almas.
Se han secado nuestras palmas,
nuestra oliva se ha secado,
¡y los hombres han clamado,
y nuestros nobles abuelos
han imprecado á los cielos
y han maldecido... y llorado.

Paz! Lavalle!... veteranos
invencibles!... ni su acento
trae siquiera el vago viento
de los confines lejanos.
El fierro de los tiranos
cruge en la carne, y desgarra,
la virtud se vuelve garra,
la honra se torna en mancilla,
el corvo sable, en cuchilla,
la dulce lira, en guitarra.

¿Por qué ¡Patria! te querellas,
mezcla de indiana y lëon,
si añadiste en tu pendón
nuevo sol á las estrellas?
El Maipo besa tus huellas,
canta el Rímac tu proeza,
¡y tu rindes la cabeza,
soberana de la gloria,
cuando se cansa la historia
de ponderar tu grandeza!

Mas ya tu sable fulgura
¡oh Urquiza! entre la sombra!
Tu nombre, no bien se nombra,
crecer hace en estatura
al hombre, ruïn hechura,

al pueblo, montón de cosas:
que quien abre tantas fosas,
que quien dilata el desierto,
que quien manda á tanto muerto
es Don Juan Manuel de Rosas!

« Pueblos! — dice tu proclama —
« si el tirano la obra ha sido
« de vosotros, ha nacido
« el Salvador que os aclama!
« Rosas! la patria reclama
« su grande herencia de ayer,
« pues no puede escarnio ser
« de tus crueles albedríos,
« y las lanzas de Entre Rios
« derribarán tu poder. »

Con ardor la lucha encara,
— que el clarín voceando está —
el hijo del Iberá
con su pica de tacuara.
Pecho á pecho, y cara á cara
vá á lidiar contra su suerte,
donde el lloro no se vierte,
donde más el fierro vibre,
que nadie fue nunca libre
si no se alió con la muerte.

Entre Rios y Corrientes!...
las dos sólas en la liza!...
sólas nó... tres con Urquiza,
hombre — legión de valientes.
Rabia destila á torrentes
Rosas, mas hosco que artero,
y afrentando al brasilero,
y al oriental maldiciendo,
aviva al rayo, y cundiendo
van las chispas del pampero.

Ya relinchan los bridones,
ya el clarín grita: ¡adelante!

y ya, con marcial talante,
baten marcha las legiones.
Nervio, puño, corazones,
son Diaz, Lopez, Galan;
y van La Madrid, Pirán,
y para dar más acento
al cañón, Mitre y Sarmiento
con espada y plumaván.

El Paraná su corriente
docil domina y dilata,
y quieta senda de plata
ofrece á la invicta gente,
porque sabe que en su fuente
abrevarán por millares
nuevos pueblos, nuevos lares,
y porque extraños navíos
le han hablado de otros ríos
que andan libres por los mares.

Y después... después Caseros!
¡resurrección y caida,
soplo de muerte y de vida
que arremolina luceros!
Y luego un mar de lanceros
frente al cañon que retumba;
y cuando ya el eco zumba
de triunfo, y el Sol se ensancha,
para ahorrarnos una mancha
Chilavert busca una tumba!

Buenos Aires, cuerpo enfermo,
con su gran alma de Mayo,
fué en un ciclo de desmayo
la Cleopatra de Palermo.
Mas ya retoña su yermo,
brioso empuje de otra edad:
¡Libres! clama la Ciudad,
y ¡libres! gritan las dianas,
y repican las campanas
en las torres: ¡libertad!

Vences, y haces ciudadano
al cantor del *tabapuy;*
que no hay del Plata á Jujuy
más plomo ó fierro tirano,
que el de Franklin, artesano,
y el de Jorge en la maraña;
y para colmar tu zaña,
Moisés te haces de la tierra,
y en los yelmos de la guerra
trama y urde paz la araña.

Nuevo Profeta, á tu raza
das la Ley Santa y suprema,
ley sin rigor, ni anatema,
que linde fecundo traza,
y á las edades enlaza
la grandeza de este suelo;
pues cuando con vivo anhelo
la Magna Carta juraste,
las doce Tablas dictaste,
y el maná cayó del cielo.

Muerto de eterna memoria!
sobre sólido cimiento
ya se alza tu monumento
como obelisco de gloria.
Desde la Plaza Victoria,
que á Belgrano inmortaliza,
desde el Parque de la liza,
desde el Retiro y el Once:
Saludad, heroes de bronce,
á Justo José de Urquiza!

Junio de 1901.

EL SAPO Y EL URUBÚ

Invitados á unas fiestas en el Cielo
son el Sapo y Urubú (1) de largo vuelo.
« Oh compadre! me han contado que vá á irse
á las fiestas », — dijo el Cuervo, por reirse.
« Sí, mi amigo, — dice el Sapo, muy ufano, —
« Ir mañana he decidido, bien temprano.
« Más que todo una ascensión me es necesaria,
« que harto sufro con mi vida sedentaria.
« A seguirle me dispongo, pero cuento
« con que lleve, bien templado, su instrumento. »
« Tengo lista mi vihuela, — dijo el Cuervo; —
« y usted cuente, mi Don Sapo, con un siervo;
« mas su bombo precisamos en la fiesta,
« el tum tum acompasado de la orquesta. »
El buen Cuervo, con luciente, negro traje
está listo de mañana para el viaje.
« Buenos dias; » « que los tenga; tome asiento,
« dijo el Sapo, — deje á un lado su instrumento.
« Usted sabe que yo marcho dulcemente...
« si le place partiré primeramente. »
Y metiose, sin ser visto, en la vihuela.
A la hora el Urubú con ella vuela.
Cuando llega, le interrogan los del cielo
por el Sapo y otras cosas de este suelo.
« Vaya! vaya! imaginabais, — les contesta, —
« que aquel joven asistiera á vuestra fiesta
« por vivísimo que fuera su deseo,
« cuando es largo para el Cuervo este paseo?
« Si en la tierra ni cien saltos aventura,

(1) Cuervo negro.

«¿es posible que remonte tal altura?»
Lo cual dicho, su vihuela deja á un lado,
ocupando su lugar de convidado.
De improviso deja el Sapo su escondite,
y aparece muy finchado en el convite.
Gran asombro en la asamblea! Baila y canta
con el trémolo fugaz de su garganta.
Cuando acaba, todo el mundo victoréa,
y es el mimo del aplauso en la asamblea.
Canta el Cuervo y habla el Cuervo; mientras dura
su discurso, el ardidoso se apresura
á ocultarse nuevamente en la guitarra,
pues termina ya la célica fanfarra.
Baja el Cuervo del empireo firmamento,
mas ya sabe quién hospeda en su instrumento.
¡Como nunca, la venganza es oportuna!
Cuando pasa por debajo de la Luna,
de improviso la vihuela vuelca y baja,
escapando por la boca de la caja
el viajero de los aires y del cielo
sin más alas que sus patas para el vuelo.
De las nubes cae el Sapo, como cosa,
y así grita con palabra lastimosa:
«No en vosotras, piedras, rocas, dé mi pecho!
oh arenas! preparadme vuestro lecho!»
Malicioso el Urubú cuando suplica,—
«¡es tan rápido su vuelo,—le replica,—
y seguro al mismo tiempo, mi compadre,
que sin duda fue un águila su madre!
....
Cuenta el Sapo que las manchas de su lomo
le salieron con su caida como un plomo;
pero niega que esta historia ya muy vieja
tener pueda su estibada moraleja.

Agosto 14, 900.

EN LA SIERRA

(VIAJANDO AL DIQUE SAN ROQUE)

¿Para quién estas pálidas flores alejandrinas,
que si no dan perfume, no punzan con espinas?
¿A quién gloriar las rimas, sin vanales retoques?
¿Al genio de las sierras, amontonando bloques
para mirarse grande, como un hacinamiento
de ideas, dando vida de luz á un pensamiento?
¿A la quebrada, al río, yaraví tributario
del mar de muertas penas de Bamba solitario?
¿Ó al genio del trabajo, que se arma de piqueta,
y que anda sobre rieles, como un grande profeta,
y que arremete al monte, y que le abre la entraña
con un túnel, si es fuerza rendir á la montaña,
y hacer lo que no hicieron con ella las edades,
ni el hosco torbellino de roncas tempestades?
¿A quién rendir la lira?... La montaña se abisma
en su altivez de autóctono: se gloría á sí misma.
¡Cantad al genio humano, cuando crea, fecundo!
El genio es un satélite más grande que su mundo.
Grave y solemne avanza la máquina de acero.
En sus entrañas hierven los soles de Febrero.
Autómata camina, con magestuoso impulso,
cuando late en sus ejes el tic-tac de su pulso.
Con grandes resoplidos de mónstruo fatigado,
sube faldeando, y trepa la cuesta del collado,
mordiendo, cuando corre, los rieles del camino,
para no caer de espaldas, como un ágil alpino.
Un crótalo que escapa de labradoras turbas,
parece cuando sigue las eses de las curvas.
Medrosa, con su silbo cortado y estridente,

—¡voy! dice á cada vuelta de la áspera pendiente,
bordeando los abismos, por evitar los choques
con las agrias aristas y los enormes bloques.
Deslízase en las faldas, se escurre en la meseta,
pisando firmemente, como un soberbio atleta.
En báquicos vaivenes, á un lado toma y otro;
vacila, tiembla, corre, como indomable potro,
y en su ojo de ciclope se fijan, desparecen
cuestas, hoyas, abismos, paladines que crecen,
se deforman y abaten, y rondas de mogotes,
que pasan, van y vienen, como andantes Quijotes.
Debajo suena el río. La sirte rugidora,
dolorida al batirse con las rocas, implora;
pero es la voz del alba, la frase de la tarde,
el rezo de la noche, con religioso alarde,
en medio de las mudas soledades desiertas,
de tanta ruina informe, de tantas cosas muertas.
Y la máquina llega, triunfante, al borde mismo
del piélago de lianas del infranqueable abismo,
y por el riel tendido sobre la abierta fauce
su fímbria de vapores de nuevo se abre cauce,
y en tierra firme asienta la planta vencedora,
esa armazón que humea crespúsculos de aurora.
Y sigue, y corre y vuela por los abruptos flancos
de la erizada sierra, y con girones blancos
de tules impalpables cubre las desnudeces
de las raras esfinges que tallaron las creces
sobre el rebelde cuarzo. De pronto cae un monte
sobre la cuesta, y cierra del fondo el horizonte,
como una tela inmóvil de verde fantasía,
cortando las azules claridades del día.
El férreo caminante siente sofocaciones
mirándose cercado; respiran sus pulmones
el aire enrarecido que viene del ocaso;
sus válvulas se abren, y soplan, paso á paso,
y el músculo agitando del émbolo potente,
trepando va la escala de la áspera pendiente,
hasta que al rudo empuge de su potencia ciega
de nuevo corre, vuela, y al frenesí se entrega
y vomitando fiebres el cráter de los rieles,
con su llameante é ignea corona de laureles,
estrella contra el monte su masa de tormenta

y pasa por la noche del túnel, como cruenta
oleada de turbiones, y al sol que le da un beso
saluda con sus iris de paz y de progreso!
Ya está del otro lado!... ¡triunfar es su destino!
Ya sale como un César, del aureo Palatino!
Ya se le ve, impasible, domar sin sobresalto
los dorsos del granito, las jibas del basalto!
Se ensancha el horizonte; las gigantescas moles
dan paso á las purpureas brigadas de los soles.
El llano nuevamente se estiende á la distancia;
de sus floridas hierbas deleita la fragancia.
Se mira una planicie, que recortan las faldas
con entrantes figuras de suaves esmeraldas.
Pero es un llano terso, de amplísimo reflejo,
como salina inmensa, como luna de espejo.
Se diría que el vértigo simula aquel paisaje,
y que á la cornea asalta la ilusión de un miraje,
pues bajo las arcadas de un cielo de escarlata
riela un campo de vívas lentejuelas de plata;
un campo ilimitado, que se mueve y trepida,
como suelos que sufren paroxismos de vida;
como convulsas tierras que sienten los fragores
de un minuto de muerte, rodando los temblores.
Surcan el horizonte, con vario movimiento,
líneas y grupos de alas, como cosas del viento.
Garzas, flamencos, cisnes, en un confuso vuelo,
trazan largas elipses cuando bajan al suelo,
y al deslizar sus formas de lanchas, se reflejan,
y como rastro efímero glaucas be cortas dejan.
Vocea el tren. Su grito no es áspero, es sonoro:
á magestad de plata, vibrantes cuernas de oro,
cual cumple al caballero de los ciclos feudales,
rindiendo con sus trompas cien cánticos triunfales.
Delante tiene un Sahara, con esfumadas rivas
para domar las furias de las aguas cautivas;
al Méris de la sierra, la flor de los esteros,
con sus vencidas sirtes de ríos prisioneros!
Al Dique! *¡Salve ex aqua!* — que el porvenir pregona
de esta armoniosa y cara beldad sanavirona!
El dique es digno tema de victorioso canto;
no de la lira triste del valle del acanto,
sino de la de bronce, del campo de las lises,

de la de duro roble de Eneas y de Ulises;
pues que si el dios del Ponto supiera de esta fuente,
para agitar sus linfas portara su tridente.
Más ya la proclamara, desde gélida huaca,
el Viracocha indiano rival del Titicaca.
El Dique es el gran vaso de las comarcas yermas,
la copa rebosante de las tierras enfermas.
Sus aguas crían gérmenes de yemas y retoños,
y al empapar las hazas florecen los otoños.
Por ellas cuajan odas los botones febriles,
y el ave dice salmos con flautas y añafiles.
Primavera es más joven, debajo de los sauces,
cuando besan sus plantas los rebosantes cauces.
Se visten las praderas con los razos del césped,
y Ceres, rubia y puber, llega de dulce huesped.
Padre del pan, el trigo, da en tierra acuchillada:
pueblo de parvas funda sobre la hosca Tablada.
En torno de la docta, de los reales blasones,
dignas de escudo gótico, con castillo y leones,
otras Córdobas surgen, con sabia de ombú crecen,
y como un par de Abriles, retoñan y florecen:
árbol de la justicia planta, izando bandera,
el don Luis del Progreso, sin don Luis de Cabrera.

Marzo 8 902.

QUO VADIS?

I — PETRONIO

Arbiter Elegantiæ del Romano
Imperio de monstruosa fantasía,
Petronio, con olímpica osadía,
Ondea en el reflujo cortesano.

Lepidio de impurezas, el Pagano,
Se envilece, y agranda y desafía,
Y con rosas y besos de la orgía
Corona el triunfo del amor cristiano.

Con él, en el soberbio Palatino,
Cuando vence á las Musas, Tigelino,
El arte de las Galias se desploma;

Y mientras adormecen á Vinicio
Sus gladiolos, desángrase el Patricio,
Y en el mármol de Eunice, muere Roma.

II — VINICIO

Legionario de amor, lleva Vinicio
De Afrodita el blasón de la perfidia;
Y arrobado en las carnes de Nigidia,
La ligia pubertad le mata el juicio.

Crispinilla le arrastra al precipicio,
Rubria le hace estremecer de envidia;
Y el rehén, aunque nubil, en la lidia,
Ni el peplo suelta, ni se rinde al vicio.

Corre á Ostrianum, febril, el augustano,
Y vé lo inmenso del amor cristiano,
Lo criminal, de su pasión estigia;

Y entre rojo fulgor de las hogueras
Y el aullar de bitinios y de fieras,
Cristo le entrega el corazón de Ligia.

III — LIGIA

Carne de rosas; desnudez que á Actea
Llenó de inspiración; diosa Calina;
Címbalo real del amador; Sabina,
Escapada al raptor de la presea.

Flor de luto en la charca de Popea,
Lirio de Hebrón del huerto de Gracina,
Red que en el lance de la fé divina
Tendiera el pescador de Galilea.

Se estremece la chusma delirante
Al mirarla en el circo; y el gigante
Ursus, Goliat de inspiración, la auxilia;

Y libre del feroz, bicorne toro,
Intacto lleva el virginal tesoro
A rendirlo en las nupcias de Sicilia.

IV — NERÓN

Engendro del poder y la conquista,
Soberano del crimen y la injuria,
Inaudito flamín de la Lemuria,
Spintrio y Coribante moralista;

Baco de syrma trágica de artista,
Hércules de la Musa y de la Furia,

Fue Nerón en su ciclo de lujuria
Imperator de orgías de amatista.

Bajo la ferrea potestad pagana
Del matricida Almeón, la fé cristiana
Arde en Transtiber con oculto medro;

Y al rodar el triclinio del Quirite,
El *¡Ave Cesar!* calla, y se repite
El *Christus regnat!* del Apostol Pedro.

V — CHILO CHILONIDES

Jamás la delación en otro labio
Infundió más cruel desasosiego.
Fango que apesta, por ser fango griego,
En el estoico y desvalido sabio.

El avivó de la Semaxü el fuego,
Ante tanto desdén en desagravio;
Y aguijoneó su criminal resabio
La púrpura triunfal del palaciego.

Mas le habla un mástil con doliente grito,
Y el Aquiles del miedo, su delito
Enrostra al. César, y la fé pregona.

¿Qué le importa morir si Ilauco ha muerto?
Pablo de Tarso el criminal ha abierto
Las puertas de la luz. ¡Cristo perdona!

VI — PEDRO

Pedro, el Pastor, tras de su grey camina,
Y ella tiene al Rabí por su Vicario.
El dice: ¡ví al Señor! — y hacia el Calvario
Las angustiadas plebes encamina.

¡Vence! — es la grande voz que le coamina;
¡Vencer á Roma! se repite á diario;
Y se lanza á la lucha, el visionario,
Sin más legiones que su fé divina.

¡A las fieras! ¡al circo! ¡á la victoria!
¡Los gemidos son cánticos de gloria!
Grita el Cesar de Dios al Antecristo.

Y haciendo amar su Cruz al moribundo,
Clama ¿Quo Vadis? — y conquista el mundo,
Antes que vuelva á conquistarlo el Cristo!

Catamarca, Octubre 10 de 1901.

ALODIO

Un tacu de doradas opulencias
hablando de beber;
un obeso yuchán que ofrece lanas
incitando á tejer.

Un rancho que sestea bajo el tala,
desafiando al calor;
pendientes del alero, con sus chayas,
la flauta y el tambor.

Una quinchada bóveda de fiemo
guardando con rigor
á la pintada prole, perseguida
por Juan, el cazador.

Un zarzo cuyas magras abundancias
denuncia el quechupay;
un horno cón olor á pan tostado
de índico patay.

Un cabrero, rondín de la majada,
con lujo de ladrar;
un asno leñador, que ramonea
la broza del latar.

Una pumpuna que la gota de agua
llora junto al jagüel;
la liebre que en tres pies anda sin ruido
atisbando al lebrel.

Un quililo cerril, que desafina
tocando su violín;
la chuña, que mojona con sus gritos
el desierto sin fin.

Y polutos cambujos del alodio,
un hombre, una mujer;
tres pequeños salvajes argentinos
venidos para ser,

Que no tienen más patria que su rancho,
más amo que su sol,
ni tienen más bandera que la sombra
del chañar y el mistol.

Junio 1902.

MANI

Cora es hija del Cacique,
señor de cumbres y llanos.
Cora anda triste, muy triste;
muchas veces ha llorado.
En vano á Cora se ofrecen
pieles y plumas de pájaros,
brazaletes y collares
y vinchas de guacamayo.
En balde alaba la tribu
á la doncella en sus cantos;
en balde la flor del aire
vuelca perfume á su paso
y sendas de idilios abre
su armonioso cuerpo indiano.
Cora anda triste. Lo saben
dos negros ojos huraños,
de esos que ven en las gramas
de la corza el leve rastro.
Vá á ser madre!... no lo ignora
el viejo cacique airado,
quien en un dia de rabia,
sin más armas que sus manos,
cortó á la puma la lengua,
porque en su rugir estraño
dijo cosas que á las flores
agrestes ruborizaron.
Padre é hija bajo el toldo
mudos se ven largo rato:
la niña baja la frente,
cuelga el cacique su arco.
« Quién osó?... ¿cuál es su nombre?... »

clamó, al fin, el padre airado.
« Nadie! nadie! » ella responde,
responde con timbre claro
la corza sin compañero,
que sólo vió en el remanso,
al beber sus claras linfas,
esfumarse su retrato.
Vengadora daga empuña
el cacique deshonrado.
Clavarla en el seno impuro,
cual en la cierva ó huanaco,
y ver teñido de rojo
el puber cuerpo bronceado,
tal es su intento salvaje,
tal de su ira el reclamo.
Mas de pronto se aparece,
haciendo ruídos estraños,
un indio de heroico aspecto,
marcial porte y rostro blanco.
« No mates á la inocente
dulce urpila de tus campos,
que á labrar su hechizo nido
no la ayudó ningun pájaro. »
Y desapareció en la niebla
el caballero encantado.
Cora fue madre de Mani,
la niña que murió al año,
del mal que marchita al lirio
y á la azucena y al cardo.
Bajo el toldo del curaca
Pachamama entre los brazos
tiene á la niña dormida
con el sueño negro y largo.
Cual es práctica en la tribu,
con chicha se riega y llanto
diariamente la alpatauca
de aquel corazón de un año.
Nació un dia sobre el túmulo
un recto y carnoso tallo,
como recuerdo de vida
para ser copa y ser arbol.
La planta creció, dió fruto,

y dos aves lo picaron,
y ebrias, en copas y ramas,
dijeron no oidos cantos,
como si hubieran bebido
del sueño que brinda el *taco*.
Cabó el cacique la tierra
por ver el germen del arbol,
y halló á Mani convertida
en un tubérculo blanco,
el sabroso y nuevo fruto
del hambriento pueblo indiano.
Lloró el arbol, lloró mucho,
el arbol sigue llorando,
y las cántaras se llenan
con las aguas de su llanto,
y la *guariba* se bebe
por la tribu en el verano,
cuando cumple doce lunas
á que vino el indio blanco,
y á que Cora llamó suyo
á aquel corazón de un año.

Junio de 1902.

EL PUESTERO

— Ave María! — Bendito
el Señor por siempre sea! —
— Véndenos ¡oh buen puestero,
que el sol á ladearse empieza,
aquella cabra, ó su cria,
ó la espumosa cordera
que está balando, cortada
del hato, ó aquella oveja.

— Dan las ubres de esa cabra
de leche una jarra llena,
y es tan mansa, que las huahuas
de mañanita la ordeñan.
Es la cabrilla del *schulco,*
y el cordero nació hembra.
En cuanto á la oveja, es *Illa,*
y gusta cortadas hierbas.
Es la dueña del ganado
que el estanciero apacienta;
es la madre de las crias
que balan tras las ovejas.
Cardos nacieran y abrojos
en vez de pastos, sin ella,
y el misérrimo ojo de agua
se agotara con la seca.
Los padres, con gula esteril,
desdeñaran á las hembras,
y en el inutil chiquero
no balaran las corderas.
Cada año vendría en menos

el multiplico en la hacienda,
y en la esquila se notaran,
por los vellones, las mermas.
¡Y á qué pensar en urdiembres,
ni en añil para las telas!
¡y adiós sueros, y cuajadas,
y quesillos y manteca!
¡Caramba, sí se pondría
maula el tiempo! ¡y que opulenta
boda tendrían los pájaros,
que andan graznando sin presa,
y despuntan por el pico
del mogote, dando vueltas!
Y luego daños y pestes:
que el ganado se despeña;
que el zorro hace de las suyas;
que otra vez el león se ceba;
que el vigilante cabrero
de mal de puna se enferma;
que el animal come nío;
que muere de tembladera;
que sobrevienen flacura,
peste de sarna y tristeza.
¡Vender la *Illa*, tan luego!...
deshacerme de mi vieja...
y sembrar en las campiñas
flores de luto y de penas!

Junio de 1902.

LO QUE DICE LA FLAUTA

Lo que dice la flauta de caña
en su dulce tonada zahareña.
es un rico desgaire de notas,
una lauta espansión de la breña.

Sus sonidos, sin metro ni rima,
articulan alegres dolores,
cuando cuentan en son de vidalas
inmaturas cosechas de amores.

Si la amada está cerca, la flauta
da un «¿me quieres?» de suaves encantos,
y al faraute del viento le entrega
un ramito de notas y cantos.

Y si lejos, para eso hay zorzales
que se mueren con fiebre de rimas,
y á sus tiorbas sujetan las almas
con un hilo de penas y grimas.

Ya celebra las tres lunaciones
de la era floral del verano,
que al alcor de espartosas enjoya
y de cítiso al verde altozano.

Ya al indemne ganado, que pasta
otëando de tarde el regato,
y á las crias que en coro berrean,
por sus ubres clamando en el hato.

Ya á la umbrótica selva, que canta
en la rama que dio sus congojas,
y en la pompa del brote desciñe
sus guiñapos de pálidas hojas.

Ya al ubérrimo carmen que brinda
su cosecha de frutos opimos,
y que cuenta las noches alegres
por las cestas de brunos racimos.

Tales cosas celebra la flauta
en sus frases de cinco palabras,
y otras muchas del hato renuente
y del vulgo de ovejas y cabras.

Tales cosas murmura de tarde
en melódico acento sin coro,
hasta el orto de Vésper, que llora
en la cumbre su lágrima de oro.

Agosto de 1902.

EL RIO

Yo he regado con tristezas
las linfas de ese torrente.
Por eso es que gime el rio
al pasar, tan blandamente.

Yo he contado á sus orillas
la historia de mis dolores.
Por eso llevan sus olas
marchitas hojas de amores.

Yo he meditado en mi suerte
al ver su corriente inquieta.
Por eso arde en cada ola
una rima de poeta.

Yo he visto que nunca vuelve
la mobil linfa que avanza.
Por eso el rio murmura
que se vá con mi esperanza.

He oido á las calandrias
cantar junto á sus riberas.
Por eso parece un canto
el gemir de mis quimeras.

Yo he visto que nunca cesan
de hablar entre sí las olas.
Por eso es que ama la playa
penas que se aman á solas.

Cuartetas de un otro rio
yo he trazado en sus arenas.

Por eso hay playas distantes
que lloran las mismas penas.

Yo con mi harpa lo he cantado
cuando se cubre de brumas.
Por eso ciñen sus olas
el laurel de sus espumas.

NOSTALGIA

No sé por qué me lleno de tristeza
al pensar que están lejos mis montañas,
por qué siento nostalgia de otro suelo
en esta quieta inmensidad del Plata.

Se me viene á la mente lo que es alto,
lo que hasta el cielo mismo se levanta;
lo que siempre de pie, mira de arriba,
lo que solo es hollado por las águilas.

Se me viene á la mente mi Aconquija,
dominando la tierra dilatada,
desdeñoso del reto de los llanos
y del grito impotente de la Pampa.

Y me parece que el inmenso rio,
por presentarse monte á mi nostalgia,
quisiera levantarse en la marea
á tocar las estrellas con sus aguas.

EL MONTE

El Monte es una Biblia. La han escrito
los profetas de edades sin edades,
empapando en las foscas tempestades
la pluma de algún cóndor infinito.
De un Noe muerde el ancla de granito
las agrias, sin rival profundidades,
y en medio de la mar de soledades
del difunto linage cunde el grito.
Los picos de las cumbres congeladas
son mugeres de Lot, petrificadas,
junto á Gomorra, que asoló el invierno;
y el Mogote, patriarca de los grandes,
parece el Jeremías de los Andes
llorando en una Sión de hielo eterno.

Buenos Aires, 26 de Julio 1901.

CALCHAQUINA

A desgranar las gavillas
y hollar parbas,
con el sol,
van los mozos á las trillas:
« alégrate corazón ».

El tordo madruga en vano
con sus planes
de hurtador,
sin que un pico toque un grano
hasta la puesta del sol.

Corre por los capilares
del racimo
tornasol,
la sangre de los lagares:
alégrate corazón.

Muñequean los maizales,
y en el rancho
ya se habló
de humitas y de tamales,
hasta la puesta de sol.

Las tuscas brindan aromas,
y ya el corpus
floreció
en los tarcos de las lomas:
alégrate corazón.

Por los agrestes senderos
huecos troncos
de timbó
van golpeando los meleros
hasta la puesta de sol.

Todas las hierbas florecen,
dá sus frutos
el mistol,
los tardos olivos crecen:
alégrate corazón.

Las cabras en la montaña
y el buey siguen
al pastor,
si toca flauta de caña
hasta la puesta de sol.

De los cóndores salvaron
los terneros;
solo dos
vaquillonas devoraron:
alégrate corazón.

Por eso cantando pasa
por los campos
el pastor,
y alegre vuelve á su casa
cuando ya se pone el sol.

Buenos tiempos, mejor año!
muchas lluvias,
poco sol,
ricos mostos, ningún daño:
alégrate corazón.

LOS RETAMOS

Son amigos de las docas y las tunas
los retamos, de las copas de abanicos,
y agrupados en el lomo de las dunas
reverdecen con los salmos de los picos.

Moradores del desierto, como orfebres
en sus flores amarillas labran oros,
y á su sombra se recuestan pardas liebres,
distraidas con la charla de los loros.

En sus ramas se acarician las almitas,
aves blancas, como copos de yuchanes;
y se cuentan, con llorosas vidalitas
los cacuíes la leyenda de sus manes.

Cuando el viento los sacude, su gemido
tiene el eco de las tristes orfandades;
y en la quena melodiosa de algún nido
toca el himno de las patrias soledades.

Setiembre de 1902.

A GERÓN ETNÉO

REY DE SIRACUSA

Vencedor en la carrera de las Cuadrigas (Píndaro Pythica I) (*)

¡Oh dulce lira de oro,
de Apolo y de las Musas
de negras trenzas, sin igual tesoro!
Al ritmo de tus sones
la danza de las fiestas obedece
y á tus ecos se hermanan las canciones,
cuando el preludio que los coros guía
en tus cuerdas vibrantes se estremece.

Tú, la punta de fuego sempiterno
con que el rayo se arma,
apagar sabes, con acento tierno.
El águila triunfante
deja que caigan graves
sus alas voladoras,
dormitando en el cetro del Tonante:
el águila, la reina de las aves;
y sobre su cabeza prominente,
como gancho, corvada,
difundes nube obscura
que sus párpados cierra suavemente,
y duerme, con el dorso levantado,
subyugada á tu mágica dulzura.

Ablandas con tus coros
Al indómito Marte

(*) Escrita de acuerdo con las más fieles traducciones que el autor conoce.

y su espíritu al sueño se abandona;
pues tus dardos sonoros,
blandidos con el arte
del hijo de Latona
y de las dulces Musas de vitales
senos fecundos, endulzar consiguen
las almas de los dioses inmortales.

*
* *

Mas aquel que despierta el implacable
odio de Jove sobre la ancha tierra
y en el mar indomable,
al oir á las Piérides se aterra.
Tal á Tifeo, de las cien cabezas,
acontece, enemigo
de las Deidades, que en el fondo sufre
del Tártaro espantable su castigo.
En otros dias recibió en su lecho
sustento, por el antro de Silicia,
y hoy su velloso pecho
oprimen las colinas, que acaricia
la mar con sus espumas
en Sicilia y en Cumas
y el Etna, que á los cielos se sublima
con sus moles gigantes
y la enorme columna de su cima,
nodriza de las nieves
eternas y punzantes:
el Etna, que vomita sin sosiego
por sus rotas entrañas
manantiales vivísimos de fuego.

*
* *

De sus rios de lava, en torbellinos
de dia negra nube
al firmamento sube;
mientras de noche la abrasada llama,
arrastrando peñascos, estruendosa,
en el marino llano se derrama.

Así, el monstruo Tifeo, de Vulcano
lanza á los cielos las terribles fuentes:

prodigio que horroriza al ser humano
que á verle se aproxima
entre la obscuridad encadenado
de la selvosa cima
y el pie de Etna, do yace recostado
en el punzante lecho que el dorso le lastima.

Séame dado á tí placerte ¡oh Jove!
á quien rinde tributos
de vasallage el monte, erguida frente
de una tierra feraz en pingües frutos.

Nombre de Etna glorioso impuso al radio
de una ciudad su fundador ilustre;
y en el pítico estadio
el heraldo con frases pregoneras
á tal ciudad en alta voz dá fama,
cuando heroe vencedor en las carreras
de las cuadrigas á Gerón aclama.

*
* *

Con júbilo se siente el navegante
si levando las anclas, hincha el viento
las velas del bajel, y no distante
del fausto retornar mira el momento.
Desde hoy esta victoria,
sus famosas cuadrigas y corceles,
á Etna prometen gloria,
y en el delirio del festín, las Musas
en su loor derrocharán laureles.

¡Oh Febo! que amas la Castalia fuente:
grato á tu corazón mi voto cunda
en bienes, indulgente
rey de la errante Delos y de Licia;
y á esta en heroes fecunda
tierra, tu potestad sea propicia.

*
* *

Cualquier proeza de virtud humana
de los Dioses emana;

y no son otra cosa que su esencia
los sabios, los valientes,
y aquellos que dominan á las gentes
con su armoniosa lengua y su elocuencia.

A mí, que rendir quiero mi alabanza
á Gerón, me sonríe la esperanza
de que á mi mano sobre
fuerza para arrojar lejos del campo
de batalla la flecha
de la punta de cobre,
y de que venza, con vigor lanzándola,
á todos mis rivales en la brecha.

¡Con su rico caudal siempre crecido,
continua dicha el porvenir le traiga
y de sus penas el perpetuo olvido!

*
* *

Llamará á su memoria
el recuerdo de bélicas hazañas
y de arduas campañas
con brio sostenidas y con gloria,
de las deidades bajo leal amparo,
y de cuyos favores ningún griego
mostróse más avaro.
Poco ha que dolorido combatiera
cual Filoctetes, y rival osado,
con frase lisongera,
su envidiada amistad ha mendigado.

*
* *

Fama es que heroes iguales
á dioses inmortales
llevar convienen, en edad distante,
al ulcerado flechador de Lemnos,
el hijo de Peante.
Él fue quien arrasara,
fin poniendo al asedio del heleno,
la gran ciudad de Príamo preclara;
y aunque exhausto de cuerpo y flajelado,
para suceso tal lo elije el hado.

¡Que de igual modo las deidades velen
sobre la suerte del monarca Etnéo,
el porvenir obscuro le revelen
y colmen su más íntimo deseo!
Escúchame también ¡oh Musa amiga!
al cantar la cuadriga
del alcazar real de Dinomenes:
que nunca es para el hijo
ajeno regocijo
el lauro ver en las paternas sienes.

*
* *

Grato al Etnico rey, ¡oh Musa! inspira
roble canto á mi lira.
Bajo el auspicio de Gerón se abrieran,
para aquel, los cimientos
de la nueva ciudad, en donde imperan
la augusta libertad, hija de dioses,
y del Hilio los sabios mandamientos.

Los vástagos de Pánfilo
y de Heráclidas reyes,
que en el Taigeto viven y florecen,
siempre sujetos á las dorias leyes
del venerado Egimios permanecen.
El Pindo fue su cuna,
y dejando sus lares se establecen
en Amicla, que labra su fortuna;
y, gloriosos vecinos
del Tindáride audaz de blancos potros,
ensanchan con sus armas sus destinos.

¡Oh Jove! que dás fin á la más ruda
é ímproba faena:
haz que limpio renombre
ciudadanos y reyes del Almena
conquisten ante el hombre!
Mediante tus favores,
el noble soberano que confía
al hijo una ciudad, justos loores
de su nación escuche,
conviértase en su guía

y por su paz y su concordia luche!
¡Oh hijo de Saturno!
¡Préstame oido paternal! Concede
que el lidiador Fenicio
sobre sus costas sosegado quede,
y que se eche de menos
el bélico clanglor de los Tirrenos.
Básteles recordar los trances crueles
de Cumas, y el ultraje á sus bajeles,
cuando el bravo adalid Siracusano,
desde la borda de sus raudas naves,
arrojó al oceano
á la guerrera juventud contraria,
de ajeno yugo liberando á Grecia
y de suerte precaria.

*
* *

Si mi lira ensalzara
el pérsico desastre en Salamina,
la gratitud de Atenas conquistara.
Cantaría de Esparta
su varonil denuedo
al pie del Citeron, poniendo en fuga
al de los curvos arcos, fuerte Medo.
De Dinomenes á la prole ensalzo,
cabe la orilla del undoso Himera,
porque sus bravos hijos confundieron
á la enemiga multitud guerrera.

*
* *

Si abundantes hazañas
encierras al hablar en frase breve,
ofrecerás un reducido blanco
á la crítica aleve.
La hartura, sin tardanza,
la más vivaz curiosidad embota,
y de bellas proezas la alabanza
el corazón del envidioso azota.
Mas entre envídia y compasión, prefiere
á la primera, y los gloriosos hechos
á la reunida multitud refiere.
A tu pueblo, sin mengua

de la justicia guía, y en el yunque
de severa verdad forja tu lengua.

Lo que de tí proceda es siempre grave,
aunque trivial parezca en ocasiones.
Obrares bien ó mal, tendrás testigos
fidedignos de todas tus acciones.
Conserve tu carácter su nobleza;
y si volar en alas de la Fama
aspiras, tu riqueza
en torno tuyo liberal derrama.

Acaricia y halaga
la adulación: Su víctima no te haga.
Lo que en la tumba á perdurar empieza
á historiadores y á poetas dice
del heroe fenecido la grandeza.

*
* *

Jamás perecerá la generosa
virtnd de Creso. Por do quier se estiende
la fama de Falárides, odiosa,
quien ferreo toro para el martir prende.
La blanda lira en el festín vibrando
con acentos sonoros,
no asociará su nombre
á la armonía de infantiles coros.

*
* *

Es la virtud por norma, lo primero;
el nombre esclarecido, lo segundo.
Quien de uno y otro bien se posesiona,
para sus sienes teje en este mundo
la más preciada y singular corona.

Julio 25 de 1902.

CORITA

Gárrulo tordo, trovador cruceño,
    fue la dulce Corita,
ave de aurina plumazón el pecho,
y de almete de añil la cabecita.

La trajo de su hidrópica comarca
    un colla boliviano,
que al caminar cantando, le decía
su quejumbroso yaraví serrano.

El pájaro escuchó muy tristes cosas,
    que daban grima y pena,
en esa lengua parecida al quichua
que habla cantando la doliente quena.

Sobre el hombro del rudo caminante
    iba siempre Corita,
y con sus alas le golpeaba el rostro
cuando dejaba de cantar su cuita;

O si el indio la coca paladeaba,
    entreabría su pico,
y con un aletear de mariposa
piaba por gustar del acullico.

¡Pobre Corita! de la fe pagada
    del intonso cambujo!
Por tres dineros, al llegar á un pueblo,
á esclavitud tirana la redujo.

Eran suyas también, prendas queridas
    de las largas derrotas,
las que se iban... el poncho, las alforjas,
el tirador de nutria, las ojotas!...

*

En una soledad abrumadora
 una jaula de alambre;
y el príncipe de tiorbas y de flautas,
plañendo, y sin sentir ni sed, ni hambre.

¡Cómo lloró de la nativa selva
 los múltiples encantos!
el ramage funámbulo del nido,
donde la brisa le enseñó sus cantos!

La amplitud azulosa de su cielo,
 qué libre recorriera,
aspirando el perfume de los aires,
y haciendo de cada hora una quimera!

Por eso, si soplaba aturbonado
 un dívago elemento,
como aguja magnética clavaba
su pico al norte, en dirección al viento,

Por si algún eco grato le viniera
 de la patria lejana:
un acento, un rumor, una memoria
de la yungueña tierra boliviana.

Más al sentirse sólo, dando al aire
 su rica melopea,
saltando improvisaba nuevos cantos
con la facunda labia de una almea.

*

Nunca plañó mas triste que una tarde,...
 nunca plañó mas triste...
Occiduo sol sus coruscantes gemas
depositaba en el sangriento quiste.

Invitaba á cantar la hora aquella
 en su serena calma;
que cuando más dormida está la tarde,
despierta más la soledad del alma.

Y es que también desde la calle vino
 á sonar en su oido

la lengua de otro tordo, la que hablara
la madre suya en el paterno nido;

Y piaba, diciendo que viniera,
clamando que llegara
esa voz de matico, que en la nueva
patria de su dolor le fue tan cara.

¡Si imaginó que aquella voz traia
á su jaula un ataque!...
¡y ya creia picotear la coca
y aspirar el olor del esturaque!

¡Si apareciose á la ilusión de su alma
de ave sin congojas
el montón verdegueante de sus bosques
con sus vistosos oropeles de hojas!

Si al pobre nido que labró su pico
en la rama desnuda
oyó pedirle su calor de macho
y el par de huevos de su hembra viuda!

*

Cada bandada su lenguaje tiene
su tonada cada ave;
cada armonioso pico su querella,
cada garganta su distinta clave.

Aquella voz que de la calle vino,
en maternal concento
prorrumpió, cuando el pájaro enjaulado
confió su carta de reclamo al viento.

Traia el colla boliviano nueva
mercancia de cantos...
sus manos desolaron muchos nidos,
trepando copas, derribando acantos.

Creyó seguro el maternal arranque
negociar con usura,
y á casa de Corita encaminose
con su alada porción de desventura.

Fue tocante el encuentro no previsto
de las aves canoras.
Los tordos largo rato murmujearon,
como cansandas quenas payadoras.

Se dirían mil cosas en su lengua
de nemorosos rijos;
que si las madres de las aves lloran
una rima nupcial dicen los hijos.

No quiso el dueño del matico hacerse
de la madre de Cora.
Por compartir la soledad del hijo
la adolorida boliviana implora.

Llegó la hora de partir. No era
canto, sino lamento
lo que su pico balbució... Los collas
egoistas no tienen sentimiento.

El trance fue más cruel para el cautivo.
Para las almas, lima,
y no para los hierros, es el canto,
Marsellesa del pájaro en la cima.

— Se va la madre;... la prisión no es vida!...
canta el pájaro, y muere...
que el último ay! con su flechar de silex
su corazón de yaraví le hiere.

En la jaula extrangera sólo restan
fenecidos anhelos,
y un rítmico montón de plumas de oro
en medio de luctuosos terciopelos.

La pobre Cora es un clamor helado
de los yungueños nidos...
una ocarina indígena callada,
una chayera flauta sin sonidos.

Enero de 1903.

LA TOMA DEL PUCARÁ [1]

Es un nueve de Julio. Mucha nieve
en las quilmeñas atalayas llueve.
Los picos centellean en los aires
cual cimborios cubiertos de alboaires.

De la llanura sobre mondo predio,
inexpugnable al más furente asedio,
un morro se destaca, coronado
por trincheras de lasca del pasado.
Baluarte de indomados aledaños,
se resiste al embate de los años,
como que alzó la fortaleza regia
del Pucará la incásica estrategia,
en otra edad sobre sangriento risco,
hoy de la dula silencioso aprisco.

Veinticinco indiecitos en el llano
al morro, que domina el castellano,
asedian con indómita bravura,
y se proponen asaltar la altura.
Infantes de palmeta y silabario,
conmemoran el patrio aniversario.
Ha tiempo combinóse aquel ataque,
que al mundo colonial pondría en jaque.
Aportaría cada cual su cuota
para adquirir su arreo de patriota:
pantalón de dril blanco, á la rodilla,
alto quepí, celeste chaquetilla
y sable de latón, fusil de caña
para pelear con el león de España...

(1) Fortaleza indígena.

Al general de división un ojo
falta, y el gefe de brigada es cojo, —
que perdieron, batiendo á la conquista,
éste la pierna, el general la vista.
Para lanzarse á redimir la plaza
que el infantil ejército amenaza,
se espera el toque del clarín guerrero
y los redobles del tambor de cuero.

Un halo policromo surge y crece,
y en el orto febeo resplandece,
y colora la cúspide nublosa
con una larga pincelada rosa.
Gritan los capitanes: — ¡á la carga! —
y creciente elación al pecho embarga,
y arremeten infantes y ginetes,
y revientan petardos y cohetes,
simulando el fragor de la batalla
y el tronar del fusil y la metralla.

En ágiles despliegues de guerrillas,
por tortuosos senderos y cuchillas,
garbosos trepan, con los cuerpos gachos,
el cónico mogote los muchachos,
y en marcha baladral corren y saltan,
y las pircas indígenas asaltan,
y las abaten con mohinos gritos,
y dan á los serranos indiecitos
el nombre bautismal de paladines,
con su chorro de gloria, los clarines!
Al calchaquino vencedor aclama
el maestro de escuela en su proclama,
y, en ardorosa alocución, la historia
de un mundo cuenta, con feliz memoria;
y cada vez que nombra á los hispanos,
una ruidosa aclamación de manos
dice que un triunfo nuestro rememora;
y cuando con voz tímida perora
las juveniles expansiones crecen,
y los hurras y vivas le aturdecen.
— El himno nacional!... dice un acento.
La tumultuosa voz del regimiento

repite — ¡el himno! — y la callosa mano
de intonso guitarrero barbicano
el salmo patrio de las glorias mayas
arranca al instrumento de las chayas.
Aquel « oid mortales », se cantara
con la ferviente inspiración del ara,
tras la tormenta, con el alma á flote,
por gentes tales, sobre aquel mogote,
en la olvidada, calchaquina zona,
y al campurriano són de una bordona!...
De la última roca se desprende
inmenso el sol, y por su curva asciende
como una hostia de luz, que lentamente
se alza en la misa diurna del oriente.
El simulacro terminó. En hileras
bajaron por las rápidas laderas,
á toque de tambor, los asaltantes.
Con fugaces discursos las distantes
campanas celebraban á sus majos,
batiendo, como locas, los badajos.
El quilmeño hormigueaba, y el bilicha
en las aldeas de aguardiente y chicha,
y bermejeaban sobre un fondo de hojas
sangrientos ponchos, pañoletas rojas,
como airones de alegres cardenales
ardiendo en el nidal de los nopales...

Enero de 1903.

CUECA

Un olor de albahacas llena la estancia;
en contrapunto lidian coplas de amores,
y loca muchachuela, ramo de flores,
se para frente al mozo, con arrogancia.

El bravo guitarrero su tinto escancia,
y hace volar su letra, que dá rubores,
y pañuelito al aire los amadores,
y cimbreos de talle con elegancia.

Y « pasa al otro lado » flor de la loma,
que de asolearte tanto te has vuelto seca,
y has perdido, queriendo, toda tu aroma;

Y dé vuelta la moza como una rueca,
y « barato » ! -- y chispee picante broma,
que una cueca se muere sin otra cueca.

Enero de 1903.

LA SECA

Bajo el parral, sentados á la mesa
el Cura y yo, hablamos breve rato
de campurrianos temas, de las frutas,
de la cosecha próxima y del hato.

—Mal año, —dijo el Cura, —el fenecido,
y peor el que alumbra: no se amansa
el tiempo indocil, ni al sonar las doce
el viento norte de soplar se cansa.

Vuelan alto las brunas golondrinas,
en loca montonera, y nunca ralas;
no silva el suri, ni sacude el aire
con los blandos plumeros de sus alas;

Calla la chuña; la plateada luna
en su halo duerme, y el Ñuñorco truena;
la nube de la cumbre, diluida,
sus niveos algodones escarmena.

En cambio, como el año es riguroso,
y se tuestan las frutas con los soles,
la viña medra que es primor, y jugos
de oro dan sus racimos tornasoles.

Donde lo veis, este parral promete
diez cargas; y los póbres campesinos,
faltos de reses, y manteca, y quesos,
buscarán su desquite con los vinos.

Quiera Dios que, pasada la vendimia,
haga la luna con radiados lampos,

olor de lluvia traiga el sud, y aplaquen
su larga sed los asoleados campos.

En las higueras los breveros lloran
su no aplacada gula, y los zorzales
la semilla del sauco no florido,
con bucólicos metros desiguales.

Con sus pezuñas escarbando en torno
de la vertiente, el ganado pasa,
y el agua que borbota en los helechos
ó no puede brotar, ó fluye escasa.

Con flores de cardones se alimentan,
las vacas, y con ulvas y con tunas;
y la cabruna grey su rastro imprime
en el hato reseco de las dunas.

La gazuza á las flácidas ovejas
hace dejar la añora sin sustento,
y una senda de lana en los latares
guía al pastor que va en su seguimiento.

Ocioso pace el buey. Resguarda el cerco
en lugar de labranzas, añojales;
caen al suelo los frutos inmaturos
del durazno en los secos oquedales.

Negra linea de cóndores camina,
y por su arco desciende con falacia,
y un clamor becerril á las exhaustas
madres advierte la común desgracia.

Los ven las vacas descender, y en guarda
se ponen con sus cuernos; pero alientos
para agredir ó rechazar les falta
al fatídico ejército de hambrientos.

Mientras la inundación cubre la Pampa,
de nuestros rios está seco el cauce,
y envuelto en lutos amarillos gime
sobre la margen arenosa del sauce.

¡Paciencia, buen Señor! Oye á tu Norte
cual te implora con frases compasivas.
Que de las torres el clamor te mueva,
cuando sus bronces baten rogativas! —

Enero/903.

LA REINA-MORA

Cuando cantas, Reina-mora,
con matutino derroche,
se hace más corta la noche
porque se alarga la aurora.

Cuando ensayas por la siesta
pico y garganta de artista,
tu arbol ¡oh gran flautista!
á las doce está de fiesta.

Si murmuras tus amores
ó dices tu desencanto,
es el chorro de tu canto
cual serpentina de flores.

Tanta miel en cada nota
tiene el panal de tu arte,
que el halcón, por escucharte,
suspenso en el aire flota.

Cuando hieres tus violines
te aclaman en los sauzales
una corte de zorzales
y una turba de crespines.

Las calandrias, en conflicto,
se oponen á que te aclamen;
mas en público certamen,
unánime veredicto,

Premia con votos discretos,
en la justa desigual,

con la rosa natural
tus eróticos sonetos;

Que brilla en la selva umbría
tu canto, cuando ha sonado,
astro de rimas, rodeado,
por un halo de armonía.

Febrero de 1903.

PÁGINA ROJA

Facundo, en los ejidos de la villa,
se alberga bajo un tala.
El Tigre de los Llanos menosprecia
los coloniales lujos de la sala.

Clava á su lado la ferrada lanza,
temida en la derrota;
y el trapo federal, color de sangre,
sobre su carpa de guerrero flota.

Una docena de unitarios, yace
en la cuadra, en capilla,
aguardando con fúnebres insomnios
que reverbere el sol en la cuchilla.

Un grupo de doncellas se encamina
tras sus padres y hermanos...
viene á implorar conmutación ó gracia
del insaciable Tigre de los Llanos.

Se apresuran las vírgenes, en la hora
infausta de su suerte...
Las coloradas hordas las reciben
con su canción de « Religión ó Muerte ».

Y el alma de las vírgenes se llena
de indefinible espanto...
sangrientas telas los soldados visten
y sangre pide aquel maldito canto.

Y al pasar de una carpa á otra carpa,
ó de un cubil al otro,

dan con el general de la barbarie,
sentado en el apero de su potro.

La impresión que le hiciera el femenino
encuentro inesperado,
no se pudo leer en el semblante
hosco y glacial del general barbado.

Mas no relampaguearon sus pequeñas
pupilas de serpiente,
ni su atávica rabia de llanero
le hizo dar, sin querer, diente con diente.

Después de un breve rato de silencio,
mortal para las bellas,
habla Facundo con melosa frase,
infundiendo confianza á las doncellas.

Tanta beldad pondera. A una y otra
por su turno interroga.
En tan fausta ocasión las damas tocan
el corazón sin fondo de Quiroga.

—¿Cómo negarme á femenino ruego?—
el general contesta,
—¿si perdonar es tan humano y facil,
y si ser duro y cruel es lo que cuesta?—

Mas no acabó de terminar la frase,
cuando nutrida y larga,
entre inflamada y repentina nube,
tronó en el aire la fatal descarga.

Es tarde! es tarde yá!—dice Facundo,
sereno é impasible...
Las doncellas, saliendo de su carpa,
lanzan un grito de sorpresa, horrible!

Por las campiñas desoladas corren,
tapándose los ojos...
Temen ver palpitar la carne suya
en el montón de fúnebres despojos.

Recién cuando penetran á la villa,
recobran los sentidos...
se fue ya el zafio general riojano,
y le reemplaza el cuervo en los ejidos.

Mas vueltas de su espanto, aún en horas
ven de sueño profundo
el trapo federal, el fosco cuervo,
y el impasible rostro de Facundo.

Febrero de 1903.

NÓ!—

EL GRITO DE LA RAZA

Los castellanos salvan los últimos escollos,
en lucha desigual;
los indios se desbandan, tocando sus pingollos,
porque no pueden más.

Y en la torre de piedra resístese el Curaca
con épico valor,
que no es la fortaleza mal sitio para huaca,
si vence el español.

Insultan á los suyos, y motejan de viles,
porque huyen de la lid,
tres indias que no cejan, tres bravas yocaviles
de Juan de Calchaquí.

El enemigo llega, con repetidas cargas
al índico torreón,
y la silbosa flecha, golpeando en las adargas,
no inmuta al vencedor.

Cae el viejo Curaca. La bala ha traspasado
su cota de algodón.
Las indomables indias pelean á su lado,
hasta que se hunde el sol.

La sombra va trepando, como una ola de muerte,
las gradas del talud.
Al indio agonizante mutilan en el fuerte
los heroes de la cruz,

Y á las porfiadas hembras en las humeantes ruinas
intiman rendición;
pero en sublime arranque las fieras heroinas
respóndenles que nó!

Y ya cuando los blancos á asirlas con su mano
de los cabellos van,
escupen la mejilla del gefe castellano,
por insultarlo más.

Descarga atronadora, quemando sus melenas,
reprime su altivez,
y fluye torrentosa la sangre de sus venas
en su cobriza piel.

Muy cerca está una roca, y un precipicio luego
que corta el Pucará,
fosca sima en que anda, sobre onagro de fuego,
por la noche el Supay.

La roca es un refugio, y en el abismo obscuro
está la salvación.
Las inmortales trepan al plinto, y su conjuro
pronuncian, á una voz;

Y dándose un abrazo de eterna despedida
se lanzan al cubil
del genio de la sombra, legando con su vida
su gloria á Calchaquí!

El inaudito lance de la rendida plaza
confunde al español,
y más, cuando repiten los gritos de la raza,
desde los fondos: nó...! —

Febrero de 1903.

EN UN ALBUM

Así como las nieves de la sierra
En caudalosos rios se desatan,
Y agitan, en un dia de Pampero,
En el Estuario su diluvio de aguas:
Así, todas las nieves de la vida
En rios de dolor al mundo bajan,
Y en el Estuario de la Historia encrespan
La diluvial maréa de su nada.

Setiembre de 1903.

A UN POETA LAUREADO

Damián, Damián: el aurea copa vuelca
en el altar de aquel que en Xanto lava
la rubia cabellera, y dí su nombre
en libación profusa,
Que yo he oido á vocinglera Fama
tu triunfo dar al viento, y nota pía
de tu sonoro labio unirse al himno
del coro de Helicona.

Desde la cima de tu ideal, en oda
que las celestes Piérides labraran,
derramas el caudal ondisonante
de cristiana armonía.
Tus cantos son como fugaces mieles,
y beber en la linfa de tus versos
muy más me place que en alegre cuba
de Lesbos y de Scío.

Cantas á Roma, y la segur Albana,
y al rumor de tu cólera, Citera
refrena el vuelo de sus blancas cisnes
porque una Madre llora.
Cantas á Marte, y con ferrada silva
su casco rompes, su taja te espada;
y á los pies de tu Cruz devoto ofreces
vil y pagano fierro.

Luego traspones la columna de Hércules;
mirra quemas en Palos, señalando
la estela de la nao, que en la onda salta
como el herido toro;

Y loas á tu Cruz en tierra Indiana,
que el liburno bajel del gran Cristobal
remolcando llevose á playa Hisperia
á redondear el orbe.

Temple tu lira el armonioso Apolo,
risas te brinden las aquivas Gracias
y sus formas olímpicas la reina
de Paphos y de Gnido.
Y otra vez canta ¡oh Dafnis de las Islas!
que en cambio te daré blanda zampoña,
cual la de nueve voces de Menalcas,
grata á Pan y las Dríades.

No crepitante mar, ni negros vientos
tu Musa cante, fulminando su ira;
que en quietas linfas moduló sus odas
Divo cisne de Ofanto.
Dí las glorias de Príapo y de Ceres,
y loa de la Paz opímos frutos,
mientras la araña en los ferrados yelmos
trame su leve tela.

Tu sonante laúd inspiren siempre
la armipotente Andina, patria tuya,
el argentino Sol de tu bandera
y las tumbas heráldicas.
A Febo canta, á la turgente espiga,
al caprípede sátiro festivo,
á la aldeana, color de miel hibléa
y á los bueyes humeantes.

Vírgen torrente, así, nazca tu oda,
truene tu inspiración, y se desborde,
y en heleno caudal se precipite
desde el Andes al Plata.
Crezca el laurel para ofrecerte sombra,
délfico gajo adorne tus cabellos,
y en alas de tu Númen te levantes
glorioso, hasta los astros.

Agosto de 1898.

ATARI!....

Mamaita huañocheranco

—*Atari, atari!* mi madre,—
gritó el pequeño huanaco,
en su agorero relincho
agudos alertas dando.
El aire de las yaretas
algo le dijo de extraño,
algo que nunca supieron
sunchos, y salvias y cardos.
—Mira, mira allá muy lejos,—
dijo, trepando un peñasco,
y recorriendo una á una
las sendas de los collados.
Luego oyó vagar un ruido,
como un confuso aletazo,
como el gotear en las grutas
del humedal del Ambato,
como el caer de la nieve
sobre las hojas del payco.
Brilló en la senda un escudo,
cual ojo de agua en los pastos,
y como escama de estrellas
brillaron yelmos y cascos.
No eran las armas del indio,
ni sus vistosos penachos,
de grises plumas de suri,
ni sus cetros venerados,
ni sus arreos de pieles

aquello que vió el huanaco:
ni resplandece el Llastay,
ni hay Supays de rostro blanco.
— Ya suben, suben y suben, —
ligerito, al trote largo,
dijo el teke nuevo y un relincho
lanzó agudo, dando un salto.
— Calla, calla, oh hijo mio!
no delates nuestro campo
á los dientes de la llama
y á los cuernos del venado.
Flor de cardón estás viendo;
vén á gustar de mis pastos —
Y aparecieron de súbito,
interrumpiendo aquel diálogo,
los ardientes Viracochas,
como legión de relámpagos,
é hirieron sus arcabuces
á la madre del huanaco.
— Huye!, huye! teke, teke,—
dijo el rumiante expirando,
y por sendas ignoradas,
por mesetas y collados,
corrió, gritando el pequeño:
— *A mi madre la mataron!* —

Cuentan hasta hoy que en las cumbres,
donde pacen los huanacos,
que al hallarse el indio sólo,
como un clamor del pasado,
murmura el agua que brota,
dicen la peña y el arbol,
y el aire, si solo hay cielo:
— *A mi madre la mataron!*

LA MAYA

(Imitación de Tennyson)

Que os desperteis es preciso,
y que me llameis temprano,
temprano, madre querida;
mañana será el más grato,
será el día más dichoso
de todo el alegre año,
de todo este año nuevo
madre, el más lleno de halagos,
el más placentero dia,
porque voy á ser, ya claro,
reina del Mayo, mi madre,
voy á ser reina del Mayo.

Se ven muchos ojos negros,
dicen todos; pero en vano
cual los míos tan brillantes,
se hallarán entre ojos tantos:
ahí están Carolina,
María, llenas de halagos,
Catalina y Margarita;
pero no hay en estos prados
cual la de Alicía belleza;
así es que yo me proclamo
reina del Mayo, mi madre,
voy á ser reina del Mayo.

Durante toda la noche
tan hondamente descanso,

que no despertaré, madre,
si no es bien fuerte el llamado
al despuntar de la aurora;
tengo que hacer muchos ramos
de flores y de pimpollos,
y que tejer con mis manos
las más vistosas guirnaldas,
porque voy á ser ya claro
reine del Mayo, mi madre,
voy á ser reina del Mayo.

Cuando yendo valle arriba
á casa guiaba mi paso
¿á quién pensais que yo viera,
sinó á Robin, apoyado
sobre el puente del camino,
debajo del avellano?
Sin duda recordaría
que mis ojos lo miraron
ayer tan heladamente;
mas voy á ser, sin embargo,
reina del Mayo, mi madre,
voy á ser reina del Mayo.

Tal vez me tomó por sombra,
porque iba toda de blanco,
y sin murmurar palabra,
tan rápida como el rayo,
pasé por donde se hallaba.
Dicen todos, murmurando,
que de crueldad hago alarde,
y que á insensible me llamo;
mas no importa lo que digan;
voy á ser en todo caso
reina del Mayo, mi madre,
voy á ser reina del Mayo.

Dicen que Robin se muere
de amor, por mí desdeñado,
mas todo eso es imposible;
dicen que en dias amargos
le abruma la pesadumbre:

mas ¿qué me importa su daño?
No habrán de faltarme nunca
en la comarca muchachos
más intrépidos que aquel
que me llenen de reclamos:
yo voy á ser reina, madre,
voy á ser reina del Mayo.

Llevaré de compañera,
mañana á los verdes campos,
a mi cara, pequeña Effie,
y vos habeis de encontraros
entre nosotros, mi madre,
para que veais cuando el mando
de reina se me confiera,
pues vendrán de cortesanos,
desde lejos, los zagales
á ver la fiesta del año.
Voy á ser reina, mi madre,
voy á ser reina del Mayo.

La madreselva ha tejido
los ramages de su tallo,
formando undosa glorieta,
y en las acequias del prado
la cardámina olorosa
florece en menudos ramos;
la humilde yerba — centella,
como fuego está brillando
en las cabernas obscuras
y en medio de los pantanos.
Voy á ser reina, mi madre,
voy á ser reina del Mayo.

Fresco viento de la noche
va y viene susurrando,
y süavemente sopla
sobre las hierbas del campo;
y al pasar sobre los valles,
los dulces, dichosos astros,
parece que se avivaran
con resplandores más claros.

No caerá una gota de agua
durante ese dia largo.
Voy á ser reina, mi madre,
voy á ser reina del Mayo.

Pues despertar es preciso,
y que me llameis temprano,
temprano, madre querida;
mañana será el más grato,
será el día más dichoso
del alegre nuevo año,
de todo este año nuevo,
madre, el mas lleno de halagos,
el más placentero día,
porque voy á ser, ya claro,
reina del Mayo, mi madre,
voy á ser reina del Mayo.

LA VÍSPERA DE AÑO NUEVO

Sí llamadme bien temprano,
si despertais, madre amada,
pues quiero al sol esplendente
de Año Nuevo ver cual se alza.
Es el último Año Nuevo
que se mostrará á mis ansias.
Después podeis colocarme
en la honda fosa mundana
del obscuro cementerio,
y dejarme allí olvidada.

Esta tarde ví ponerse
al sol envuelto en su grana;
se puso, al buen Año Viejo
dando por siempre la espalda,
al feliz tiempo pasado,
y á toda la paz de mi alma.
Y el Año Nuevo se acerca,
y no he de admirar las galas
del endrino florecido,
del arbol de verdes ramas.

En Mayo último tejimos
de flores una guirnalda:
fue un dia de jolgorio;
en las verdes hondonadas,
debajo del blanco espino,
aclamóseme la Maya:
en el bosque de avellanos
y en el rio, fue la danza,
hasta que la Osa Mayor
luciera sobre las fábricas.

No hay flores en los collados,
con hielo el cristal se empaña:
vivir quiero hasta que vuelvan
¡ay! las campanillas blancas.
Deseo que se derrita
la nieve, y otra vez nazca
el sol con sus resplandores.
¡Son tan crecientes mis ansias
por ver una flor, siquiera,
antes de ser sepultada!

Atareada la corneja
en hacer nido, en las ramas
graznará de olmo gigante;
el frailecillo sus arias
ensayará en los barbechos,
y sobre las olas canas
volverán las golondrinas
en estío, y solitaria
en tanto estaré yo, madre,
consumiéndome en la nada.

Por la mañana temprano
sobre la vieja ventana
brillará de la parroquia
el sol, y sobre mi lápida,
antes que los rojos gallos
den su canto en la montaña.
cuando en el lecho caliente
esteis al sueño entregada
y todo el mundo se halle
reposando en dulce calma.

Cuando hayan vuelto las flores,
no me vereis, madre amada,
vagar ya por las campiñas,
del crepúsculo á la escasa,
muriente luz, cuando el viento
estival barre las áridas,
yermas campiñas, y besan
con fresco aliento á las plantas

del aveno, á las enéas,
y á las verdes espadañas.

Me enterrareis, madre mía,
á la sombra hospitalaria
del blanco espino, y vendreis
una que otra mañana
á ver mi humilde sepulcro.
No quedareis olvidada
por mí, madre; he de sentiros
cuando pase vuestra planta
sobre mi fría cabeza,
hollando la hermosa grama.

Fuí caprichosa y rebelde;
pero vengo hoy en demanda
de perdon; besadme, madre,
y perdonadme mis faltas
antes de que yo me muera.
¡Oh no lloreis! — la desgracia
no os agobie; mi pérdida
no os aflija, madre amada,
pues fuera de mí teneis
una otra hija que os ama.

Si es posible, madre mía,
he de dejar mi morada;
y aunque no podais mirarme,
veré vuestra faz tan cara;
y aunque no me sea dado
murmurar una palabra,
cuanto digais he de oiros:
yo he de seguir vuestras plantas
cuanto mas lejos me viereis,
creyendome á la distancia.

Buenas noches, madre mia!
buenas noches! Cuando haya
dícholas ay! para siempre,
y me veais transportada
más allá de los umbrales,
no consintais que mi hermana

Effie venga á visitarme,
antes que la hierba nazca
so mi tumba. Mejor hija
será ella que yo, y más grata.

....
....
....
....
....
....
....
....
....
....

Buenas noches, madre mía.
Despertadme antes que nazca
el día. Toda la noche
yazgo sin sueño, y al alba
me duermo; pero quisiera
ver salir al sol sin mancha
sobre el alegre Nuevo Año;
y si el sueño no os embarga,
recordadme bien temprano,
bien temprano, madre amada.

CONCLUSIÓN

Pensé morir mucho antes
y aun mi vida no se acaba,
y oigo el balar del cordero
que en estas campiñas pasta.
Recuerdo cuán tristemente
nació la primer mañana
del año! Creía entonces
morir antes que llegaran
las pálidas campanillas,
y ya las violetas se alzan.

Dulce es la nueva violeta,
medio escondida en las gramas,
y todavía más dulce
me parece cuando balan
los jóvenes corderillos,
aquí en el lecho postrada:
bello es cuanto nos circunda,
y son las flores muy gayas,
más que á la vida, á la muerte,
quiero en mi anhelo de marcha.

Parecíame al principio,
tan penoso la luz diáfana
no veo más del sol, y ahora
duro es dejar la jornada;
la voluntad, no obstante,
de nuestro Señor se haga.
Mas pasaré poco tiempo
sin la libertad ansiada,
y el buen hombre, el sacerdote,
paz me brinda en sus palabras.

¡Sean benditos su canto,
y sus cabellos de plata!
¡bendita sea su vida,
hasta que á hallarme se vaya!
Oh! que caigan bendiciones
sobre esa tan noble alma
y su plateada cabeza!
Mil veces cuando se hallaba
de hinojos junto á mi lecho,
le bendije en mis plegarias!

No oí del perro el aullido
ni del grillo la voz áspera;
mi fin á sido anunciado
de una manera más grata
cuando la aurora las sombras
á ahuyentar comenzaba.
Sentaos junto al lecho, madre,
y al otro lado Effie cara.

Vuestras manos en las mías
y oid mi fin cual se presagia.

Durante aquella de Marzo
borrascosa madrugada,
escuché que desde lo alto
los ángeles me llamaban:
era al ponerse la luna:
por densas sombras opacas
se hallaba envuelta la tierra:
se oyó el susurrar del aura,
y parecíome que un ángel
hizo un llamado á mi alma.

Por que estando bien despierta,
me puse á pensar en ambas;
en vos y Effie, pareciéndome
que os vi en el hogar sentadas,
y con vestidos de luto.
Nadie mi silla ocupaba,
Rogué, entonces, por vosotros
resigneme, y una extraña
música sentí acercarse
del viento traida en alas.

Yo escuchaba atentamente,
creyéndome alucinada.
Oyose una voz, entonces,
que me dijo unas palabras;
mas no pude comprenderlas;
estremecíose mi alma
de gozo, y oí de nuevo
salvando más la distancia,
la música que venía
del viento traida en alas.

Estabais durmiendo, y dije:
—« Esta música tan grata
es para mí, no para ellas »;
y si tres veces estalla
tomarela por presagio.
Sonó de nuevo la sacra

armonía de los cielos,
y llegó hasta mi ventura.
Remóntase luego á lo alto
y entre los astros se apaga.

Creo, pues, á no dudarlo,
que mi muerte está cercana.
De no errar estoy segura,
Sé que esa música santa
siguió el camino de arriba,
que irá á recorrer mi alma.
Lo que es yo, no sentiría
morir hoy mismo; á mi amada
y pobre madre consuela,
cuando yo, Effie, muerto haya.

¡Oh, mirad! el sol ya sale;
está el cielo tinto en llamas;
vivísimos resplandores
iluminan las campañas.
No he discurrir por estas
cual lo hiciera otras mañanas.
Otras manos que las mías
han de coger, cuando se abran,
las bellas silvestres flores
que al valle cubren y esmaltan.

¡Oh cuan dulce y cuan extraño
parece que la palabra
dicha ahora, pueda hallarse
más allá del sol que abrasa,
antes que el día termine,
alla en la eterna morada
del alma sincera y justa!
¿Y por qué nos es tan cara
la vida? por qué la muerte
tanto y tanto nos espanta?

Vivir por siempre en aquella
morada celeste y sacra;
allí esperar poco tiempo
hasta que vos y Effie vayan:

yacer en la luz de Dios,
como yazgo en vuestras faldas!...
Allí no asecha el malvado;
reposa allí quien se cansa.

Marzo de 1899

EL EJÉRCITO DE LOS ANDES

CANTO LAUREADO
EN EL CERTAMEN HISPANO-AMERICANO
QUE LA ACADEMIA LITERARIA DEL PLATA
CELEBRÓ EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES
EL 30 DE AGOSTO DE 1903

CONCURSO HISPANO-AMERICANO

DE LA

ACADEMIA LITERARIA DEL PLATA

Buenos Aires, Agosto 30 de 1903

VEREDICTO DEL JURADO:

« El Jurado ha adjudicado el PREMIO á la poesía cuyo lema es: **CANTE LA MUSA NACIONAL, Y CON ACENTO ARGENTINO, LAS HAZAÑAS DE NUESTROS MAYORES,** no solamente por encontrarla superior, en su género, á todas las demás composiciones presentadas, sino por tener ella misma verdadero valor literario, por la belleza de las ideas, la galanura del estilo y la armonía de la versificación en que está escrita.

Hay en las descripciones del cuadro, en que se bosquejan los preparativos de la expedición libertadora en los campos del Plumerillo, graciosa naturalidad en la composición, riqueza en el colorido, propiedad en todos los detalles y mucho sabor regional, verdadero sentimiento nacional en todo su conjunto ».

Firmado: — CAMILO M. JORDÁN, S. J. — DR. SANTIAGO I. O' FARREL — DR. ERNESTO E. PADILLA — DR. INDALECIO GÓMEZ — INGENIERO JUAN DE LA CRUZ PUIG.

AL

SEÑOR MINISTRO DE LA GUERRA

CORONEL PABLO RICHIERI,

QUE OFRECIÓ EL BRONCE ARTÍSTICO

«LA PAZ Y EL TRABAJO», CON

EL CUAL FUÉ PREMIADA

ESTA OBRA, DEDICA SU

CANTO EL AUTOR,

A. Q.

EL EJÉRCITO DE LOS ANDES

Cante la musa nacional, y con acento argentino,
las hazañas de nuestros mayores.

Su plan de cóndor, de tan vasto aliento,
el Misionero silencioso fragua.
No son valla los Andes á su intento,
ni la rugiente inmensidad del agua.
Inca Yupanki tramontó la sierra,
y Villac Humu con Almagro el Viejo
vadëaron las nieves, sojuzgando
la del Promauca poderosa tierra,
de espadas y de yelmos al reflejo.
Y sobre el mar Pacífico, Pizarro
entregó á los tritones del abismo,
sin freno y brida, su velero carro,
sintiéndose espantado de sí mismo.
La Cordillera en cada invierno espesa
sus aluviones de perpetuos hielos,
y en cada tempestad el mar ensancha
su no sujeto límite iracundo;
que aquella escala cielos y más cielos,
y el agua precipita su avalancha
sobre la curva tropical del mundo.
Y el Misionero silencioso calla,
y en la andina ciudad retiene el día
de su primera y su triunfal batalla,
que no es hora propicia para el golpe
la de un pálido sol de mediodía.
A laborar aprisa, y sin sociego,
en el callado invierno sin alarmas:

al fúsil hierro someter al fuego,
y convertirlo en vengadoras armas;
á no dar tregua en la ciudad patricia,
ni en el parque y taller del Plumerillo,
á la fragua, al batán, al yunque, al molde,
á la aguja, á la lezna y al martillo.
Y á maniobrar de sol á sol. Mendoza,
con pie seguro en sus movibles valles,
es un gran campamento; vivaquean
cambujos y libertos en sus calles;
los cholos de reveldes alardean,
cantan contra su rey, y de las viñas
en odres beben los cuadrienios jugos,
y en las dulces miradas de las niñas
uncen de nuevo los odiados yugos.
— ¡Todo el mundo á caballo, y en campaña! —
truena un clamor de la argentina tierra;
y todo el mundo se alza contra España
con el dilema — ¡independencia ó guerra!
El bravo montañés, el heredero
de los dolores de la extinta raza,
en atizar los odios contra el godo,
en franca rebelión, es el primero.
Su varonil espíritu rechaza
dominaciones, servidumbres... ¡todo
ó nada! — quiere en el natal refugio
de sus bohíos, que el rencor le abruma...
¡y á borrar el baldón de Vilcapugio,
y á vengar la vergüenza de Ayohuma!
De valle en valle la noticia cunde
que el Salvador apareció en Mendoza,
y por llanos y sierras se difunde;
y entre el continuo circular del mate,
junto al fogón de la ignorada choza,
las mentas hablan de un triunfal combate.
¡Y adios Castilla con sus bravos godos,
alféreces, justicias, regidores,
impuestos, alcabalas y tributos,
y forzados servicios y rigores,
monopolios de oficios y de frutos,
y cuanto grana y cuanto espiga el suelo
para fomento de las arcas reales!

¡Y adios fueros de doctos y de usías,
fernandinos escudos y blasones,
prebendas senoriales, regalías,
tapadas, y tenorios y balcones!
¡Y adios, oh linajudo castellano,
que seda y raso y damasquinos gastas!
¡Y el poncho valga, el barragán indiano
la patria urdimbre y el hechizo lienzo,
que ya proclama la igualdad de castas
el criollo sableador de San Lorenzo!
En ciudades, y villas y campañas,
con un ir y venir de gratas nuevas,
mozos, viejos, paquetes y paisanos
se empiezan á alistar para las levas,
jurando no amainar en la batida
de obligado desquite á los hispanos.
Con voz tonante, en el villorio, el cura,
á la sombra del tala centenario,
á la patria proclama, da lectura,
reuniendo en asamblea al vecindario;
y al estallar la exclamación, un mozo,
que en las filas patrióticas milita
y en arengar al pueblo se ejercita,
arrebatando aquel papel, se lleva
el viril documento en que palpita
el alma joven de una raza nueva,
y entrando á la cercana pulpería
vuélvense, el pueblo una hermandad de amigos,
una constante vidalita, el día,
la noche, un largo retrucar de obligos.

Desde Jujuy notábase y las Punas
un indemne, insumiso movimiento,
que á la región andina sacudía
el vórtice de un grande pensamiento
con los nuevos ideales y fortunas.
Los de Salta y Jujuy bajan del Norte
montados en los briosos redomones
del gaucho Güemes, con airoso porte,
á un quejumbroso yaraví arreglando
el metro de las bélicas canciones.
A la mitad de su camino alcanzan

al tucumano, que con firme empeño
abandona su obraje en los laureles
y sus sulcos de caña; al santiagueño,
que no lleva otro avío que sus ojos,
atisbadores de la huyente abeja
que labra en troncos de simbol sus mieles;
tras ellos van los criollos del Ambato,
gastando el lujo de sus ponchos rojos,
y encomendando, al clarear el dia,
el multiplico semestral del hato,
la suerte de sus hijos á María;
y luego sigue el perspicaz riojano,
que al tranco salva las llanuras secas,
al desamparo de su cielo glauco,
silbando gatos, tarareando cuecas
de las vendimias de su dulce Arauco;
y el cordobés audaz, que en su tonada,
alardeadora de sus doctas luces,
se pinta con sus mañas de paisano,
viaja á la par del corredor puntano,
insigne en las batidas de avestruces.
Y aquella romería se encamina
á la ubertosa tierra de alamedas,
do medra el enviciado carolina,
do el olivo y la vid se dan abrazos,
y la morera mueve con sus brazos,
la rueca de oro del telar de sedas.

¡Salve oh raza de heroicos montañeses!
mohinos y aguerridos luchadores,
ya azoten vuestra carne los reveses,
ó la lid os aclame vencedores!
Por vosotros culmina la existencia
de esta gran patria de las patrias todas;
vuestro brazo labró la independencia,
y, como estatua colosal de Rodas,
la efigie secular de nuestra gloria,
para que fuese en los futuros tiempos
el grande monolito de la historia!
Para tanto luchar, y caer luchando,
para tanto vencer, y ser vencido,
desde Mayo triunfal hasta Ayacucho,

es relegaros al ingrato olvido
compensar tan mirílicas hazañas
con el mísero bronce de Falucho,
cuando sobra metal en las montañas!
Por todos los caminos y las sendas
arrebañados van los insurgentes,
é invade los cuarteles de la villa
indomeñable multitud de gentes,
las que dejando el arrapiezo gaucho,
el burdo poncho y el sombrero aludo,
se visten con los bélicos arreos,
que laboraron las gentiles manos;
y al retribuir el militar saludo
ostentan en los parques y paseos
su apostura marcial de veteranos.

Sus soldados, por cientos y por miles
el Misionero silencioso cuenta,
y en las tendidas líneas y desfiles
mira aumentar su ejército, á medida
que su fé en la victoria se acrecienta,
y el día llega de lanzar su gente
á la grande, invencible arremetida,
precipitando sobre el otro lado
de espadas y de sables un torrente,
que correrá sonante y desbordado,
á la luz incendiaria del Antuco,
buscando al Maipo para ser su afluente,
después de abrirse cauce en Chacabuco!
¡Cuál latiría el íntimo sensorio
del silencioso Capitán rebelde
al mirar realizarse « su secreto »,
que el orbe fustigara de ilusorio,
si saliera á la luz enorme y grande,
de tan magnas y vastas proporciones
cual su gigante obstáculo del Ande,
la colosal vallada de aledaños,
que confunde y separa las naciones,
repartiendo los siglos y los años.
¡Y qué mundo de raras emociones
no describiera su imborrable curva
en derredor del sol de sus anhelos,

al contemplar la cintilante turba
de los fulgentes astros de los cielos,
que en su triste soñar de peregrino
en la patria infeliz de sus abuelos,
le hablarían de Dios, y su justicia,
de la lucha, y su obscuro desenlace,
el mundo colonial que se desquicia
y del mundo de América que nace!
¡Paso al invicto Capitán y ¡plaza!
á los bisoños tercios que le siguen,
y que fusil al hombro y sable en mano
el gran ideal de libertad persiguen
para todas las patrias oprimidas
á lo largo del suelo americano!
La disciplina ingénita transforma
al montañés intonso en veterano,
á la mesnada rústica en milicia;
y á toque de tambor en línea forma
la zafia y grande división patricia,
que al rumor de ardorosas clarinadas
camina y anda, evoluciona y mueve
su mar de bayonetas afiladas.
¡Cómo al patriota espíritu conmueve
é inspira aquel ejército formado
de un día al otro, con genial empeño,
en la historia del mundo destinado
á realizar la idealidad de un sueño!
¡Vadear los ríos, ascender montañas,
salvar desfiladeros, repitiendo
del Africano y Corso las hazañas;
convulsionar las oprimidas tierras;
dominar horizontes y confines,
caminando por rutas de victoria
el puñado de heroicos paladines
que llegan á codearse con la gloria:
izar el blanco y el celeste trapo
en la torre del gótico castillo,
entregando á las plebes, hecho harapo
el pabellón, de rojo y amarillo, —
el glorioso y simbólico estandarte
del honor, de la fe, de la aventura,
de la guerra, la náutica y el arte;

llegar del mar á la extensión undosa,
y de argonauta en una frágil quilla,
medirse con la mar estrepitosa,
y apresar, y dar caza diariamente
á los veleros barcos de Castilla,
aunque se oponga la tormenta al frente;
ir, y bajar en la lejana orilla,
donde se duermen los incaicos soles,
y abrirse paso, mutilando yelmos,
mellando espadas y quebrando lanzas
por entre muchedumbres de españoles,
para tomar la victoriosa senda
de las nuevas fortunas y esperanzas;
y avanzar por la arena y por la nieve,
y levantar la blanquecina tienda
sobre el panal del congelado pico,
y en el gran humedal del Apurimac
y en la hidrópica selva del matico,
dormirse con el sueño de las dianas,
y aparecerse la visión del Rimac,
cuando la noble y colonial matrona,
al grito victorial de sus campanas,
deshoja el mirto de su real corona;
cortar la línea equinoccial á sable,
y aventurarse á Guayaquil y Quito,
y dominar, en día memorable,
con su bandera desplegada al viento,
la cónica atalaya de granito
del deslavado Chimborazo, que hunde
su aturbonada sien, que el rayo azota,
en el piélago azul del firmamento!...
Ah!... parece imposible tanta hazaña,
al meditar que el gaucho es el que vence,
y es el vencido nuestra madre España!...
la nieta de Alarico, engendradora
de los Carlos, Felipes é Isabeles,
la venerada y secular señora
que, al andar victoriosa por el mundo,
para besar su planta se inclinaron
las copas de los mirtos y laureles!
Mas la trompeta de la diva Clío
llena de salmos el azul profundo,

y en la inmensa elación de tanta gloria,
en su carrera se detiene el mundo
para oir la gran década de historia!...
Pasa el invierno frígido y brumoso,
y ostenta la aterida Cordillera
su espléndida canicie de coloso.
La mira el Misionero silencioso
circunscribir el límpido horizonte,
y anonadado al verse tan pequeño
midiendo su estatura y la del monte,
murmura sin cesar: «esa montaña
no me ha dejado conciliar el sueño!»
El día de la marcha contra España
se va acercando, ¡memorable día!
Ya quema el sol de la argentina tierra,
enjoyando la era labrantía;
ya derrama su lágrima de duelo,
en el índigo pico de la sierra
el rubro Vesper de araucano cielo;
ya en el peñasco enjalbegado y yermo
la luna brilla, y por la noche oculta
su faz doliente de fetiche enfermo
ó de finada vírgen insepulta.
Ya se siente en el patrio campamento
del Plumerillo, en el risueño valle,
un grande y obstinado movimiento,
hervir de gentes y chocar de espadas,
y, galopando en su piafante potro,
anda anunciando el oficial Lavalle
que comienzan las clásicas jornadas,
La histórica ciudad del Misionero,
como garrida almea se engalana,
y al aire lanza su canglor guerrero,
que al despuntar de una feliz mañana,
abriendo calles el clarín resuena,
y la tupida multitud renuente
las avenidas y los parques llena,
con desgaire triunfal de independiente.
¡Loor al invicto Ejército del Ande,
que en culminante acción de pie se pone,
y á la viril insinuación del Grande

el basáltico dorso del planeta
con belicosa majestad traspone!
  Como Belgrano en Tucumán obrando,
sumiso á Dios y á sus secretos juicios,
juran los regimientos de patricios
la bandera triunfal del Continente,
insignia de las clásicas escenas,
á cuya grata sombra se cobijan,
la libertad para espaciar su frente,
la esclavitud para romper cadenas!
  En aquel grande, inolvidable día
cayó la bendición á nuestro suelo,
y proclamó la muchedumbre loca
su fe en el triunfo y en el Dios del cielo
con el facundo grito de su boca.
Respondieron tambores y clarines
por seis mil silenciosos corazones,
y el nombre de la Patria fué llevado
por el viento á los últimos confines,
palpitando en las sacras oraciones.
Mas las campanas de las torres callan,
y no como en los días de victoria
con jubiloso repicar estallan,
cantando triunfos y gritando gloria:
y es que corren, con ruido estrepitoso,
detrás del escuadrón de pica y lanza,
fundidas en cureñas y cañones
por fray Luis, el artífice ardidoso,
Arquímides del parque y la maestranza.
  Ha llegado Condarco, el ingenioso
fabricante de pólvora y batanes,
que rema con el fuego y con el agua;
el iniciado en los secretos planes,
nocturno rastreador de soledades,
á la luz del blandón del Aconcagua,
y en medio de las foscas tempestades.
El español alzó su campamento,
y al sud desciende la engañada hueste,
veloz y arrolladora como el viento, —
que el vil pehuenche Necuñán la lleva,
falaz secreto revelando al blanco,
hasta el Planchón en la heredada gleba.

La previsión científica del genio
ni en el detalle de un suceso falla;
y el Grande anuncia con reloj en mano
el día y el lugar de la batalla,
la hora de su triunfo, y el minuto
de redención del orbe americano.
Conocedor de los andinos planes
del invencible ejército de Cuyo,
Pueyrredón exclamaba: — ¡Todo, todo
al cálculo responde; el triunfo es suyo!...
sólo que Dios ... sólo que Dios sea godo!...

Era una aurina claridad. Enero
en la afilada bayoneta ardía
y en las espadas de bruñido acero.
Y era un largo silencio emocionante
de mar dormido en crepitante calma,
de esas que suelen preceder al trueno
y á la proterva tempestad del alma,
cuando rompió la tregua de la vida
el ronco acento del cañón andino,
que daba la señal de la partida
al inmortal ejército argentino.
¿Quién es aquel á quién la turba aclama
con explosión de vítores triunfales?...
¡Escrito está su nombre en los anales
de medio Mundo! — ¡San Martín se llama! —
el héroe de las druídicas Misiones,
alto y fornido, como atleta griego,
cuya frente enigmática y serena
se insuflaba en su mundo de visiones
sobre una inmensa tempestad de fuego;
el ronco Capitán de tez morena,
de aguileña nariz y negros ojos,
los que, á la sombra fiel de sus pestañas,
abarcaban las patrias lejanías,
miraban á tráves de las montañas!
En su mula, enjaezada á la chilena,
de pie firme y de criollas energías,
al tranco marcha. Cubre su melena
el típico falucho; gran capote
azul turquí, botonadura gualda,

ribeteado con vivos encarnados,
su pecho envuelve y musculosa espalda;
su diestra empuña el coruscante sable,
que apunta á los altísimos nevados;
calza á su pie la granadera bota
que á la rodilla da; ciñe en su taco
la nazarena de estrellado bronce
con que pica á su potro en la derrota
del enemigo, cuando le abren claros
las recias cargas del Octavo y Once.
Al lado del gigante Misionero
va, conduciendo el militar tesoro,
Zenteno, el ascendido tabernero.
Del Estado Mayor gloria y decoro,
O'Higgins marcha, en el momento aciago
para su Chile, que Marcó avasalla,
á despertar el alma de Santiago
con la diana triunfal de la batalla.
Las Heras va también, el gran Las Heras,
empuje de los choques resonantes,
que rompe cuadros, desbarata hileras
con su aguerrido pelotón de infantes.
A la vanguardia de sus tropas, sigue
Soler, el iniciado del Cerrito,
el primero en trepar con osadía
las empinadas cuestas de granito.
Lleva á la grupa de las mulas, Plaza,
para hacerse escuchar, la artillería,
Temístocles del trueno y la amenaza.
Crámer y Conde, con marcial talante,
guían al Siete, iniciador de acciones;
Portus y Freyre, á la Legión volante
de audaces coraceros y dragones.
Mandan á los hercúleos granaderos,
á cuyo galopar tiembla y chispea
la tierra, en polvorosos entreveros,
Escalada, Zapiola, Necochea,
y Melián, Olazábal y Lavalle,
el que al frente de rápidas patrullas
corre á probar el temple de su corbo
en los agrios ribazos de Achapullas.
Y aquella armada multitud guerrera

andando, andando, poco á poco sube
á la patria del águila altanera,
á la tierra del cóndor y la nube,
cual si su intento gigantesco fuera
dominar la amplitud del Continente
desde la última roca de granito,
interrogar el cielo frente á frente,
y sondear la intención del infinito!...
¡La Libertad en vuestra acción confía,
anónimos soldados argentinos,
preclaros héroes de la Patria mía!
Desde el Estrecho al Ecuador lejano,
con la fe de su gloria y sus destinos,
que el misterioso porvenir escuda,
una mitad del mundo americano
al puñado de Apóstoles saluda!

Catamarca, (R. A.) — Junio 4 de 1903.

Á LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA

ODA PREMIADA
EN EL CERTAMEN CONTINENTAL
CELEBRADO POR LA BIBLIOTECA DE LA PLATA
EL 25 DE MAYO DE 1904

Á LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA

La libertad del orbe americano
es la obra culminante de los siglos
es el destino del linaje humano.

Fenece un siglo y otro siglo nace
al fragor de dos grandes convulsiones
la que derriba imperios, en la orgía
de locas y cesáreas ambiciones,
la que arrastra á las fieles muchedumbres
por senderos fecundos, y las guía
al Sinaí de las andinas cumbres.
La desatada tempestad de Francia
se cierne más allá de sus fronteras;
y cuando el rayo asolador estalla,
las imperiales águilas guerreras,
aleteando, sacuden su plumaje
sobre el humeante campo de batalla,
con famélico júbilo salvaje.
Al resplandor de la encendida tea
á su gálica yegua el Corso clava
la espuela de oro, y con espada en mano
se lanza á la carrera y pisotea,
vencedor y soberbio é inhumano,
ajenas y opulentas heredades,
rompiendo el testamento de los siglos,
como árbitro del tiempo y las edades.
La soberana madre de los Cides
oyó también el relinchar agudo

de la rebelde, encabritada yegua,
que con sus cascos abolló el escudo
de Roncesvalles y las duras lides
de siete siglos de pelear sin tregua.
La brindó sus campiñas de verdura,
donde paciera el mauritano potro
de los difuntos reyes de Granada;
mas la bestia, en su indómita bravura,
rompió el vallado, penetrando un día
á la clásica selva consagrada,
devorando en marañas y vergeles,
bestia cansada de mascar el heno,
los más verdes retoños de laureles.
Lanzó su grito de venganza Iberia;
clamó la tierra en espantable trueno,
moviendo el alma de la vieja Hesperia;
y la indefensa Junta de Sevilla
honor y rey en restaurar se afana;
y el león insumiso de Castilla,
afilando en la tierra gaditana
la despiadada garra carnicera,
dió en el virgen é indocil espinazo
del centauro impetuoso su zarpazo,
deteniendo al jinete en su carrera.
Pero en aquel instante del supremo
y magno esfuerzo de la madre España,
en el lejano y vorticoso extremo
del mar de Atlante, con tonante zaña,
túrbida y hosca tempestad encrespa
con indiano rugir las glaucas olas,
que arrastran y que empujan carabelas
con despojos de glorias españolas,
y á bordo traen, bajo las rotas velas,
destronados virreyes; capitanes
vencidos en la lid; inquisidores
de hábitos blancos y siniestros planes;
arzobispos, alféreces, oidores;
alcaldes graves, cabildantes mudos;
vacías cajas reales; abatidas
banderas fieles; clásicos escudos
de bronce, con leones abollados
y torres asaltadas y rendidas,

y un grande acinamiento de magnates,
con blasones y cruces de Santiago,
que fugan con sus lares y penates...
¿Qué ocurre tras la mar, en Occidente,
en los ricos antípodas lejanos,
y en la tierra sumisa y obediente
al cetro de los reyes castellanos?...
¡Es que del caos peninsular un mundo
altivo surje, juvenil y fuerte,
injertando la rama de la vida
en el arbol esteril de la muerte!
¡Es que con propias y con libres manos
se arranca ligaduras y cadenas,
y en horas de arrebatos soberanos
arroja de sus hombros musculosos
el flotante sudario de sus penas,
la mordaza de su alma y de su boca,
y la yedra punzante de su frente
de Juno, arrebolada de centellas,
que altiva espacia y podesosa toca
en las nivosas cumbres las estrellas!
¡Y es que al sonar la hora, en el occiduo
palenque de la lucha gigantea
de redención, de porvenir y gloria,
sin mendigar auxilio ni socorro,
desde el Istmo al Estrecho se pasea,
con indiano coturno y frigio gorro,
soberbia y codiciosa, la Victoria!

II

Nació rebelde nuestro Nuevo Mundo,
y rebelde creció. Su adolescencia
fué la inquietud sin tregua y sin segundo
en cada pulsación de la existencia.
Sus naves quema, y con audacia suma,
el extremeño Hernán, por entre miles
de zempoalas y aztecas, se encamina
á la Corte imperial de Moctezuma;
y por entre quichés y zutujiles,

bogataes y tunjas, que combaten,
Alvarado y Quesada los tambores
de la conquista de sus tierras baten.
Por entre Huascar y Atahualpa, cruza
Francisco de Pizarro, y en el Cuzco
el incásico cetro desmenuza.
Sobre odios, ambiciones y zizañas
se funda y consolida el poderío
del cesareo señor de las Españas;
y luego atizan la animada hoguera
el capitán avaro, que enarbola
de la civil discordia la bandera,
y el hijo de la tierra, que por noble
y santo ideal de libertad se inmola.
El incendio inicial cundió en Huarina,
y en la azteca región prendió los fuegos
el hijo de la indígena Marina.
El ardoroso guaraní dos veces
rebeldes planes en silencio fragua.
Truena Gonzalo en Popayán; subleva
Contreras á la inquieta Nicaragua,
y Aguirre incendia, rencoroso y fiero
como un alud, la granadina gleba.
Lanza el yunga de ojota el agorero
grito de libertad, fecundo grito,
en Cochabamba y Potosí, cundiendo
la larga voz del sacrificio en Quito.
Antequera fulmina en las Misiones
á la teocracia comunal, muriendo,
como mueren los clásicos varones,
con Juan de Mena; y la enlutada huérfana
de fiesta viste y de placer se embriaga,
porque su fé proclama en el cadalso,
resplandeciente de heroismo, Arteaga.
Túpac Amáru, el valeroso indiano,
amotinando las nativas hordas,
intenta reconstruir el peruviano
imperio de los Incas. El Socorro,
tras el rumor de agitaciones sordas,
despliega el estandarte comunero,
y la angustiada plebe se conjura
contra el adusto y egoista ibero.

En medio de la sorna y de la calma
de la era colonial abrumadora,
se oye la voz ingénita de un alma
que los nuevos ideales atesora,
y que prende en la frente de la noche
las róseas claridades de la aurora.
Es la voz de las patrias, que en un labio,
lleno de grande inspiración, estalla,
empujando á los hombres y á los pueblos
á los campos lustrales de batalla.
Es la voz, poderosa como trueno,
de la fé, del honor y de la suerte,
que escucharon Bolivar y Moreno,
San Martín, y Nariño y Rocafuerte...
Es la voz palpitante de Miranda,
del legendario Apóstol, cuyo verbo
como vieja parábola se agranda
con la incipiente redención del siervo, —
del audaz caraqueño, cuya fama
pregronan y proclaman en su mundo
la calcinada boca del Pichincha,
la sirte diluvial del Tequendama!
Llega del Septentrión la buena nueva:
la voz de Maryland y de Virginia:
del noble puritano, que renueva
los votos de su ideal, y que en el salmo
canta su soledad; del firme cuáquero,
que conquista su tierra palmo á palmo
para la innata libertad; y llega,
tras rudo batallar, y sin enojos,
la redentora y bíblica palabra
del fuerte leñador de azules ojos,
que al estrellar su bélica bandera
la firme unión de los estados labra, —
palabra de las libres, pregonera
de la incipiente fé republicana,
que proclama á la faz de nuestra tierra
como en un día, para el bien fecundo,
por un fardo de té, paga Inglaterra
con una colosal porción de mundo!

III

Los vientos de la vida, largos vientos
de la fecunda década de gloria,
comienzan á soplar, y sus acentos
llenan de noble magestad la historia.
¡Con qué fruición las oprimidas almas
escuchan el rumor de ese aire vago
que da fin al silencio de las calmas
y preludia la lucha y el estrago,
clamoreando en las ramas y en las hojas
ansiadas libertades, redenciones,
tras dos ciclos de oprobio y de congojas,
como dos formidables maldiciones!
El criollo sabe que esta hispana tierra
es la suya, y son suyos la montaña,
el despeñado río de la sierra,
que infecundo, se pierde en la maraña;
y sabe que la Pampa le convida
á vivir en sus verdes extensiones,
cuando el viento le trae á sus oídos
el salmo de la tierra prometida,
como un himno triunfal de bendiciones;
sabe que el bosque de garridas frondas
la acción reclama de su esteril mano;
que al velero bajel llaman las ondas
para llevar y repartir el grano;
y sabe que las hierbas de los prados,
que el tardo buey con avidez despunta,
anuncian la labor de los arados
y la faena de la humeante yunta.
Pero no sabe lo que es Patria; ignora
cuán dulce es el afecto que nos ata
á la tierra y solar en que nacimos,
que todas nuestras dichas atesora,
y nuestro amor y nuestra fe dilata.
La Patria no es el suelo, únicamente,
ni el azulado techo que la cubre:
Patria es la tierra cara á nuestra mente
y á nuestro corazón; tierra sin amos,

do no medra el rencor ni la zizaña,
sin Santo Oficio y sin herejes; tierra,
que por ser nuestra y por ser libre, amamos,
cuando la deja para siempre España!
  El amor á la Patria es sentimiento
que un día ú otro nuestro ser proclama,
y que tiene raíz en la existencia,
como el amor del pájaro á la rama
y el cariño del bruto á la querencia.
Sin ese amor, las turbas se disgregan,
y en su esteril afán de cada día,
en busca del ideal en vano bregan,
pues que cabe á los huérfanos de patria
la suerte de la errante judería.
  Los vientos de la vida que han soplado
en la extensión austral del Nuevo Mundo
repiten Patria y Libertad!... La hora
del genésico *fiat* ha sonado,
y ya brilla la chispa redentora,
como fuego que cunde en el presente,
angustiando las sombras del pasado!...
  ¿Quién dá el fecundo y agorero grito,
que agita las pampeanas soledades
y que enciende en las cumbres de granito
el rayo de las foscas tempestades?
¿que en el marasmo de la fe, provoca
las iras de la suerte y el destino,
para torcer el rumbo de la estrella
resplandeciente del poder latino?
¿que á un tiempo tempestad é iris, sella
la alianza de los pueblos, á los ojos
de Europa absorta, que en su mano tiene
el rayo asolador de los enojos?
¿que mueve y desafía la venganza
que jugaron las plebes coronadas
sobre las biblias de la Santa Alianza?
¿que lanza sobre huestes imperiales,
soberbias é invencibles, oleadas
de cholos, convertidos en soldados,
de gauchos, que se vuelven mariscales,
y de negros, en blancos transformados?
¿que precipita al genio de Misiones

á la sangrada tierra de las huacas,
y funde en una sola las espadas
de San Martín y el hijo de Caracas?...
¿Quién reta al invencible caballero
de terciopelo y yelmo reluciente,
duro en la lid cual su armazón de acero,
sin que jamás la fuerza armipotente
de su brazo durísimo se agote,
caballero sin miedo, que realiza
inauditas hazañas de Quijote?
¿Quién á tanto se atreve, y á la liza
al mundo precipita? ¿Quién tamaña
provocación pronuncia, y arremete
contra la ferrea potestad de España?
¡Los nietos del audaz aventurero,
los esforzados hijos del hidalgo,
del noble y extinguido caballero!
¡Buenos Aires! el pueblo de los grandes
empujes sobrehumanos de la historia,
cuyo *Grito de Mayo* repercute
en la mar, en la Pampa y en los Andes,
como largo alarido de victoria!

IV

¡De pié los pueblos y las razas todas,
para volver por el honor humano!
¡A derruir los castillos y pagodas
del servilismo y de los dioses falsos,
y á voltear con atrevida mano
Inquisición, picotas y cadalsos!
¡Desde la horca de La Paz, bien dijo
el valeroso criollo ajusticiado,
cuando al verdugo de su fe maldijo,
que «cundiría el encendido fuego»,
como cundió la ráfaga de incedio
desde la horca del hispano Riego!
Los ardorosos gritos redentores
arrancarán del alma de la tierra

impurezas de zañas y rencores,
inyectándole el germen de las cosas,
como arranca el turbión, que no se aplaca,
del alma de las olas tumultuosas
el lodo de la mar, en la resaca.
¡A las armas los gauchos argentinos,
y los rotos de Arauco y los cambujos
de la tierra asolada por Pezuela,
los mulatos de Lima y los ladinos
llaneros de la heróica Venezuela!
¡Ya brotan en sus suelos las espadas,
para armar á los héroes redentores
en las grandes y clásicas jornadas!
¡Ya afrontan los perínclitos guerreros
la lid, y al redoblar de los tambores,
se lanzan á las bélicas cruzadas,
chispeando el corazón y los aceros!
¡Ya montan en sus potros indomables
los altos y fornidos granaderos,
que corren, á galope, por la tierra,
como torrente asolador de sables!...
No importa, nó, que en el primer empuje,
el brazo falto de acerado escudo,
la revelada multitud sucumba,
ni que sangre argentina ó caraqueña
fluya en los campos del desastre rudo:
¡la Libertad no muere! —para tumba
del Idëal, la América es pequeña!
Sangriento será el choque, persistente
y azarosa la acción, ruda la hazaña,
que es el genio guerrero de la España
el enemigo que se tiene al frente.
Entre victorias y desastres crueles
la indiana tierra de Colón ha sido,
y en horas de dolor, nuestros laureles
como árboles enfermos han crecido.
De Buenos Aires al clamor fecundo
de su día de Mayo, con altiva
y pregonera voz, responde un mundo.
Cantando de la fluminense riva
su triunfo al viento, que al patricio exalta,
y una diana, dos veces repetida,

toca el clarín de Tucumán y Salta;
más el himno triunfal de la batalla,
que enardeció las fibras de la vida,
en Vilcapujio y en Ayohuma calla,
y el ibero pendón del cruel Felipe
ondea victorioso en la humareda
de la pira infernal de Sipe-Sipe.
Lánzase Arauco á la natal cruzada,
y al fulgor de las bélicas hogueras,
resuenan en la tierra amedrantada
los cascos de los potros de Carreras.
Estalla en Quilo, Membrillar y Cucha
la ronca tempestad que O'Higgins fragua;
pero acalla los ecos de la lucha
el espantable trueno de Rancagua;
y al resurgir el viejo poderío,
no se oye más acento que el nocturno,
perezoso gemir del Bío-Bío.
Tocó á Bolivia y al Perú su turno
de alzarse y sucumbir. Angulo alhaga
con fácil triunfo á la animosa gente;
mas al rendir su espada de insurgente,
en lucha desigual, el Cuzco paga
con sangre de sus hijos su tributo,
y La Paz y Guamanga y Arequipa,
por patria y libertad, visten de luto.
La turba de los odios y las iras
la colombiana insurrección desata:
desde la zona ecuatorial al norte,
en humedad de sangre se dilata.
Quito prende los fuegos de Mavorte
en su atalaya colosal, dos veces.
Nariño vence en Popayán, y en Pasto
paga su triunfo al español, con creces,
en la mañana del revés infausto.
Del portentoso esfuerzo giganteo
pregonan las hazañas inmortales
Taguanes, Maturín y San Mateo,
y corre en Puerta, Cumaná y Aragua
la sangre de los heroes á raudales;
y cual si Dios, mediando en aquel lance
devastador, se hubiera conjurado

con el destino, á su poder sujeto,
el suelo tiembla, y en el negro trance
desplómase Caracas, y sepulta
á los libres la fiel Barquisimeto.

V

Cundió en las filas de la alzada gente
el frío enervador del desaliento,
y desmayó la fé del insurgente
al oir que tronaba el escarmiento.
Por donde quiera la insegura suerte
blandió sobre su frente la guadaña,
y condenó al desastre y á la muerte
lo que siendo ideal, no fuera mengua,
lo que siendo verdad, no fuera España.
Mas en la hora en que calló la lengua
de la tierra dos veces sojuzgada,
con la consigna del futuro surgen
dos hombres, dos tendencias, dos acciones,
dos fuerzas encarnadas del destino;
las almas de las dos revoluciones;
los dos grandes atletas de la historia;
los dos rivales de la magna empresa,
que se reparten una sola gloria.
Trepan ambos fragosas cordilleras,
bordean precipicios y volcanes,
y en las cumbres caóticas de hielo,
revelando el enigma de sus planes,
despliegan y consagran sus banderas,
haciendo que las toque y bese el cielo;
y de la cima al descender al valle,
en Chacabuco, Boyacá gloriosos,
á golpe de Victoria se abren calle,
para cruzar el mundo, los colosos.
Con sus flámulas rojas iluminan
el Pichincha, Aconcagua y Cotopaxi
las sendas por donde andan y caminan;
y al siniestro estentor de sus fragores,

y bajo el arco de su ardiente lava,
saludan los dos genios redentores
libre á la tierra que naciera esclava.
En el Alto Uruguay creció el primero,
y en los palmares solitarios, tuvo
al indio sin hogar por compañero.
Nació el segundo en opulenta villa,
y modeló su genio en la arrogancia
de los viejos hidalgos de Castilla.
Grave, solemne y silencioso, el uno,
combina con metódica constancia
su plan, en las calladas soledades.
Inquieto, altivo y ambicioso, el otro,
ama el ruido banal de las ciudades,
el festín, los aplausos y la hartura;
y sobre el sacro alcor de los plebeyos,
en el ítalo suelo de la gloria,
la libertad de medio mundo jura,
para ser el Bolívar de su historia.
Es el uno el raudal que, silencioso,
juntando muchas aguas, se dilata,
para volverse río caudaloso: —
Paraná que acaricia las riberas,
y se transforma en anchuroso Plata.
Es el otro el torrente despeñado,
que desciende por ásperas laderas,
y las campiñas á su paso huella,
acuchillando la extensión del llano: —
Orinoco rebelde, que atropella
las tumultuosas olas del oceano.
El uno es el deber; es la conciencia
puesta en acción, cuando el peligro asoma;
es la fuerza leal de la existencia,
pugnando en una edad que se desploma.
El otro es la ambición; es la codicia
de ageno bien, que insomne se amenece
junto al lecho mortuorio de infecundo
y empobrecido siglo, que fenece,
dejando en sus memorias el secreto
de redimir y libertar un mundo.
San Martín es el núcleo de la vida,
la ley de gravedad de la victoria;

Bolívar es el alma difundida
de todas las grandezas de la gloria.
  Seguido de sus zafios granaderos
de lazo y bota, San Martín traspone
los montes de los agrios derroteros,
y en tierra de araucanos desenvaina
su sable, y al empuje de los gauchos
el español en Chacabuco amaina,
corriéndose á los llanos mal ferido,
para rendir de nuevo en las riberas
del Maipo, en el horrífico entrevero,
sus vistosos pendones y banderas,
su espada de invencible caballero.
Con febril entusiasmo, y al alhago
de los nuevos ideales y destinos,
repican las campanas de Santiago,
dando al aire los triunfos argentinos.
Flota en las naves de Cochrane y Blanco
la bandera de azul; la mar se calla
al sentirla pasar sobre sus olas,
y el día de la náutica batalla,
sepulta las armadas españolas.
Chilenos y argentinos, en la tierra
del Inca desembarcan, y se mueven
de las desiertas playas á la sierra.
Cunde la grande insurrección. Trujillo
arma el heróico brazo de los leales
al juramento de su fiel caudillo.
Los pasos vencedores de Arenales
resuenan desde Huaylas á Guamanga,
y vence en Pasco el aguerrido criollo
y el runa flechador de ojota y tanga.
  También cruza Bolívar las montañas,
y al descender el Sogomado, el valle
siempre verde celebra sus hazañas.
Su nombre al mundo Boyacá proclama;
enzalza en Carabobo su victoria
el clarín sonoroso de la fama,
y en Bomboná y Pichincha, — do la espada
de Sucre abre la senda de la gloria,
que remataba, por Junín pasando,
en la campal y la final iornada.

Al guerrero del Sud atrajo el norte
con misterioso imán, para entregarle
el cetro real de la limeña corte;
al guerrero del norte precipita
á la común batalla de Ayacucho
de Guayaquil la memorable cita.
Las dos almas gemelas y rivales
se buscan y se encuentran bajo el arco
de las añosas selvas tropicales,
donde el ardiente sol de sus banderas
tiene más brillo, y con sus rayos traza
la línea equinoccial de las quimeras,
que divide los triunfos de la raza.
Se concentran las dos revoluciones,
y un mismo viento redentor agita
los patrios estandartes y pendones.
Colombianos, chilenos y argentinos
en la hora solemne, pero ingrata
del sacrificio estéril de una gloria,
confían á Bolívar sus destinos,
y caminan, batiendo los tambores,
con paso redoblado á la victoria...
mientras el Grande se retira solo,
sólo como las águilas del cerro,
mudo, como un secreto, de la escena,
sintiendo no llevar á su destierro
el último eslabón de la cadena!...

VI

¡Cuán grande fué el prodigio afortunado,
que obraron nuestros heroes y patriotas!
¡cuán fecundo el esfuerzo realizado,
entre continuos triunfos y derrotas!...
¡Qué tiempos, qué pasado, qué varones,
qué briosas y constantes voluntades,
qué animosos y firmes corazones,
qué derroche sin fin de heroicidades!...
¿A cuáles héroes celebrar primero,

si á todos animó, por donde quiera,
igual valor en el combate fiero?...
La redención del orbe americano
es la obra culminante de los siglos
en el destino del linaje humano.
Para todas las razas de la tierra
ábrese libre y anchuroso un mundo,
que hacia la luz camina, hacia el fecundo
porvenir, reservado á las que luchan,
y, excentos de resábios y egoismos,
la leal palabra del futuro escuchan.
Europa en nuestras playas se derrama,
la Europa de los viejos atavismos,
de las plebes y príncipes feudales,
que sucumbe agobiada bajo el peso
de los vetustos tronos imperiales.
Triunfante democracia en nuestro suelo
proclama la igualdad niveladora,
y colma de las gentes el anhelo
lo inmenso de su sombra bienhechora.
Se pueblan de ciudades opulentas
las rumorosas playas de los mares,
y al progreso se entregan, al amparo
de los nativos dioses tutelares.
Día á día las hachas arrinconan
los bosques y las selvas seculares,
y mar auriverdeante de labranzas
la paz impone á la revuelta villa,
y al calor de fecundas esperanzas,
nace un pueblo feliz en cada trilla.
Ya no vive en la pampa ilimitada
el salvaje pehuenche, que en otrora
dominara el confín con su emplumada
flecha y arrojadiza voleadora.
En las verdes y abiertas extensiones
la cornígera grey pasta y procrea,
y en todas las mutables estaciones
el preciado cereal cunde y verdea.
Ya no corren ociosos los torrentes
y los ríos, llevando al oceano
mensages de las cúpides silentes:
como arterias de vida, los canales

dan alimento á la aridez del llano,
y el cóncavo bajel surca las linfas,
llevando las especies á otras tierras,
al soplo de los vientos otoñales.
En las risueñas faldas de las sierras
y en los lautos ribazos convecinos,
se multiplican los renuentes hatos,
medra la vid de los alegres vinos,
y el cano algodonar cunde y prospera
sobre aquedales de bravíos matos,
y se carga el olivo, y dá dos veces
su negro fruto la lechosa higuera.
Por doquiera las artes se difunden
con briosa inspiración y nuevas rimas,
y las estrofas de las odas cunden
como las flores de los varios climas.
Con clásica forminge, Heredia y Bello
las sirtes cantan y la ardiente zona
que abraza el sol de tropical destello;
y en pindárico són, Olmedo entona
himnos al triunfo de la lid, y al bravo
guerrero americano, que liberta
en un combate nuestro mundo esclavo.
Echeverría puebla la desierta
soledad de la pampa con su lira,
y es el alma gloriosa de la Patria
la parnáside Musa que le inspira.
Y Andrade, el soberano de la estrofa,
con la verba triunfante de sus silvas,
á los caducos siglos apostrofa,
de pie sobre su mundo de visiones,
anunciando á las razas del futuro
« la eterna comunión de las naciones. »

Catamarca (Rep. Argentina), Marzo 6 de 1901.

Á LA PAZ EN AMÉRICA

Lema: De pequeña estatura es al principio
la discordia; mas crece, y en los cielos
afirma su cabeza, y con su planta
hollando el mundo de dañar no cesa.

ILIADA, Lib. IV

I

¡Oh dulce Paz! ¡oh numen sempiterno,
que presides y rijes el Destino,
y á la Abundancia, de colmado cuerno,
los frutos brindas que cogió tu diestra
en las hazas del globo peregrino!
¡Oh gloriosa, inmortal protagonista
de la tragedia de los verdes myrtos,
en la cual Aristófanes celebra
de tu imperio de amor la reconquista
cuando el audaz Trypheo te requiebra
con sacros himnos, al surgir radiante
del obscuro cubil en que la Guerra
te aprisionó, para vocear triunfante
por la extensión de la sumisa tierra!
Tú dás soles y dias á lo arcano,
y lunas á sus noches mortecinas.
Tú las distantes playas avecinas,
poblando de bajeles el oceano;
tu borras las fronteras que la espada

amojonó con humeantes ruinas,
y aproximas, vinculas y confundes
tribus, pueblos y razas; tú, la idea
de la fraterna comunión del hombre
anuncias, pronosticas y difundes,
y al homicida hierro amontonado
en corvo arado y trilladora fundes.
A tu amparo prolífico florecen
los exangües imperios, y ciudades
nuevas se fundan, y muradas crecen
con la sávia vital de las edades.
Por tí los pueblos de diverso origen
se acercan y se abrazan sin desdoro,
y por pactos recíprocos se rijen.
Tú en los cercados las opimas mieses
haces cundir, en bendiciones de oro,
y brios das al labrador, que aumenta
el grato bienestar de los hogares,
y de la prole los afectos santos,
colmando los graneros, acrecienta.
Tú rijes el hilado, y los telares
pones en manos de la buena anciana,
que, cantando, escarmena por la tarde
rico vellón, de abrigadora lana.
¡Oh dulce Paz! — impera en este suelo,
que el gran Cristóbal descubriera un dia,
y, serena, recorre nuestro cielo,
cual Véspero triunfal. Pródiga sea
en bienes mil tu poderosa mano,
y tu voz, dulce como miel hiblea,
haciéndose escuchar, en fuga ponga
á la Discordia, de furor insano,
que, moviendo á los hombres á la guerra,
en sangre baña y de vergüenza cubre
el pecho y rostro de la indiana tierra.
¡Y qué!... tres siglos las profundas huellas
del dolor no han dejado en nuestra historia?...
¿Se agotará en estériles querellas
la savia de la tierra colombiana,
manchando las olivas de su gloria
con la sangre de Abel? ¿Siempre profana
é impenitente, clamará á los cielos

por una era de paz y de ventura,
y golpeará las tumbas en que duermen
largo sueño inmortal nuestros abuelos,
de no logradas dichas en procura?...
¿Para qué fuimos libres y rompimos,
en dura lid, el ominoso yugo,
si la Furia, de pecho inexorable
sería sin cesar nuestro verdugo,
y empuñaría en nuestra propia tierra,
para oprimirnos, nuestro propio sable?
¿Para qué consagramos como á diosa
de perennal é inextinguible gracia,
erigiéndole altar, á la gloriosa
madre del porvenir, la Democracia,
si á su nombre se encienden las pasiones,
las que cual olas de la mar piscosa,
azotan los más firmes corazones?
¿Qué bien reportan las mentidas leyes
que la igualdad proclaman, si el más fuerte,
venciendo, impera en las sumisas patrias
sin reyes, sojuzgadas por cien reyes?
¿Para qué congregamos á los hombres
en torno de mentidos ideales,
jurando la concordia, si en seguida,
por una larga sucesión de males
trocáramos la herencia de la vida?
¿Para qué, para qué tantas banales
palabras en las bocas é intenciones
falaces en las almas, si nacieron
enfermas, desde el ser, nuestras naciones,
y en el génesis mismo de su historia,
al ver la luz del mundo, sucumbieron,
amortajadas en su propia gloria?...
¿Qué madre tales hijas engendrara?
¿En qué senos mamaron tanto encono
é ignífero despecho? Tan preclara
no fue la alcurnia de la madre España,
engendradora de varones grandes,
para abortar tanta ira, cuanta zaña,
en la zona mundial de nuestros Andes?...
¿O es que arde en sus arterias la enconada
y vengativa sangre del Segundo

Felipe, que en el Rímac incendiara,
con su infernal Inquisición, el mundo,
sujeto á su terrífico dominio,
prosternado de hinojos ante el ara
del implacable dios del exterminio?...
¿O es que la cruz del misionero errante
dejó en su altar á la deidad sangrienta
de Moctezuma, y su poder infausto,
la que oculta en el alma de la noche,
y como el hosco Catequil triunfante,
rije la vida y la menguada suerte,
pidiendo sangre adulta en holocausto,
guerra sin fin, desolación y muerte?...
Si al ver á nuestra América, tan fuerte,
túrbida y débil en fraterna liza,
á veces imagino que la Furia,
moradora del caos, fué su nodriza
en sus noches de báquica lemuria!...

II

Tablas de sangre son nuestros anales,
cual bautizara el Juvenal Indarte
á su libro de hojas infernales.
Los grandes capitanes, los hidalgos,
que con los brios del sangriento Marte
enviara España á subyugar un mundo,
en los suyos del indio amontonaron
el combustible que encendió su choza
y la pirhua misérrima del fundo.
Al golpe del acero que destroza
rueda el indio vencido en el combate;
y en nombre de la cruz y de Fernando,
la muerte, y nada más, es el rescate
que ofrecen á las turbas conquistadas
los Francisco, los Diego y los Hernando.
Moctezuma, Atahualpa, Anacoona
Lautaro, Tucapel, Manco, rendidos
caen á los pies de la genial matrona
que dilató la curva de la esfera,

sumisos ó vencidos en la lidia
de siglo y medio, sanguinosa y fiera,
por la espada, el terror ó la perfidia.
Desde el confín de Anahuac al Estrecho
brotó roja y humeante, á borbotones,
la noble sangre del cobrizo pecho,
corriendo por los predios, como un rio
dantesco de insepultas maldiciones.
Por la senda de cantos y de flores
que serpeaban por la verde falda
ó abriera el yaraví de los amores
en las cóncavas selvas de esmeralda,
seguido de su impúdica milicia,
caminaba el Señor de torbos ojos,
guiado por la pasión de su codicia,
á su lanza confiando sus enojos.
Iba el perro de presa abriendo calle
al castellano y delataba al indio,
que se escurría descendiendo al valle.
Pálido y ojeroso amanecía
el sol del Inca en la nublosa cumbre,
y, andando por la tarde en los nevados,
besando al oración, se despedía,
ansioso de morir, por no dar lumbre
á sus fieles imperios desolados.
Viracocha su faz resplandeciente
apagaba en el sacro Titicaca,
tan caro al aymará; y en la silente
cumbre del Antis, el Pillán sin freno,
que con selectas vírgenes se aplaca,
forjaba el hacha con que hiere al mundo,
en el yunque flamígero del trueno.
La Madre Tierra, con dolor profundo,
dejó oir en las roncas tempestades
el clamor de su horrísimo lamento,
que la venganza por doquier proclama:
la Madre Tierra que alargó sustento,
al indio alegre y á la suelta llama.
Nada quedó de pié: pueblos, ciudades,
fortalezas, pagodas y murallas,
míseras y opulentas heredades, —
todo rodó en pedazos por el suelo,

al siniestro fragor de las batallas:
que al chocar, en su vértigo de zaña,
el mundo de Colón con otro mundo,
dió en el pecho ferrado de la España!
De tanto herir y de cortar la espada
se melló de Cortés y de Pizarro,
de Soto, de Alvarado y de Quesada,
de Almagro, á quien no rinde la fatiga,
de Rojas y Valdivia, infortunados,
andantes caballeros de loriga
y yelmos de crestones emplumados
del siglo de la hazaña de Lepanto,
que, en el nombre de Carlos y de Cristo,
con toledano fierro acuchillaban
al mundo infiel que desmayó de espanto!
Si la conquista avasalló la tierra
y despobló las índicas regiones,
en la era colonial ardió la guerra
al soplo de inauditas ambiciones.
Ya no es el indio, que en la tumba calla,
ó en las minas agota su existencia
quien sucumbe en el campo de batalla:
es el blanco, enemigo de su raza,
el que al partirse la saqueada herencia,
se hiere, se mutila y despedaza:
son el hidalgo y noble aventurero
los que miden la espada con la espada,
y acero oponen al contrario acero.
Como sangriento y vengativo azote
en las plazas de Méjico y de Lima
funcionaban la horca y el garrote,
sin infundir pavor, ó miedo ó grima;
y andaba por las calles la nobleza,
con firme pie y universal asombro,
tocándose de diario la cabeza,
por saber si se erguía sobre el hombro.
Arrasan y derrocan y asesinan
la guerra, la asonada, los motines
y el cobarde puñal en noche obscura;
y el regio Baltasar de los festines
en la sangrada Babilonia caba
la inmensa y tenebrosa sepultura.

Ni su rey, ni su Dios doman la ira
del caballero; ni el terror conjura
al desenfreno; ni el perdón apaga
la estigia llama de la humeante pira.
La Discordia, que, cruel porta en sus manos
la señal de la lucha y los embates,
el duro corazón de los hispanos
en penetrantes ecos animaba
á lanzarse á los hórridos combates.
Y retembló, la tierra, cual si Jove
la rociara con sangre desde lo alto,
como el día en que el teucro á las aquivas
naves llevó su temerario asalto.
De Gonzalo Pizarro ardió en la mente
la suprema ambición, no refrenada,
y desplegó bandera de insurgente
desenvainando la rebelde espada,
que infundiera el pavor y la derrota,
la espada vencedora de Huarina,
en la campal Xaquixaguana rota.
Francisco Carvajal quema los reales
pendones, con enfática osadía,
y seduce y arrastra á los leales
el guerrero de Bávena y Pavía.
Ardió en Perú la rebelion primera;
y dió el Cuzco, desleal y amotinado,
el grito secular de independencia,
que el curaca de Tinta repitiera,
proclamando ante el mundo conjurado
de las futuras patrias la existencia.
Para abatir y subyugar las frentes
mas tarde fueron en dos largos siglos,
el terror y el patíbulo impotentes,
los que sólo abortaron los vestiglos
de la Anarquía, que sangró las venas
del corazón de las inermes greyes,
en la lucha tenaz de cada día
entre audiencias, cabildos y virreyes,
mitayos de la gleva, encomenderos,
alguaciles, justicias y prelados,
alféreces del rey y caballeros.
De lenguas y de pechos enconados,

de reyertas, intrigas y madejas
y sangriento motín fué la Colonia,
y de damascos, bellas y tenorios,
y de balcones y doradas rejas.
Y entre tanto egoismo y opulencia,
entre tanto reato y desenfreno,
el noble criollo, de la tierra el hijo
sin heredad, sublima su conciencia!
¡ Y á fundar la República! — se dijo;
y al grito audaz de ¡ libertad! se lanza,
maldiciendo las torpes servidumbres,
en busca de la luz y la esperanza!
¡ Y á caballo la América, y los cascos
redentores resuenen en las cumbres!...
y pues que libre quiere ser la tierra,
y romper sus cadenas y sus yugos,
¡ en campaña! á la gloria, y á la guerra!
y á fundar tantas patrias, como pueblos
sojuzgan y amordazan los verdugos!...
¡ Qué larga, y qué terrible es en la historia
la lucha de oprimidos y opresores!
¡ cuánta sangre costó cada victoria,
y cuanto esfuerzo y memorable hazaña
no obraron en la lid nuestros mayores
al pelear cuerpo á cuerpo con España,
la madre de las razas varoniles,
repitiendo proezas no cantadas,
dignas sólo de un Hector y un Aquiles!
Mas no cundió la Paz en las alzadas
y libres muchedumbres de la América,
que, sus santos ideales proclamando,
se aventuraron en la lid homérica;
pues que fueron estériles, y mucho
las heridas de Maipo y Carabobo,
la fiera cuchillada de Ayacucho.
Cada libre es el fuego no apagado
del vivo incendio que arderá mañana,
como cada ola es un rumor callado
de embravecida tempestad cercana.
El pecho aventurado en el sangriento
campo de redención, en lid fraterna
continúa probando su ardimiento,

cual si todos los hados dispusiesen
que la extinguida lucha fuera eterna,
y sin fin tanto estoico sufrimiento;
sin saber que en el áspero camino
de la vida, sembrado de rigores,
el que sabe sufrir vence al destino,
y aprenden á esperar los vencedores.
En los suelos sin sol del egoismo
y la ambición individual, no medran
la virtud y la fé y el heroismo.
Quién enciende en el suelo americano
la lucha estéril, y, con vil cinismo,
á las plebes empuja á la pelea,
contra la patria levantó la mano,
y su rostro de diosa abofetea;
y quien reta á la Patria, y quien la hiere,
purga este mal, como Beltrán del Bornio,
en el noveno anillo de Alighiere.
Prole infecunda de cruel tirano
son la ira del pueblo y el encono;
las civiles querellas y reyertas,
hijas espureas de maldito padre,
que se adueñara de usurpado trono.
Abuela dé la gloria, y dulce madre
del Orden es la libertad sagrada,
con tan magnos esfuerzos conseguida,
y á fuerza de proezas conquistada.
La Discordia y la Furia asoladoras
enjendran muchedumbres oprimidas
á los pies de las castas opresoras.
Hechura fiel del Paraguay es Francia;
la sediciosa chusma á Melgarejo
da sus votos con cínica jactancia;
Lopez, que caba á su nación las fosas,
de la patria abyección es el reflejo,
é hijo del crimen de Navarro es Rosas.
Profético, Sarmiento repetía,
al sucumbir el federal caudillo,
« no has muerto, no, ni morirás, Facundo! », —
y en verdad que Facundo, todavia,
muerto, vive, con lanza y con cintillo,
y corre en su alazán por nuestro mundo!

III

La Guerra y la Anarquía derribaron
los más grandes poderes, y á su paso
florecientes imperios asolaron,
cuya estrella apagose para siempre,
como astro que no vuelve de su ocaso.
Grecia, en su propia senectud se abisma,
y, sumida en discordias sin segundo,
cae vencida en la lid consigo misma,
y sus despojos se reparte el mundo.
Esparta lucha con la ilustre Atenas,
pelea Atenas con la fuerte Esparta,
y al greco mundo desangró las venas
Tebas, rápida y briosa como Ificles;
y al macedonio y al romano, facil
fue rendir con falanges y legiones
las patrias de Leonidas y Pericles.
Y Roma, la nación de las naciones,
vencedora vencida de la historia,
envejeció en las lides, y no supo
ni resistir, ni perecer con gloria;
y al caer de su trono vacilante
volaron, sin volver al Palatino,
las águilas inmensas del Tonante,
que Priamo admirara, y que dormían
en la cima triunfal del Aventino.
Las tierras que otras veces el aqueo
acuchillara, en las fraternas luchas
ardieron con rojiso centelleo,
y la guerra asoló la siempre verde
guirnalda de islas de la mar de Jonia.
Sangró, despedazado por sí mismo,
el corazón de Europa en la Polonia,
y á las plantas del Cesar de la Galia
la espada de Austerlitz abrió el abismo
á los reyes vencidos, repitiendo
la tragedia del Cesar de Farsalia.
Y si tales poderes sucumbieron,
heridos por el hacha del destino,

¿cuál no será nuestra terrible suerte,
si en la primer jornada de la vida
recorremos las sendas de la muerte?
¿si andamos con espíritu mezquino
y la carne asaetada por las lides,
y con la mente enferma y dolorida,
cuando tiene el aliento y la pujanza
del indomable corazón de Alcides?
¿si vivimos cebando la injusticia
del mundo envejecido, que codicia
la juventud del orbe americano,
y en cada guerra estéril nos prepara,
no un destronado infante de Castilla,
sino un nuevo y audaz Maximiliano,
con la elegía real de otro Zorrilla?...
¡Y que medren el odio y la venganza,
cundiendo sin cesar, como las vides
que á cada nueva poda más frondosas
crecen, en vicio y vastedad ganando,
al soplo de las siestas calurosas,
que al tarco visten con su tul de lilas
y pintan los capullos de las rosas!
¡Que en las ricas y fértiles comarcas
de nuestro mundo, la anarquía nuncien
las hiladoras y veraces Parcas,
y el fallo cruel del porvenir pronuncien!
Ay!... es que el mal á la ambición se aduna,
y el mundo de Colón, cuanto mas crece
con los años y siglos en fortuna
y poder, tanto más se empequeñece;
y cuanto más nuestro destino asoma,
el presente, agobiado por su culpa,
en brazos del pasado se desploma:
que los heroes de esfuerzos giganteos
legaron sus hazañas y sus glorias
á una estirpe menguada de pigmeos,
como heredó la Génova sumisa
las altiveces de sus grandes Dorias!
Las turbas claman por su gran legado
de honor, de libertad y de justicia,
y el revoltoso pueblo amotinado
turba la paz y la nación desquicia:

la potestad de quien gobierna exije
orden y sumisión, y del ajeno
destino y bien en árbitro se erije;
y no acierta el espíritu sereno,
en esta doble pretensión alterna,
si el pueblo es el que manda para el pueblo,
ó si el gobierno para sí gobierna.
¡Y van corridos ya tres largos siglos
de discordia obstinada y persistente!...
¡Y que aun no podamos arrancarnos
tanta falaz idea de la mente!...
¡Y que aún, delirando con grandezas,
y peleando por ellas, conservemos
en la sangre arterial las impurezas!...
¡Que no podamos recordar, sin mengua,
nuestro pasado, de victoria tanta,
porque ata el presente nuestra lengua,
y un fantasma de muerte nos impone
callar, si el labio enardecido, canta!
Ah!... que la historia fiel, que nos abruma
con su constante y perdurable grito,
sólo puede escribirse con la pluma
del ala corva de Satán maldito!...
¡Toque al imperio de la Paz su turno! —
y no Palas, de manto rozagante,
que ciñe la loriga del Saturno
y sus fulgentes armas, los crinados
caballos guie, y desde el carro espante
á las gentes, con gritos iracundos,
hallando las orillas del Atlante,
que circunscriben estos nuevos mundos!
¡Triunfe la unión, y la concordia impere
en los suelos queridos y en la tierra
donde siempre se vive, y no se muere,
y es crimen de los crímenes la guerra!
Pero reine esa Paz que dignifica,
que enaltece, estimula y nunca agobia:
no la quietud, que el miedo santifica,
ni el silencio oprobioso de Varsovia,
ni el mutismo letal de los desiertos,
que cobran voz si á la barbarie aclaman:
porque sólo los dioses y los muertos

la eterna paz de los sepulcros aman!...
Leves urdimbres las arañas tramen
en las armas, que labran nuestra ruina,
y empolvecidos yazgan; y carcoma
al bronce arrinconado la patina.
En dulce paz, la tierra se serene,
y la nube pluviosa, en la alborada
bajo la gloria de los dioses truene,
desangrándose en límpida cascada.
Embriagados, los rios se derramen
por las tierras feraces, y los hatos,
rumiando hierbas, por la tarde clamen.
Sea pingüe lo inmenso del desierto;
cunda el risueño citiso en los prados;
entregue la pradera su tesoro,
y cíñanse de gozo los collados.
Venza el tiempo abundante en las cuadrigas,
y el año ostente su corona de oro,
como si fuera el rey de las espigas.
¡Al trabajo la América! — que asoma
el astro redentor en el Oriente,
enviándole en sus rayos matutinos,
con un beso de sol para su frente,
el mensage de luz de sus destinos!
¡Arriba, los que luchan sin desmayo,
y conquistan la oliva en la pelea,
y bajo el cielo de su fé salmodian!
¡Y adelante los genios de la idea,
quienes, con Franklin, vencedor del rayo,
la frase cosmogónica parodian
de la luz y la vida: ¡la Paz sea!

Abril de 1901.

A JUAN DÍAZ DE SOLÍS [1]

TEMA DE S. M. ALFONSO XIII

Lema: *Tu Rey me manda que la voz levante,*
¡oh Díaz de Solís! y que te cante.

Al genio de la España, tan fecundo
en la paz y en la guerra,
la suerte cupo de voltear el mundo,
redondeando, en un génesis de gloria,
con un grito de ¡tierra! nuestra tierra,
con un orbe de historia, nuestra historia.

Bajo la acción ingente de su mano
los vínculos secretos de las cosas
desató el Oceano;
y, coronada con las nuevas Indias,
surgió de entre las linfas estruendosas,
con talla colosal, la hija de Urano;
y Colón, hasta Iberia remolcando
el nuevo Ophir, que á su cabeza absorbe,
para probar la redondez del mundo,
á los pies de Isabel y de Fernando
hace rodar el orbe!

Aquel Atlante, que al vocear de Eolo
arrojaba á las ribas castellanas
los helados nenúfares del polo
y restos de naufragios, como diurnos

(1) Composición que debió ser presentada en el Certámen Literario de 1904 en la ciudad de Buenos Aires, año en que murió su autor.

trofeos de sus iras soberanas;
que jugaba, insumiso y agitado
con quillas y con proras lusitanas,
sacudiendo sus crines
de ecuoreo leviatán encabritado;
que al báratro rugiente
de los nublosos y últimos confines
empujaba al bajel que daba un paso
más allá de la linea de occidente,
trazada por los soles del ocaso;
aquel Oceano que guardó el secreto
por tantos siglos, y animó en las aguas
de Atlántida insepulta el esqueleto,
fue el inmenso y fluctísono escenario
del alma de las tierras españolas,
que ya cansada de vencer al moro
y de anexarse imperios,
va á medirse tres siglos con las olas,
para usurparle nuevos hemisferios,
fundando en ellas sus Castillas de Oro.

Las gallardas y frágiles carenas
que obraron en la mar prodigio tanto,
y amasaron más tarde
las musulmanas aguas de Lepanto,
el Destino de España
á bordo llevarán, para volverlo
remozado en la luz de la campaña.
Será la mar su arena de combate
en lo futuro; que la mar se estrella
en playa Iberia con glorioso embate,
y empieza en Pálos la indecisa huella
abierta por las naves colombianas
en la glauca planicie
que conduce á las costas antillanas.
En vano su tridente
empuñará Neptuno tormentoso,
para agitar la inquieta superficie
de sus grandes y líquidos estados;
y el del odre rugiente,
Eolo, en balde, soltará los negros
vientos desenfrenados;

ni el doloso gemido de las ninfas
de la alma Tétis, moverá los pechos
que se aventuran en las canas linfas:
los clásicos varones
que enderezan las quillas á occidente,
van en busca de nuevas extensiones,
luchando frente á frente
con mareas, tormentas y aquilones.
Les llama un mundo de explendentes zonas,
y el viento del camino
hinchará sin cesar las pardas lonas
de las naves iberas, conducidas
por el genio latino,
anheloso de hallar en otro mundo
su mundo de grandezas fenecidas.

Diego Méndez, en índica piragua,
á la Española se aventura, y corta
desde Jamaica la quietud del agua,
que le lleva en la cresta del oleage,
sosegada y absorta.
Pisa Alonso de Ojeda tierra firme
en unión á Vespucio,
atravesando el golfo de las Perlas,
como su nombre, seductor y lucio;
y atracando á la playa su canoa,
gentil y hospitalaria les ofrece
su fronda tropical, Cuquibacoa.
Niño, se interna en Cumaná, la tierra
en donde el rico bananero crece;
y á las aguas del Paria,
el atrevido Guerra
se lanza en carabela temeraria.
Vicente Yañez toca
San Agustín, en las costeñas faldas,
y, bebiendo agua dulce, reconoce,
del turbulento Marañón la boca,
y en las sedientas zonas
azota con sus remos las espaldas
del formidable padre de los rios,
el trifauce Amazonas.
Bastidas, el Rodrigo,

desata de la entena
la vela de su nave, y busca abrigo
en las cuencas del blando Magdalena.
El índico oceano
sondea Vasco, el poderoso Gama,
que oyó más tarde al cisne lusitano,
llevado por sus alas victoriosas
al turbio mar del amarillo Brama.
Lepe se interna en las añosas selvas,
subiendo por los rios, festoneados
de lianas y floridas madreselvas,
y en el edén frutal de los papayos,
da con pueblos de corzas y venados
y nemorosas tribus de embijados,
parlantes papagayos.
El temerario Nuñez de Balboa,
aventurado en las indianas tierras,
se postra de rodillas
sobre el dorso nivoso de las sierras,
cuando contemplan sus absortos ojos
aquel mar sin orillas
del Sud, que en playas los Inca deja
la corona imperial de sus despojos,
la veste sonorosa de su queja.
Siguiendo los australes derroteros,
que en el mar patagón trazan las iras
pehuenches de los rápidos pamperos,
Hernando Magallanes
por la garganta del Estrecho cruza,
culminando los náuticos afanes,
al Pacífico mar, que redondea
con sus aguas el mundo,
y cual viviente Atila
de todos los diluvios, pisotea
un orbe, sumergido en lo profundo.

A tí ¡oh Juan Díaz de Solís! corsario
del agua y de la gloria,
te cupo la fortuna infortunada
de dar con el Estuario
del rio como mar, que hasta hoy te nombra
en su túrbida é inquieta marejada,

á tu esfumada sombra
cantando los contrastes de tu suerte,
con el himno triunfante de la vida,
mezclado á la elegía de la muerte!

La inmensa costa que el Atlante baña,
desde Honduras al Cabo Cisplatino,
recuerda, fragorosa, alguna hazaña
obrada por tu genio de marino.
Compañero de Américo, de Yáñez
y de Juan de la Cosa,
llevando el faraón te aventuraste
por la vía ignorada y estruendosa,
y émulo de tus émulos,
en tu larga Odisea te mostraste.
Antecesor de Hernando,
corriste en busca de ese mar abierto
que soñó la avaricia de Fernando,
á quien la gloria del imperio absorbe,
para ir en derechura á la encantada
Especería, en el confín del orbe;
y si no dio tu nave diligente
con el ignoto paso
á los reïnos fantásticos de oriente,
recorriste hasta el Cáncer los oceanos,
rodaste por las costas
de los piscosos mares antillanos;
descendiste á la tierra yucateca
que el maya puebla, y contemplaste, absorto,
el poderoso imperio del azteca,
circuido de arreboles,
que sacrifica al orto
y diurna puesta de los almos soles;
y rozando la playa
en la que se alza la salvage tienda,
el indio de Panuco
te vio pasar, parado en su atalaya,
como al gran Quetzalcóatl de su leyenda,
ó al presentido Blanco de Tezcuco.

La ambición lusitana
guió á Cabral á costa brasileña;

y usurpando á la tierra castellana
pingües regiones, que encontró su genio,
de los ardientes trópicos se adueña,
y hace, artera y dolosa,
su aparición en el mundial procenio.
Y fue tan grande el orbe
cuando Balboa dilató los mares,
y Castilla, tan rica y generosa,
que permitió, impasible, á las naciones
dejar sus tierras y mudar sus lares,
y hemisferio les dio sobre hemisferio,
porque el mundo sobró para sus leones,
y faltó el sol para alumbrar su imperio.

Mas la falaz y sórdida codicia
de Portugal crecía con desdoro;
y el ladrón de las Indias fue encontrado
con el ajeno y secular tesoro
más allá de la tierra del Dorado,
con rumbo al rio de la blanca plata,
que baña un orbe de filones de oro.
Y por medir y por contar la herencia
que dejará á su pueblo, vinculado
con hechos sin igual á su existencia,
el despojado Rey al gran Juan Díaz
de Solís da una quilla,
para que presto vaya
á pasear la bandera de Castilla,
á lo largo de Atlante,
gemelo de ese mar que halló Balboa
más allá de la linea en que chispea
el sol ecuatorial, y de la playa
de las tintóreas selvas de la boa,
en donde el Amazonas, con estruendo
de plebes angustiadas, clamorea.

Isabel, la magnánima Señora,
que con Granada dilató á Castilla,
y en las Alhambras de la gente mora
hizo flotar los bélicos pendones,
y en el torreón de la rendida villa;
la que ligó con su nupcial anillo,

más que dos corazones,
los dos pedazos de una patria sóla,
proclamando en el gótico castillo,
con el alma y la espada
la unidad y grandeza
de la tierra española,
en dos orbes inmensos dilatada;
la real protectora del marino,
que con su genio realizó el portento
de unir el globo en un común destino
el dia del lustral descubrimiento:
Isabel, Isabel, fue nuevamente,
la salvación del mundo castellano,
enviando sus Pilotos á occidente
á limpiar de piratas el oceano.
Y muerta la gran Reina, su memoria
fue el alma del imperio;
y en el gran protocolo de la historia,
con la sangre de un hombre,
en el platense rio escriturose
la doble propiedad de un hemisferio
al dueño de su ser y de su nombre!

Tres naves surtas en San Lúcar, tienden
á los aires el túrgido velamen,
y el crespo llano de las aguas hienden;
y á su partida las canosas olas,
diciéndose españolas,
sus proras besan y sus quillas lamen.

A bordo de la nave capitana,
sucesor de Vespucio,
va Díaz de Solís, el gran Piloto,
portando la bandera castellana
por la pradera azul del mar ignoto.
Y vá, con Alarcón y con Marquina
en los otros bajeles, dando al aire
la canción de las roncas tempestades,
la pléyade marina,
gloria y decoro de Sevilla y Gades;
y van con osadía,
los Ramírez, los Torres y los Puerto,

los Monte y los García,
midiendo con sus almas de marinos
la enorme soledad del mar abierto,
en la hora inicial de los destinos
del reducido mundo que descubre,
y del inmenso mundo descubierto.

Les vio bajar en un flotante esquife,
y continuar el viaje temerario
con su ojo de ciclope, Tenerife,
el inmovil Canario.

No amansó su soberbia
el mar, que abofeteó las carabelas
de Colón, sabedor de su secreto;
y, sin cesar, inquieto,
nervioso, tumultuario é iracundo,
rompiendo entenas y rasgando velas,
negaba al mundo la mitad del mundo.
Pero á Solís, ni arredra, ni amedrenta
la veleidosa furia del coloso;
y vadea la mar y la tormenta,
empuñando el timón con mano de oso,
cuando hierve la ola tumultuosa,
y le sube á los astros
ó le baja y derrumba,
amortajado en sábana espumosa,
á la insondable y azulada tumba:
que vanamente el aquilón se ensaña
con la Ellida gloriosa
de aquel vikingo del poder de España,
que salta de ola en ola,
como de peña en peña, por el lienzo
vertical de la sima,
el ciervo, en la montaña!

Llega luchando la valiente Armada
al Cabo de San Roque, que acuchilla
la pérfida y voluble marejada
que besa con estruendo
la brasileña, salvadora orilla;
y toman rumbo sud los tres bateles,

y el viento de los trópicos sacude
sus harapos, que flotan cual laureles
de la lid temeraria;
y doblan Cabo Frio y Cananea,
y tocan el Janeiro y Candelaria,
en donde la bandera hecha girones
del rey Fernando de Aragón ondea,
cual si fuera el pañuelo de la Gloria
saludando la hazaña de un puñado
de clásicos varones,
soñada por el genio en la Medea.

Hasta que al fin ¡oh gran Solís! doblaste
Santa María, y el hirviente vaso
de dulces aguas, que semejan perlas,
entre verdes riberas encontraste,
y, sediento de gloria,
te pusiste á beberlas!

La palabra triunfal de tu saciado
labio brotó, para llenar la frase
del génesis fecundo de lo creado,
que un sólo y trino pensamiento encierra:
Dios, á las sombras, dijo ¡luz! — y el dia
de muchos soles alumbró los cielos;
dijo á los mares ¡tierra! —
el genio, y con su mundo de Veragua
coronó con un orbe sus anhelos;
y tú clamaste en los espacios ¡agua! —
y el Plata, desbordante de riqueza,
surgió á los siglos, y tomó tu nombre,
para unir tu grandeza á su grandeza!

¡Oh magno y sin rival descubrimiento
el del Estuario, que á la mar avanza,
y camina, en su enorme crecimiento,
arrollando las playas que le cercan,
con indómita y férvida pujanza!
¡Oh portentoso hallazgo el de ese rio,
que te mordió, falaz, con su venganza,
arrastrando á la costa tu falúa,

enarcado y bravío,
cual si tuviera la emplumada sirte
alma querándi y corazón charrúa!

¡Oh nauta infortunado,
que pagas con la carne de tus huesos
el crímen sin perdón de haber hallado
al Rio, que á dos playas repartía
sus estériles besos,
en una larga sucesión de noches,
y á la invariable luz de un mismo día!
El Paraná-guazú que en sus riberas
no escuchó, desde niño, más arrullo
que el secular aullido de las fieras,
y el Uruguay, con su pringoroso orgullo
de insumiso cacique de los rios,
con ira te miraron, y en un vértigo
de indianos desvaríos,
llamaron al caníbal, mitad indio,
mitad ñandú de la pampeana dula,
á que aplacase con la carne humeante
del hombre blanco su salvage gula.
¡Y oh infortunados compañeros
de Solís, de Alarcón y de Marquina,
á quienes no fue dado
fulminar á los buitres carniceros,
que en la playa chandul de los acantos,
en el *Sacrum convivium*
conjuraban la furia de sus dioses,
al son de danzas y al rumor de cantos!
Pues en vano quisieran
sus naves atracar, para salvarles,
á la costa cruël, sin que las tardas,
ferreas espadas esgrimir pudieran,
ó atinasen á enviarles más auxilio
que el inútil tronar de las lombardas!

No de otro modo Ulises, impotente;
en Telepilo, desde anclada barca,
vio devorar su gente
al caníbal Antífates, monarca
del gigantesco lestrigón furente;

y así como, cortando las amarras,
huyera el adalid de la Odisea
á relatar su desventura á Circe,
llenando de dolor la isla de Ea, —
así, azotando los llorosos nautas
las argentinas olas,
portando desventuras é infortunios
á bordo de sus naves de argonautas,
retornan á las playas españolas,
al fulgor de los tristes plenilunios.

Y Castilla esa madre generosa
de los fuertes varones, que renombre
supieron darle y magestad de diosa,
al mirar en sus radas los despojos
de tus bajeles ¡oh Solís! tu nombre
enalteció, con justiciera lengua,
y celebró con empañados ojos,
que el llanto maternal jamas fue mengua.
Pues, ¿qué gloria mayor caberte pudo
que hallar el argentino
Estuario, de tu vida y de tu muerte,
que inmenso y anchuroso se dilata
para enviar á tu mundo su tesoro,
por la ruta triunfal de pura plata,
en el raudo bajel cargado de oro?...
Ya rasgaste ¡oh Piloto esclarecido!
con tus huérfanas quillas el arcano,
al dar con el Jordán desconocido,
y al ofrendar al porvenir humano
el tropel diluvial de las inquietas
sirtes paranaenses y uruguayas,
que arreadas por secretas
ansias, se unen, se besan, se desposan
en el tálamo ardiente de sus playas,
que de simiente germinal rebosan.

Ya rindió su misterio
la Tierra Prometida, que gemía
estéril, en salvage cautiverio,
y solo producía
la vil gramínea que la corza tala

en la estación de brotes y renuevos,
y empollaba los huevos
del teru-teru y del ñandú, que acampa,
con sus grises harapos de mendigo,
junto al mísero toldo de la Pampa;
ó vestía los tristes saucedales
con ricas sedas de crujientes hojas,
y enjoyaba el airón de los ceibales
con zafia profusión de gemas rojas,
como al cacique, que á su sombra vive,
el coraquenque brinda,
para dar magestad á su penacho,
la pluma color guinda,
con que rinde á la hembra
en sus rijos dulcísimos de macho.

Ya el dominio afirmaste
¡oh Solís! de tu augusto soberano,
cerrando los caminos del oceano
al atrevido navegante intruso,
y en la tierra y las aguas dilataste
del mar de Atlante, arrinconando al luso,
el poder del imperio castellano.
Ya echas llamada al porvenir humano
con la voz argentina
del clarín de tu Estuario,
á la agena ambición poniendo coto;
y al escuchar aquel clamor de triunfo
el alma de los grandes se alboroza,
y el polvo de tus glorias encamina
á los hidalgos Sebastián Gaboto,
Juan de Garay, y Pedro de Mendoza!

Ya reanima á la tierra descubierta
el sol de España, redoblando el brillo
del sol nativo, en la extensión abierta,
que al beso de sus luces
transformará la Pampa en amarillo
mar de mieses cubierto,
desvistiendo de plumas de avestruces
al ala del desierto!

Ya la etrusca deidad de verde falda,
en el pomar de yemas y de frutas,
ceñirá la corona de esmeralda,
rindiendo á las selváticas é hirsutas
flores de la ribera;
la greca Ceres bordará con oro
el verde lienzo del telar del prado;
en el carmen triunfal, la Primavera
celebrará con odas
de parvas, las victorias del arado;
y en medio del bochorno de la siesta,
las maravillas de las tardas podas,
hurtando al árbol, guardará en su cesta.
Con su flamante sol, el aureo Enero
fecundará las férvidas labranzas,
y el muro del vallado
detendrá los furores del pampero,
de torvas y siniestras asechanzas;
y al tronar de la vida,
deshecha desde el cielo en bendiciones,
el alma de la tierra
para fecundas madres de naciones,
hará surgir y dilatar ciudades
en las viejas y mustias soledades
de las ociosas garzas sin oficio,
que se enfilaban, como blancas penas,
á vivir del gemido de las olas,
escarbando en la duna el desperdicio
misérrimo del Rio en las arenas.

En la playa argentina,
Buenos Aires se iergue y se levanta
con ramazón profusa, como planta
que crece en tallo con vigor de encina
y la ciudad patricia, dilatada
sobre una mar de trébol y de césped,
al grave son de sus cien liras canta
al genio del Progreso,
su agasajado huésped,
que derrocha en sus calles su tesoro
de acaudalado Creso,
y respira los aires, antes vírgenes,

empolvecidos de riqueza y oro.
Al frente, la triunfal Montevideo,
sobre lecho de flores,
en su valiente pubertad alienta
las ansias infinitas del deseo;
y reclinada en los paternos lares
sobre el raso oriental de sus alcores,
se duerme viendo al mar, que no reposa,
y que entona el cantar de los cantares
á su adorada sulamita esposa.

¡Oh sombra de Solís! — bajo la arcada
de un firmamento rubio, salpicado
de zafiro y diamante
con música sagrada,
y en metro ondisonante,
cantando, te saluda el emperlado,
dulce mar de las trovas plañideras,
cuya mole, de diario,
embiste á la crinada
y torva muchedumbre del Atlante
con que á sus glaucas y líquedas praderas
llegar no deja al imperioso Estuario.

No morirá tu nombre
mientras palpite y hierva la fiel ola,
que, con mensage fraternal camina
de la Patria argentina á la española,
de la Patria española á la argentina.

Las cervantinas musas de los pueblos
de estirpe castellana,
con sin rival concento,
en tu loor ¡oh gran Solís! celebran
en el dia del magno alumbramiento,
y en la fecha lustral de los progresos,
su olimpiada, á la orilla de tu Rio,
que un puñado de tierra americana
no te brindó, para cubrir tus huesos;
y tu Rey, el efebo victorioso
de la encantada tierra de los Cides,
que une al presente la pasada gloria

en maridage santo,
manda á mi Musa que en las gayas lides
aspire á su laurel con este canto.

Agosto de 1904.

DEL MISMO AUTOR

ARQUEOLOGÍA AMERICANA

Antigüedades Calchaquíes..........................	Tucumán, 1896
La Poesía de las Tristezas..........................	Tucumán, 1896
Calchaquí (Historia de la Conquista).............	Tucumán, 1897
Excursiones por Pomán y Tinogasta...............	Buenos Aires, 1897
Folk-lore Calchaquí.................................	Buenos Aires, 1897
El Diablo en el Norte—Supay y Mikilo...........	Buenos Aires, 1898
Monumentos Megalíticos de Colalao................	Buenos Aires, 1898
La Cruz y el Falo en Calchaquí....................	Buenos Aires, 1898
Ruinas de Aufama y la Ciénaga....................	Buenos Aires, 1899
Huayrapuca ó la madre del viento.................	Buenos Aires, 1899
La Coca, el Ttaco y la Apacheta..................	Tucumán, 1899
El Machi y la Medicina indígena...................	Tucumán, 1899
El Maiz y la Chicha.................................	Tucumán, 1899
La Tierra fetiche y los Orkos.....................	Tucumán, 1899
El Tincunacu..	Tucumán, 1900
Símbolos Calchaquíes..............................	Catamarca, 1900
La Cruz en América.................................	Buenos Aires, 1902
Cómo vestían los Calchaquíes.....................	Buenos Aires, 1901
Petroglifos..	Buenos Aires 1901

DERECHO

Delito y Pena (Coments. del Cód. Pen. Argentino .	Córdoba, 1887
La Horca en la República Argentina.............	Buenos Aires, 1889
Sentencias y Autos.................................	Tucumán, 1897
Defensas criminales y Civiles......................	Catamarca, 1903-1904
Proyecto de Cod. de Policía y Proc. Judiciales para	Tucumán, 1895
Proyecto de Ley Orgánica de los Tribunales de..	Tucumán, 1897
Proyecto de Código de Proed. de la Justicia de Paz.	Tucumán, 1897

ÍNDICE

POESÍAS INÉDITAS